



- ANTONI DALMAU -

TIERRA DE OLVIDO

LA SENDA DE LOS
CÁTAROS



Lectulandia

Tierra de olvido es una de las más sólidas novelas que se han escrito sobre el mundo cátaro. De la mano de la joven pareja formada por Vierna y Guilhem, Antoni Dalmau nos traslada al Languedoc del siglo XIII, y recrea con extraordinaria intensidad las vicisitudes de unos pueblos en los que convivían diferentes culturas y religiones. Pero sobre el camino que emprenden juntos los protagonistas de esta historia se cierne la amenaza del fanatismo y la intolerancia. A raíz de la cruzada promovida por el papa Inocencio III, los cátaros vivirán una persecución sin tregua y se verán obligados a la clandestinidad o a emprender el amargo camino del exilio. Una impresionante novela contra el olvido.

Lectulandia

Antoni Dalmau

Tierra de olvido

La senda de los cátaros

ePub r1.0

Titivillus 12.11.17

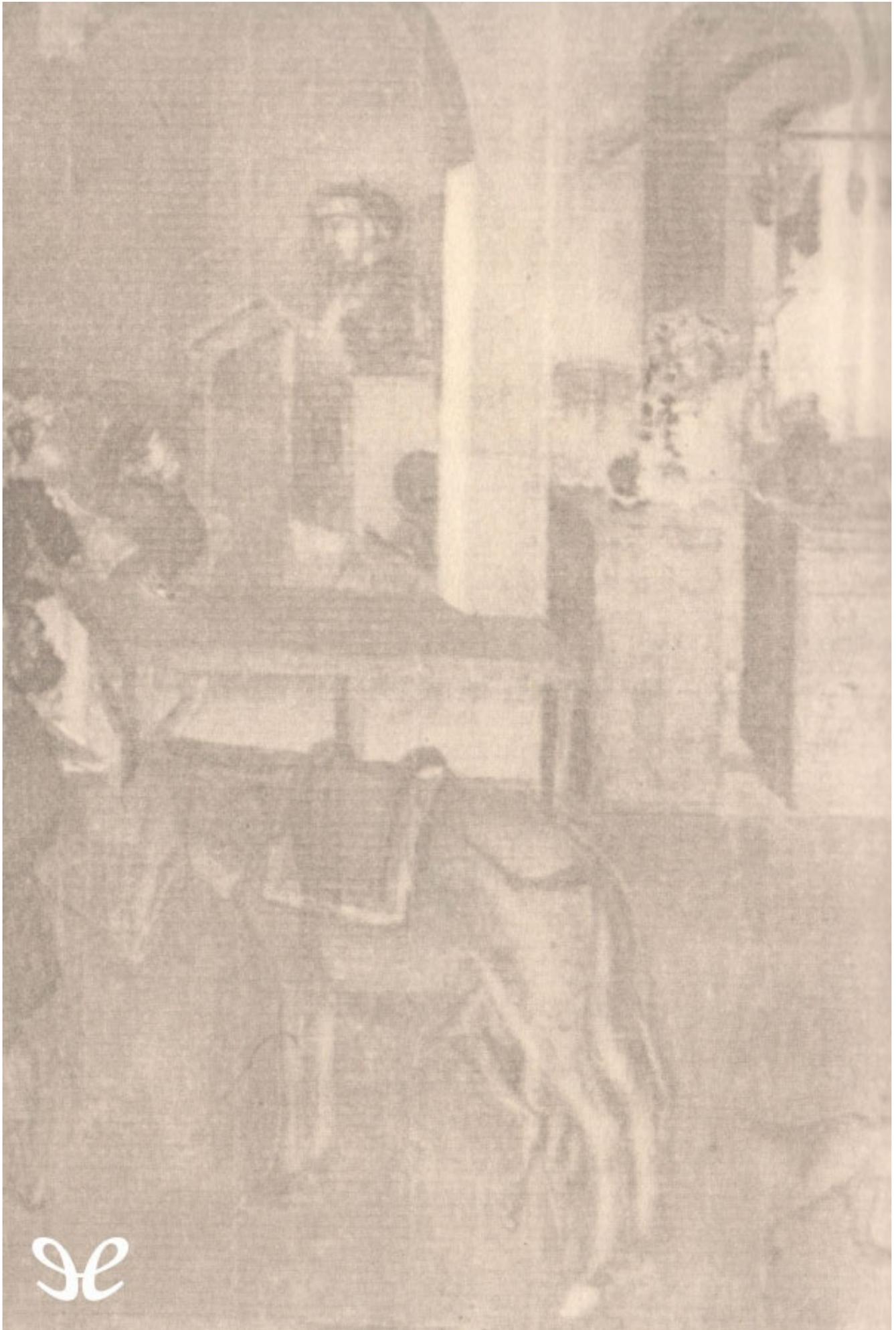
Título original: *Terra d'oblit*
Antoni Dalmau, febrero del 2000
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los hijos del pueblo de Israel, exiliados lejos de sus casas, se lamentaban diciendo: «¿Cómo podríamos cantar los cánticos del Señor en una tierra extranjera?» (Ps 137:4). Y el diablo construyó para los espíritus celestiales unas túnicas, unos cuerpos de tierra extranjera, de tierra de olvido.

(Pèire Autier, bon home de la Iglesia cátara)

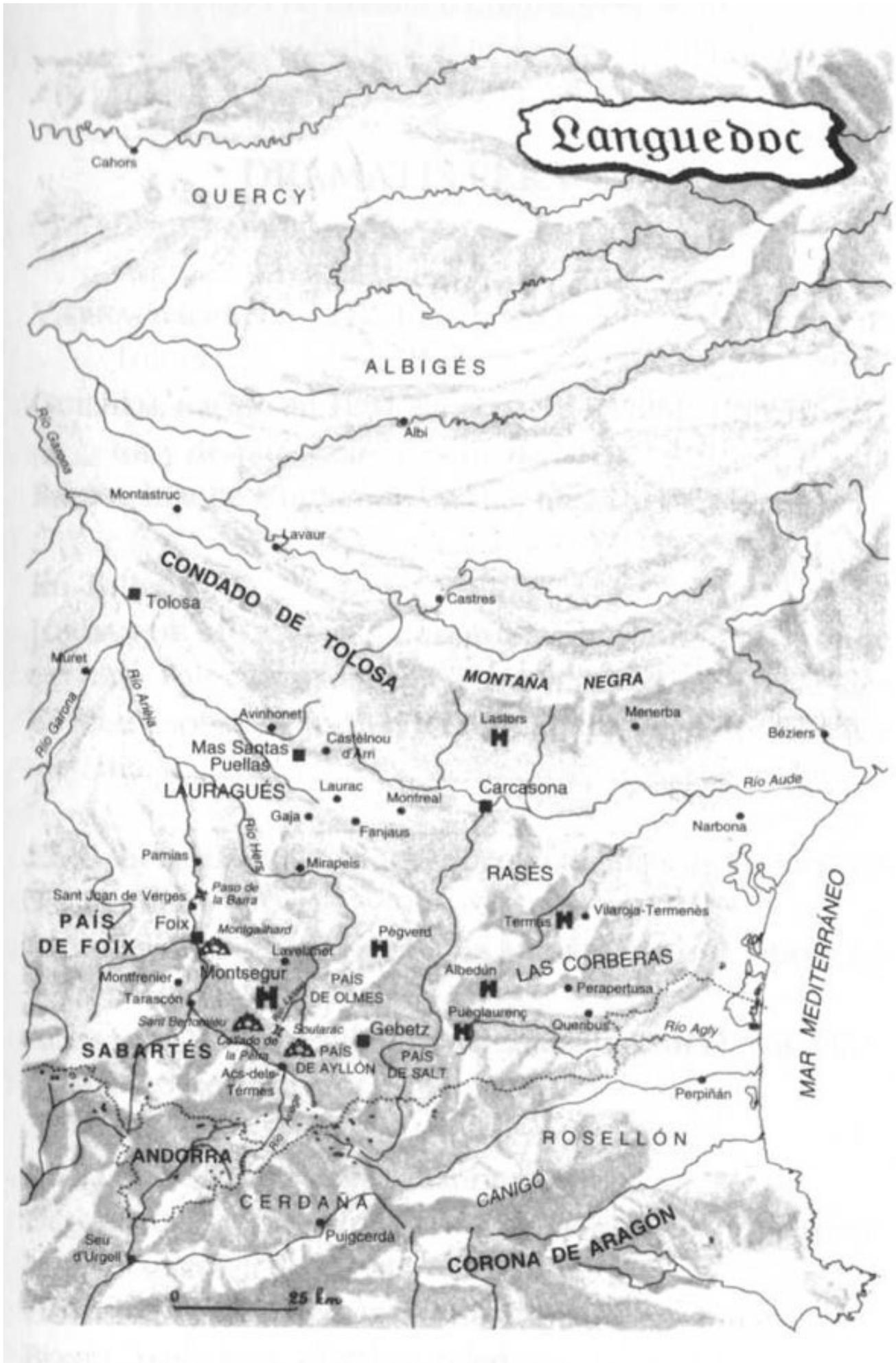


ANTONI DALMAU

TIERRA DE OLVIDO

La senda de los cátaros





Dramatis Personae



VIERNA, nacida en 1212, hija de un escudero del conde de Tolosa.

GUILHEM, nacido en 1204, en el país de Ayllón. Primero pastor y después comerciante de lanas.

BRUNA, hija de Guilhem y Vierna, nacida en 1230.

En Tolosa:

JORDAN DE MONTASTRUC, escudero de Raimon VI, conde de Tolosa, y padre de Vierna.

ESTÈLA, esposa de Jordan de Montastruc y madre de Vierna.

En Gebetz (país de Ayllón, comarca del país de Foix) y cercanías:

EL PADRE de Guilhem, pastor, la MADRE, PEIRONA, MIQUÈU y el HERMANO MENOR.

ALAMANDA, costurera de Acs que hablaba con el más allá. EL MÉDICO de Tarascón.

En El Mas Santas Puellas (Lauragués):

DOÑA FAURÈSA, priora de la casa de las «buenas mujeres».

MAURINA, amiga de Vierna.

DOÑA RAIMONDA ASTRUC, CLEMENSA..., buenas mujeres.

BONET, panadero, y ESTÈVE, tejedor.

En Sant Joan de Verges (alto condado de Foix):

EL ESCRIBANO, tesorero de la iglesia, y su Esposa.

En Foix (capital del alto condado):

TOMIER DE FOIX, trovador.

HUC DE MONTGRENIER, jefe de la mesnada del conde de Foix.

DOÑA FABRISSA, dama de la corte del conde.

Personajes históricos:

PEDRO *el Católico*, rey de Aragón y conde de Barcelona (1177-1213).

SIMÓN DE MONTFORT, jefe de la cruzada (1150?-1218).

RAIMON VI, *el Viejo*, conde de Tolosa (1156-1222).

RAIMON VII, *el Joven*, conde de Tolosa (1197-1249).

GUILHABERT DE CASTRAS, obispo cátaro (1150?-1240?).

LUIS VIII, rey de Francia (1187-1226).

GUILHEM ARNAUT DE MONTPELHIÈR, inquisidor de Tolosa (?-1242).

En Montsegur:

RAIMON DE PERELHA, señor del castillo.

PEÏRE ROTGER DE MIRAPEIS, jefe militar.

BERTRAND MARTÍ, obispo cátaro.

EL SENESCAL del rey francés en Carcasona.

Prólogo



LA TRÁGICA HISTORIA que se narra en este libro arranca en la noche de los tiempos, en la Edad Media. Más concretamente en el siglo XIII, en la época de la cruzada militar que, por primera vez en tierra cristiana, había convocado el papa de Roma Inocencio III con el fin de liberar la tierra occitana de la *peste* del catarismo.

Efectivamente, desde mediados del siglo XII una corriente religiosa de una notable fuerza se había extendido peligrosamente por el Languedoc. Fundado en las sagradas escrituras, este movimiento —considerado herético por la Iglesia de Roma— seguía el modelo de los primeros cristianos, pero en cambio proponía una vía de solución distinta de aquella en la que creían los católicos. Tenía su propia doctrina, su sacramento, sus ritos, sus clérigos, y hablaba a la gente con el ejemplo de una vida de pobreza y con palabras que insuflaban los corazones de una certera esperanza.

Así pues, la fuerza de atracción y la implantación social del catarismo se habían convertido en algo muy preocupante para la Iglesia católica, que intentó combatirlo con diversos métodos: envío de legados papales, presencia de predicadores, celebración de coloquios o debates entre católicos y cátaros... Sin embargo, ninguno de estos métodos se había revelado efectivo para extirpar la herejía. En consecuencia, el siguiente paso consistió en promover la guerra santa, es decir, la lucha armada contra los caballeros occitanos que, de uno u otro modo, prestaban su apoyo a los cátaros.

Así nació la cruzada llamada albigense, que se puso en marcha en 1209 y que cubrió de desolación y de ruina todo el país del Languedoc.

Ciertamente, se trataba de unos tiempos inclementes y penosos, en los que la fe religiosa impregnaba los más remotos rincones y las fibras más íntimas de los hombres y las mujeres. Así, y en el nombre de Dios, se llevaban a cabo las más heroicas hazañas y las más extraordinarias pruebas de amor y generosidad. Y en el nombre de Dios, también, se perpetraban las más horribles atrocidades y se instauraba a menudo el dominio del sufrimiento y de la muerte.

Para las gentes de aquellos tiempos, Dios —y su principio contrario, el Diablo— no constituía una presencia lejana, sino una luz, un pretexto y una fuerza que intervenía constantemente en la vida de los hombres. Y Dios se expresaba de una sola manera, puesto que una sola era la vía de salvación: así pues, aquellas voces que, ya por ignorancia, ya por mala fe, se apartaban del camino recto, del único camino posible, hablaban sin duda por boca del Maligno.

Era preciso, pues, que la *depravación herética* fuese extirpada y que las tierras *infestadas por la peste* fuesen pasadas por las armas, sin compasión.

Y así se hizo.

Primera parte

1213-1229
LA CRUZADA

I

*Catalan et aragones
an senhor honrat e valen,
e larc e franc e conoissen,
humil et adreg e cortés.*

Los catalanes y los aragoneses
tienen señor honrado y valiente,
y generoso y franco e instruido,
humilde y diestro y cortés.

(Pèire Vidal, trovador, siglos XII-XIII).

AQUEL DÍA, un cielo plomizo se cernía sobre la ciudad de Tolosa y una ligera neblina mitigaba el color rosado de los baluartes y las murallas. Palacios, iglesias y torres de guardia veían palidecer sus aristas más agudas, a causa de la grisalla que dominaba por doquier.

Sin embargo, en las calles y en las plazas, y sobre todo en los patios de armas y en los caminos de ronda, reinaba un terrible vocerío, una inusitada agitación. Hombres, animales y bártulos ocupaban todos los rincones y, tantos eran los voluntarios y los refugiados que pululaban dentro del cerco de las murallas, que incluso los claustros de los monasterios habían sido transformados en apriscos para los rebaños y en establos para los caballos. Por todas partes podían oírse las voces de mando, el sonido vibrante de las trompas y el tintineo de las armas. Toda la ciudad se hallaba en pie, y la aparente confusión dificultaba identificar el motivo de tanto ruido y de tanto bullicio.

Aun así, la explicación era muy simple. Don Pedro, rey de Aragón y conde de Barcelona, había enviado mensajeros al conde de Tolosa y a sus aliados para notificarles que estaba a punto de llegar con sus tropas a las afueras de la ciudad. Era preciso, pues, que las guarniciones alojadas en la capital del Languedoc se pusieran en marcha de inmediato para unirse al rey y concentrar así todas las fuerzas

confederadas en un gran ejército.

Era el otoño de 1213 y habían transcurrido cuatro años desde el inicio de la cruzada. Cuatro larguísimos años de combates, saqueos, hogueras, muerte y desolación. Después de tanto tiempo de tribulaciones, los condes occitanos, que habían jurado fidelidad al rey don Pedro, recibían de éste la ayuda necesaria para enfrentarse conjuntamente al ejército de la santa cruz. Así pues, un soberano apodado «el Católico» se disponía, por un deber de lealtad, a prestar apoyo a unos vasallos a quienes la Iglesia consideraba, simplemente, como los grandes defensores de la herejía. Así desafiaba las iras de un papa a la vez impasible y enérgico que, pocos meses antes, le había enviado una carta en la que, entre otras cosas, le decía:

... Si los tolosanos y los señores que les apoyan persisten en defender la herejía, otorgaremos nuevas indulgencias para animar a los cruzados a marchar contra tales personajes, contra quienes les oculten y amparen, sean quienes fueren, puesto que los fautores de herejía son más peligrosos que los propios herejes.

Con el fin de disipar cualquier tipo de duda, el escrito de Inocencio III terminaba de esta forma tan explícita:

... Os recordamos que, a pesar de nuestra afición por vuesa persona, nos sería imposible salvaros o trataros de forma distinta a expensas de la causa de Dios... Si os opusierais a la Iglesia, con la intención de poner obstáculos a la terminación de nuestra santa empresa, la magnitud del peligro que os amenazaría os puede ser revelada por ejemplos antiguos y otros más recientes...

Se trataba, sin lugar a dudas, de una advertencia categórica, pero las cartas estaban echadas definitivamente y, puesto que el rey había tomado ya una firme decisión, no había tiempo que perder. Así pues, la ciudad de Tolosa se alborotaba preparando la marcha de las tropas. Entre tanto, en una de las habitaciones del castillo condal, un hombre joven, de piel clara, barba oscura y mirada franca, se estaba despidiendo de su esposa. Era Jordan de Montastruc, uno de los escuderos del conde, revestido ya para emprender la marcha junto a su señor.

—Ya falta poco, amor mío, y el tiempo huye de nuestras manos como si se tratara de una flecha... —constataba él, con un deje de resignación en sus palabras.

—Lo sé, Jordan —respondía ella—, y no sabes lo que daría por evitar la temible hora de nuestra despedida. Pero no quisiera que la certidumbre del adiós nos privase de los instantes que todavía nos quedan.

Y, mientras así le hablaba, le rodeaba el cuello con sus brazos y le besaba mejillas y labios. Era una mujer delgada y esbelta, de ojos azules y una piel blanca como el marfil. Poseedora de una serena belleza, ceñía su frente con una guirnalda de flores y mirto, al tiempo que una dorada cabellera, anudada en una larga trenza, adornaba su espalda.

—No temas, Estèla, volveré sano y salvo —aseguraba ahora Jordan, con una convicción voluntariosa—. Verás como la ayuda del rey don Pedro nos llevará a la victoria.

—No sufro por la victoria, amor mío, ni albergo duda alguna acerca de la justicia de nuestra causa. Temo por ti, sólo por ti; por si te alcanzara cualquier mal que desconozco. Y, más aún, por si la muerte determinara ir a buscarte, en cualquier momento, en el campo de batalla...

—Nada sucederá, te lo aseguro —respondía él, al tiempo que besaba sus labios como si quisiera sorber de ellos un rastro perdurable.

Así, entre caricias y besos, entre muestras de aliento y de angustia, fue transcurriendo de modo inexorable el brevísimo plazo de que disponían. Llegada la hora, el escudero del conde de Tolosa se dirigió a la cuna donde dormía o su única hija, Vierna, una hermosa muñeca de rosadas mejillas que acababa de cumplir su primer año de vida. Sin atreverse a despertarla, Jordan le besó la frente con inmensa ternura. Después, abrazó fuertemente a Estèla y, con el corazón en un puño, tomó sus armas y su bagaje y se dispuso a partir. Sin embargo, no tuvo el valor de mirar nuevamente a los ojos de su mujer, como si no quisiera que ella comprendiera el miedo secreto y oscuro que le atenazaba, o como si se negara a leer en aquellas pupilas tan claras algún temible augurio.

En cuanto él se fue, Estèla se sentó junto a la cuna. Podía oír todavía los cascos de los caballos por el empedrado de las calles y los toques de los clarines en lo alto de las torres, así como los chillidos y los gritos de las mujeres al despedir a sus hijos y a sus maridos que partían hacia la guerra y a quienes tal vez no volverían a ver. Dentro de la habitación, por el contrario, reinaban la soledad y el silencio, y una tenue luz iluminaba la cara de la niña dormida. Poco a poco se apagaron los ruidos de fuera y el sueño de Vierna pareció todavía más profundo y placentero. Su madre le retenía la mano y le acariciaba la mejilla con dulzura, como si la felicidad de aquel rostro pudiera consolarla de sus propios temores. Se sentía sola y desvalida, y veía frente a sí la angustiosa perspectiva de una espera interminable...

La desazón y la añoranza transportaron su mente dos años atrás. Por aquel entonces, recién cumplidos los diecisiete, su padre la había casado ya, mediante una respetable dote, con aquel joven escudero del conde de Tolosa de barba oscura: un muchacho algo tímido que había aportado al matrimonio, procedentes de su familia, unas arras igualmente dignas.

El día de los esponsales, Estèla, presa de los nervios, vestía una túnica con brial y un manto carmesí tejido con cendal y abrochado con cordoncillos de hilo de oro y seda. Era tan alta y tan delgada, y aparecía tan gentil y tan noble, que se la podría tomar por una princesa. Apenas conocía a aquel muchacho de Montastruc, pero era atractivo y galante, y desde el primer día la trató con delicada ternura. Por ello, y por su talante desenvuelto, no vaciló ni un instante en el momento de ponerle el anillo de oro con una piedra de zafiro en el cuarto dedo a contar desde el pulgar. Y su voz resonó con plena seguridad delante de todos cuando pronunció las llamadas *palabras de presente*:

—Yo, Estèla, os ofrezco mi corazón a vos, Jordan, como leal esposa, y tomo el

vuestro como leal marido...

A pesar de las sacudidas de aquella época que les había tocado vivir, todo parecía presagiar un venturoso futuro para ambos, puesto que Jordan no tardaría en recibir las armas de caballero y, además, era manifiesto ante los ojos de todo el mundo que el conde Raimon lo distinguía con una notable confianza.

Un año después de su matrimonio, cuando la chispa del verdadero amor ya había prendido en el corazón de Jordan y de Estèla, vino al mundo Vierna, aquella preciosa criatura de ojos claros como el cielo de Tolosa, la piel de una extremada blancura y cabello tan rubio que casi parecía albino. Ella, en su pequeñez, había acabado de anudar con fuerza los sentimientos de sus padres, que desde el primer momento resolvieron quedársela en el castillo condal, incluso durante el período de su lactancia.

Así pues, y con el empeño de garantizar en lo posible la viabilidad de aquella pequeña existencia, buscaron como nodriza a una mujer de buena salud y de total confianza, casada con un menestral de Montastruc, y le acordaron un generoso salario de veinte libras anuales, además de proporcionarle techo y alimento aparte. A los pocos meses, y gracias a la leche de la nodriza y al amor de Estèla, Vierna ganó con facilidad el peso y la altura necesarios y, con sus pequeños progresos de todos los días, fue conquistando el corazón de los sirvientes y de las damas nobles del castillo.

Sin embargo, aquel estado de gracia no podía durar mucho, puesto que los caballeros y los escuderos vivían para servir con lealtad a sus señores con las armas, y la muerte sembraba de huérfanos y jóvenes viudas aquel tiempo tan convulso. Por ello, y a pesar de sus enormes esfuerzos para que Jordan no llegara a darse cuenta, Estèla vivía con auténtico terror las ausencias de su esposo.

Pocos días después de la despedida de la pareja, los ejércitos de Tolosa, Cominges y Foix se unieron a los del rey de Aragón y juntos se pusieron en marcha con el objetivo de asediar la villa de Muret, donde se hallaba una guarnición de los cruzados que no cesaba de efectuar incursiones en tierras tolosanas. Habiendo llegado a la vista del castillo, el rey don Pedro plantó su estandarte y su campo. Inmediatamente, varias embajadas de la fortaleza asediada se apresuraron a visitarle para disuadirle a él, tan católico, de luchar junto a los occitanos. Pero todo fue inútil y, muy pronto, culminados los preparativos necesarios, ambos ejércitos se encontraron prestos para entrar en combate.

Uno era el *ejército del Señor*, con el aval del papa de Roma y la presencia de los barones franceses. Al frente, un hombre cruel y ambicioso, un hábil estratega: el temible Simón de Montfort. Sus tropas se hallaban recluidas en el castillo de tres torres que se erguía junto al río Garona.

El otro ejército, realmente mucho más numeroso, tenía al mando al propio rey don Pedro, un hombre de grande y hermosa figura, generoso y valiente, amante de las mujeres y no muy escrupuloso en la administración de las finanzas. Audaz, también, sin duda alguna.

Al rayar el alba del jueves, día 12 de septiembre, el campamento de las fuerzas confederadas se había ido despertando sin demora. Todos tenían conciencia clara de que aquélla sería una jornada decisiva. Así pues, no resultaba nada extraño que la noche hubiese sido breve, intranquila, desasosegada incluso. Jordan de Montastruc, obsesionado por tenerlo todo a punto y presa de la incertidumbre que siempre precede a una batalla, apenas había dormido. Tumbado en su lecho, se agitaba sudoroso de un lado a otro y percibía con toda nitidez los pasos del relevo de la guardia, las voces sofocadas, el sueño inquieto de los soldados tolosanos que anhelaban y temían, a la vez, los primeros albores del nuevo día.

Al salir el sol, el rey don Pedro resolvió convocar un gran consejo para preparar la batalla. Raimon, conde de Tolosa, se presentó montando su brioso corcel de pelo negro, mientras Jordan, con la ayuda de los mozos de cuadra, aparejaba debidamente el caballo de batalla. A medida que condes y caballeros acudían expectantes al lugar de la cita, aumentaban las habladurías acerca de lo que había sucedido, poco antes, durante la misa celebrada en el campo real: llegada la hora de la lectura del Evangelio, el rey había permanecido en su sitial sin ponerse en pie en ningún momento, mostrando ante todos una enorme fatiga...

Sin embargo, no resultaba extraño que se sintiera cansado al levantarse, pues algunos soldados, que estaban de guardia en aquella zona o tenían un sueño más liviano, habían oído las risas y los gritos que abreviaron el reposo del monarca. Otro aseguraba incluso haber visto salir de la tienda capitana, poco antes del alba, a la mujer con quien el rey don Pedro había yacido aquella noche.

Sea como fuere, una vez reunido el consejo, el monarca dio prueba de estar despejado y animoso e, incorporando de forma decidida su inmenso cuerpo de unos dos metros de altura, exhortó a sus aliados a luchar con brío y fuerza para vencer a las tropas cruzadas y capturar a Simón de Montfort.

Y mientras hablaba de tal suerte, los hombres reunidos contemplaban el descampado que se extendía a sus pies, rodeado de álamos y cubierto de herbazales y ciénagas. Se trataba realmente de una hermosa llanura, espejeante por los arroyos que la regaban y teñida de amarillo en aquellos lugares donde se encontraban todavía los restos de los rastrojos y granzones de la última cosecha. Al fondo, erigiéndose con orgullo por encima de la colina y el río Garona, podía verse la villa de Muret, con su fortaleza asediada y sus tres torres de defensa, ahora enrojecidas bajo un sol madrugador que rasgaba las brumas.

Una vez terminada la intervención inicial del rey, el conde de Tolosa tomó la palabra para exponer ante el consejo el plan que había concebido. Era un hombre que rozaba los sesenta, prudente y pacífico, sin duda tolerante con la herejía que campaba por sus tierras. Consciente del interés de un buen matrimonio en beneficio de su causa, se había desposado pocos años antes con una hermana del rey don Pedro. Por ello apenas titubeó al promover ante el monarca una táctica cautelosa, que intentaba templar el impulso natural de su cuñado:

—*Senher reis d’Aragó, si’m voletz escoutar...*^[1]. Conozco mejor que nadie el ejército enemigo, que ha robado nuestras tierras y ha hostigado sin compasión a nuestras gentes. Por lo tanto, creo que no nos conviene en modo alguno plantear frontalmente la batalla, sino que nos resultaría mucho

Como no podía ser de otra manera, las primeras palabras de Raimon cogieron por sorpresa a unos hombres que alardeaban de su arrojo y de morir por honor, si era preciso. Sin embargo, desatendiendo a la expectación que creaba, el viejo conde siguió exponiendo hasta el final un plan preñado de prudencia, que pronto levantó un fuerte murmullo entre los caballeros de la mesnada del rey. Y uno de ellos, concretamente el alférez aragonés que acostumbraba a llevar el estandarte real, tomó la palabra para decir, con voz sonora y modos abruptos:

—Nunca vióse hasta hoy indignidad parecida, ni un propósito que pudiera causarnos mayor daño ni mayor deshonra. Los planes del conde cubrirían de oprobio y de vergüenza nuestro real ejército, el mismo que hizo señorear su pendón por tierras extranjeras y que logró someter, hace apenas un año, las tropas sarracenas en Las Navas de Tolosa.

Todo el mundo le escuchaba atentamente. El caballero aragonés cobró aliento y, con el mismo tono trascendental y solemne, llevó su réplica todavía más lejos:

—Atrincherarse en nuestro campo, esperar el asalto enemigo, resulta propio de cobardes que no saben conducir adecuada y esforzadamente una guerra, ni son capaces tampoco de defender con bravura su linaje. Ahora comprendo, Raimon de Tolosa, que os hayáis dejado arrebatar, una tras otra, vuestras posesiones.

Las palabras ofensivas del alférez del rey alborotaron más aún a los miembros del consejo, y otros nobles tomaron entonces la palabra a favor y en contra de la propuesta, hasta que fue el propio Raimon quien dejó la decisión en manos del monarca, no sin antes añadir que, cualquiera que fuese su determinación, la aceptaría sin reparo. Dicho esto, visiblemente mortificado, el conde montó en su corcel, abandonó el consejo y se retiró a su tienda. Antes, sin embargo, sentenció:

—Sea como queráis. Pero no llegará la noche sin que veamos cuál de nosotros será el último en levantar su campamento y huir.

Expuestos tan contradictorios pareceres, el consejo se disolvió a la espera de conocer la decisión final del rey, que no tardaría mucho. El monarca era un hombre que se dejaba arrastrar por una impetuosa arrogancia, siendo como era vencedor indiscutible en el campo del amor y de la guerra, adulado por cortesanos y privados, halagado por una multitud de trovadores que cantaban sus alabanzas sin rubor ni medida. Un hombre así no podría conformarse de buena gana a las leyes de la prudencia, ni permitiría que fuese debida a los consejos de su cuñado y vasallo aquella gloria que ya empezaba a saborear entre sus labios. No es extraño, pues, que acabara inclinándose por rechazar la propuesta de Raimon y optara por un combate a campo abierto.

Entre tanto, alguien gritó con fuerte voz: «¡A las armas!», y todos se aprestaron a

prepararse para la hora temida y deseada. También don Pedro se revistió de su armadura, aun cuando resolvió intercambiar las armas de su escudo con un noble de su mesnada, siguiendo un hábito muy usual en la época.

Así pues, había llegado por fin el momento decisivo en el que los soldados sienten fraguar en su corazón una extraña mezcla de miedo y rabia ilimitados, puesto que toman conciencia plena de lo mucho que está en juego. Unos bruñían la espada o la lanza, otros murmuraban plegarias inaudibles... Jordan de Montastruc, el escudero del conde, hecho un manojo de nervios, iba de un lado a otro del campo tolosano ocupado en mil bagatelas. Por fin, deseoso de centrarse en una sola labor, se aplicó con desmesurado afán a sacar todo el brillo posible al escudo almendrado de su señor, así como a comprobar el buen estado de correas y braceras. Ya no faltaba mucho...

II

*Molt fo gran lo damnatge, e'l dol, e'l perdiment,
can lo rei d'Aragon remas mort e sagnens,
e molt d'autres baros, don fo gran l'aunimens
a tot lo crestianesme e a trastotas gens.*

Fueron grandes el desastre, el duelo y la pérdida,
cuando el rey de Aragón permaneció muerto y sangrante,
y muchos otros barones; y fue muy grande la vergüenza
para toda la cristiandad, para la humanidad entera.

(Guillermo de Tudela y anónimo, *Cansó de la Crozada*).

MIENTRAS TANTO, al otro lado de la llanura, en el interior de la villa amurallada, también los cruzados habían hecho penitencia, habían asistido a misa al rayar el alba y habían recibido el cuerpo de Cristo con manifiesta devoción. Los caballeros y los obispos celebraban igualmente su consejo, más pendientes de las sucesivas embajadas de paz que habían enviado al campo contrario que de armarse. Por ello, porque no esperaban todavía un inicio de las hostilidades, les sorprendió un repentino vuelo de piedras, flechas y jabalinas, así como el ataque imprevisto de un puñado de caballeros tolosanos en una de las puertas del arrabal. No era un pelotón muy numeroso y todo parecía indicar que, más que la conquista de la villa, aquella escaramuza pretendía provocar una salida a campo abierto de los cruzados.

Ésta fue, en efecto, la gota que colmó el vaso de la paciencia del caudillo del ejército de la Iglesia, Simón de Montfort, quien, henchido de ira, exclamó visiblemente irritado:

—Señores obispos, ya se ha visto que vuestras embajadas al campo enemigo no valen para nada y que, lejos de mejorar, la situación empeora. Todos hemos aguantado demasiado. ¡Así que ya va siendo hora de que deis vuestro permiso para luchar!

Rechazada prontamente la acometida de la puerta del arrabal, Montfort ordenó

que sus hombres se armasen de inmediato y aparejaron los caballos con gualdrapas, lorigas y sillas. Después, él mismo se equipó con su propia loriga y, de vuelta, al pasar ante la capilla, entró para inclinarse al pie del altar por última vez. Fue entonces cuando se le rompió el cinto de los calzones de malla, y más de uno de sus acompañantes vio en tal percance un augurio terrible. Pero Simón era un hombre de arraigadas convicciones y no se dejó arrastrar ni un solo instante por el mal presagio. Ni por éste, ni por haberse roto poco después una correa de la silla de su caballo de batalla, ni siquiera por haber recibido del animal un testarazo en la frente que lo dejó levemente aturdido...

Superados los contratiempos sin mengua de su ánimo, el caudillo de los cruzados montó a caballo, arengó enérgicamente a las tropas y, consciente de la inferioridad numérica de sus fuerzas, expuso con brevedad el plan de batalla que habría de resultarles sin duda más conveniente: salir hacia el campamento enemigo simulando atacarlo, pero retroceder de inmediato y atraer a los soldados aliados lejos de sus posiciones, con el fin de luchar a campo abierto contra ellos.

Cuando las tropas cristianas ya estaban a punto de desplegarse, uno de los obispos compareció frente a los caballeros cubierto con la mitra y revestido con los hábitos pontificales de color blanco y oro, llevando en sus manos tapadas con un velo un relicario que contenía un fragmento de la Vera Cruz. Encaramado en un mojón de piedra, el obispo los bendijo a todos solemnemente, al tiempo que proclamaba:

—¡Id en nombre de Jesucristo! ¡Por mi fe os garantizo que quienes caigan hoy en el combate obtendrán la recompensa eterna y la gloria del martirio!

Inmediatamente, y tras haber efectuado un acto de contrición, los caballeros de la cruz montaron a caballo y se dispusieron a abandonar la fortaleza. De forma simultánea, los siete obispos, los tres abades y una multitud incontable de clérigos se reunieron dentro del templo para rogar por el éxito de los soldados de la Iglesia, y tanta fue su vehemencia y tan fuerte su clamor que, más que rezar, parecía que aullasen.

Así pues, los cruzados salieron por una puerta lateral del castillo en tres escuadrones y, resguardándose bajo la muralla, franquearon la villa por el lado del río Garona. Posteriormente, cruzaron un arroyo y se encontraron frente a la llanura. Era mediodía, después de comer, y el cielo se había ido encapotando con un espeso manto de nubes.

El primer cuerpo del ejército aliado esperaba las tropas de la Iglesia en medio del campo. Y es que el rey don Pedro, valiente y audaz al mismo tiempo, no deseaba tampoco una guerra de hostilidades o un enfrentamiento a distancia, sino un combate abierto en el que su caballería, mucho más numerosa, pudiera medirse con la francesa y aplastarla. Así pues, y por razones distintas, la táctica de los dos caudillos era coincidente en la práctica. Pero el exceso de confianza de Pedro y la falta de una disposición ordenada y homogénea en el campo de batalla por parte del conjunto de su ejército alterarían muy pronto el pronóstico optimista del monarca.

Situadas frente a frente las dos huestes en medio de la llanura, la caballería francesa se lanzó contra la adversaria a través de una ciénaga. El choque fue terrible y el cielo tolosano se llenó de repente de un estrépito ensordecedor de escudos y lanzas que entrechocaban con una insólita furia.

Al primer escuadrón en pugna se superpuso inmediatamente un segundo cuerpo de ejército por cada bando, de modo que la confusión y el impacto de unos contra otros fue realmente indescriptible. Por todas partes volaban estandartes y pendones, yelmos y testeras rodaban por el suelo, cuerpos mutilados de hombres y animales malheridos se amontonaban en un informe revoltijo. Por otro lado, los relinchos y los resoplidos de los caballos cubrían el aire de aturdidores quejidos y, bajo el cielo gris de Muret, toda la planicie se llenaba de los gritos de rabia y de dolor de los caballeros malparados.

En todas partes podían verse espadas blandidas con un enorme esfuerzo, mazas de cobre y lanzas esgrimidas con increíble ímpetu contra los soldados adversarios, así como escudos y arneses que pugnaban por resistir y detener las embestidas, mientras bestias y caballeros chapoteaban penosamente por los pantanales de la llanura. Grupos de hombres despavoridos y maltrechos intentaban huir una muerte que parecía segura.

Mientras tanto, el rey don Pedro, siempre gallardo y temerario, lejos de permanecer según costumbre al frente del tercer cuerpo de reserva, había optado por encabezar el segundo escuadrón de su ejército, rodeado de su mesnada aragonesa. Y ello por la simple razón de que, cuando se acercaba la hora mágica y terrible del combate, el rey catalán sentía hervirle la sangre en las venas. Por otro lado, tenía una fe ciega en sus fuerzas y en su superioridad numérica, y ardía en deseos de entrar en batalla y poner término a la expansión de los cruzados por tierras occitanas. Así pues, rebasando el límite de lo que era aconsejable, pronto se encontró en medio del fragor de la contienda, montando su caballo de batalla y empuñando su larga lanza de fresno y hierro bruñido.

Los caballeros cruzados, al descubrir en medio del campo la oriflama del caudillo de las fuerzas aliadas, comprendieron de inmediato que si lograban abatir al rey el pronóstico de aquel combate incierto daría un vuelco definitivo. Incluso dos de ellos se habían juramentado, antes de ver el estandarte real, para buscar al monarca por todo el campo hasta matarlo o perecer en el intento.

Así pues, ansiosos por encontrar a don Pedro, los dos franceses buscaban en medio de la confusión el pendón fijado en lo alto de la lanza del monarca. Locos de rabia y ávidos de gloria, creyeron haberlo reconocido en el escudo de armas del desdichado caballero que había permutado las armas con su señor. Sin pérdida de tiempo, uno de los cruzados derribó a la infortunada víctima de un solo golpe de espada, pero comprendió en seguida que aquél no era el hombre que buscaba:

—Éste no puede ser el rey. El rey es mejor caballero...

Cuando Pedro les oyó, se le arrebató la sangre y gritó con voz potente y

ostentosa:

—¡Yo soy el rey!

Al instante, Pedro el Católico se vio rodeado de enemigos que le atacaban. Se entabló entonces un combate feroz en el que el rey hirió a un caballero francés con la lanza y lo derribó muerto en tierra. Después comprendió que la lanza ya no le servía, tal era la presión que recibía de parte de los franceses, de modo que tomó su espada en mano, la empuñó con sumo vigor y, cubriendo su flanco izquierdo con el escudo, abatió a tres caballeros rivales con sus golpes. Sin embargo, el cerco que le rodeaba a él y a su mesnada fue estrechándose de forma ineluctable, hasta que le hirieron de muerte de una fuerte lanzada y cayó del caballo en medio de un charco de sangre. El rey don Pedro tenía por aquel entonces treinta y seis años y siempre fue un hombre valeroso, un gran caballero que había seguido, al pie de la letra, la divisa de los de su linaje en las batallas que libraban: «O vencer o morir».

La noticia de la muerte del rey catalán se extendió en seguida como un rayo y, lógicamente, provocó el pánico y la huida como alma que lleva el diablo de caballeros y soldados que ya no podían contener el poderoso embate de la caballería francesa. De ahí a la desbandada general sólo transcurrió un lapso brevísimo de tiempo...

Entre tanto, Simón de Montfort, consciente del derrotero favorable que iba tomando la lucha entre las dos caballerías, abandonó el escenario principal de la batalla para intentar cubrir otros flancos igualmente necesarios: los infantes de la milicia tolosana y el grueso de la reserva de los aliados. Habiendo triunfado también en ambas misiones, aumentó más si cabe la desbandada masiva de las fuerzas aliadas, que se desperdigaron sin orden ni concierto por el llano. Y tras ellas se inició la persecución inclemente de los dos primeros escuadrones de las tropas de la Iglesia, que mataron a millares a los soldados fugitivos, atacándoles por la espalda y esparciendo por las ciénagas y los campos de rastrojos una carnicería terrible. Fue, realmente, una espeluznante mortandad.

Los demás, los supervivientes que iban más avanzados en su huida, corrían como endemoniados a campo traviesa, abandonando carros y bagajes, esquivando tiendas y obstáculos de toda especie, en desesperada búsqueda del río Garona, donde buena parte de los fugitivos no logró subir a las barcazas o nadar hasta la orilla contraria; así pues, también ellos encontraron muy pronto una muerte pavorosa, ahogados por la impetuosa corriente del río en aquel punto.

El estrépito del combate fue dejando paso a los gritos de dolor y a los quejidos de las víctimas. Y, entregándose a los impulsos más primarios, los soldados de la cruzada se dedicaron en cuanto terminó la batalla a rematar cruelmente a los heridos y a rapiñar de vivos y muertos cualquier cosa que llevasen encima: vestidos, armaduras, espadas y lanzas, dinero...

Así las cosas, no resultó nada extraño que cuando Simón de Montfort recorrió todo el campo buscando el cuerpo del rey don Pedro, acabase encontrando sus restos

completamente desnudos, con la boca abierta y una enorme herida en un costado, sin que ni siquiera una tela de la más humilde textura cubriese la figura, larguísima y esbelta de un hombre que fue tan poderoso y tan temido mientras vivió.

Simón tuvo palabras de pesar en homenaje a su rival. Y después, convencido en su fanatismo de que un milagro como aquél se debía a la mano directa de Dios y no a las fuerzas humanas, dio gracias al Todopoderoso por la victoria y se dirigió, a pie y descalzo, hasta la iglesia de la villa. Más tarde, los restos del monarca fueron entregados a los frailes hospitalarios y acabaron finalmente, años después, en el monasterio de Sigena, un apartado lugar de las tierras de Aragón.

En un extremo del campo de batalla, allí donde acampaban las tropas aliadas, los condes de Tolosa y de Cominges y el vizconde de Bearn habían contemplado la prematura derrota de los escuadrones de vanguardia. Se hallaban tan lejos porque tenían asignado el ataque final en el combate de la llanura y, además, se mostraban desdeñosos con una táctica que no compartían.

En cuanto tuvieron noticia de la muerte del rey don Pedro optaron por retirarse en seguida con el grueso de su ejército, de modo que éste ni siquiera llegó a entrar en combate. A pesar del derrotero previsible y fatal de la batalla, fue aquélla una huida precipitada y no muy honorable, que intentaba evitar más muertes inútiles y que terminó por desequilibrar notablemente la ventaja numérica de las fuerzas confederadas.

Tropas, caballos, carros y máquinas de guerra del conde de Tolosa se apresuraban, pues, a alejarse de aquel lugar maldito, protegidos en la retaguardia por un pelotón de caballeros y algún escudero, entre los cuales Jordan de Montastruc. De repente, justo después de cruzar un rodal manchado de carrascas, la guarnición rezagada recibió el ataque por sorpresa de un puñado de hombres armados procedente del campo de batalla. Y allí se entabló una breve prolongación de la contienda, con las espadas resonando contra el acero de los escudos y los cascos.

Jordan tuvo la mala fortuna de verse de pronto rodeado por tres caballeros adversarios. Siendo como era un hombre valeroso, se resistió a las embestidas cuanto pudo, haciendo voltear su caballo de un lado a otro y blandiendo el arma en todas direcciones. Pero fue inútil, puesto que se hallaba en franca desventaja tanto en la defensa como en la montura: al fin y al cabo, un escudero como él no podía llevar ni yelmo ni ristre para la lanza, y no iba calzado ni con escarpe de hierro ni con espuelas doradas, sino tan sólo con borceguíes de ternero blanco y espuelas de plata... Se trataba, pues, de un combate desigual que unos caballeros nobles nunca hubieran proseguido contra un simple servidor del conde de Tolosa.

Primero fue una lanzada que le desgarró la brafonera de malla que le cubría el brazo izquierdo; después, un golpe preciso de la espada de otro francés, que le golpeó justo por debajo del casco de hierro y le partió el pedazo de almófar que le protegía la nuez del cuello. El corte afilado de la hoja le abrió una enorme brecha en la garganta, que lo hizo caer muerto en el acto y cubrió de salpicaduras de sangre el rostro del

francés que acababa de matarlo.

Poco después, el cuerpo de Jordan fue rescatado de milagro gracias a un amigo que se atrevió a volver atrás para llevárselo. Él mismo lo entregó a su viuda, Estèla, que derramó por su esposo lágrimas amargas y lo enterró en Montastruc, la villa cercana a Tolosa que lo había visto nacer. A sus veintiún años, aquel joven escudero, fiel a su señor hasta el último instante de la vida, había sabido luchar y morir como si ya hubiera recibido las armas de caballero que soñaba.

El llanto y las oraciones lo acompañaron, pues, hasta la tumba; mientras tanto, no muy lejos de allí, en uno de los aposentos del castillo de Tolosa, una niña de poco más de un año —de nombre Vierna— ignoraba la desdicha de su padre y sollozaba con desespero por el hambre que sentía. En su tierna edad, no conocía aún la señal imborrable que conlleva la orfandad.

Ciertamente, las lágrimas y los sollozos se extendieron por todo el condado de Tolosa, ya que no existía casa donde no hubiera un muerto o un prisionero a quien llorar. Y la maldición de Muret dejó un rastro perenne en la memoria de las gentes de aquella época, e incluso en muchas generaciones posteriores, puesto que sus perniciosos efectos para la causa occitana se hicieron sentir por mucho tiempo, hasta borrar el espejismo de un hermoso sueño.

Para los catalanes, la derrota de Muret significó el final de su expansión hacia el norte, por las bellas tierras del Languedoc, y hoy mismo muchos se siguen preguntando todavía qué habría sido de su patria si la historia no se hubiese mostrado tan poco propicia con ellos.

Finalmente, para los hombres y mujeres de la *Iglesia de los amigos de Dios*, los herejes cátaros, tan enemigos de la guerra y de la violencia, la derrota de las fuerzas aliadas suponía un paso enorme de la cruzada y, en consecuencia, el agravamiento de una persecución cada vez más implacable.

III

*Ara no vei luzir solelh,
tan me son escurzit li rai...*

Ahora ya no veo el sol brillar,
tanto se me han oscurecido sus rayos...

(Bernart de Ventadorn, trovador, siglo XII).

EN LAS SEMANAS y los meses posteriores a Muret, Simón de Montfort aprovechó su victoria para ampliar notablemente sus dominios. Convencido de contar con la ayuda de Dios, allí donde encontró resistencia completó su triunfo con la demolición de las murallas o la quema de los herejes en enormes hogueras en el centro de las plazas. Aun así, el caudillo de los cruzados se abstuvo de sitiar Tolosa, dando paso a una negociación larga y compleja con los cónsules de la ciudad.

La desolación y el luto se apoderaron durante mucho tiempo de la capital del condado. La milicia urbana quedó en gran medida desmantelada, muchos de los prisioneros fueron torturados hasta la muerte y sólo unos pocos pudieron regresar a sus casas tras pagar un considerable rescate. Toda la ciudad se hallaba anonadada, dolida, lamiendo sus heridas...

Y, naturalmente, cada hogar lloraba sus propios muertos. Estèla, la viuda de Jordan de Montastruc, vestida ahora con gonela morada y manto negro, no conseguía acostumbrarse a la ausencia de su esposo. Sentía el desconsuelo de haber perdido en Muret a aquel que, siendo tan extraño y forastero el primer día, al cabo del tiempo se le hizo indispensable. La cama se le había ensanchado con un vacío desolador y su piel turgente reclamaba anhelante las caricias y besos a los que de buena gana se había acostumbrado. Las noches eran largas, pobladas de clamorosos silencios, y a veces los sueños la torturaban con vivísimas imágenes de su marido o con escenas del pasado que él mismo le había descrito mientras vivía.

Así, por ejemplo, Jordan se le aparecía a menudo con unos cuantos años menos,

concretamente el día en que le nombraron escudero. Veía en su sueño a sus padres acompañándolo emocionados hasta el altar de la basílica de Sant Serni. Él llevaba un cirio blanco y no dejaba de sonreír. Después, el sacerdote celebrante tomaba una espada y un talabarte y, tras bendecir arma y cinturón, se los ceñía con toda solemnidad. A continuación, el padrino y la madrina prometían amor y lealtad en su nombre y le calzaban la espuela de plata. De repente, y sin transición posible, el sueño se trasladaba a un tenebroso campo de batalla en el que Jordan, el leal escudero, resultaba herido de muerte: del cuello le manaba sangre a borbotones, y el rojo manantial resultaba tan abundante que terminaba por cubrirlo todo, y no paraba de manar y de inundar todo el aposento... hasta que Estèla se despertaba sobresaltada, con el cuerpo empapado de sudor y el corazón encogido y atribulado por su delirio... Ya no encontraba distracción ni consuelo en las habladurías y en los juegos de los aposentos de las mujeres. Sólo los gritos repentinos de la chiquillería del castillo y el llanto y las sonrisas de Vierna aliviaban una pena tan abrumadora. Pero cuando la niña se dormía y el silencio se apoderaba de nuevo de la alcoba, las lágrimas se deslizaban por el rostro de Estèla y sus manos buscaban a tientas el consuelo de otra mano protectora. Entonces, se sentía completamente sola en este mundo...

Por otra parte, la vida del castillo condal y de toda la ciudad de Tolosa había perdido su antigua alegría, como si esperasen nuevos acontecimientos dolorosos que tarde o temprano acabarían por llegar. La vida galante había desaparecido, los trovadores tan sólo escribían versos rebosantes de tristeza y los juglares de pronto habían hecho enmudecer los laúdes y las violas. ¿Adónde habían marchado las nobles damas que lucían sus generosos escotes o sus mantos de piel de vero o de tejido de seda? ¿Por qué no arrastraban ya tras de sí las largas colas de sus túnicas, abrochadas con cierres de pedrería? ¿Por qué ya no cubrían su rostro con colorete rojo en los pómulos, con un poco de azul bajo los ojos, con un punto de azafrán o de blanquete en sus mejillas?

La vida callejera se había contagiado igualmente de melancolía y de tristeza. ¿Dónde estaba aquel bullicio que antes subía de las plazuelas, aquel vocerío interminable de los puestos del mercado? ¿Y aquella hermosura de mercancías procedentes de países exóticos? ¿Qué fue de los esclavos de Nubia, de los moros de Granada, de los cautivos de Bagdad, que llenaban las calles de una coloración pintoresca? Todo parecía mudo y silencioso, los portales y las ventanas permanecían siempre cerrados, las cortes principescas habían enterrado el lujo y la brillantez de sus fiestas, los gritos y las risas de su antiguo galanteo.

Las iglesias se llenaban de viejos y nuevos feligreses, que lloraban por los familiares difuntos y por sí mismos. Y todos y cada uno establecían con su propio dios una comunicación singular, mediante unas prácticas religiosas muy variadas que convivían armónicamente. Sin embargo, la cruzada había provocado una considerable dispersión entre las filas de los cátaros, muchos de los cuales abandonaron el condado

de Tolosa en búsqueda de lugares más seguros.

De su reciente tristeza, Estèla hallaba consuelo asistiendo de vez en cuando, en casas particulares de confianza, a las predicaciones que algún *bon home*^[2] seguía impartiendo, a pesar de los malos tiempos que corrían. Y es que, desde muy pequeña, la habían educado en la *entendensa*^[3] del bien y del mal y en los ritos de la Iglesia de aquellos que se denominaban entre sí *buenos cristianos*. Su propio padre le había explicado y repetido mil veces que, a diferencia de lo que predicaban los católicos en el templo, todo, desde siempre, estaba gobernado por dos principios, uno bueno y otro malo. Decía, asimismo, que este mundo terrenal —y todo lo visible: el cielo, el mar y los peces, el sol, la luna y las estrellas, la nieve y la lluvia, todos los seres vivos— era obra del dios malvado. En cambio, más allá de ese mundo de corrupción y de mal, donde la vida es tan precaria y dolorosa, donde reinan las guerras, las epidemias y la muerte, existe otro formado por unos espíritus incorruptibles que el Dios de verdad y de justicia había creado en el origen de los tiempos.

Estèla recordaba vívidamente un día no muy lejano de su primera adolescencia, cuando su padre ordenó que la despertaran más temprano que de costumbre y, con un insólito gesto, se presentó por sorpresa en la habitación en la que ella dormía. Entonces, sentado junto a ella en la cama, le anunció con gran solemnidad que ya era lo bastante mayor y lo bastante juiciosa como para asistir a una predicación de su obispo en una casa de una noble dama, en Lavaur, a menos de una jornada de marcha desde Tolosa.

Aquél fue, pues, un día especial; por encima de la camisa de lino, la ataviaron con la gonela de color rosado y el manto rojo de los días festivos, y le recogieron la melena con una cofia de seda. Y, habiendo entrado en la mansión, a Estèla le sorprendió la diversidad de las gentes y la gentileza natural de la señora de la casa, que recibía a todos en la puerta e iba acomodando a los invitados con un gesto cordial y una franca sonrisa en los labios.

Cuando vio al obispo Estèla tuvo un desengaño, pues esperaba los fastos y las pompas de la Iglesia católica que en alguna ocasión había visto en Tolosa, en la basílica de Sant Serni. Aquel hombre, por el contrario, sólo vestía un hábito negro de paño burriel y se cubría con un capuchón, y no llevaba cruces, ni mitras, ni báculos, ni zapatos de colores ni pedrería: sólo un cordón que le ceñía la cintura y un estuche de cuero donde guardaba un libro. Era de mediana edad, tenía el cabello largo y la barba abundante y hablaba con una cadencia pausada y tranquila.

Aquel día, que quedó grabado para siempre en la memoria de la niña, el obispo habló a sus fieles de la creación del mundo. Y lo hizo con palabras llanas y sencillas, como si narrara un cuento, con el fin de que pudiera comprenderle aquel auditorio tan heterogéneo que le estaba escuchando:

—Al principio de todas las cosas, el maligno se propuso subir al cielo y establecer allí su trono porque quería parecerse al Altísimo. Fue una gran batalla, terrible y cruenta, pero Satanás fue derrotado y cayó, y hay quien dice que en su caída se

quebró el firmamento de cristal que contenía la tierra y los siete cielos que el mismo diablo había creado. Así pues, el príncipe de las tinieblas se vio obligado a permanecer durante años y años en las puertas del paraíso, siempre pensando y pugnando por entrar. Hasta que un día, valiéndose de la sorpresa y del engaño, consiguió penetrar en el Reino. Allí se dirigió a los espíritus creados por el Padre celestial, les convenció de que vivían sometidos y les ofreció bienes terrenales que no conocían. En definitiva, les hizo creer que serían como dioses.

Mientras hablaba, el gran retablo de los orígenes del mundo, coloreado y repleto de vistosas imágenes, se iba desplegando ante los ojos abiertos de par en par de aquella gente humilde, y de aquella adolescente que escuchaba al obispo embelesada. Pero todavía estaba por llegar la parte más sustanciosa, que el clérigo cático fue espaciando con una voz siempre pausada:

—De este modo, Satanás arrastró a una tercera parte de las criaturas del cielo, que cayeron como una lluvia espesa, más prietas que las puntas de la hierba fresca de nuestros prados. Así sucedió durante nueve días y nueve noches y, junto a los espíritus seducidos por el dios extranjero, hubo otros que cayeron por descuido, como arrastrados por una especie de vértigo. Hasta que el Padre de los cielos, advertido por los espíritus fieles de lo que estaba aconteciendo, se levantó de su trono, puso el pie encima del agujero por donde se deslizaban los espíritus pecadores, y advirtió a los que quedaban que, si se movían, nunca jamás tendrían reposo; y a los espíritus que caían: «Podéis iros, de momento».

La tensión del auditorio se iba incrementando por momentos, hasta el extremo de que una muchacha que estaba junto a Estèla no pudo evitar preguntar en voz alta:

—¿Y qué fue de los espíritus pecadores?

El obispo respondió a continuación:

—Una vez caídos hasta la tierra, los espíritus celestiales se acordaron del bien que habían perdido y se afligieron por el mal que habían encontrado. Viéndoles tan apesadumbrados, el diablo les dijo que entonaran un cántico al Señor, tal como tenían por costumbre. Ellos le respondieron aquello que leemos en los salmos: «¿Cómo podríamos cantar cantos al Señor en una tierra extranjera?». Incluso hubo uno que se dirigió sin miedo al Dios malvado y le preguntó: «¿Por qué nos engañaste y nos hiciste abandonar el cielo para seguirte? El diablo le respondió que jamás regresarían al cielo, puesto que pensaba cubrir cada uno de aquellos espíritus con una túnica de piel, hecha de tierra de olvido, de la que nunca podrían salir: unos cuerpos de carne en cuyo interior perderían el recuerdo de los bienes y la alegría de que habían gozado en el cielo.

Ahora la gente se agitaba inquieta en los bancos de madera y en los escabeles, a la espera de una señal de salvación que se hacía de rogar. Pero el hombre barbudo del hábito negro, sin prisa alguna, fue administrando sabiamente el final de aquella historia:

—Cuando llegó el tiempo de gracia, Dios envió a su hijo al mundo a predicar el

reino de su Padre. Es decir, vino a recordar la patria celestial a las almas dormidas y prisioneras en la túnica de piel y a enseñarles el gesto libertador que podía devolverlas a la eternidad y liberarlas del mal y del tiempo. Este gesto de libertad y de salvación es el bautismo por el Espíritu, el *Consolament*, que Cristo transmitió a sus apóstoles con la imposición de las manos.

Por fin la gente había comprendido plenamente la lógica del discurso del obispo, que les había conducido a un desenlace de esperanza y salvación. Pero todas estas explicaciones, por más que hubieran sosegado su ánimo, no completaban íntegramente el círculo. Por ello, aprovechando una breve pausa del sermón, la misma muchacha desenvuelta intervino de nuevo para preguntar:

—Perdonad, mi señor, pero ¿qué ocurrirá con el espíritu que vive en nuestro interior cuando el mundo haya durado ya muchos años?

El obispo sonrió, como si ya esperase una pregunta tan natural:

—El espíritu se salva si habita en la bella túnica de un buen cristiano, y no en ninguna otra persona, ya sea ésta católica, judía o sarracena. Y cuando llega la hora de la muerte, el cuerpo de carne se destruye, mientras que el espíritu se eleva hacia la gloria acompañado de legiones de ángeles y en medio de una luz deslumbrante, siete veces más luminosa que el mismo sol. Y allí, en la tierra de los vivos, en el paraíso, el espíritu se une al cuerpo original y espera confiado el último día. Cuando llegue ese momento, y sin necesidad de juicio alguno, los espíritus alcanzarán la resurrección definitiva y la visión de la faz de Dios. Y habrá tanta alegría que nuestros hermanos saltarán los unos encima de los otros como los corderos sobre la hierba de los prados o sobre la paja de los campos. Por su parte, el mundo del maligno será completamente destruido. Ya no habrá, pues, manifestación posible del mal y todo volverá al origen de los tiempos.

—Pero los clérigos que predicán en los templos nos asustan con la visión del infierno, donde dicen que arderán eternamente las almas que se hayan condenado — insistió un hombre mayor de pelo gris.

—Ellos hablan con palabras vanas —replicó inmediatamente el obispo cátaro—. Yo, por el contrario, os digo que, al final de los tiempos, todas las almas serán salvadas, porque sólo al bien pertenece la eternidad. Olvidad, pues, el luego eterno de un infierno imposible y recordad lo que acabo de deciros: cuando el último espíritu haya abandonado este mundo bajo y perverso, esta tierra de tribulación, las obras del mal desaparecerán para siempre.

Y, finalizada la prédica, aquella gente se fue levantando de su banco, en silencio, y abandonando la casa de Lavaur con el corazón enardecido por una esperanza. Así lo hicieron también Estèla y sus padres, y el recuerdo de aquel día y la fe que le había sido transmitida acompañaron siempre a la muchacha.

Pero ahora el mundo había dado un vuelco, muchos de los *bons homes* habían tenido que abandonar aquella Tolosa amenazada, y la ciudad tan alegre y bulliciosa de antaño vivía hoy en el espanto y en la tristeza. Y, por encima de todo, un caballero

desconocido, que llevaba cosida en el pecho la cruz de la guerra santa, había empuñado la espada contra el cuello indefenso y contra la propia vida de Jordan. Parecía realmente como si la obra de creación del príncipe de las tinieblas siguiera actuando día tras día, como si no existiera esperanza ni un mañana para los *buenos cristianos* y para la tierra occitana.

Y, a pesar de su carácter resuelto, el ánimo de aquella joven viuda flaqueaba ante un futuro tan incierto y ante tanta desdicha. Pero a menudo, cuando más oscuros eran sus pensamientos, se le acercaba Vierna gateando con las mejillas coloradas, sus carnes rollizas y una sonrisa que le iluminaba la cara. Y los malos presagios se desvanecían de golpe, pues Estèla, sacando fuerzas de flaqueza, pensaba entonces que no era posible que no existiera un mañana para una criatura como aquélla...

IV

*E venc toit drei la peira lai on era mestiers
e feric lo comte sobre l'elm, qu'es d'acers,
que'ls olhs e las cervelas e'ls caichals estremiers,
e'l front e las maichelas li partic a cartiers,
e'l coms cazec en terra mortz e sagnens e niers...*

Y fuese la piedra directamente donde debía
e hirió al conde sobre el yelmo, que es de acero,
de modo que los ojos, el cerebro y las muelas traseras,
y la frente y las mandíbulas le saltaron a pedazos,
y el conde cayó en tierra muerto y sangrante y negro...

(Guillermo de Tudela y anónimo, *Cansó de la Crozada*).

PASARON VARIOS años. Las acciones militares y diplomáticas cambiaron a menudo de escenario, así como las alianzas y las rupturas entre los poderes de la Iglesia y del mundo. Períodos de paz y de calma alternaron con brotes de guerra más o menos esporádicos. Las villas y ciudades, y los títulos nobiliarios que establecían su dominio, cambiaron de manos en varias direcciones. A decir verdad, y tal como suele ocurrir desde que el mundo es mundo, detrás de las grandes palabras, a la sombra de la presunta defensa de la fe católica, la codicia natural de los hombres y los intereses políticos movían en realidad todos los hilos de la historia.

Tras muchas vicisitudes, Simón de Montfort había logrado ser investido finalmente conde de Tolosa y, temeroso de los sentimientos del pueblo, había ordenado derribar las murallas de la ciudad y abrir un foso lleno de agua alrededor del palacio condal que había caído en sus manos. Mientras tanto, despojados de la mayor parte de sus bienes, el conde Raimon y su hijo —el *conde joven*, Raimon VII — tuvieron que alejarse del solar patrio e instalarse en la Provenza.

Así pues, y a pesar de las muertes y las hogueras, podía decirse que tal vez la cruzada no había conseguido extirpar la herejía, pero en cambio sí había instaurado por la fuerza una nueva legalidad en las tierras del Languedoc, con la autoridad

superior del rey de Francia. Aun así, los pueblos y las villas se levantarían muy pronto contra esta forzada imposición, y la gente se alinearía de nuevo junto al estandarte del *conde natural* y contra el *señor postizo*.

Mientras esto sucedía, la pequeña Vierna iba creciendo, ajena a las desdichas de su propia ciudad. Vivió, eso sí, un obligado traslado de residencia, pues la llegada de Montfort al castillo condal había dispersado la corte y había obligado a Estèla a huir y a buscar cobijo en la gran casona de una familia amiga, gente noble de fe católica. Ambas, madre e hija, eran cada vez más pobres, ya que sólo poseían lo que les reportaba el dote de Estèla y unos pocos muebles: una cama grande de cinco tablas, una cuna, una mesa y un arquibanco, algo de vajilla, un cofre de madera de álamo encorado y una caja de madera de nogal...

En aquellas fechas de tanto ajetreo, Vierna pudo ver a su madre agobiada y, finalmente, abatida cuando el noble que las había acogido fue detenido primero como rehén y desterrado después. Pero el mundo de los niños apenas conoce las cuitas que afligen a los mayores, de modo que el tiempo feliz de aquella criatura transcurría comiendo y durmiendo, corriendo y saltando, jugando con muñecas de trapo, peonzas y cascabeles de porcelana.

Desde su más tierna infancia, su madre le explicaba cuentos y le cantaba canciones y, al llegar a cierta edad, se ocupó de que aprendiera las primeras letras. De forma más discreta, le enseñó igualmente la oración más importante de todas, aquella que sólo podían pronunciar en voz alta los *bons homes* y las *bonas donas*, aquella que la niña ya empezaba a recitar sin comprender palabra:

—*Pater noster qui es in celis...* Padre nuestro celestial, sea bendito tu nombre y alabado por ser santo. Danos tu reino. Hágase tu voluntad en el cielo y la tierra. Danos hoy el pan de sostenimiento de nuestra vida...

Así lo decía Estèla y así lo repetía Vierna de modo inconsciente, puesto que los fieles de su Iglesia nunca mencionaban «el pan nuestro de cada día», sino «el pan supersustancial», «el pan de sostenimiento», que significaba no un alimento para el cuerpo, sino la ley de Cristo que ha sido dada a todos los pueblos. Y a pesar de la maldad que las rodeaba, pronto la madre fue enseñando también a Vierna, una tras otra, las sagradas reglas de no matar, no cometer robo ni deshonestidad, no mentir ni levantar falsos testimonios, no jurar, no blasfemar ni maldecir a nadie...

En el exterior, la vida parecía transcurrir completamente inmóvil y resignada, pero algo se estaba tramando en secreto bajo aquella superficie calma. Aprovechando que Simón de Montfort se había ausentado por un tiempo y que la guarnición cruzada se hallaba encerrada dentro de los muros del palacio del conde, los nobles de Tolosa decidieron conjurarse en un movimiento de resistencia para lograr el retorno por sorpresa del conde Raimon y, a continuación, promover un alzamiento de toda la ciudad. Y, en efecto, un día de septiembre de 1217, cuando se habían cumplido justo cuatro años de la derrota de Muret, el viejo Raimon se presentó en su añorada ciudad entre aclamaciones y la desbordante alegría de las gentes.

Aquel día, alertada por los nobles de la casona y por la algarabía de las calles, Estèla tomó en sus brazos a su hijita de cinco años y le dijo:

—Ven, mi cielo, que hoy es un gran día para nosotros y no quiero que te lo pierdas.

La niña miraba con ojos muy abiertos a su madre, sin comprender nada en absoluto...

—Hoy, Vierna, vuelve a casa el conde Raimon, el príncipe legítimo de Tolosa y el hombre que fue señor de tu padre...

A continuación, Estèla bajó las escaleras con alborozo y, así que llegó al portal de la entrada, se le inundaron los ojos de lágrimas al ver las tropas del conde y, chasqueando al viento, los rojos pendones con la cruz perlada de Tolosa. La multitud, igualmente conmovida, besaba las cotas de seda de los caballeros y se arrodillaba con los brazos extendidos para dar gracias al cielo. Un clamor de libertad, y también de venganza, resonó por todas partes.

La ciudad, privada de murallas, de torres y de armamento ofensivo, pero enardecida ahora por el retorno de su señor, se movilizó en muy pocas horas, puesto que había que prever la furiosa reacción de Simón de Montfort en cuanto regresara. Las iglesias se convirtieron en fortaleza, el castillo condal donde se alojaba la guarnición de los cruzados fue aislada con fosos y empalizadas, todo el mundo ayudaba a reconstruir muros, torres y barbacanas a lo largo de las antiguas defensas. De noche y de día, una gran efervescencia se apoderó de todos los tolosanos, sin distinción de clases: hombres, mujeres y niños aportaban sus brazos o se proveían de picos y palas para hacer barricadas, terraplenes y trincheras.

Y así, cuando se produjeron las primeras escaramuzas de los cruzados, desde el exterior de la ciudad o desde el castillo condal, fueron todas rápidamente abortadas a fuerza de entusiasmo y de bravura, contando tan sólo la mayoría de las veces con la precaria ayuda de las ballestas, los garrotes y las piedras. Mientras tanto, nobles y barones de todas las procedencias, residentes o dispersos por las comarcas vecinas, hasta más allá de los Pirineos, acudían a Tolosa para unirse al conde Raimon y reforzar la defensa.

Transcurrió un largo invierno en medio de aquel asedio y, con el paso del tiempo, la ciudad se halló cada día más reforzada y protegida. Torres y murallas se levantaban de nuevo hacia el cielo, los talleres de herreros, carpinteros y maestros de obras prácticamente no dormían y, en puntos estratégicos, aparecían maganeles, trabuquetes y otras máquinas de lanzar proyectiles. Vituallas de toda clase y armamento ligero seguían entrando en la ciudad por medios increíbles. Mientras tanto, nuevas escaramuzas procedentes del bando de Montfort fueron fracasando una tras otra.

Finalmente, llegó la primavera y vino la Pascua, y nuevos refuerzos impulsaron a los cruzados a intentar de nuevo un asalto a la ciudad asediada. Pero cuando más angustiada era la situación de los defensores, la llegada del *conde joven*, el hijo de Raimon, con un poderoso ejército, renovó el entusiasmo popular. Y corrió la voz de

que ese día glorioso el estandarte del león rampante de los Montfort, que flameaba en lo alto de una torre del palacio condal, se desplomó sin que nadie lo hubiese tocado siquiera...

El tiempo corría en contra de los cruzados, pues a Simón de Montfort ya no le quedaba dinero en las arcas con el que pagar a sus mercenarios ni para procurar víveres a sus tropas. Sus caballeros se consumían en la espera prolongada del asalto definitivo y algunos vacilaban y empezaban a inclinarse por abandonar el asedio. Alarmado y fastidiado él mismo, roído por su orgullo y por su temible cólera, la respuesta del caudillo del ejército de Dios no se hizo esperar mucho: el ataque final empezaría, por fin, el día de San Juan de aquel 1218.

En su estrategia ofensiva, Simón de Montfort depositó sus esperanzas en un arma impresionante, una máquina de guerra conocida con el nombre de *gata*. Se trataba de una enorme casa de madera montada sobre ocho ruedas, cubierta con cuero crudo de buey para que el techo fuera incombustible y reforzada en los costados con placas de hierro y acero: hasta cuatrocientos caballeros y ciento cincuenta arqueros podían alojarse dentro del vientre de aquel monstruo. Pero el primer día del combate decisivo, y a consecuencia de la intervención de los artilleros de Tolosa, la gata sufrió varios desperfectos y muy a menudo quedó inmovilizada debido a las bajas constantes entre los servidores de la máquina. Por ello los defensores de la muralla, antes tan sobrecogidos por la estampa de la bestia, gritaban ahora a voz en cuello desde las almenas:

—Dama gata, traidora, ¡ya no podréis cazar ratones!

Al día siguiente, dentro de los muros de la ciudad, una mujer resuelta y trabajadora madrugó más de lo habitual. Todavía estaba a oscuras y únicamente el lucero del alba centelleaba en medio de la bóveda del cielo. Sin hacer ruido, vistió a su hija medio dormida y la condujo a toda prisa hasta la casa de una cuñada de edad proecta. A decir verdad, Estèla se había convertido, también ella, en una obrera y una luchadora tenaz en defensa de su querida ciudad.

Era una mujer humilde, mal preparada para los embates de una época turbulenta, pero se sentía empujada por una fuerza interior y por un odio furibundo contra aquella gente extranjera. Asimismo, y en los rincones más recónditos de su apenado corazón, se sentía impulsada también por la firme voluntad de seguir la senda de justicia y de coraje que le había mostrado aquel esposo difunto a quien, a pesar del tiempo transcurrido, no lograba olvidar ni un solo instante. Deseaba ver, ayudar, compartir, incluso luchar si hacía falta, junto a los suyos. Hacer algo por defender el honor de Tolosa y el *paratge*, es decir, la nobleza y la libertad de corazón de su linaje.

Todo el mundo decía que aquel día iba a ser definitivo en el asedio. Y Estèla se sumó de buena gana a un puñado de damas nobles y de muchachas que, en lo alto de la muralla, cuidaban de las catapultas que un maestro carpintero había construido. No muy lejos de allí podían distinguir, entre las luces del alba, la temible silueta de la gata, afortunadamente distante todavía del foso donde pretendía plantarse.

Era, aquélla, la hora en la que el centinela da la voz y, en la mágica quietud de la transición entre la noche agonizante y el día que apenas empezaba a despertar, parecía como si la vida misma permaneciera en suspenso. A pesar de lo avanzado de la primavera, corría un poco de fresco y, en la cumbre de las atalayas, una ligera brisa hacía restallar sordamente los estandartes y las banderas. Grupos dispersos de hombres y mujeres en silencio esperaban expectantes el primer rayo del sol. Nadie se atrevía a quebrar la aparente inmovilidad del tiempo, pero todos sentían una angustia inefable y administraban su propio miedo como podían. Mientras tanto, abajo en la pradera, y como si la naturaleza quisiera ignorar la huella destructora de los hombres armados y de las máquinas, el beso del alba rociaba las hojas con la misma ternura que todas las mañanas.

De repente se oyó un grito ensordecedor, que en seguida se convirtió en un prolongado eco que resonaba a lo largo del lienzo de la muralla. Inmediatamente, y siguiendo el ritmo del despliegue de las enseñas y del sonido de los cuernos, los soldados y las máquinas del ejército de la Iglesia de Roma se pusieron en marcha y reanudaron el asalto. Pero, al mismo tiempo, pudo escucharse también un gran clamor de respuesta, procedente de lo alto de la muralla, que decía: «¡¡¡Tolosa!!! ¡¡¡Tolosa!!!». Yelmos y escudos brillaban en la llanura, mientras los dardos y las piedras de los defensores salían silbando de las troneras. Pronto los fosos y los taludes se cubrieron de moribundos y de cadáveres, mientras caballos sin jinete relinchaban y agitaban arriba y abajo, descarriados, su poderosa testuz.

En el campamento de los cruzados, Simón de Montfort estaba asistiendo a la misa de alba mientras el combate ya se había reanudado con mucho ímpetu. Alertado acerca de los avatares del asalto, esperó que el sacerdote alzara la hostia consagrada y, seguidamente, se presentó en el campo de batalla para guiar a sus tropas. De modo simultáneo, y desde la muralla, los arqueros redoblaron sus tiros y las mujeres intensificaron los lanzamientos de proyectiles con las catapultas.

De pronto, una enorme piedra bien dirigida fue a chocar con tanta precisión contra el yelmo de acero de Montfort que su cerebro reventó como si fuese una granada. Cayó al suelo herido de muerte, mientras la sangre fluía por la hendidura de sus ojos y los respiraderos del casco, así como también por la junta del cuello hasta empapar la cofia de mallas. Todo quedó en suspenso por unos instantes hasta que muy pronto, como si se tratara del creciente rugido de una mar embravecida, se levantó un clamor desde dentro de las murallas y se extendió como un relámpago por toda la ciudad:

—¡Ha muerto! ¡¡¡Ha muerto!!!

Estèla y las mujeres de los trabuquetes gritaban sin saber muy bien cuál de aquellas manos había tenido una puntería tan precisa, y pronto sus clamores de alegría quedaron ahogados por el toque de los cuernos, las trompas y los clarines que celebraban tan fausta noticia.

Así pues, *la espada de Dios*, el hombre despiadado que había vencido en Muret y

en tantas otras batallas, murió frente a Tolosa, la ciudad a la que quiso ver completamente demolida, piedra sobre piedra. Las gentes de la tierra del Languedoc dieron gracias al cielo por la muerte de aquel guerrero ambicioso que, sin ningún tipo de clemencia, había asolado su país a sangre y fuego. Por el contrario, los cruzados, aquellos que le habían acompañado en la sangrante campaña *d'envilir paratge*^[4], no tuvieron otra opción que llevarse el cuerpo exánime, tras haberlo preparado cuidadosamente a la manera francesa, es decir, tras hervir los restos para separar del esqueleto la carne y las entrañas. Después esculpieron encima de su sarcófago el símbolo del león rampante, junto con una inscripción que decía: «Gloriosísimo mártir de Jesucristo»...

En la ciudad, pues, todo el mundo se abrazaba por los baluartes y por los caminos de ronda, y era tanta la euforia de los tolosanos que nadie se apercibió de la muerte instantánea de Estèla. Una flecha anónima y perdida había subido zumbando desde la pradera cercana y, deslizándose entre dos almenas de la muralla, había logrado el raro acierto de alcanzar a la madre de Vierna justo en medio del pecho. La mujer viuda cayó en silencio sobre un saco de arena y sólo un breve gemido precedió a su sigilosa muerte. Su rostro, tan terso y joven todavía, llevaba la marca del coraje que siempre la había distinguido. Y no fue hasta al cabo de un rato que una de sus compañeras reparó en el cuerpo tendido que yacía no muy lejos de donde ella misma todavía reía y saltaba...

Ésta es la paradoja, tan cruel y tan absurda, de la guerra. Cuando los vencedores hacen sonar sus clarines de victoria, cuando los supervivientes levantan los ojos al cielo y se palpan el cuerpo para asegurarse de que todavía siguen vivos, cuando los gritos de alegría se apoderan del aire irrespirable por la sangre y el hedor, el propio campo de quienes han vencido se muestra de repente sembrado de cuerpos sin vida, de miembros desgarrados y pestilentes, de terribles quejidos y de lágrimas que jamás encontrarán consuelo. Y se miran unos a otros sin comprender, porque nadie puede entender que las risas y los llantos, mezclados de indistinta forma, puedan convivir con tanta impudicia entre las personas de un mismo bando. De igual manera, el absurdo de la muerte de Estèla se pintaba ahora en el estupor de aquellas mejillas todavía rosadas, de aquellos ojos cerrados que parecían dormir, de aquella boca deformada por una extraña mueca...

Después, manos amigas lavaron su cuerpo y secaron y peinaron sus cabellos dorados, y pusieron entre sus dedos un manojo de violetas silvestres. Seguidamente, la amortajaron con velos blancos y sábanas de lino, como si de una virgen se tratara, y antes de enterrarla colocaron sus restos sobre una alfombra ribeteada de seda.

Todo lo que vino después ya no es más que la historia del final del sitio de Tolosa. A fines de julio, cansados y abatidos por la muerte de su caudillo, los cruzados incendiaron su campamento y sus máquinas de guerra y se retiraron, avergonzados y mustios, hacia la ciudad de Carcasona. Alimentada con varias campañas, la cruzada se prolongaría todavía un año más, hasta 1219. Se producirían todavía muchas

muertes e infortunios, e incluso tendría lugar un tercer asedio de Tolosa. Pero las cosas habían cambiado y, poco a poco, los condes de Tolosa y de Foix fueron reconquistando sus tierras.

Con ellos, también los obispos y los *bons homes* cátaros volvieron a sus casas y a los viejos caminos del Languedoc para predicar de nuevo su fe y su doctrina. Las nuevas circunstancias permitirían que, aquí y allá, floreciese una vez más la herejía: las hogueras, pues, habían resultado finalmente inútiles, y la sangre derramada por tantos millares de mártires tan sólo había logrado que aquella Iglesia perseguida retoñara con renovado impulso.

Mientras todo el mundo celebraba la muerte de Simón, mientras los bailes y las canciones llenaban las plazas y las calles de la ciudad todavía asediada, una niña de seis años había esperado inútilmente el regreso de su madre. Cuando todo se supo y la bondadosa tía se hizo cargo de aquella huérfana de padre y de madre, Vierna no era capaz todavía de llorar con plena conciencia su desdicha. Preguntaba, tan sólo, cuándo regresaría su madre, no atendía a razones ni a respuestas afables y, desalentada por fin ante una espera tan enormemente prolongada, creció más deprisa de lo normal y empezó a contemplar el mundo con unos ojos azules cada vez más tristes.

Más allá de Tolosa, la vida le reservaba todavía una incierta ventura. Antes, sin embargo, ha llegado el momento de buscar otro escenario, es hora de tomar el hilo de otra historia personal. Será preciso, pues, abandonar por un tiempo el condado de Tolosa y dirigir la mirada más al sur de la tierra occitana, hacia las montañas más indómitas, allí donde el espanto y la desolación de la cruzada nunca consiguieron llegar.

V

*Quan la neus chai e gibron li verjan
dei nielhs chantar que quan la flors s' espan...*

Cuando cae la nieve y las ramas escarchan
debo cantar mejor que cuando la flor se abre...

(Raimon Jordan, trovador, siglo XII).

—GUILHEM, LEVÁNTATE, ya es hora de partir...

Una leve sacudida en el hombro acompañó las lacónicas palabras de aquel hombre arisco, que daba vueltas por la casa desde hacía mucho rato. El muchacho, por el contrario, profundamente dormido, tuvo que resignarse a ver cómo se desvanecía de repente su luminoso sueño compuesto de verdes pastos y corderos añales de un blanco immaculado...

Con los ojos legañosos y el pelo despeinado, Guilhem se vio a sí mismo apartando maquinalmente la manta que lo cubría y poniendo los pies en el suelo con el tembloroso porte de un madrugador forzado. Después, y procurando no despertar a sus dos hermanos menores que permanecían en la cama, logró incorporarse con un ligero tambaleo y vestirse sin maña alguna calzones, pantalones y blusa. En la habitación contigua, en la *foganha* llena de humo donde solían estar, la madre reanimaba las brasas de la noche anterior que palpitaban bajo las cenizas y llenaba de agua un perol que colgaba del hogar.

Guilhem se hallaba todavía en su propio duermevela, pero logró oír la voz gruñona de su padre que le apremiaba y, finalmente, le colgaba en el hombro un enorme zurrón. Plantado en el umbral de la puerta, el hombre mayor se dirigió a la mujer que trasteaba junto al fuego y, por toda despedida, le dijo:

—Nos vamos ya, que pronto va a salir el sol y el camino es muy largo. —Y, seguidamente, con la voz un poco más queda—: No sufras, cuidaré del muchacho...
Al reveire!^[5].

Un beso extrañamente tierno selló sus palabras. Guilhem, por su lado, se despidió en silencio de su madre con un beso conmovido en la mejilla. A continuación, hizo lo propio con su hermana Peirona y con los dos pequeños que aún dormían un profundo resuello. Finalmente, y en cuanto la puerta dio entrada al frío exterior, un embate de aire helado lo despertó por completo.

Afuera, una noche sin luna engulló a los dos hombres en una oscuridad hostil y adusta, cubierta de brillantes estrellas que centelleaban en la bóveda del cielo. Abrieron el corral sin hacer ruido y, muy pronto, las ovejas y los carneros, adivinando el frescor y la libertad que les esperaba en el exterior, llenaron con su rumor de esquilas el espeso silencio de la noche. Mientras tanto, el perro de la casa corría atolondrado de un lado a otro hasta que, de repente, sin motivo aparente alguno, se detenía y ladraba asustado contra las sombras y las fantasmales siluetas de los árboles y los peñascos más próximos.

Mientras iban alineando los animales alborotados, no había palabras entre ambos hombres, sólo algún grito esporádico para guiar al rebaño por el buen camino:

—¡Veen pa cá! Chet, chet... ¿Adóóónde vas? ¡Pasa, pasa!

Poco a poco, el resplandor inminente del nuevo día se acercaba de forma perceptible y una dulce aurora enardecía todo el cielo de levante. El aire olía a hierba húmeda y, a la vera del camino, bajo los primeros albores, las matas de correhuela y de hinojo perlaban con sus gotas de rocío. Sin pérdida de tiempo, hombres y rebaño emprendieron la ruta de la montaña, en búsqueda de nuevos pastos y nuevos horizontes.

El padre iba por delante, acarreado con paso grave un cuerpo inmenso, terriblemente baqueteado a fuerza de tantos caminos trillados y de tantas noches al sereno. Era un hombre alto y grueso como un pajar, con profundas entradas en el pelo, un rostro curtido y rugoso y la mirada esquiva. Acostumbrado a la compañía muda del ganado y a los pensamientos solitarios, apenas pronunciaba palabra alguna y había olvidado el gusto de la risa. Por otro lado, la vida austera y ruda de la montaña le habían embotado la expresión de sus sentimientos, hasta el extremo de que sólo el brillo momentáneo de los ojos mostraba, a quienes le conocían bien, las emociones que sin duda latían en su interior. Sin embargo, aquel hombre arisco era inmensamente sabio en las lecciones de la naturaleza: conocía los animales mejor que a las criaturas humanas, adivinaba con mucha antelación los veleidosos cambios del tiempo y sabía leer el paso de las estaciones sólo con ver la primera floración o con oír el embate imprevisto del viento y de la lluvia.

Pasaba meses y meses lejos del *ostal*^[6] familiar, siguiendo el paso del rebaño a través de largos caminos de trashumancia, y este género de vida había moldeado una relación con su mujer y sus hijos preñada de silencios y de impulsos entrecortados, incluso abruptos. Suspiraba, pues, porque su primer hijo se hiciera mayor cuanto antes y pudiera, cuando llegase el invierno, acompañarle por las praderas de la tierra baja: así podría recibir de Guilhem aquel rescoldo de presencia y de afecto que él

mismo sólo había logrado sentir muy de vez en cuando.

Ahora había llegado aquel momento esperado, puesto que su hijo había cumplido los catorce años y había dejado atrás la etapa de la infancia. Más incluso: un par de años antes, de retorno a casa después de la invernada, le había llamado un buen día y, con un aire un tanto solemne, le había dicho:

—Guilhem, ya eres casi un hombre... Es hora ya de que aprendas a ser pastor...

El chico miraba y miraba, y sólo se atrevía a responder con una cabezada:

—Sí, padre...

—Ahora mismo el rebaño se dispone a pasar el verano en la montaña. Fíjate bien y ayuda en todo lo que puedas. Y si eres un muchacho avisado, dentro de un par de años podrás pasar todo el invierno conmigo en la tierra baja...

—Sí, padre, como usted diga...

Guilhem, que era un chico sagaz, tuvo un aprendizaje muy rápido. Superado el tiempo de prueba, aquel rabadán tan ansioso de saberlo todo ya había guardado las ovejas por los pastizales más altos del país de Ayllón, había aprendido a encerrar el rebaño en el redil siguiendo las órdenes del mayoral y, al caer la noche, cuando el mundo entero se hallaba a oscuras y en silencio, había compartido con los demás pastores la sopa hirviente y el lecho de pieles en la negrura de la cabaña.

Siguiendo el estricto calendario de la primavera y el verano en la montaña de su país, Guilhem había ordeñado con manos expertas las ovejas y había recibido de su padre las recetas caseras de la secreta maduración de los quesos. Cuando llegó el tiempo de esquilar los animales, había observado con atención cómo los esquiladores cortaban la lana a golpes secos de tijera y, embelesado por la maña de aquellos hombres, les había alcanzado la bota de vino cuando descansaban o les había buscado un poco de polvo de carbón cuando algún animal sufría una herida.

Acabada la esquila, Guilhem había vaciado los cestos rebosantes en el cuarto de la lana y había visto cómo se distribuían las partes: una, la de los vellones más grandes, para el ama de casa, que tejería paño con ellos y estambre para calcetines; otra, para vender en el mercado o en la feria; y una tercera, la de la lana más blanca y más pura, para hacer con ella unas balas que se utilizaban como moneda de cambio en la tierra de Ayllón. Finalmente, y en unión de su padre y otros pastores de la comarca, había ofrecido un vellón de su lana a san Antonio y otro a la hermosa imagen de la Virgen María que, con el niño en su regazo, presidía la pequeña e humilde iglesia de Gebetz.

Más adelante, y cuando ya se acercaba el tiempo de conducir los rebaños al llano, Guilhem había aprendido también a elegir y marcar el ganado con aquella especie de cruz invertida que distinguía las ovejas de su casa. En definitiva, todos convenían en que aquel muchacho tenía las manos diestras y un talento natural para ese tipo de labores: así, por ejemplo, y aun siendo tan joven, nadie llamaba a los corderos como él sabía hacerlo, ni nadie hacía oír de modo tan largo y tan profundo el sonido del cuerno, y en ninguna parte se habría podido encontrar un rabadán que curase tan bien

como él lo hacía, con aceite de jengibre, las heridas de los borregos...

Llegado el momento de pasar el primer invierno fuera del *ostal* familiar, Guilhem esperaba la fecha prevista con una mezcla de curiosidad y temor, y no imaginaba cómo podrían ir las cosas con aquel padre tan huraño y tan parco en palabras. Sabía, eso sí, que él mismo había crecido ya como una torre y que había llegado la hora de abandonar el regazo de su madre. Por otro lado, y por si no se hubiese apercibido de ello, su propio cuerpo le daba pruebas de una completa madurez. Lo había descubierto, también, en la mirada de alguna muchacha del pueblo que le observaba cuando bajaban al mercado de Gebetz o, más secretamente, en algunos repentinos ardores al abrigo de las sábanas.

Ya era mayor, sí, y un mechón rebelde de pelo negro caía por su frente hasta sus mismos ojos, penetrantes y oscuros. Algunos pequeños granos poblaban su mentón, y sobre sus labios brillantes y carnosos se adivinaba una leve sombra de bozo. A diferencia de su padre, como se había formado en una casa provista de una bulliciosa pandilla de lujos, Guilhem era extravertido y dicharachero. Tenía la mente despierta y el genio avivado, y lo aprendía todo con la agudeza y el fulgor de una comadreja.

Andando al ritmo acompasado de las ovejas y con la ayuda de un cayado en la mano, padre e hijo tramontaron un suave collado que debía conducirles hacia la otra vertiente de la montaña. Desde allí, dándose la vuelta, pudieron distinguir su humilde casa en el centro de un claro y, más allá, el bosque espeso y las casas dormidas de Gebetz. Pero era inútil echar la vista atrás para un último adiós imposible y, por otro lado, la silueta de las próximas montañas prometía, a lo lejos, una ruta de alicientes y sorpresas. Así pues, apremiaron el paso cuesta abajo, con una rara impaciencia, como si les urgiera vivir en seguida aquel futuro desconocido que les estaba esperando.

Se acercaba el día de Todos los Santos, el tiempo de conducir el rebaño a la tierra baja para buscar allí nuevos pastos, puesto que la nieve ya no tardaría muchas semanas en cubrir de blanco y de frío el abundoso herbazal de la montaña. Partían con unas setenta cabezas de ganado, todas de su propia casa: ovejas, carneros, moruecos y añales, así como también algunas ovejas reniles que, como no podían criar, serían separadas más adelante en un rebaño aparte. Su punto de destino se situaba hacia levante, en unos prados del valle del río Aglí cercanos al condado de Rosellón, unos pastizales frescos y lozanos que el padre de Guilhem, junto con otros pastores con quienes preveía encontrarse por el camino, tenía arrendados al señor del lugar.

Aquel primer día caminaron durante toda la jornada, prácticamente sin reposo y con el único alimento de dos comidas frugales, consistentes en un cuarto de leche de oveja y un poco de pan que el padre bendijo previamente con la señal de la cruz. A mediodía el sol apretaba de lo lindo, de modo que, sin decir palabra, el hombre había resuelto de repente detener la marcha y dejar que el rebaño seestease tranquilamente junto a un bojedal. Guilhem, siempre incómodo durante los silencios prolongados, intentaba una y otra vez establecer un mínimo contacto con aquel hombre tan adusto:

—Así que ya no falta mucho para reanudar la marcha, ¿no?

—No, no mucho...

—¿Está muy lejos la cabaña donde pasaremos la noche?

—¿Lejos? No, quia...

Indiferente al esfuerzo de Guilhem, el viejo pastor se concentraba con un extraordinario afán en trabajar una cepa de pino negro para hacer con ella un collar de cencerro.

—Padre, ¿algún día me enseñará usted cómo se hace un collar?

—Sí, hijo, sí, cuando tú quieras...

—¿Aprenderé muy deprisa?

—Claro que sí, hombre...

A la vista de las lacónicas palabras que recibía por respuesta, Guilhem optó muy pronto por desistir de su fracasado intento de conversar con su padre. Así pues, el silencio entre ambos y el rumor del ganado se apoderaron del tiempo y del espacio. Al cabo de poco rato, y cuando el paso del sol anunció la proximidad de la tarde, un par de estridentes silbidos advirtieron al ganado y a Guilhem de la reanudación de la marcha.

Se hallaban todavía en tierras montañosas y la cañada seguía por la línea de la cresta sin perder apenas altura. El ganado, feliz de encontrarse al aire libre, avanzaba en formación cerrada cuando el camino se estrechaba, o bien se desplegaba como un enorme manto blanco allí donde se ampliaba la cañada. El aire se hallaba ocupado en su totalidad por un abigarrado concierto de sonidos, inseparable mezcla de los gritos y los silbidos de los dos pastores, los ladridos del perro, el persistente tañido de los cencerros y los balidos siempre lastimeros de las ovejas. Entre todos los ruidos sobresalía uno de tono singular: el grave sonido de la arrancadera, la esquila grande y redonda que llevaba la oveja que dirigía el rebaño.

Cuando la tarde ya declinaba, y tras recorrer penosamente una larga y escarpada cuesta, los hombres y los animales llegaron al lugar donde iban a pasar la noche, un calvero lleno de saúcos y frambuesos rodeado por todas partes de pinos negros y abedules. A un lado, lo bastante apartados del bosque, estaban los dos cobijos que necesitaban: un redil cerrado con una pared de piedra medio derrumbada y una cabaña de forma circular, hecha con muros de adobe, una viga central y un techo de troncos relleno de estiércol y terrones.

Cuando llegaron al calvero, el cielo diáfano de toda la jornada se ensombreció en un abrir y cerrar de ojos, de modo que, ante la amenaza de una inminente tormenta, los dos pastores se apresuraron a llevar el ganado hacia el redil. Así que cerraron el rebaño en un vallado de ramas de pino y enebro, el cielo se abrió con un rayo aterrador. Sorprendentemente, tan sólo verlo, el padre de Guilhem cogió un guijarro del suelo y, después de lamer con saliva el dedo gordo de la mano derecha, dibujó una cruz en la piedra. Después la tiró tan lejos como se lo permitió la fuerza de su brazo: así, y según la creencia de los pastores, en el caso de que cayera un nuevo

rayo, iría directo hacia el guijarro...

Sin embargo, esta precaución secular no pudo impedir el inclemente aguacero de lluvia y granizo. El agua caía a cántaros y todos los peñascos de las cercanías parecían resonar como un tambor en medio del temporal. Decidieron, pues, los dos hombres cobijarse dentro de la cabaña, uno pendiente tan sólo de encender fuego y de mirar la trayectoria de las nubes y otro, el más joven, oculto en un rincón, rezando interiormente para que terminasen cuanto antes aquel fragor y aquella furia tan horribles.

En realidad, la tormenta duró muy poco y, rápidamente, coincidiendo con la caída de la noche, la negrura del cielo fue sustituida por el fulgor de las primeras estrellas. Sin pérdida de tiempo, el padre se aparejó un lecho justo al lado de la pared del aprisco, puesto que un buen mayoral duerme siempre junto al rebaño que tiene a su cargo. El muchacho, más tranquilo ya, permaneció en la cabaña vigilando el fuego hasta que, poco antes de tumbarse en su propio jergón, todavía pudo distinguir la enorme silueta de su padre diciéndole desde el umbral:

—Buenas noches, Guilhem. Duerme y descansa, que mañana nos espera un largo trecho... Ah, y no olvides santiguarte...

—Sí, padre, buenas noches —respondió cautamente el muchacho—. ¿Dejo el fuego encendido?

—Sí, no lo apagues, que ha escampado y esta noche podría ser un poco fría.

Así terminó el primer día de Guilhem lejos de su *ostal*, un día sin el humeante plato de coles a la hora de la cena, sin la algazara de sus hermanos en la mesa y sin el beso indispensable de su madre antes de dormirse. En realidad, ya era todo un hombre, el brazo derecho del mayoral del rebaño, y como un auténtico pastor debía irse acostumbrando no sólo a pasar semanas y meses lejos de la añorada *foganha* de su casa, sino también a decir tan sólo las palabras estrictamente imprescindibles y a imaginar historias por sí mismo y para sí, sin explicarlas siempre en voz alta.

Le costó dormirse, a pesar de que estaba muerto de fatiga y de que, afuera, el silencio nocturno sólo se veía truncado por alguna esquila removida y por el lejano aullido de los lobos.

Dentro del bosque, siguiendo las sagradas pautas que fija la madre naturaleza, los osos pasaban la noche en una madriguera próxima a cualquier torrentera. Vencido finalmente por el sueño, poco podía imaginar Guilhem que precisamente un oso sería el animal más madrugador del nuevo día y que un hambre atroz lo acercaría, con una desconcertante agilidad, al calvero donde rebaño y pastores descansaban.

VI

*I avia una filha
qu'anava far un fais de lenha morta dins le bosc...*

Érase una vez una chica
que solía ir a por leña bosque adentro...

(*Jan de l'ors*, cuento popular occitano).

— ¡¡¡ **G**UILHEM!!! ¡¡¡ Corre, ven, deprisa!!!

Eran unos gritos apremiantes, desbordantes de espanto y de alarma, hasta tal punto que no fue preciso repetírselos dos veces al muchacho dormido. Saltó del lecho con presteza y, tan atolondrado anduvo, que estuvo en un tris de chocar contra el dintel de la puerta. Afuera, bajo la luz arrebolada de la aurora, le esperaba una escena inusual e impresionante: un enorme oso, que tenía el pelaje del mismo color de la tierra y que debía pesar unos trescientos kilos y medir la altura de un hombre, acababa de abandonar el aprisco con un cordero entre los dientes.

El cercado no había sido realmente ningún obstáculo para detener tanta corpulencia y, al pie de los restos de troncos y arbustos, podían distinguirse trazas de sangre y tres o cuatro ovejas malheridas. El padre, armado con un cuchillo en una mano y el cayado en la otra, esperaba a la fiera algunos pasos fuera del redil, moviendo los brazos y gritando a voz en cuello para atraer al oso lo más lejos posible del rebaño. El perro, mientras tanto, no cesaba de ladrar y de agitarse, sin duda amedrentado ante aquella enorme bestia.

Mientras tanto, el oso pardo, robusto como un peñasco y armado de largas uñas, movía el cuello y giraba constantemente el cuerpo, atraído por los gritos y ladridos que Ir requerían desde todas partes. De repente, el perro fiel de casa de Guilhem se le acercó demasiado haciendo eses. Mejor no haberlo hecho: con un zarpazo brutal y feroz, el oso lo estrelló contra el muro de piedra con tal violencia que, tras proferir un último estertor, el perro quedó tendido e inmóvil al pie del cercado, con el cuello roto

tan fácilmente como si fuese una caña.

Todo había sido muy breve. A continuación, la fiera pegó un par de largas zancadas saltando sobre sus cuatro patas con una increíble agilidad, y se detuvo de nuevo, expectante, sin abandonar su presa. El padre de Guilhem, que no cesaba de blasfemar y de bracear de un lado a otro, aprovechó aquel respiro para gritar al indeciso muchacho que estaba mirando desde la cabaña, boquiabierto:

—¡Guilhem! ¡Coge el cuerno que hay en la cabaña y vuelve en seguida!

Así lo hizo, sin pérdida de tiempo. Ahora todo permanecía inmóvil, puesto que el oso había dejado de moverse y el padre prolongaba su instante de reposo, jadeando. Pero el hombre añadió de inmediato:

—¡Escucha! Ve hacia el bosque y súbete a un árbol, lo más arriba posible. Cuando estés allí, en lugar seguro, toca el cuerno lo más fuerte que puedas, a ver si logramos asustarlo y huye corriendo... ¿Has comprendido?

—¡Sí, padre!

—¡Ve con cuidado, hijo, y sopla fuerte, por lo que más quieras!

Guilhem no perdió ni un momento y salió corriendo hacia el lado opuesto de donde estaba el animal. Justo en el umbral del bosque, avistó un pino negro que le ofrecía el ramaje idóneo y trepó por él como si fuera una ardilla. Una vez apuntalado, se permitió un breve respiro para tomar aliento y, acto seguido, embocó el cuerno de buey y, con todo el fuelle de sus pulmones, lanzó al aire un toque largo y poderoso que el eco hizo resonar de peñasco en peñasco por toda la montaña. El padre lo acogió a lo lejos con gritos de entusiasmo y de ánimo:

—*Atau, atau! Oc, Guilhem, oc! Va plan...*^[7].

El efecto esperado fue realmente instantáneo. Tan pronto como el oso escuchó aquel grave trueno retumbando en los tímpanos de sus oídos, se encabritó aterrado sobre las dos patas traseras y, dejando caer el borrego que llevaba preso en su morro ensangrentado, huyó dando grandes saltos hacia el interior del bosque, por el lado contrario a aquél desde donde el muchacho seguía soplando. El viejo recurso de los pastores había revelado una vez más su probada eficacia...

Cuando descendió del pino, Guilhem tenía inflamadas las mejillas y temblaba todo él como una hoja, mientras que, por debajo de su rebelde mechón de pelo negro, chorreaban largas gotas de sudor. Venciendo estúpidos pudores, se echó en brazos de su padre con un indescriptible sentimiento. El hombre, por su lado, recuperándose a medias del susto que llevaba encima, le acarició tiernamente los cabellos diciéndole:

—Buen chico, Guilhem, te has comportado como un hombre...

Más tarde, cuando el muchacho ya había llorado con amargura la muerte de su perro y había recuperado un poco la calma, el hijo del pastor se atrevió por fin a formular la pregunta que le carcomía por dentro:

—Padre, ¿qué habría hecho usted si el oso le hubiese atacado?

—Defenderme, hijo mío, defenderme lo mejor que hubiera sabido... Pero es muy difícil que un oso ataque a un hombre, ¿me entiendes?: tiene que temer por sus crías o

encontrarse malherido. Normalmente, acaban huyendo hacia su madriguera cuando ya han conseguido lo que querían...

—¿Y por qué habrá venido? ¿Tanto les gusta a los osos la carne de cordero?

—A fe mía que no... Es muy raro, porque los osos se alimentan sobre todo de hierbas y de raíces, de fruta y de insectos... Pero, vete a saber, a lo mejor este año ha nevado más de la cuenta, o quizá las hayas han producido hayucos más tardíos o más pequeños. Estaría hambriento...

—¿Y adonde habrá ido?

—Seguramente a buscar su madriguera y a reunirse con su familia. Pronto llegará el frío, y es necesario que todos estén saciados para resistir la dormida del invierno...

El espanto que todavía sentían puso alas en sus pies para recogerlo todo y abandonar el calvero lo antes posible. Y otra vez emprendieron el camino de forma presurosa, alineando el rebaño dentro de los márgenes de una estrecha cañada que debía conducirlos a la otra ladera, lejos ya del oso y del miedo. A mediodía, cuando ya se habían detenido para tomar un mendrugo de pan con algunos torreznos de tocino, pareció como si, por primera vez, fuese el padre quien buscara la conversación, como si el asunto del oso trajera una cola que no se había resuelto y que había que saldar:

—Hoy conociste el miedo, Guilhem, el auténtico miedo. Yo mismo pude verlo pintado en tu rostro...

—Sí, padre —respondió el muchacho, algo mustio.

—El miedo está por todas partes, hijo mío, y puede aparecer de repente en cualquier recodo del camino. No hay que avergonzarse, ¿comprendes?: todo el mundo lo ha sentido un montón de veces, y si alguien te dijera lo contrario, o está mintiendo o es un insensato...

Se hallaban sentados en la parte solana de un pequeño valle cubierto de matas de rododendro, mientras el ganado pacía cerca de ellos con una calma absoluta. El padre se llevó un pedazo de pan a la boca y luego, con el mismo tono severo, prosiguió con estas palabras:

—Aquí, en las montañas, el miedo nos acecha oculto en mil guaridas. Un día lo ves cuando sientes todavía fresca la huella del lobo que te robó una cordera, o cuando tres o cuatro ovejas amenazan con despeñarse desde lo alto de un risco, o cuando una tormenta de mil demonios te atrapa completamente solo en medio de un prado, muy lejos de cualquier abrigo...

El chico iba asintiendo en silencio, como si su padre se refiriera a una sensación que le resultaba familiar.

—Abajo en el llano, o en cualquier circunstancia de la vida, verás cómo el miedo se presenta también de diferentes maneras: cuando un hombre poderoso te amenace, por ejemplo, o cuando te acorrale un peligro cercano, o cuando llegue el momento de tomar una decisión importante... El miedo, Guilhem, es como un humo tenue que se escurre por la gatera de tu puerta o por las hojas de tu ventana. No creas, a veces

incluso te acompaña en momentos mucho más agradables: cuando alguien te ofrece cualquier cosa deseable o cuando el amor de una mujer se apodera de tu corazón y no te deja vivir, ni de noche ni de día...

El muchacho levantó la cabeza, un poco sorprendido al oír hablar a su padre en estos términos. Pero el hombre no estaba sonriendo, sino que parecía hablar de algo que le resultaba hartamente conocido. De pronto, empezó a guardar sus cosas en el zurrón, y el chico comprendió que había llegado el momento de concluir:

—No importa que sientas miedo, Guilhem, todo lo contrario, lo realmente raro sería no sentirlo. Lo importante es que tengas arrojo suficiente para enfrentarte a él, que el terror no bloquee tus piernas o paralice tus brazos... Y cuando consigas derrotarlo, como antes al arrancar a correr hacia el bosque, se te queda por dentro una suerte de orgullo muy especial, tan agradable que yo no sabría contarte...

Guilhem caviló durante un buen rato sobre todo aquello, hasta que, mediada la tarde, cuando el aliento ya les faltaba después de tanto andar, ambos oyeron de repente un agudo silbido procedente de un valle cercano: era otro pastor que les saludaba blandiendo el cayado y levantando los brazos. Acto seguido, como una blanca aparición, surgió tras él un rebaño de unas cincuenta cabezas que seguía idéntica ruta, persiguiendo los mismos pastizales de la tierra baja. Y antes de caer la noche se les unieron todavía tres hombres más que conducían una carnerada tan inmensa que ella sola cubría un flanco entero de la montaña.

Por la noche, junto al fuego de una nueva cabaña y reconfortado el estómago con una sopa caliente, padre e hijo relataron a sus compañeros la historia del oso que aquella misma mañana había matado a su perro, a tres ovejas y al añal. Y mientras la bota de vino corría de mano en mano, las lenguas se fueron soltando y todo el mundo contó lo que había conocido o le habían explicado acerca de aquellas bestias terribles. Así fue como Guilhem se sorprendió al ver como su padre, un hombre tan parco en palabras, abandonaba por una vez su habitual mutismo para contar llanamente la antigua rondalla, tan popular en aquellas tierras, de *Jan de l'ors*, un chico velludo y fuerte que había nacido de la unión de un enorme oso y una muchacha tan bella y tan blanca como una corderita primala... Arrebatados por aquella atmósfera de magia y de misterio, los sucesivos relatos de los demás hombres fueron cada vez más espantosos, y las garras del oso se hicieron sucesivamente más largas y la talla más alta, hasta adquirir unas proporciones que aterrorizaban la imaginación tan fértil de Guilhem...

Así pues, transcurrió otra noche y, al tercer día, cuando los primeros rayos del sol fueron ahuyentando las húmedas sombras de los rincones y las umbrías, las montañas parecieron haberse poblado de pastores y de ovejas. A medida que iban descendiendo hacia el llano, el número de cabezas de ganado crecía de tal modo que el primer hatillo del *ostal* de Guilhem se convirtió en una auténtica grey que ya se acercaba al millar de animales. No todos, ciertamente, se dirigían a los valles del río Aglí, sino que algunos rebaños eran conducidos por pastores del llano que, tras haber pasado el

verano en la montaña, regresaban a sus casas.

Eran tantos, y el enredo de esquilas y señales era tan considerable, que fue menester organizarse. Reunidos todos aquellos pastores de tan variados orígenes, concentraron los animales en una enorme pradera y, en poco tiempo y de buen humor, se repartieron entre sí las funciones y el trabajo: el padre de Guilhem, el hombre más experimentado de la cuadrilla, fue designado mayoral de todo el rebaño, de modo que debería ir por delante y decidir la ruta y la estancia en los pastos; otro pastor, el mayoral de tarde, se pondría a la cola; y dos pastores más, el de la derecha y el de la izquierda, cubrirían los flancos laterales. Finalmente, Guilhem y los demás hombres sobrantes fortalecerían estas posiciones. Adoptado el acuerdo, todos lo celebraron con un pedazo de queso y un trago de vino.

Era ya el momento de reanudar la marcha. El mayoral lanzó al aire un silbido agudísimo, y al instante los demás pastores le imitaron para contribuir a que los animales se movieran. Al frente, y abriendo camino, iban los castrones más forzudos, estimulados por el mendrugo de pan que les mostraba el mayoral y cargados con unas esquilas de yegua tan largas y tan enormes que los pastores se las tenían que cambiar cada dos o tres horas. Después venían las cabras y los cabritos, los carneros y los moruecos, las ovejas y, finalmente, las reniles, aquellas que no servían para la cría. El estruendo que producía aquel montón de esquilas, de sonidos tan diversos, se extendía por toda la montaña y anunciaba a las casas más próximas la inminente llegada del rebaño.

Guilhem, excitado por un magno espectáculo que veía por primera vez, iba de un lado a otro observando maravillado cómo los pastores llamaban a los animales por su nombre y los iban disponiendo por el buen camino. La exaltación que entonces sentía le hizo olvidar de repente los apuros con el oso y la añoranza de su casa. El corazón, pues, se le ensanchaba y, a pesar de que nunca habría sido capaz de expresarlo con palabras, por unos momentos creía estar viendo en aquella incontable multitud de pastores y de ovejas la manifestación más viva de la realidad de la montaña, la más auténtica prueba de una forma distinta de comportarse y de ver las cosas. Allí, en la vida solitaria y dura de los pastores, en el más sublime testimonio de los atributos naturales de la gente montañesa, se establecía sin duda el vínculo más ancestral y más sólido que toda la humanidad podía jamás anudar con las propias entrañas de la tierra, con la voz impenetrable y secreta de la naturaleza.

Por otro lado, su ojo atento le permitía reparar en el cambio gradual del paisaje y en cómo los valles que antes recorrían se iban volviendo cada vez más abiertos y más amplios, el herbaje de un verde más claro y los ríos más sosegados y caudalosos. Las casas que encontraban por el camino, siempre pobladas de mozuelos que recibían con entusiasmo el paso de la grey, tenían grandes cubiertos de madera y unos graneros y establos de unas dimensiones que nunca había conocido.

Y llegaron por fin a los pastizales de la tierra baja, y el inmenso rebaño que se había concentrado fugazmente en la montaña se rompió de nuevo en hatos diversos,

que buscaban la hierba y el forraje en pequeños prados separados de los campos de sembradura mediante unas altas estacas.

Muy pronto, siguiendo el paso inexorable de las estaciones, acabó por llegar el invierno, y padre e hijo se alojaron en casa de unos lejanos parientes que les cedieron un cobertizo situado en la parte trasera de una casa humilde, casi miserable, de labranza, construida con paredes de adobe y techo de ramaje. Ahora los días eran cortos pero también monótonos, y la vida cotidiana ya no tenía el atractivo de antes.

Una vez más, retornaba a la mente el recuerdo de la madre y de los hermanos, con una nostalgia que dolía en el pecho y que hacía padecer en los adentros una inexplicable zozobra...

VII

*Molt dezir l'aura dossana
lanquan vei los albres floritz
et aug d'auxels grans e petitz
lur chans per vergiers e per plais...*

Mucho deseo el aura dulce
cuando veo los árboles floridos
y oigo de los pájaros grandes y pequeños
los cantos por los vergeles y los setos...

(Arnaut de Tintinhac, trovador, siglo XII).

DURANTE EL PERÍODO invernal, la labor de los pastores era más sosegada y aburrida. Como el forraje del país no era lo bastante salobre para los animales, de vez en cuando era preciso compensar esta carencia con un poco de sal. Sin embargo, forzosamente había que evitar hacerlo los viernes, ya que los pastores creen firmemente que hay uno malo a lo largo del año y, como no hay forma de saber cuál es, cabe tener la previsión de saltárselos todos. De modo que, mediada la tarde de un día cualquiera, el padre conducía el rebaño hasta el arroyo para que pudiera beber y, mientras tanto, Guilhem esparcía un puñado de sal encima de unas piedras planas cercanas a la casa. De vuelta del arroyo, el padre emitía un silbido característico y todas las ovejas se ponían a balar y a correr hacia las saleras, donde lamían y relamían con ansiedad hasta saciarse.

Llovía muy a menudo y esto abreviaba las estancias al aire libre, porque con el frío la hierba húmeda podría perjudicar las ovejas. En tales ocasiones, padre e hijo permanecían mano sobre mano en el cobertizo, pendientes de los animales, tocando la flauta o trabajando la madera. El padre pasaba horas enteras sin decir palabra, distraído en sus cavilaciones; cuando esto ocurría, Guilhem, impelido por la sangre caliente de sus pocos años, se impacientaba como las ovejas y se carcomía sin poder hablar con nadie o sin poder reír y jugar, como solía hacer en casa, con sus hermanos.

Tal vez se habría marchitado por completo de no haber sido porque, al cabo de unas semanas, un cachorro nacido en la casa donde vivían le libró con su presencia y sus alegrías del hastío mortal en el que estaba sumido.

Algunas veces, sin embargo, el padre se ausentaba del cobertizo y de la casa durante un par de días, dejando a Guilhem como único responsable del rebaño. Nunca explicó a qué se debían tales ausencias, pero el muchacho supo por algún pastor de la comarca que acostumbraba a ir andando hasta el pueblo y acudir a un miserable burdel donde aplacaría sin duda, por cuatro cuartos y en un cuerpo arrugado, las exigencias de su deseo y su necesidad de afecto. Después volvía a encargarse del rebaño como si nada y, a pesar de sus silencios, Guilhem descubría de vez en cuando en aquel rostro impenetrable una mirada ausente y un leve asomo de melancolía.

Un día la rutina cotidiana se vio repentinamente alterada por un hecho singular. El ama de la casa, con la faz demudada y las manos crispadas, se presentó por sorpresa en el cobertizo que ellos ocupaban. Era muy temprano, había nevado y, como no podrían sacar las ovejas, Guilhem y su padre estaban llenando con un brazado de hierba las perchas adosadas a la pared donde comían los animales. Embarullándose como una madeja y sin saludarles siquiera, la mujer les soltó con sólo verlos estas palabras:

—¡Deprisa! Tenéis que dejar el lecho donde dormís y trasladar vuestras cosas...

—Pero ¿qué ocurre, buena mujer?

—Mi marido...

—¿Qué le pasa a tu marido?

—Está muy enfermo, eso es todo, y tengo miedo de que se vaya a morir... Ha perdido mucho peso y tiembla como una hoja... Por esto quiero traerlo aquí, cerca de los animales, para que esté más caliente...

—¿Y dónde quieres que nos metamos?

—Id al cuarto del otro lado del cobertizo. Me parece que, bien arrimados, vais a caber los dos...

Dicho y hecho. El hombre del *ostal*, una especie de tonel achaparrado de coloradas mejillas, tenía ahora muy pálida la cara y se había ido quedando ostensiblemente flaco hasta quedar tan delgado como una binza de cebolla. Respiraba con dificultad y, realmente, era presa de unos constantes escalofríos que lo hacían estremecer de pies a cabeza. Nada parecía quedar en su aspecto de aquel ahuecado campesino que los recibió el primer día y que, por ser primo remoto de la madre de Guilhem, les había cedido el cobertizo para la invernada a cambio de unas cuantas cabezas de ganado. Por el contrario, ahora mismo yacía tendido en su lecho, cerca de las ovejas, y se veía a la legua que ya no le quedaba mucho tiempo de vida.

Al día siguiente del traslado, al caer la noche, el ama y sus dos hijos se presentaron en el cobertizo acompañados por dos hombres barbudos, uno ya mayor y otro más joven, que vestían ropa de paño de color negro con un capuchón y que llevaban un libro en las manos que entre sí denominaban el *texto*^[8]. Todos se

desplazaban con un cierto aire de misterio, y la mujer no dejaba de agitarse e inclinarse ante aquellos forasteros. Guilhem y su padre permanecían algo alejados de la cama del enfermo, pero por nada del mundo se habrían perdido lo que estaba ocurriendo. En cuanto vio a los hombres del capuchón, el campesino enfermo revivió tímidamente y dijo a media voz:

—¡Dios tenga compasión de mí!

Por su parte, el forastero de mayor edad se dirigió a él de esta manera:

—Así sea... Decidme, amigo mío, ¿deseáis recibir el don de Dios, así como aquella santa oración que el Señor trajo de la corte celestial e impuso a sus discípulos, la misma oración que los discípulos transmitieron a los *bons homes*, y los hombres buenos a los demás hombres buenos hasta hoy?

El campesino respondió afirmativamente y juntó sus manos entre las de aquel extraño, quien entonces le preguntó:

—¿Prometéis a Dios y al evangelio y a todos nosotros que, de ahora en adelante, no vais a comer carne, ni queso, ni huevos ni ninguna otra clase de grasa que provenga de animales, salvo el aceite y el pescado, y que no vais a jurar ni a mentir, y que permaneceréis siempre en castidad, tanto si vais a vivir como si no, y que no abandonaréis la santa Iglesia de Dios por temor al fuego, al agua u a otra clase de muerte o de suplicio...?

El pobre campesino iba asintiendo con la cabeza, mientras su mujer y los dos chicos guardaban silencio y los dos pastores de la montaña mantenían abiertos los ojos con una curiosidad inmensa. A continuación, el segundo hombre del capuchón, el más joven, puso su libro sobre la cama cerca del enfermo, encima de un paño blanco. Mientras tanto, el ama y los dos hijos levantaron a duras penas a su padre, lo vistieron con unos calzones y una camisa blanca y limpia y le lavaron las manos. Después, se sentaron en un costado de la cama.

Afuera se oían las ráfagas del viento golpeando contra los marcos de puertas y ventanas. Dentro, en cambio, el silencio nocturno se veía interrumpido únicamente por el murmullo de las voces y el balar de las ovejas. Todo el cobertizo permanecía en una incierta luz, y la pálida claridad de un par de lámparas de aceite llenaba de fantasmales sombras los rincones.

Seguidamente, el enfermo cogió el texto y lo puso sobre su pecho, mientras el hombre mayor le soltaba un breve sermón que los dos pastores apenas alcanzaron a entender. El enfermo pronunció unas palabras asimismo inaudibles, tras lo cual el forastero añadió lo siguiente:

—Ésta es la oración que Jesucristo trajo a este mundo y que enseñó a los *bons homes*. No comáis ni bebáis nada sin antes haberla rezado. Y si no cumplís este precepto, tendréis que hacer penitencia por ello...

El enfermo respondió:

—Yo la recibo de Dios, de vos y de la Iglesia.

Siguieron luego otras oraciones, en latín y en occitano, y padrenuestros, *parcite* y

adoremus. El enfermo dijo después:

—Por todos los pecados que he cometido, he proferido o he pensado, pido perdón a Dios, a la Iglesia y a todos vosotros.

Y fue entonces cuando recibió la absolución:

—Por Dios, por nosotros y por la Iglesia, os sean perdonados los pecados que hayáis cometido. Roguemos a Dios que os los perdone.

En un momento dado, los dos extraños, poniendo el libro y sus manos sobre la cabeza del difunto, recitaron de nuevo el padrenuestro en latín, y el más anciano de los dos leyó un fragmento del Evangelio de San Juan desde el comienzo: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus era la paraula...* Él mismo invocó el Espíritu de Dios pronunciando en voz alta y de forma claramente audible:

—Padre Santo, acoge a tu siervo en tu justicia y envía sobre él tu gracia y tu Espíritu Santo.

Dicho esto, los cinco se arrodillaron para rezar e ir repitiendo, de vez en cuando, tres *benedicite*. Entonces los dos hombres del hábito negro se dirigieron al enfermo para terminar con estas palabras:

—Decid con nosotros a quienes están enfrente: *Dieus vos benesigua*^[9].

Así lo hizo el campesino y, una vez finalizada la larga ceremonia, todos los hombres se besaron entre sí con los labios de través y la mujer besó devotamente el *texto*. Y los dos forasteros barbudos permanecieron en la casa esperando la llegada de la muerte. Después, cuando todo hubiese terminado, al llegar el momento de su partida, la viuda se despediría de ellos con grandes inclinaciones de cabeza y, agradecida por tanto consuelo, les recompensaría con una jarra de aceite y algunos vellones de lana.

La muerte aún tardó dos días más en llegar en busca del campesino, pero ahora él y toda su familia tenían plena confianza en la salvación de su alma y se sentían en paz. Fiel al compromiso que había adquirido con su fe, durante aquellos dos días el enfermo no tomó más que cucharadas de agua fría que su mujer, tras rezar el *Pater noster*, le servía en la boca con amorosa diligencia.

Poco antes de la defunción, el chico mayor de la casa se había encaramado con presteza al tejado del cobertizo y, justo encima de donde se hallaba la cama de su padre, había retirado una teja y horadado el techo: lo hizo para que el espíritu, una vez liberado del diabólico cuerpo que lo había aprisionado, pudiera elevarse rápidamente hacia el cielo luminoso que lo esperaba hacía ya tanto tiempo.

Cuando aquel hombre murió, su viuda le lavó la cara y, a continuación, le arrancó las uñas de las manos y los pies con unas tijeras. Después, le cortó con sumo cuidado un abundante mechón de cabello. Finalmente, le cubrió la cara y lo amortajó. De esta manera, conservando aquellos restos que seguirían creciendo tras la muerte del difunto, el *ostal* mantendría activa la buenaventura que él le había aportado mientras vivió.

Así fue como Guilhem, que conocía a algunas familias de Gebetz devotas de la

herejía, vio por primera vez a dos *bons homes* y pudo asistir de cerca a la ceremonia del *consolament de la bona fi*^[10], así denominado por referencia al Espíritu consolador, el Paráclito, que Cristo había prometido infundir a sus discípulos por Pentecostés, después de su retorno al cielo. Durante muchos días y muchas semanas le turbó cuanto había visto y oído, y todo le quedó grabado en la memoria con una impresión muy profunda...

Más allá de este incidente excepcional, no había forma de que finalizara aquel larguísimo invierno, apenas roto por pequeños acontecimientos cotidianos y, sobre todo, por el nacimiento de las crías poco antes de la Navidad, coincidiendo con el tiempo en que los días empezaban a prolongarse, poco a poco. Durante todos aquellos meses, las veladas junto al hogar, las conversaciones con los pastores de los prados cercanos y algunas visitas al pueblo más próximo constituyeron, en realidad, el único contacto de aquellos dos hombres solitarios con el resto del mundo.

En algunas ocasiones, incapaces de soportar aquel interminable tedio, padre e hijo se dejaban poseer por el mal de una vida tan ingrata, y entonces discutían con acritud por nimiedades sin sentido hasta que, al cabo de varios días con cara de perro, acababan por restablecer entre ambos una cierta tregua o una nueva bonanza.

Guilhem comprendió muy pronto que él no estaba hecho para una vida como aquella. En los primeros momentos, cuando todo resultaba novedoso o cuando el paisaje cotidiano se transformaba siguiendo las cañadas, la nueva experiencia le había parecido estimulante e incluso arrebatadora. Pero la forzosa inmovilidad en una casa extraña y la monótona repetición de los hábitos de la vida pastoril fueron resecaando, paso a paso, la ilusión primera. Con la experiencia directa que ahora tenía, comprendió que aquella clase de vida sentaba bien a las personas solitarias y ariscas, gente dispuesta a pasar días y más días, en el llano o en la montaña, con la única compañía del rebaño.

Él no estaba hecho para aquello. Tenía sueños y quimeras, ardía en deseos de descubrir qué secretos se ocultaban tras la siguiente ladera de cada montaña, quería averiguar qué es lo que había más allá del mundo ya conocido. Ciertamente era un hijo de la montaña y sabía muy bien cuáles eran la pequeñez y la soledad del hombre frente a la naturaleza, pero él ansiaba romper aquel encierro familiar tan áspero y abrirse, con la mirada clara, a los amplios caminos de la tierra baja: conocer las villas y ciudades, ver el bullicio de los mercados, aprender a leer y a escribir, acercarse a la vida galante de los castillos y los nobles...

Todavía durante tres años, Guilhem acompañó a su padre por los caminos de trashumancia y durante la invernada en el llano. Ya no era el despabilado rabadán de otros tiempos, sino un pastor hecho y derecho que podía desempeñar el papel de mayoral del rebaño y que conocía como pocos las necesidades y las enfermedades de los animales, que sabía distinguir al primer vistazo las distintas especies de herbaje y que, en un santiamén, podía montar el redil donde fuera preciso. Durante todo ese tiempo, Guilhem fue un compañero atento y sumiso de su padre y, a costa de hurgar

en el pensamiento de éste a lo largo de muchas noches en la cabaña o en el cobertizo de la casa del valle del Aglí, había conseguido descifrar los repliegues más íntimos de aquel hombre adusto que apenas hablaba.

Sin embargo, Guilhem había ido alimentando mientras tanto su sueño, lo había ido perfilando en todos sus extremos. Un día del tercer año, cuando la primavera ya comenzaba a estallar y los dos habían iniciado una vez más el venturoso camino del regreso, el muchacho intuyó que tal vez la noche serena podría facilitarle una ocasión propicia para desahogar todos sus proyectos.

Aquel día, efectivamente, ninguno de los dos parecía tener sueño. A la vista del impresionante centelleo de las estrellas, el padre le había recordado que un pastor como Dios manda sabe leer su ruta en el cielo, distingue las noches entre sí y adivina la hora con sólo mirar la posición de los tres Reyes y las Cabrillas. Y, desde luego, un pastor curtido sabe que el camino de Santiago va de norte a sur, conoce el sol naciente por el lucero del alba y se deja llevar sin temor por la estrella polar.

Poco a poco, la visión de la bóveda celeste había establecido entre ambos una atmósfera mágica que favorecía, sin duda alguna, las confidencias. Así es que, una vez finalizada la explicación de su padre, Guilhem se armó de valor y sin pensárselo dos veces, le soltó de repente:

—Padre... Verá usted, no sé cómo empezar... Quisiera hablarle de algo que hace mucho tiempo que medito.

—Tú dirás, Guilhem —contestó el hombre, visiblemente intrigado.

—Padre, quisiera dejar el rebaño y la montaña...

Ya lo había dicho, ya la piedra lanzada después de tanto tiempo de darle vueltas había agitado por fin la placidez de las aguas. Guilhem levantó tímidamente la cabeza intentando adivinar el efecto de sus palabras. El padre, cogido por sorpresa, refunfuñó por dentro durante un rato y finalmente masculló una respuesta:

—¿Cómo dices? ¿Que quieres dejar lo del rebaño? ¿Y eso por qué?

—Pues hace mucho tiempo que voy dándole vueltas al asunto y pienso que esta clase de vida no es exactamente la que yo quisiera para mí.

—Ah, ¿no? ¿Y qué tendrá esta vida que no valga para ti?

—No, padre, entiéndame, no quiero decir que no me guste... Yo lo he pasado muy bien con usted durante todos estos años, y usted me ha enseñado cuanto podría saber. Pero la vida de los rebaños es muy solitaria y muy arisca, y yo... yo quisiera buscarme la vida abajo, en el llano.

—¿Y qué vas a hacer tú en el llano? ¿Cómo piensas ganarte la vida? —Cada vez los ademanes de su padre eran más hoscos y cada vez eran más recelosas sus preguntas.

—No quisiera dejar lo de las ovejas, eso sí que no... Podría dedicarme a vender la lana de nuestra casa y la de nuestros vecinos... Fíjese usted, padre... Según adonde fuéramos a venderla, nos la pagarían mucho mejor que en Gebetz o en cualquier otro pueblo de la tierra de Ayllón.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber de dónde has sacado todo esto?

Cada nueva información abría nuevos interrogantes, velados de escepticismo. Sin embargo, la conversación no duró mucho y, durante dos o tres días, el padre acentuó su aspecto hosco y su mutismo natural. Guilhem, por su parte, no se atrevía a insistir en el tema, temeroso de un hiriente silencio o de un exabrupto por respuesta, a pesar de su anhelo de desahogarse, por abrir a su padre su corazón de par en par y por explicarle todo lo que había pensado durante meses y meses: en qué mercados vendería, cuánto ganaría, las estancias en el *ostal* que podría permitirse sin tener que vivir todo el año con la grey... Y, si se hubiese atrevido, le habría hablado incluso de sus sueños, de su afán por vivir con mayor libertad, de sus ganas de ver mundo y de conocer gente distinta.

Tuvo que transcurrir el tiempo necesario para que el padre fuese considerando y asimilando la propuesta de Guilhem, el tiempo prudencial para que tomase conciencia de que su hijo mayor ya no seguiría acompañándole durante las noches de la cabaña o en las estancias en el valle. Finalmente, el hombre aprovechó la parada de un mediodía, justo cuando descansaban en un prado florido con el resplandeciente amarillo de las matas de codeso, para romper el hielo de nuevo de esta manera:

—Así que, Guilhem..., vamos a ver, cuéntame todo eso de la lana...

Y de esta forma, a pesar de la pesadumbre que sentía por su padre, el muchacho puso fin a la guardia de las ovejas y a los caminos de trashumancia. Por esos mundos de Dios le esperaban desafíos y aventuras mil, y no tardaría mucho en descubrir que el escudo protector de la montaña y el cobijo de su casa lo habían mantenido hasta entonces a cubierto de las inclemencias de la vida. Tierra adentro y en dirección al norte, en un lugar perdido y tranquilo de la comarca del Lauragués, el azar le tenía destinada una imprevista fortuna que habría de cambiar radicalmente su vida...

VIII

*Neus ni gels ni plueja ni fanh
no.m tollon deport ni solaz,
que l'escurs temps mi par clartatz
pel novel joi en que.m refranh...*

Nieve ni hielo ni lluvia ni barro
me quitan alegría ni solaz,
porque el tiempo oscuro me parece claridad
por un nuevo gozo en que me reconforto...

(Pèire Vidal, trovador, siglos XII-XIII).

A PRINCIPIOS DE 1222, el Languedoc vivía una época de recuperación y de esperanza. Hacía dos años que Raimon el Viejo, ayudado por el conde de Foix, había emprendido con éxito la reconquista de sus tierras. La cruzada, pues, había sido inútil... Los obispos y diáconos cátaros volvían a predicar su fe por casas y plazas, en las cámaras de los nobles y en las *foganhas* de la gente humilde, y de aquellas cenizas aventadas de las viejas hogueras parecía haber resurgido una vida nueva para la Iglesia de los buenos cristianos.

Fue precisamente en esa época, al calor de aquel rescoldo nuevamente avivado, cuando una viuda noble de la ciudad de Tolosa, doña Faurèsa, tomó la decisión de abrir una casa de *bones dones*^[11], en El Mas Santas Puellas, un pueblo del Lauragués arracimado en torno al castillo de los señores del lugar.

Era un rincón tranquilo, encaramado en lo alto de un cerro, rodeado de campiña y guarecido en un paisaje de grandes llanuras y suaves pendientes. En este pueblo, donde el tiempo parecía correr sin ninguna prisa y donde la gente cultivaba la tierra o vivía del comercio o de algún oficio, la inmensa mayoría de sus habitantes creía con toda firmeza en la que ellos denominaban muy a menudo la *Iglesia de Dios*, para distinguirla de la Iglesia católica de Roma. Un lugar a propósito, pues, para fundar en él una casa de trabajo y de oración.

Los señores del castillo —cinco hermanos bien avenidos, todos casados, todos caballeros— también eran de la misma fe, desde siempre, y la madre de familia, antigua amiga de doña Faurès, se había alejado del mundo y dirigía ella misma otro *ostal* de buenas mujeres ubicado en unas habitaciones apartadas dentro del propio castillo.

Por ello, cuando doña Faurès tomó la determinación de entregarse también ella a Dios y al Evangelio, se puso en contacto en seguida con su amiga de El Mas y ésta le propuso la cesión de una vieja casa con patio que podría ser idónea para crear en ella una nueva comunidad.

De modo que doña Faurès, habiendo recibido el *Consolament* —es decir, el bautismo por medio del Espíritu y la imposición de las manos—, se instaló pobremente en dicha casa y cubrió su cuerpo con un hábito negro y una toca que le ocultaba los cabellos. Después reformó el edificio de arriba abajo, con sus propias manos y con alguna esporádica ayuda, y llenó el patio de árboles y flores de todas las especies. Muy pronto vino a hacerle compañía doña Raimonda Astruc, una amiga tolosana de su infancia, también noble, y a renglón seguido otras mujeres, jóvenes algunas de ellas, atraídas por la santidad del lugar y por la personalidad de la nueva priora.

Un día, poco después de haberse instalado en la casa, doña Faurès recibió la visita de la mujer del zapatero del pueblo, que iba acompañada de una chiquilla de negro pelo llamada Maurina. Tras haber venerado solemnemente a la priora con tres *benedicite* y con las inclinaciones de rigor, la mujer se sentó con toda humildad delante de ella y le dijo:

—Querida hermana, quisiera pedirle un gran favor.

—Le escucho... —respondió, vivamente interesada, doña Faurès.

—Mi marido y yo queremos la Iglesia de Dios desde que éramos niños y procuramos ser fieles en todo momento a sus preceptos. Aun cuando no seamos dignos de recibir la imposición de las manos, confiamos en que, tan pronto como nos llegue la hora de la muerte, podamos recibir el *Consolament* de manos de un buen cristiano, de modo que nuestra alma obtenga salvación. Mientras tanto, nos esforzamos siempre en no comer nada que sea graso y, por lo tanto, no probamos la carne, ni los huevos, ni la leche, ni el queso. También sabemos que no hay que matar a nadie por nada del mundo, ni mentir, ni jurar, ni juzgar a los demás. Ayunamos de vez en cuando y, antes de las comidas, o al levantarnos por la mañana y antes de acostarnos, rezamos siempre el *benedicite*.

Dicho esto, la mujer se detuvo un instante y cogió la mano de la niña de cabello oscuro que estaba sentada a su lado. Era una criatura dócil y apacible, de ojos verdes y pestañas largas y onduladas. Durante todo el rato no había movido siquiera un músculo, pero seguía con suma atención las palabras de su madre y observaba el efecto que iban causando en la priora.

—Ésta es Maurina, nuestra única hija. Nuestro más ferviente deseo, aquello que

colmaría de dicha toda nuestra vida, sería poder verla una día vestida con los hábitos de nuestra Iglesia y con el derecho de predicar el Evangelio.

—Muy bien, hermana. A decir verdad, éste es realmente el mayor don que nos pueda ser concedido —observó doña Faurèsa.

—Sí, es cierto, y por eso he venido a verla en mi nombre y en el de mi marido, el zapatero de El Mas, que es un poco asustadizo y no se atrevió a acompañarme. Quisiéramos que usted permitiera que Maurina entrase a vivir en esta casa...

—Pero es muy joven todavía...

—Lo sabemos, pero de este modo se acostumbraría en seguida a la vida de las buenas mujeres y aprendería el oficio de su taller, hasta que usted misma considerase llegado el momento de prepararla para poder recibir el bautismo...

Así fue como Maurina, la hija del zapatero, entró en aquella casa y fue puesta bajo la tutela directa de la priora. Y la madre de la niña muy pronto obtuvo por ello su propia recompensa puesto que, a los pocos meses, habiendo enfermado súbitamente de un extraño mal, pudo recibir el *Consolament* en su lecho de muerte y salvar así su alma para siempre.

En un período de tiempo muy breve, otras mujeres, hasta un número total de quince, se incorporaron asimismo al *ostal*. Sus orígenes o las causas que les hicieron acudir hasta allí eran muy distintos, y algunas de ellas no pretendían ni tan siquiera ser ordenadas, sino que buscaban un refugio de paz después de una vida ajetreada o un lugar donde ganarse modestamente el sustento, rodeadas *de puro amor cristiano*.

Tanta era la riqueza humana de aquel *ostal* que incluso vivían allí cuatro niños: uno de mantillas, una niña de tres años, un mozuelo de cinco y una niña espigada y desenvuelta que ya había cumplido los siete. Los cuatro habían entrado en la casa de la mano de sus respectivas madres, mujeres de edades diversas que no podían ofrecer una dote a sus hijas o que habían optado por abandonar el mundo —y en algún caso incluso el marido, y también sus posesiones o riquezas— para entregarse a Dios y al Evangelio. Todas ellas vivían en hermandad y en buena armonía, dirigidas por la mano enérgica y flexible de una mujer singular.

Doña Faurèsa, en efecto, no era una dama cualquiera. Su presencia física era, de entrada, aquello que más impresionaba a todo el mundo. Se trataba de una mujer alta, con un cuerpo robusto y vigoroso y unas acentuadas facciones, que miraba directo a los ojos y que sabía lo que quería. Sus maneras, en cambio, denotaban fácilmente un origen noble, y sus palabras eran siempre claras pero serenas, sin levantar en ningún momento el tono de voz más de lo imprescindible.

Había sido educada con toda clase de atenciones, y sus padres, además de procurarle un amor sincero, un trato natural y el arte de leer y escribir, la habían dotado igualmente del precioso tesoro de la *entendensa* del bien y del mal y de la verdadera fe. Se había casado después, siendo muy joven todavía, con un noble muy rico de Carasona y tuvo con él una única hija que murió a la prematura edad de once años. Por si fuera poco, su propio marido fue una de las víctimas del saqueo de la

ciudad de Tolosa, en septiembre de 1216, de modo que doña Faurèsa se quedó prácticamente sola en este mundo.

Unos cuantos años después, y una vez hubo dispuesto adecuadamente de sus cosas, la viuda tolosana adoptó la decisión de abandonar su hogar y renunciar a sus derechos y posesiones en beneficio de su único hermano. Libre, por fin, de los vínculos y las riquezas que embarazan el espíritu y lo alejan del camino verdadero, la casa de El Mas le dispensaba, según su forma de ver las cosas, toda la felicidad alcanzable.

Así pues, dotado el *ostal* de unas condiciones algo más dignas, las quince mujeres que lo ocupaban se propusieron desde el primer día cumplir con el deber de trabajar con sus propias manos y de no aceptar ninguna clase de limosna o de diezmo. Y ello porque ya san Pablo, en la primera Epístola a los Cristianos de Tesalónica, había dicho: «Os exhortamos a trabajar con vuestras propias manos, tal como os habíamos recomendado»; y en la segunda epístola: «Si alguno de vosotros no quiere trabajar, que no coma»... Eso es también lo que hicieron los apóstoles, pues todos tenían un oficio, como san Pablo, que tejía tiendas con gruesas lelas hechas con pieles de cabra. Y eso mismo es lo que no hacían, por el contrario, los clérigos de la Iglesia *usurpadora*, que aceptaban vivir a costa de los demás, abrumaban con diezmos y otras extorsiones de toda clase a los pobres labriegos y cometían impunemente el pecado de simonía.

Así es que, muy pronto, aquella casa se convirtió en un auténtico taller en el que un grupo de mujeres de labor esforzada e infatigable cardaban e hilaban la lana. Posteriormente, vendían el hilo a uno de los tejedores del mismo pueblo, Esteve, un hombre que también *era de la fe* y que, siempre que iba a recoger las madejas, solicitaba expresamente poder ver a la priora, con el fin de venerarla mediante el rito de un *milhorier*^[12] y atestiguarle de esta manera —tan habitual en la Iglesia de los buenos cristianos— su deseo de progresar en todo momento por el camino del bien.

A diferencia de los monasterios católicos, la casa de El Mas Santas Puellas no era un recinto cerrado, un lugar remoto de reclusión para vivir lejos de nuestro bajo mundo y buscar de este modo la vía personal de salvación. Muy al contrario, aquélla era una vivienda en medio del siglo y dentro del estricto recinto del pueblo, con las puertas abiertas a la gente que entraba y salía, a las mujeres que iban a trabajar allí durante algunas horas, a las madres que visitaban a sus amigas y a los niños que buscaban en aquel lugar un par de manzanas o un puñado de nueces.

Allí, precisamente a ese rincón pacífico y hospitalario, fue a parar Vierna, aquella muchacha tolosana de dorados cabellos que, a consecuencia de la guerra santa de la cristiandad, se había quedado huérfana de padre y madre a una edad muy temprana. Una mañana de invierno, y viéndose a las puertas de una muerte inmediata, su tía y tutora —aquella bondadosa mujer que la adoptó cuando murió Estèla la había llamado a su habitación y se había dirigido a ella de esta manera:

—Vierna, hija mía, tengo que hablar contigo. Escúchame bien...

Estaba pálida y demacrada y se expresaba con dificultad. Tenía junto a la cama dos cajas de nogal en las que había metido la ropa de ellas dos y los bártulos más necesarios.

—Tu tía ya no vivirá por mucho tiempo, Vierna. Pero no te asustes... Sé que la vida te ha tratado con una extremada dureza y que yo sólo he logrado suplir mal que bien la ausencia de tus padres. Pero todos estos apuros te han convertido en una chica juiciosa, una chica mayor de lo que pudiera hacer pensar tu corta edad. Por esto comprenderás bien cuanto tengo que contarte. Mañana por la mañana, un carro nos llevará a ti y a mí, y todos nuestros bártulos, y nos conducirá hasta una pequeña aldea del Lauragués, un lugar hermoso y tranquilo que tiene por nombre El Mas Santas Puellas.

La niña abría unos ojos como platos y escuchaba con una extremada tensión, pendiente de cada palabra y de cada gesto de su tía.

—Allí existe una casa de santas mujeres, miembros fieles de la Iglesia de Dios, dirigidas por una amiga mía, una viuda que se llama doña Faurèsa. Ella está de acuerdo en acogerte entre sus brazos y en ayudarte para que vayas creciendo por la vía del bien. Yo misma iré allí contigo, Vierna, puesto que mi amiga ha aceptado recibirme en mis últimos días y darme el *Consolament* así que la muerte venga a buscarme...

Las previsiones de la enferma se cumplieron de forma exacta. Al día siguiente por la noche, tía y sobrina fueron calurosamente acogidas en la comunidad de doña Faurèsa. Y justo al cabo de ocho días, consolada con el bautismo de fuego y de Espíritu y la imposición de las manos, la enferma dejó de sufrir y, con toda serenidad, cerró los ojos a este mundo extranjero, persuadida de que el espíritu errante que habitaba dentro de ella alcanzaría a ver sin duda alguna la tierra de los vivos.

En ese momento, concretamente a los doce años, la orfandad de Vierna fue total y absoluta: ya no le quedaba nadie en el mundo de su misma sangre y, si alguna vez tuviera que casarse, nadie pagaría por ella ni la más humilde dote. Llevaba consigo, eso sí, un tremendo montón de recuerdos, había conocido la soledad y el terror y había derramado lágrimas en abundancia.

Ahora, pues, comenzaba una vida distinta, una nueva etapa en el seno de una familia singular, hecha de silencios y murmullos, de sonrisas y de sincera estimación. Se sentía cansada y quería descansar, cerrar los ojos sin temer ninguna señal de alarma, no esperar nada ni sufrir por causa de nadie. Quería dormir larga y profundamente, vivir todos aquellos sueños de fantasía y color que su infancia merecía...

IX

*Tug prequem Dieu que nos don bon ostal
en paradis, on es clars jorns et alba.*

Roguemos todos a Dios que nos dé buen *ostal*
en el paraíso, donde son claros el día y el alba.

(Bernart de Venzac, trovador, siglo XIII).

EN LA CASA DE las *bones dones* de El Mas Santas Puellas la vida transcurría con toda placidez. El recuerdo de la guerra se iba desvaneciendo poco a poco, las nuevas amenazas de una cruzada del rey francés parecían todavía una pesadilla imposible y las horas se repartían entre la oración y los ayunos, las comidas y el trabajo cotidiano. Para asombro de los extraños, el silencio dominante se rompía a menudo, de forma imprevisible, por el llanto o los gritos de los cuatro niños que vivían en la casa.

En cualquier caso, lo cierto es que Vierna y Maurina, las dos muchachas adolescentes que, por azares muy diversos, habían coincidido en aquella parte del mundo, se hicieron en seguida muy amigas. Y ni que decir tiene que, junto con las cuatro criaturas, ellas eran sin duda alguna la alegría del *ostal*. Aunque ya habían transcurrido un par de años desde que cumplieron la mayoría de edad, los catorce años que tenían seguían llenando de pájaros sus mentes y de risas toda la casa. Realmente, la accidentada vida que habían conocido las había maltratado a ambas a una edad muy temprana, y todo hacía pensar que les esperaba sin duda una precoz madurez. Pero, lógicamente, la infancia se resistía a pesar de todo a abandonarlas. Les resultaba difícil ceñirse al rigor de la vida de oración del hogar donde vivían, pese a que su condición de residentes —y no de novicias todavía— les permitía un régimen distinto: así, por ejemplo, les ahorraba bastante a menudo la oración de las horas, o bien les otorgaba una libertad de movimientos y de actitudes que no estaban al alcance de las restantes mujeres, cuya mayoría ya había recibido el *Consolament* o se acercaba al momento de una ordenación religiosa que tanto deseaban.

Ellas dos habían edificado para sí un mundo exclusivo de confidencias y secretos, de juegos y carreras, de llanto y de risa. Vestían como las demás, ciertamente, con la toca en la cabeza y el hábito de paño buriel con un cordón en la cintura. Pero no se habían cortado la cabellera como sus compañeras y, en la soledad de la habitación que compartían, se despiojaban a menudo y se peinaban entre sí. Cada desenredo con el peine de cuerno o cada piojo liberado de entre los mechones del pelo implicaba para ellas la oportunidad de un nuevo chascarrillo o una nueva ocurrencia, o quién sabe si la revelación de alguna inquietud, esperanza, o incluso de un sueño.

Así fue como Vierna confesó a Maurina la atracción todavía en ciernes que sentía por un muchacho de ojos oscuros y mechón rebelde que le caía sobre la frente, el mozo montañés que abastecía de lana la casa donde vivían. Venía muy de vez en cuando, siempre serio y formal, pero el primer día, en cuanto la mirada de Guilhem se apercibió de los ojos azules de Vierna, algo empezó ya para los dos. Jamás habían intercambiado ni siquiera dos palabras; sin embargo, cada vez que él regresaba el ardiente diálogo de sus miradas habría podido provocar un auténtico fuego...

Vierna se sentía culpable de sus sofocos, de sus mejillas encendidas y de la audacia de unos ojos que siempre sostenían, sin inmutarse, la mirada del otro. A decir verdad, no sabía gran cosa del amor ni tan siquiera de aquel muchacho, pero en cambio le habían enseñado que el cuerpo de carne que alberga nuestra alma no es más que obra del diablo: así pues, intuía que aquellos sentimientos tan terriblemente humanos podían apartarla del hábito con que soñaba ser revestida algún día.

A todo esto, Maurina, libre de semejantes emociones, la escuchaba con expresión seria y respetable y luego rompía a reír de tal modo que, en un instante, se desvanecían todos los quebraderos de cabeza. Pero no censuraba en absoluto los sentimientos de su amiga y, a su manera, pensaba que el tiempo acabaría por discernir todas las cosas y colocarlas oportunamente en su lugar.

A media distancia, la priora de la casa, doña Faurèsa, vigilaba atentamente la evolución de las dos muchachas. Consciente en todo momento de la comunidad de la que era responsable, se había propuesto plantearles para una fecha muy cercana el inicio del noviciado que abriría, por fin, la puerta de su futura salvación. Les exigía, por tanto, una mínima adecuación progresiva a las horas de plegaria y a los demás ritos religiosos del *ostal*. Por otro lado, y para cumplir con el deber de la santa Iglesia, les imponía una cierta regularidad en su trabajo y, más concretamente, un aprendizaje gradual del uso de la carda y de la rueca, al modo de las restantes hermanas de la casa.

Éste habría de ser, también, el oficio de aquellas dos muchachas: peinar con toda la maña posible la lana hume decida con aceite de oliva y después, una vez cardada, enrollar y ajustar adecuadamente el copo en el extremo de la caña para hilarla. A continuación, tenían que mover los dedos con diligencia y destreza, pues así cumplían con su deber y de paso contribuían, de modo cada vez más efectivo, al sustento de la comunidad que las había acogido.

Por último, y tan a menudo como le era posible, doña Faurèsa hablaba extensamente con cada una de ellas. Procuraba hacerlo siempre con la misma amorosa disposición que habría correspondido a la madre que ninguna de las dos tenía ya y, al mismo tiempo, con las dosis adecuadas de estímulos y regaños que su formación reclamaba.

Así transcurrían, pues, los días y los meses, con un oído atento a la información sobre la nueva cruzada que quería aparejar el rey francés y con el otro oído puesto en las noticias relativas a la próxima visita de algunos *bons homes* que estaban de paso o a la llegada del diácono de la Iglesia del Lauragués.

Este último hecho constituía, realmente, un motivo de alborozo y de fiesta —pero también de penitencia— para toda la casa. Solía producirse aproximadamente una vez al mes y, entre otras cosas, tenía el encanto de romper la rutina cotidiana. Con sus visitas regulares, el diácono alimentaba la fe religiosa de la comunidad y, al mismo tiempo, ponía en contacto a esta última con todos los acontecimientos, tanto interiores como exteriores, que marcaban el ritmo de la vida de la Iglesia. El acto principal de la visita del diácono era siempre la celebración del ritual del *servisi*^[13], en cuya virtud las buenas mujeres se arrepentían de todos sus pecados y renovaban, una y otra vez, los actos de sumisión a su Iglesia.

Cierto día de mayo, cuando la primavera aparecía ya en todo su esplendor y el patio de la casa mostraba una infinita gama de colores y perfumes, doña Faurèsa reunió a todas las mujeres en la sala principal. En cuanto pudo lograr el silencio total que deseaba, y con un punto de misterio que incrementaba más aún la expectación que sentían, tomó la palabra y les dijo:

—Hoy es un día importante para todas. Tengo una gran noticia que daros, una noticia que esperaba hace mucho tiempo y que pensé que nunca podría anunciaros. Dentro de una semana tendremos a nuestro querido obispo entre nosotras. —Dejó transcurrir unos breves instantes y, a continuación, añadió sin más dilación—: Hace tiempo que tenía previsto abandonar por una temporada el pueblo de Mirapeis, donde vive habitualmente, y emprender un largo viaje por todo el obispado, hacía el país de Foix y hasta el Sabartés y las aldeas montañosas. Durante el camino, él y los nobles caballeros que le acompañan se alojarán en nuestra casa durante un día y una noche. Os aliento, pues, a disponer vuestros espíritus y vuestro corazón para acoger de forma adecuada una visita como ésta.

Un clamor espontáneo de voces acogió las palabras de la priora y algunas de las mujeres presentes irrumpieron en aplausos de forma entusiasta. El alborozo estaba plenamente justificado, no sólo por el rango jerárquico del visitante, sino, muy particularmente, por su personalidad tan singular: el obispo no era otro que Guilhabert de Castras, personaje eminente en la Iglesia de los buenos cristianos, conocido en todas partes por su santidad, por su actividad prodigiosa, por sus mediaciones políticas y, en fin, por una temible elocuencia que le había llevado a participar con éxito en célebres disputas con los mejores predicadores de la Iglesia de

Roma.

No resultaba nada extraño, pues, que todo el pueblo de El Mas se alborotara por el anuncio y que, a partir de aquel día, una gran fiebre se apoderase de la comunidad. De modo que la casa se puso patas arriba para preparar la mejor acogida posible a tan venerable huésped.

Transcurrieron ocho días y, tal como estaba previsto, Guilhabert llegó a la casa de El Mas Santas Puellas, acompañado de otro *bon home*, de dos nobles y de dos escuderos que voluntariamente le escoltaban, en una tarde luminosa y cálida. Era ya un hombre anciano, andaba con escasa ligereza y llevaba unos cabellos largos y una barba blanca que le otorgaban una gran majestuosidad. Numerosas arrugas surcaban su rostro y el humilde hábito negro que le cubría, algo enharinado en ese momento por el polvo del camino, no le distinguía en absoluto de sus compañeros de la Iglesia. Hablaba con voz grave y con una extremada cortesía y reclamó para su aposento la misma estricta austeridad que presidía la vida de las mujeres.

Aquella misma tarde, Guilhabert, tras entrevistarse extensamente con los cinco señores del castillo, habló con voz clara y serena ante una muchedumbre que le escuchaba en medio de un silencio sepulcral. Lo hizo desde la sala principal de la casa de las mujeres, pero fue preciso abrir puertas y ventanas de par en par, con el fin de que consiguiera oírle toda aquella multitud que, aprovechando el buen tiempo y la fama del clérigo, se había ido congregando en el jardín.

Guilhabert de Castras sabía perfectamente qué clase de gente le estaba escuchando, gente humilde que no deseaba otra cosa que un poco de luz y un poco de consuelo para sus vidas. Su homilía, pues, huyó de la erudición, que en otras tribunas había subyugado a tantos adversarios dialécticos, y se concentró en la transmisión a la llana de algunas verdades esenciales de la doctrina:

—Amados míos: ya sabéis que los espíritus celestiales, llevados por su codicia y por las tentaciones del maligno, habían perdido para siempre el recuerdo del paraíso en que vivían. Condenados al terrible castigo del olvido, sometidos al implacable dominio del pecado, peregrinaban por este miserable mundo sufriendo penas y fatigas. Un día, sin embargo, vino de parte de Dios Padre alguien que les devolvió la memoria y les mostró el modo de volver a la salvación y escapar del poder de Satanás... Él mismo les enseñó también, mediante las escrituras, que, del mismo modo que nos hallamos exiliados del paraíso por el orgullo y el engaño del diablo, por haber creído a Satanás más que al mismo Dios, es preciso que regresemos al cielo por medio de la humildad, la verdad y la fe...

La gente se apiñaba en la estrechura del patio de la casa, se encaramaba a los árboles, apretaba a los de al lado para ganar un poco de espacio, ávida como estaba por escuchar una palabra clara de salvación. Después, una vez terminada la prédica de Guilhabert, reconfortados con la doctrina que habían recibido, todos aquellos vecinos del pueblo fueron regresando a sus casas de modo discreto, hablando entre sí acerca de cuanto habían podido escuchar de aquel hombre más santo que todos los

demás.

Y cuando las puertas y ventanas estuvieron cerradas, cuando la noche tendió sus brazos por encima de todas y cada una de las casas y las familias se agruparon para compartir la última comida del día, también las mujeres se reunieron fraternalmente para cenar. Una vez puesta la mesa, Guilhabert bendijo el pan ante todas ellas, tal como era costumbre hacer antes de todas las comidas. Tomó el pan, lo envolvió con un paño blanco que colgaba de su cuello y de sus hombros y, llevándoselo a la altura del pecho, rezó en voz alta el *Pater noster*, que finalizó como siempre con aquellas palabras que figuran en los libros griegos y que en latín dicen así: «*Quoniam tuum est regnum et virtus et gloria in saecula. Amén*^[14]». Luego tomó su cuchillo e hizo partes iguales con el pan y las repartió entre los comensales, sin dejar que sobrara ni un solo bocado. En primer lugar lo dio a doña Faurèsa al tiempo que decía:

—*Benedicite, dònna.*

Y ella respondió:

—*Deus vos benedicat.* Dios os bendiga.

Sirvió después a las mujeres de mayor edad y luego a las más jóvenes, hasta llegar a Vierna y a Maurina e incluso a aquella mozuela espigada que había cumplido siete años.

Al día siguiente, el tiempo había cambiado por completo y amenazaba lluvia. Reunidas de nuevo todas las mujeres de la casa en la sala principal, llegó el momento del *servisi*, es decir, el acto de contrición y penitencia de la comunidad. Guilhabert cogió el libro que contenía el Nuevo Testamento y se lo puso igualmente encima del pecho, y todas las mujeres, con la excepción de las dos jóvenes y de la niña, se inclinaron ante el obispo hasta el mismo suelo. Después, siguiendo el rito establecido, doña Faurèsa pronunció, en nombre de todas y en la lengua de la tierra, el texto más hermoso que jamás pudieran recordar:

—*Nos en vengut denant Deu e denant vos e denant l'azordenament de Sancta Gleisa...*^[15] para recibir servicio y perdón y penitencia por todos los pecados que cometimos, dijimos o pensamos u obramos desde el día en que nacimos hasta ahora, y deseamos pedir misericordia a Dios y a vos para que roguéis al Padre santo que nos perdone... Puesto que son muchos todos estos pecados con los cuales ofendemos a Dios de noche y de día, de palabra y obra, con voluntad o sin ella...

Estas palabras de contrición, como lluvia goteando en el mes de mayo, planeaban por encima de todas las presentes, que se sentían profundamente arrepentidas de cosas parecidas a éstas:

—... Con nuestras lenguas caemos en palabras ociosas, en conversaciones vanas, en risas, en burlas y en maldades, y hablamos mal de nuestros hermanas y hermanos... No hemos sabido guardar el servicio que recibimos, ni el ayuno, ni nuestras oraciones: hemos transgredido nuestros días, hemos prevaricado nuestras horas. Cuando oramos, los sentidos se nos van hacia los deseos de la carne, hacia las preocupaciones del siglo, hasta el extremo de que, llegado ese momento, apenas

alcanzamos a saber qué es lo que podríamos ofrecer al Padre de los justos...

Finalmente, la fórmula ritual finalizaba con estas palabras:

—Oh, Señor, juzga y condena los vicios de la carne, no te apiades de la carne nacida de la corrupción, mas compadécete del espíritu que se encuentra aprisionado, y administra nuestros días y nuestras horas y nuestras prosternaciones y ayunos y oraciones y prédicas, tal como es costumbre de los buenos cristianos, con el fin de no que seamos juzgados ni condenados con los traidores en el día del juicio. *Benedicite, parcite nobis*^[16].

Después de esto, el obispo Guilhabert habló extensamente a las mujeres y, en prueba de su benignidad, les impuso tan sólo una penitencia de tres días a pan y agua. A continuación, preparó sus enseres, hizo avisar a los hombres que gentilmente le escoltaban por aquellos caminos tan llenos de peligros y malicia y, habiendo cubierto su testa blanca con el capuchón, se marchó dejando tras de sí un rastro de sabiduría y de bondad...

Todo esto ocurría a principios del año 1226. Mientras tanto, lejos de la tierra occitana, se había estado preparando una nueva embestida contra los *enemigos de la fe* y contra el país de la lengua de oc. El ilustre rey de Francia había tomado personalmente la cruz de manos del legado del Papa, y treinta y seis barones franceses habían decidido apoyarle. La Santa Sede había aceptado del rey las condiciones exigidas: la Iglesia protegería al rey, a su familia, al reino y a la tropa; los soldados tendrían idénticas indulgencias que los cruzados de Tierra Santa; y quienes atacasen el reino de Francia serían excomulgados...

Luis VIII, garantizada igualmente la quietud del rey inglés y la neutralidad de los dos vecinos más poderosos del Languedoc —el rey don Jaime de Aragón y Cataluña y su vasallo, el conde de Rosellón—, había movilizado el ejército más poderoso del mundo y establecido su plan de campaña. Poco después, mediado el mes de mayo, se puso en marcha con el objetivo de aniquilar por siempre jamás la funesta herejía e incorporar a sus dominios el condado de Tolosa y todo el Languedoc.

De esta forma, muy pronto quedaría extinguida aquella paz tan duramente recuperada, aquel respiro de una Iglesia que al cabo de tan sólo cinco años había logrado cicatrizar las terribles secuelas de la primera cruzada. La pesadilla de la persecución tomaba cuerpo de nuevo: una nueva alianza entre el lirio real y la cruz romana se disponía una vez más a dispersar y sacrificar las obstinadas ovejas de un rebaño incorregible...

X

*Felon cor ai et enic
car vei tric
pojar e prez perdre abrir...*

Tengo el ánimo irritado y entristecido
porque veo que el engaño
asciende y el mérito pierde abrigo...

(Perseval Doria, trovador, siglo XIII).

— TENDREMOS QUE huir.

Un largo silencio, interrumpido apenas por alguna exclamación de sorpresa, siguió a estas tres palabras, pronunciadas a guisa de intempestivo saludo. Todas aquellas buenas mujeres, reunidas urgentemente por su priora en la sala principal del *ostal*, miraban con incontenible expectación el rostro serio y compungido de doña Faurèsa. Todas adivinaron desde el primer momento que, sin ninguna duda, algo muy grave debía de estar ocurriendo.

—Es preciso que sepáis que, después del brevísimo período de paz que nos ha tocado en suerte, el ejército real está progresando mucho más deprisa de lo que pensábamos, y puede que llegue aquí en poco más de una semana. En realidad, y según hemos podido saber por la señora del castillo de El Mas, el pueblo de Pamias acaba de caer ya en sus manos y el rey ha dictado una nueva ordenanza contra nosotros, los pobres de Cristo. Aquellos que nos ayuden y sean excomulgados deberán pagar una multa de nueve libras y un denario. Y si se trata de personas contumaces, les confiscarán sus bienes... Ahora mismo, las tropas se han desplazado ya hacia el noroeste para intentar llegar cuanto antes a Castèlnou d'Arri y apoderarse de todo el Lauragués...

Un denso y prolongado murmullo se extendió por toda la sala. Era una forma como cualquier otra de liberar el manojo de nervios en que cada una de aquellas mujeres se había convertido. Pero la necesidad irresistible de hablar a borbotones y

de andar de un lado a otro de la estancia se veía superada, sin duda, por el deseo de conocer algo más, de saber exactamente qué es lo que iba a ocurrir. De modo que, en cuanto se apaciguaron los murmullos, doña Faurès prosiguió con la seguridad y calma que la caracterizaban:

—Tendremos que abandonar esta casa en seguida, del mismo modo que tendrán que hacerlo nuestros hermanos y hermanos de las casas vecinas, e irnos lejos de aquí. Es triste y doloroso, desde luego, pero no hay otro remedio, puesto que no existe fuerza armada que pueda protegernos. Sin embargo, habrá que hacerlo sin alarmismo, de forma organizada, procurando saber en todo momento dónde se encuentra cada una de nosotras. Esto nos permitirá reunirnos de nuevo, aquí o en cualquier otra parte, el día en que Dios quiera que pase este apuro.

—Pero..., ¿adónde iremos? —La más impaciente de aquellas mujeres había formulado en voz alta la primera pregunta que sin duda todas se hacían.

—Vamos a ver... Tendremos que huir lejos del pueblo de una forma escalonada, de dos en dos, con el fin de que ninguna de nosotras se vaya a quedar sin compañía. Las de mayor edad se marcharán con una compañera más joven, de modo que se ayuden mutuamente y que la audacia y la impaciencia de una quede compensada por el buen juicio y la experiencia de la otra. La mayoría podrá alojarse sin peligro alguno en otras casas de buenas cristianas, o bien, en el caso de aquellas que tenéis a vuestros hijos con vosotras, en algún castillo de los nobles señores que nos protegen. Finalmente, si la amenaza se aproximara demasiado y no tuviéramos ningún cobijo de confianza, habría que emprender entonces el camino de las montañas.

Se interrumpió tan sólo un instante y, sin modificar ni un ápice el tono de su voz, continuó de la manera siguiente:

—No sufráis, queridas hermanas, nuestro único problema es no poder seguir juntas y permanecer aquí por más tiempo como sería nuestro deseo, sin tener que distanciarnos de los soldados que nos mandan el rey de Francia y la Iglesia de Roma. De modo que nos dispersaremos hacia el sur y hacia el este, más allá del país de Foix, hacia la tierra de Olmes y hacia el Sabartés...

—¿Y qué será de esta casa? —Vierna acababa de expresar otra cuestión que sin duda las preocupaba a todas.

—No quiero engañaros... —contestó doña Faurès—. Si estos hombres llegan efectivamente hasta aquí, no espero de ellos nada bueno, de modo que no vamos a pensar que la dejen intacta. Aun así, y por si no llegaran, o por si la ayuda de Dios quisiera ahorrarnos todo el mal que yo imagino, procuraremos dejar aquí una mínima presencia. Por un lado, está la buena disposición de Bonet, nuestro amigo panadero, que se ofreció a vigilar la casa y el patio en nuestra ausencia. Por otro, Maurina podrá quedarse hasta el último minuto, y, llegado el momento, cerrar a cal y canto: ella puede ocultarse aquí, en casa de su padre, o en cualquiera de las muchas casas amigas que la acogerán con los brazos abiertos.

—Pero...

—En realidad, el empeño principal de estos hombres consiste tan sólo en pasar impetuosamente por todos aquellos lugares en los que habitan buenos cristianos y llevar su brazo destructor lo más lejos posible. De momento, pues, no es nada probable que estén en condiciones de instalar en cada pueblo y en cada comarca una mínima guarnición, por pequeña que sea; de modo que, una vez hayan perpetrado todo el daño que desean, dejarán únicamente un pelotón de guardia. Más adelante, si las cosas se van complicando y estos primeros hombres se consolidan con una fuerza más numerosa..., entonces ya veremos...

En este punto, y como es natural, la zozobra de aquellas mujeres se había acrecentado notablemente. Todas veían ante sus ojos el inicio de un espinoso camino de final imprevisible, un incierto período henchido de interrogantes y de riesgos. En la medida de su carácter y de sus propios temores, cada una de ellas efectuaba sus cálculos y procuraba imaginar lo que podría pasar, y cuánto durarían la incertidumbre y el peligro, hasta que volviera de nuevo el tiempo de la paz y la alegría, el feliz retorno a aquella casa que, en la diversidad de sus orígenes y procedencias, tan amorosamente las había acogido.

—¿Qué llevaremos con nosotras? —preguntó la probablemente más previsora.

—No hay problema, queridas —contestó con una confiada sonrisa la priora—. La vida de pobreza que adoptamos un día nos ahorra el doloroso trance de aquellos que se ven en el caso de abandonar de repente sus posesiones y riquezas... Nada, un poco de ropa, un minúsculo lecho, algo de comida, el *texto* y el puchero. No os preocupéis, os lo ruego, ni por el camino que debemos emprender ahora ni por lo que va a ser de nosotras: a lo largo del trayecto y, al final del mismo, allí donde ya nos están esperando, no nos va a faltar la ayuda ni el alimento de tantas y tantas personas desconocidas que, sin embargo, aman la Iglesia de los buenos cristianos...

—¿Y por qué no nos quedamos? —Un repentino silencio acompañó de inmediato esta pregunta, formulada sin duda por la compañera más valiente, o la más temeraria, tal vez—. ¡Qué importa, el daño que puedan causarnos! ¿Acaso no vivimos para esperar la salvación de nuestras almas? Pues ha llegado la hora de purificar para siempre el espíritu que vive dentro de nosotras. Y quienes vean o conozcan nuestra fe y nuestro arrojo sentirán en su interior un inesperado temblor y abrazarán la causa del Dios vivo y verdadero...

Esta vez, doña Faurèsa tardó algo más en responder. Deseaba encontrar las palabras justas, la explicación más razonable que le permitiera ser comprendida en sus propósitos sin defraudar la fe inocente y generosa de aquella comunidad a la que tanto quería.

—Verás, Clemensa, no creas que no haya meditado a fondo una opción como ésta. Algunas de nosotras tenemos ya suficiente edad como para pensar que la vida en esta tierra del maligno nos pueda ofrecer muchos atractivos para permanecer en ella. Y sé muy bien cuán sincero es tu afán por salvar tu alma y por dar una prueba de valor y un ejemplo a todos aquellos que todavía no han recibido, del Dios de luz, la fe

que poseemos. Pero no estamos solas, no vivimos pendientes de un destino personal que sólo a nosotras mismas nos interesa. No es así... Nosotras, Clemensa, formamos parte de la Iglesia de los amigos de Dios, nosotras tenemos la obligación de divulgar nuestra fe hasta los confines de este mundo miserable, y la mejor forma de propagar esta creencia no consiste aún en dejarnos arrastrar hasta la liberación de la hoguera y de la muerte, sino en intentar vivir y predicar aquello que pensamos y aquello en lo que creemos.

Clemensa no se atrevió a replicar. Era una mujer resuelta y ardorosa, que estaba impaciente por asumir algún día un destino heroico que garantizase la salvación de su alma. Pero esa hora aún no había llegado y la joven debería seguir, al igual que sus compañeras, la ruta de la incertidumbre y el destierro antes de llegar a su final. En cualquier caso, su visible pesar se vio interrumpido por el suspiro de su vecina, una mujer mayor que sollozaba en silencio. Sus suspiros no pasaron desapercibidos tampoco a los oídos de doña Faurès, que se dirigió a ella con toda la deferencia de que era capaz:

—¿Qué te ocurre, Raimonda? ¿Acaso temes por tu vida? ¿O tal vez te asusta el camino desconocido que nos espera?

—Oh, no, Faurès, no me asusta nada de todo eso —se apresuró a contestar, un poco avergonzada—. Tú ya sabes que de buena gana iría hasta la hoguera si así pudiera salvar mi alma.

—Pues entonces, ¿por qué sollozas?

—Lloro por todas nosotras, por nuestra separación, por esta fatalidad que siempre nos acompaña de tener que huir, de sufrir persecución, de no poder predicar la buena nueva sin necesidad de temer constantemente por nuestra suerte. ¿Cuándo va a llegar el día en que el Dios de verdad y de justicia confunda para siempre a nuestros adversarios? ¿Cuándo reinarán por fin la paz y la concordia entre los hombres?

Doña Faurès se levantó de su banco y empezó a caminar con toda calma por la sala. Sabía que este desasosiego, esta angustia expresada de modo tan sincero, roía la mente de todas sus compañeras. Por eso volvió a medir muy bien sus palabras antes de coger el Libro con las manos y responder de esta forma:

—Tú conoces la respuesta lo mismo que yo, Raimonda, ya que nuestra fe nos la enseñó cuando éramos unas crías y las dos jugábamos por las calles y las plazuelas de nuestra añorada Tolosa...

Se detuvo un instante, como si ese recuerdo empañara el pensamiento. Afuera, en el patio, el día empezaba a declinar y una suave brisa zarandeaba las hojas de los árboles, todavía relucientes bajo la claridad menguante del ocaso.

—El escándalo y la persecución irán siempre con nosotras, Raimonda, porque lo mismo sucedió a Nuestro Señor. Y él aceptó el sufrimiento para rescatar y salvar a su Iglesia y para mostrarle con palabras y con hechos que, hasta el fin de los tiempos, debería padecer tribulaciones y vergüenza. Así lo dice el Evangelio de san Juan: «Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros». Ésta es la suerte que nos

espera, siempre jamás...

—Ya lo sé, Faurèsa... —Ella era una de las pocas que llamaba a la priora por su nombre, ya que así se lo permitía su infancia compartida—. Pero me resulta difícil aceptarlo, cuando ya me parece oír los cascos de los caballos y el zumbido de las espadas de los soldados que la Iglesia de Roma envía contra nosotras...

—La Iglesia de Roma hunde sus raíces en la mentira, Raimonda, y no hace ningún caso al Evangelio. Recordaréis sin duda que el Evangelio de san Mateo nos cuenta cómo Cristo subió a la montaña y habló a sus discípulos con estas palabras: «Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados cuando os insulten y os persigan y cometan Contra vosotros toda clase de males, por mi causa; alegraos y celebradlo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo...».

La priora interrumpió de repente sus pasos, como si quisiera percibir el efecto de sus palabras entre aquellas mujeres que le escuchaban. Y añadió:

—Cristo dijo también: «Yo os envío como ovejas en medio de los lobos». Pues bien, hermanas: la Iglesia de Roma no es perseguida, ni por el bien ni por la justicia que debería haber dentro de ella. Todo lo contrario: es ella quien persigue y mata a cualquiera que no se avenga a sus pecados y a sus prevaricaciones. No huye de pueblo en pueblo, sino que impera por encima de pueblos y ciudades, se asienta majestuosamente en las pompas de este mundo y es temida por reyes y emperadores. Y, sobre todo, ya lo veis, persigue y mata la santa Iglesia de Cristo, que todo lo sufre con paciencia, como la oveja que se defiende del lobo. Pero no hay nada que temer si seguimos las enseñanzas que recibimos de Cristo, el mismo Cristo que en otra ocasión, cuando envió a sus doce discípulos a predicar, les dijo: «Todos os aborrecerán por causa de mi nombre; pero quien haya perseverado hasta el final se salvará. Y cuando os persigan en esta población, huid hacia otra; y, si os persiguieran también en ésta, huid de nuevo hasta la de más allá...».

Poco a poco, doña Raimonda Astruc había dejado de sollozar, y la sala entera parecía compartir el bálsamo que había recibido por medio de aquellas palabras. Mientras tanto, el sol había completado su trayecto y, más allá del horizonte visible a través de la ventana, tan sólo un rastro de luz anaranjado evocaba su camino hacia la puesta. Doña Faurèsa esperó durante unos breves momentos y, recuperando su habitual entereza, les dijo:

—Eso es todo por hoy, hermanas. Ya es hora de efectuar nuestras oraciones e irnos a la cama. Mañana seguiremos con nuestro trabajo y prepararemos sin prisas nuestra huida...

Todas se levantaron y, de acuerdo con la costumbre de aquella santa casa, doña Faurèsa comenzó a recitar con toda la calma:

—*Benedicite, parcite nobis.*

Todas respondieron al unísono:

—*Pater et Filius et Spiritus Sanctus dimittat nobis et parcat omnia peccata*

Nostra^[17].

A continuación, y por tres veces, inclinaron profundamente la cabeza hasta el suelo y lo levantaron después con los brazos extendidos hacia arriba, siguiendo la pauta de la recitación de la priora que iba diciendo:

—*Adoremus Patrem et Filium et Spiritum sanctum* —el primero en voz alta, el segundo en silencio y el tercero nuevamente en voz alta.¹⁷

A esta invocación respondían ellas cada vez, siempre al unísono:

—*Dignum et iustum est...*

Rezaban después hasta dieciocho *Pater noster* y otras muchas invocaciones, y se arrodillaban en el suelo varias veces con una extremada devoción. Y es que la plegaria de las horas era muy importante en la vida de aquellas buenas mujeres, de modo que el trabajo y las comidas se supeditaban a esta práctica religiosa. Una práctica de purificación Interna que, con una estricta regularidad, repetían todos los días hasta quince veces entre la noche y el día...

XI

*L'aur'amara fa.ls bruels brancutz
clarzir, que.l dous'espeys'ab fuelhs...*

El aura amarga hace aclarar los bosquecillos ramosos
que el aura dulce espesó con hojas...

(Arnaut Daniel, trovador, siglo XII).

LOS DÍAS SIGUIENTES fueron de mucho trajín y agitación en aquella casa de paz y de silencio. Sin mayor dilación, y de acuerdo con un plan perfectamente establecido, las *bones dones* fueron abandonando su hogar por parejas, hacia el sur y hacia el este. Todas sentían en su interior una indefinible angustia, todas lloraban desconsoladamente cuando llegaba el momento del triple saludo mutuo de acción de gracias, el doble beso de la paz en la boca y, por fin, la despedida.

A continuación emprendían a pie su camino, hacia las montañas, o bien subían al carretón de algún buen cristiano que se había ofrecido a acompañarlas. De vez en cuando, echaban la vista atrás para lanzar una última mirada a la casa que tanto querían. Seguían su ruta tal vez un poco apocadas, pero sin ningún reproche ni ninguna queja, hasta que un recodo cualquiera las alejaba de su visión.

Poco a poco, las noticias de la inminente llegada de los cruzados se hicieron más apremiantes y angustiosas. Incluso corrió la voz de que su llegada al pueblo era cuestión de horas. La priora resolvió quedarse la última, en unión de Vierna —que la acompañaría en su inevitable huida— y de Maurina —encargada de cerrar finalmente la casa.

A la desazón natural de cada una de ellas, Vierna añadía su particular desasosiego, que no podía contar a nadie. Si se alejaba del pueblo, dejaría de ver a aquel muchacho de ojos oscuros y cabello negro que las visitaba de vez en cuando. ¿Qué pensaría? ¿Cuánto tiempo tardaría en enterarse de la huida de las buenas mujeres y de la posterior irrupción de los franceses? ¿Quién le contaría qué fue de la comunidad de

mujeres que presidía doña Faurès? ¿Y quién le diría adonde había huido la priora... y, naturalmente, la joven que con ella compartiría su destierro?

Los nervios y la fatiga se incrementaban a medida que se acercaba el día de la marcha, pero Vierna no conseguía quitarse a aquel muchacho de la cabeza. Le parecía que abandonar el lugar donde lo había conocido era un gesto poco amistoso, una especie de renuncia sin las indispensables palabras de explicación y cortesía. Y, por encima de todo, temía no volver a verlo, perder su rastro para siempre a lo largo de una incierta ruta, por bosques, cerros y hondonadas. Sin embargo, no podía avisarle, ya que ni siquiera sabía dónde vivía. Tenía únicamente, eso sí, su nombre, un nombre mágico que día y noche percutía en su cerebro: Guilhem, como una lisonjera melodía que va y viene hasta la mente, sin fatigarla nunca. Y ella se dejaba llevar porque no imaginaba todavía qué podría ser, algún día, cuando los sentimientos se desbocasen sin freno, la fuerza irresistible del amor.

Por fin llegó el día del adiós definitivo. Y doña Faure sa y Vierna emprendieron su camino sin demora, guiadas por un amigo de confianza y montando dos pacíficas burras que unos buenos cristianos les habían regalado. Maurina permaneció confiada en la casa, como si todavía tuviera por delante todo el tiempo del mundo.

De repente, todo se precipitó. Un puñado de hombres armados se adelantó al grueso de la fuerza que se apoderaría de la aldea indefensa. Y, cuando nadie los esperaba todavía, irrumpieron dentro de los muros con sus caballos, sus espadas, sus arneses, sus cruces rojas y sus flores de lis en los estandartes y en la pechera.

La entrada de los primeros guerreros en la aldea de El Mas causó, lógicamente, un indescriptible alboroto. Los campesinos y mercaderes que tenían un puesto en la plaza se apresuraron a cerrar sus mostradores y su tienda. Por todas partes había gritos y carreras, postigos atrancados de forma abrupta, cerrojos violentamente echados en las puertas. Las madres recogían bruscamente a sus hijos, al tiempo que procuraban salvar a la buena de Dios la mercancía que llevaban en sus cestas. Los ancianos levantaban la vista con una mirada suplicante, reclamando una mano cualquiera que les ayudase a llegar hasta sus casas. Y más allá del pueblo, buscando el abrigo de las montañas, hombres fugitivos y caballos desbocados corrían a galope tendido, mientras los carros llenos a rebosar de muebles y fardos, balanceándose de forma temeraria, se arriesgaban a perder su bagaje o chirriaban con estridencia sobre el empedrado de los caminos.

En la casa de las buenas mujeres todo se produjo, también, muy rápidamente. Se hallaba Maurina entreteniéndose más de la cuenta en la preparación de un fardo de ropa, cuando se oyó un fuerte estrépito que hizo retumbar toda la estancia: un hombre corpulento y robusto, un cruzado francés vestido con la loriga de mallas y la cruz de lela cosida en el pecho, armado con una enorme espada, acababa de sorprenderla en la habitación, tras golpear violentamente en la puerta con una patada. Una vez en el umbral, el intruso se detuvo de repente y repasó de arriba abajo la figura de la muchacha, con una mirada cada vez más penetrante y lasciva:

—¡Dios mío...! ¿Así que tú eres el pájaro que se quedó para guardar el repugnante nido de los herejes?

Tenía una voz ronca y oscura. Sin embargo, hablaba con decisión y sarcasmo, como si las precisas indicaciones de algún delator lo hubieran guiado sin titubeos hasta la casa de las mujeres. Se trataba, sin duda, del hombre adelantado que anunciaba la próxima llegada de un pelotón de guerreros mucho más numeroso.

—¿Cómo es posible que la perversa obra del maligno penetrase en un cuerpo como el tuyo? —añadió tras repasarla de nuevo de arriba abajo.

Al oír estas palabras, y de forma instintiva, Maurina retrocedió hacia la ventana. No tenía salida, y por más que gritase nadie la oiría. Por otra parte, la mirada del soldado, favorablemente sorprendido ante tan precioso hallazgo, no presagiaba desde luego nada bueno.

Después de una larga pausa que pareció eterna, el desconocido cruzado decidió avanzar tres o cuatro zancadas. Se plantó frente a la muchacha, empuñó la espada y, antes de que ella abriese siquiera la boca, levantó su arma con un gesto brusco y repentino. Ella pensó que todo había terminado y, en consecuencia, giró instintivamente el rostro para no ver el filo de la espada. Pero se equivocaba, y un reflejo atávico femenino debiera haberla advertido de que las cosas no serían tan rápidas ni tan fáciles.

Con mano diestra, el hombre acercó la espada a la mejilla de aquella joven aterrorizada y, simplemente, como quien desata un nudo enrevesado, levantó el arma hacia arriba hasta cortar la toca de la cabeza con un movimiento seguro. Liberado de la cofia que lo retenía, un espeso mechón de pelo brillante y negro se deslizó por la espalda de la muchacha, al tiempo que el soldado se apresuraba afanosamente a sujetar con rudeza la cabellera de Maurina para atraerla hacia sí y arrodillarla después, poco a poco, hasta arrojarla de bruces contra el suelo. Ella se resistió como pudo, pero entonces el cruzado, sin pensárselo dos veces, le propinó un furioso manotazo, de modo que el guante de mallas laceró el rostro de la muchacha haciéndole sangrar el mentón.

Fue precisamente entonces cuando Maurina, con las mejillas enrojecidas y sus verdes ojos empañados de lágrimas, comprendió de repente lo que le esperaba. Entre tanto, el guerrero del rey francés, enloquecido por la resistencia de la chica y por el deseo que reflejaba su propia mirada, se quitó los guantes y aferró a la muchacha por el cuello con la mano izquierda, mientras con la otra mano pugnaba por arremangarle la gonela y la camisa. A partir de entonces, ya no hubo nuevas palabras ni sollozos en aquel aposento, sólo una sorda y prolongada lucha por cubrirse ella y desnudarla él, primero buscando febrilmente sus senos, después por entre los muslos y el bajo vientre de la joven.

La riña siguió todavía, cruelmente, durante un rato interminable. El hombre, mientras se le deslizaba sudor y saliva por la frente y la espesa barba, resoplaba y gruñía ante la firmeza de su víctima. Maurina, por su lado, presa del terror, se

revolvía y agitaba los brazos y las piernas, en la inútil desazón por cubrir la desnudez de los diversos flancos por los que se veía sucesivamente atacada. De vez en cuando, aquella bestia enardecida que se abalanzaba sobre ella parecía perder terreno por momentos, hasta que a no tardar lo recuperaba de nuevo, a puñetazos y golpes, mientras las ropas de la muchacha, cada vez más estropeadas y hechas lirones, abrían y tapaban alternativamente fragmentos de su piel tan clara y tan tierna, de sus pechos turgentes, de su pubis cada vez más indefenso.

Por fin, mediante un brusco movimiento, el soldado de la cruz logró asir a la inocente mujer que tenía tendida debajo y, mientras la mantenía inmovilizada sujetándola violentamente por los hombros, consiguió penetrarla como un hierro candente, hasta lo más profundo de su ser. Ella se sintió súbitamente privada de fuerzas en los brazos y las manos, y todos sus sentidos se concentraron forzosamente en la percepción de la desgarradora punzada que la estaba desflorando, de modo espasmódico, hasta el fondo secreto de sus entrañas.

Primero pudo oírse su enorme grito, como un prolongado aullido de sufrimiento y de rabia. Después vinieron los resoplidos del hombre saciado y sudoroso que, una vez logrado su propósito, acabó finalmente por retirarse, mientras soltaba momentáneamente la presa virginal que había logrado poseer por la fuerza.

Hubo, seguidamente, una extraña y desoladora transición, con Maurina replegada sobre su vientre lacerado y con la anónima bestia acompasando lentamente su fatigoso respiro. Sin embargo, se trató tan sólo de un breve espejismo, porque estaba muy claro que, tras aquel terrible combate y aquella violación tan evidente, la herética muchacha no podría llegar con vida hasta la hoguera. De modo que el francés se incorporó fatigosamente cogiendo la empuñadura de la espada y apoyándose en ella hasta lograr levantarse, con un enorme esfuerzo. Una vez en pie, tambaleándose aún a causa del forcejeo y de su propia saciedad, reunió las fuerzas que le quedaban para empuñar el arma con ambas manos, levantarla extendiendo completamente los brazos y asestarla de forma impetuosa hasta desgarrar rápida y abruptamente las entrañas de Maurina.

Ella, medio aturdida todavía por el primer dolor y por el enorme asco que sentía, no alcanzó a ser consciente de la estocada definitiva que se le vino encima, hasta tal punto fue inmediata e imprevisible. La muerte le llegó de forma tan instantánea que sus labios ni siquiera fueron capaces de articular el más leve quejido o el más breve adiós a esta vida...

El cruzado permaneció aún un rato en la habitación antes de dar aviso a sus compañeros y de proceder con ellos, mediante el fuego y la ira, a derribar la casa hasta arrasarla por completo y convertirla en pura ruina. Embriagado por el furor y por la violencia que él mismo había desatado, debía completar aún la magna gesta de aquel día y librarse antes a un nuevo alud irracional de destrucción. Así que tomó nuevamente la espada y empezó a blandirla de un lado a otro del aposento, destrozando cualquier cosa que se opusiera a su fuerza incontrolada. Muebles, sillas,

ruecas, rodaron por el suelo despedazados por el corte afilado de la hoja; vestidos, cortinas, sacos de lana y damascos quedaron hechos jirones en un macabro escenario compuesto de colgaduras y pingajos. Nada podía permanecer intacto en aquella casa del diablo, vivienda indigna donde el pecado y la herejía habían plantado raíces tan profundas.

Aliviado por fin de todos sus instintos, el guerrero de la cruz en el pecho abandonó la habitación con un enérgico portazo. Allí, en medio de aquel aposento en el que tantas veces habían resonado sus risas, permanecía inmóvil para siempre Maurina, la hija del zapatero de El Mas Santas Puellas. Había quedado tendida boca arriba, con los ojos cerrados, la negra melena desparramada y fulgurante, la ropa desgarrada y jironada y los brazos extendidos a ambos lados del abundante charco de sangre que seguía brotando de su vientre.

Éste fue el triste e ignominioso fin del joven y pequeño cuerpo en el que se hallaba prisionero el espíritu que habitaba en Maurina. Sin embargo, en la espléndida belleza de sus escasos quince años, aquel cuerpo no era más que una simple y tosca túnica de piel moldeada por el príncipe de las tinieblas, y por esa razón estaba llamado a volver a la nada de la que había sido creado. En poco tiempo, y una vez trasladado el cadáver de la chica a la inmensa pira que los cruzados estaban levantando en la plaza del pueblo, no quedarían de aquel cuerpo que un día fue tan bello más que las cenizas resultantes de la hoguera de los herejes.

Por el contrario, su espíritu seguiría su camino. Desgraciadamente, y a pesar de la vida ejemplar de Maurina, la juventud de la muchacha la había privado del bautismo de fuego y de Espíritu Santo que le habría sido concedido si hubiese recibido el *Consolament* y la imposición de las manos. Así pues, era muy probable que aquel desdichado espíritu tuviese que proseguir su penosa andadura por este mundo y no podría iniciar la luminosa ascensión a través de los siete cielos: es decir, aquella subida triunfal que, un día u otro, antes del fin de los tiempos, debería conducirlo hasta la gloria, hasta la tierra de los vivos.

En cuanto el espíritu se viese expulsado del cuerpo de Maurina, no habría ni un instante de reposo para él: abrasado por el diabólico fuego del dios extranjero, el antiguo espíritu celestial erraría febrilmente por la tierra hasta reproducirse en otro cuerpo de carne. Allí iría envejeciendo, allí haría penitencia del pecado cometido en el origen de los tiempos contra el Dios de verdad y de justicia. Hasta que un día, alojado por fin en la bella túnica de un buen cristiano, lograría salvarse y ascender al paraíso en compañía de los ángeles...

XII

*Las, qu'eras planlh so que.m
dol plus que nafra de cairell
no fera ni de cotell...*

¡Ay de mí!, que ahora lamento lo que me duele
más que herida de dardo
o de puñal lo haría...

(Pèire Vidal, trovador, siglos XII-XIII).

A LOS DOS DÍAS exactos de la muerte de Maurina, Guilhem llegó a El Mas Santas Puellas. Había corrido como alma que lleva el diablo y con un nudo en la garganta, alarmado por las noticias del rápido avance, a través del Lauragués, de las tropas del lirio y de la cruz. Los rumores que circulaban eran, sin duda, exagerados y confusos.

Por un lado, existía la certidumbre de un triunfal paseo del ejército cruzado, que apenas hallaba resistencia a su paso. Por otro lado, todo el mundo comentaba la mala salud de Luis VIII y su decisión de dar media vuelta hacia el norte y regresar a casa, temeroso de tener que pasar el invierno cabalgando al frente de su ejército.

Este cambio de planes del rey enfermo alejaba Tolosa de verse nuevamente asediada, al menos hasta la siguiente primavera. Al contrario, y por idéntica razón, el Lauragués se había convertido en un lugar de paso del ejército hacia el norte y, al desandar su camino hacia Castèlnou d'Arri, algunos pelotones se habían dispersado por las aldeas vecinas —entre ellas El Mas Santas Puellas— en desesperada búsqueda de los herejes y sus nidos.

Alarmado, pues, por rumores y noticias, Guilhem se dirigió sin pérdida de tiempo al pueblo de sus parroquianas... y de la muchacha de ojos azules que todas las noches se le aparecía en sueños. Por el camino supo de alguna hoguera improvisada, de varias casas demolidas, de grupos de fugitivos que habían emprendido a toda prisa la ruta de las montañas, siempre hacia el sur. Pero mientras se acercaba a El Mas, la

visión de las suaves pendientes de las colinas y la armonía de los pastos y de los campos labrados le apaciguaron un poco el espíritu, como si la pervivencia del paisaje se situara al margen de las maldades de los hombres de la guerra. Y, como si nada ocurriera, también las matas de glasto se extendían por los yermos y los roquedales, esperando indiferentes una nueva primavera que las llenaría de flores amarillas y de un intenso perfume meloso.

Enfiló el sendero que conducía a la aldea, y muy pronto su ánimo desfalleció sin remedio. El pueblo de El Mas estaba completamente desierto y todo el mundo se había recluso en sus casas. Ni rastro de soldados, tampoco. Entre los callejones y las hileras de los árboles se sentía el terrible aullido del *auta*, el impetuoso viento del Lauragués que se había levantado de repente. El castillo se hallaba intacto, al menos a primera vista, pero sus señores habían huido de forma precipitada, convertidos a la fuerza en *faidits*, es decir, nobles desposeídos de sus tierras y derechos. En el centro

«Ir la plaza del pueblo, podían verse todavía los troncos quemados y las cenizas dispersas de lo que, sin duda alguna, fue una hoguera.

Cuando Guilhem llegó por fin ante la casa de las mujeres, se le cayó el alma a los pies: apenas quedaban cuatro muros derrumbados y ennegrecidos y un informe amasijo de vigas y piedras. En el patio desolado, un perro hambriento y escuálido hurgaba entre los escombros buscando algún hallazgo imprevisto... La visión era terrible, y cualquiera que visitase por vez primera aquel lugar no podría imaginar jamás que aquello hubiera sido, en algún momento, la idílica residencia de un grupo de santas mujeres.

Guilhem retrocedió aterrado. Sin embargo, muy pronto se recuperó a medias de la primera impresión y, enloquecido de rabia y de terror, empezó a llamar a voz en grito a todas y cada una de las puertas que permanecían cerradas. Y tanto fue el alboroto que causó que, por fin, una mujer robusta se asomó por la ventana y le dijo con la voz muy queda:

—Sé quien sois... Sé que abastecíais de lana la casa de las mujeres. Hacedme caso, idos antes de que vuelvan los soldados del rey.

—Pero, escuchadme, contadme algo, decidme qué ocurrió, qué fue de las mujeres y los niños que allí vivían...

—No gritéis, alguien podría oírnos... Todos huyeron hacia las montañas, a refugiarse allí donde no alcance el brazo armado del rey de Francia.

—¿Todos? ¿Estáis segura?

—Todos... no, esperad, menos la hija del zapatero, pobrecilla, tan joven: un soldado la mató con su espada y luego, incluso muerta, la arrojó a la hoguera.

—¿La hija del zapatero? ¿Os referís acaso a una chica más bien bajita, de ojos claros, que mostraba un mechón de su negro cabello por debajo de la toca que le cubría la cabeza?

—Sí, exacto, Maurina, la hija del zapatero, os lo estaba diciendo... Era inconfundible...

—¿Y su amiga, una muchacha de su misma edad, de ojos azules y la melena rubia medio oculta por una cofia? —Guilhem levantaba la voz para sobreponerse a los latidos de su corazón y al aullido del viento...

—Ah, sí, la pobre huérfana... No, ella huyó como todas las demás, tal vez fuera una de las últimas...

La impaciencia del muchacho aumentaba a medida que, estremecido y esperanzado al mismo tiempo, iba esclareciendo las circunstancias de lo ocurrido. Sin embargo, tenía que darse prisa, puesto que ya se veía a la legua que aquella mujer fisgona acabaría por cerrar los postigos de su ventana en cualquier momento...

—¿Podrías decirme adonde fueron? ¿Quién iba con ella?

—Ay, chico, pedís demasiado... Diría más bien que la muchacha acompañaba a doña Faurès, la priora. Pero adonde fueron, ni lo sé ni quiero saberlo...

—Oídmeme, no os vayáis aún, os lo ruego. ¿Dónde están los señores del castillo? Y... ¿a qué otras personas quemaron, en la hoguera?

—Los señores de El Mas y su madre marcharon mucho antes, con la gente de armas y el servicio. Los soldados del rey han confiscado el castillo por causa de herejía. Lo cierto es que, entre unos y otros, el pueblo se quedó medio vacío...

—Pero ¿a quién más quemaron?

—Ah, sí, llevaban consigo a algunos herejes que habían capturado por la comarca. Incluso hubo uno de ellos que, antes de que lo ataran al poste, todavía tuvo el ánimo suficiente para seguir rezando y poniendo las manos por encima de la cabeza de sus compañeros de hoguera...

—Pero... ¿de El Mas? ¿A quién quemaron de El Mas Santas Puellas?

—Al zapatero, claro, que en cuanto vio el cuerpo de su hija, le faltó tiempo para pedir que los soldados lo detuvieran en seguida... Y Esteve, el tejedor que trabajaba para las mujeres... Y Bonet, sí, el panadero, que tenía en su poder un juego de llaves de la casa... Pero otros muchos consiguieron huir, ya os lo he dicho... Y ahora basta ya, que ya lograsteis que hablara demasiado...

Dicho esto, la mujer cerró la ventana de un portazo. Guilhem permaneció de pie, medio aturdido todavía, horrorizado por cuanto había oído y zarandeado por el embate del viento furioso. No sabía hacia dónde revolverse, ni qué hacer, ni por dónde empezar una búsqueda que ya no abandonaría jamás, en pos de una dulce muchacha de mirada clara que, a pesar de todo, seguía viva. Sí, Vierna estaba viva, perdida por estos mundos del diablo, tal vez pasando hambre y frío, tal vez durmiendo al raso o en alguna cueva de las montañas. O quizá no, quizás alguien las guió hacia casas seguras, o a algún escondrijo secreto en algún lugar inaccesible para las tropas, hacia el país de Foix, más cerca de la tierra donde él había nacido...

¿Y Maurina? Pobre niña desgraciada... ¿Y su desdichado padre? ¿Y aquellas buenas gentes, hombres y mujeres que ayudaban a todo el mundo y pasaban su vida predicando de un lado a otro o trabajando en casas de acogida y de oración...? Una vez más, la ira del rey y del Papa se había desatado contra los condes de Tolosa y

contra el Languedoc, de nuevo la maldad y las hogueras, la destrucción y la muerte contra personas indefensas, de nuevo la tristeza y la desolación en aquella tierra desdichada...

Debía marcharse de El Mas y, siguiendo las huellas de las mujeres de la casa destruida, emprender los caminos del sur para acercarse a las montañas indómitas y amigas. Debía dirigirse a los territorios adonde no había llegado la mano del rey, allí donde la verdadera fe no era perseguida todavía. Debía entrar en las casas de los *bons homes* y de las *bones dones*, debía buscar buenos cristianos que le facilitaran pistas del paso de la priora y de Vierna. Quién sabe si podría ayudarlas, proveerlas nuevamente de la mejor lana posible, para que, en una aldea segura, pudieran restablecer un taller parecido y ganarse nuevamente la vida con la carda y la rueca.

Lejos de allí, mientras Guilhem buscaba su rastro por las ruinas de El Mas Santas Puellas, dos mujeres silenciosas habían continuado su ruta, siguiendo senderos poco frecuentados por la gente y con el recuerdo indeleble del pueblo y del *ostal* que acababan de dejar atrás. La mayor de las dos, doña Faurèsa, sufría lo indecible por las compañeras que habían tenido que dispersarse, sufría por el Lauragués y las tierras vecinas, sufría por Bonet y Maurina y por todos los amigos del pueblo añorado, únicos testigos de cinco años de vida en común, cinco años de predicación y de ejemplo.

Por otro lado, confiaba en que tal vez el conde de Tolosa podría defenderles, en que quizás el ejército real se habría desviado de su trayecto, en que la venida del invierno o la salud de Luis VIII habría hecho desistir a los cruzados de sus propósitos. Si cualquiera de estas circunstancias hubiera sido posible, ya no habría problema, tan sólo deberían esperar un tiempo prudencial, obtener noticias fidedignas de la situación y empezar a reconstruir poco a poco la antigua comunidad, reuniendo de nuevo el rebaño desperdigado por todo el país. Pero si eso, desgraciadamente, no fuera así, no habría más remedio que resignarse a un período de inestabilidad y de incertidumbre, hasta que las circunstancias políticas permitieran asegurar, con una mínima garantía, el mejor lugar posible para poner en marcha de nuevo una casa de *bones dones* y, desde allí, predicar la buena nueva de la Iglesia de Dios.

Vierna, por su parte, pensaba en cosas más inmediatas, más triviales. No sabía dónde se detendrían para comer, ni dónde dormirían la noche siguiente, ni en dónde se hallarían al cabo de una semana... Veía aproximarse un crudo invierno sin techo, imaginaba a un pelotón de guerreros persiguiéndolas, se horrorizaba con sólo imaginar un puñado de soldados preparando una hoguera...

No olvidaba, claro que no, a las dos personas que, además de la priora, sentía más próximas: por un lado, Maurina, que en aquellos momentos estaría sin duda escondida en casa de su padre y se presentaría en el *ostal* en cuanto el pueblo quedara sin la vigilancia de los soldados del rey; por el otro lado, Guilhem, tal vez preocupado por haber encontrado vacía la casa e inquiriendo al vecindario por el posible paradero de las mujeres fugitivas.

Siguiendo el paso rítmico de las borricas y el rastro del hombre providente que las guiaba, las dos mujeres veían cómo el paisaje se iba renovando una y otra vez, trepaban por colinas desguarnecidas, descendían hacia valles ufanos y frescos, atravesaban bosques espesos donde ni tan siquiera penetraba un triste rayo de sol. Las cadenciosas pisadas de los animales se acompañaban del ladrido de algún perro distante o del ruido de las hojas secas que coloreaban los bosques y los caminos con tonalidades amarillentas, castañas y ocres. Pero no eran éstos los únicos murmullos del viaje: puesto que iban a lomos de un animal, doña Faurès y Vierna rezaban muy a menudo un doble *Pater noster*, siguiendo las normas de su creencia para situaciones como aquella...

De vez en cuando, tan pronto como el guía vislumbraba la presencia de alguien, la breve comitiva se detenía y esperaba. Entonces las dos viajeras se trastornaban por un momento y rezaban varias veces seguidas una *gratia* —«*Gratia domini nostri Ihesu Christi sit cum omnibus nobis*»^[18]—, hasta que la reanudación de la marcha las devolvía a sus cavilaciones respectivas.

Llegada la hora de comer, la priora rezaba sus oraciones y bendecía el pan como si se hallara al frente de su comunidad, sin olvidar el más leve elemento de la liturgia doméstica. Tras la partición del pan, los tres se sentaban y comían un poco de pescado —salmón o trucha, por ejemplo, a menudo rebozado hasta hacer con él *empastatz* o empanadas— y, como postre, un poco de fruta o algunas nueces. Cada una utilizaba su propio puchero o su propia escudilla, con el fin de garantizar que el recipiente de barro no estuviera contaminado con nada de grasa. Y doña Faurès no despreciaba la menor oportunidad para seguir adoctrinando a Vierna con los preceptos de la santa Iglesia:

—¿Tú sabes, Vierna, por qué los hombres y las mujeres de la fe no comemos ningún alimento que sea grasa?

—Sí, hermana, porque la carne es obra del diablo.

—Así es, y por eso no nos es posible probar nada que provenga de los animales, ya que ellos se reproducen de forma impura y, por lo tanto, mancillan a quien los coma. En cambio, el pescado es un fruto del agua, como la fruta nace del árbol o el trigo brota de la tierra...

Doña Faurès tomaba un bocado y proseguía:

—Ya lo dice la primera carta a los corintios: «No toda carne es igual, sino que la carne de los hombres es de una clase, y la de los cuadrúpedos», significa los animales de cuatro patas, «de otra; de una especie es la carne de los pájaros, y de otra la de los peces». Más clara todavía es la carta a los romanos, que dice así: «Es bueno no comer carne...». ¿Lo comprendes, Vierna?

—Sí, hermana. Pero ¿por qué la Iglesia de Roma no hace lo mismo que nosotros?

—Pues porque ha olvidado los viejos preceptos de la fe y se ha entregado a todos los desenfrenos del siglo. Los obispos, los curas, los frailes predicadores o menores, todos hablan de Cristo y usurpan su memoria; sin embargo, no hacen lo que Cristo

nos enseñó.

—Pero, hermana, y el propio Cristo, ¿qué es lo que hacía?

—Buena pregunta, Vierna. El Evangelio nos enseña que Cristo alimentaba a la multitud con panes y peces, no con carne u otras viandas impuras, y que después de la resurrección comió pescado en dos ocasiones con sus discípulos...

La conversación tomaba después otros derroteros, acerca del significado del ayuno y de la abstinencia, sobre los períodos de pan y agua, sobre las tres cuaresmas que tienen todos los años: la primera, desde el domingo de la quincuagésima hasta el día de Pascua; la segunda, desde el lunes de Pentecostés hasta San Juan; y la tercera, desde San Martín hasta la Nochebuena... A aquellas alturas de la doctrina, la muchacha, cansada por el camino y por la atención concentrada, ya daba cabezadas apoyada en el tronco de algún árbol. Entonces doña Faurèsa sonreía y la cubría con su manta.

Llegada la noche, alguien las estaba esperando en la casa de un buen cristiano que, al ver a doña Faurèsa, la veneraba con un *milhorier* lleno de unción y reverencia y le pedía que bendijera el pan y lo repartiera. Seguidamente, comían un poco de verduras y de fruta y hablaban sobre cuál era el mejor camino para poder alcanzar, algún día, la salvación.

El sueño las encontraba tumbadas en algún establo o en el lecho humilde de alguna casa de labranza. Y mientras Vierna dormía profundamente e iba construyendo, noche tras noche, sueños fantásticos en tierras de quimera donde todo el mundo se amaba, doña Faurèsa se levantaba de vez en cuando para rezar sus plegarias de las horas. Después miraba al firmamento, contaba las estrellas y pensaba en su difunta hija y en el cielo de Tolosa, y por unos instantes se sentía enternecer recordando épocas pasadas. Finalmente, antes de tumbarse de nuevo, rezaba un último *Pater noster* y arrojaba aquella preciosa muñeca que le prestaba su compañía y que tenía una piel tan clara y unos cabellos rubios que asemejaban auténticos hilos de oro.

XIII

*Ara non siscla ni chanta
rossigniols,
ni crida l'auriols
en vergier ni dinz forest...*

Ahora ya no silba ni canta
el ruiseñor,
ni grita la oropéndola
en vergel alguno ni en el bosque...

(Raimbaut d'Aurenga, trovador, siglo XII).

MIENTRAS LAS DOS mujeres proseguían su huida, el ejército real iba conquistando nuevos territorios en dirección contraria a la inicial, siempre hacia el norte, dejando Tolosa para mejor ocasión. Llegadas las tropas a Albí, el rey francés hizo enarbolar su pendón en lo alto de la catedral y recibió juramento de los habitantes del pueblo. Y dejó en manos de su primo hermano el mando supremo del ejército.

Fatigado de tanto cabalgar y enfermo de una infección intestinal, Luis VIII emprendió la ruta de Francia por el macizo central, más allá de la tierra occitana. Su figura, amarillenta y pálida, permanecía penosamente tumbada en una litera forrada de seda azul con flores de lis del color del oro, dentro de un carruaje tirado por media docena de caballos ataviados de blanco. De vez en cuando, el rey doliente, sabedor de la suerte que le esperaba, se incorporaba poco a poco hasta correr con sus temblorosas manos las cortinas que le impedían ver y enviaba una lánguida mirada de despedida a las tierras y los pueblos que no hacía mucho había conquistado. Sin embargo, muy pronto se vio obligado a guardar cama. Y fue entonces cuando uno de sus compañeros, alarmado ante un fin inevitable, tuvo la idea de intentar curarlo con un último remedio, usado en otras ocasiones con incierto resultado: introducir a una muchacha joven en el lecho del monarca mientras éste dormía. Así lo hizo. Pero

cuando el muy virtuoso rey la halló desnuda entre sus sábanas, se dirigió a ella sin encono y le dijo:

—Muchacha, nunca vi en cuerpo alguno tanta belleza, pero por nada del mundo puedo caer en pecado.

Le dijo, pues, que abandonara su cama, y solicitó a sus compañeros de armas que procurasen casarla con honor.

A los pocos días, en noviembre de 1226, el rey de Francia murió de disentería a los treinta y nueve años de edad. Su cuerpo embalsamado y cosido en piel de buey fue transportado hacia el norte, oculto dentro de la misma litera, tapizada ahora con negros ropajes de arriba abajo. Un séquito de obispos y clérigos precedía la comitiva llevando blandones y cantando salmodias, pero no pasaría mucho tiempo sin que la noticia fuera recibida con vítores de alegría en la tierra tolosana y sin que el conde de Foix y el vizconde de Trencavel, con la ayuda de un considerable número de *faidits* y a costa de la excomunión de la Iglesia católica, se levantaran en armas para recuperar el terreno perdido.

Entre tanto, ajenas a los rodeos y a los sobresaltos de la gran historia, las dos mujeres fugitivas avanzaban lentamente hacia el sur, siempre buscando rutas poco transitadas. Ahora andaban a pie, ya que una de las dos burras se había lesionado en una pata y había sido preciso abandonarla. De modo que el segundo animal las ayudaba a transportar su ligerísimo equipaje y a descansar sus pies fatigados, primero una y después otra.

Una mañana nublada y ventosa, precisamente cuando la marcha resultaba más agotadora que nunca debido al mal tiempo y a la fuerte pendiente de una cuesta, el buen cristiano que las guiaba les dijo en voz baja:

—De ahora en adelante, habrá que andar con mucho cuidado.

—¿Por qué? —preguntó doña Faurèsa.

—Pronto cruzaremos la línea por donde avanzó, hace un par de semanas, el ejército del rey...

—¿Acaso encontraremos soldados?

—No lo creo... —Procuró tranquilizarlas el guía—. Según mis cálculos, ya deberían estar lejos de aquí.

Así pues, adoptaron todas las cautelas necesarias y rezaron un número considerable de *gratiae*. Sin embargo, y a pesar de las palabras tranquilizadoras de su compañero, el temor de las dos mujeres superaba el aguzamiento de sus sentidos. Una rama que chasqueaba a su paso, el grito de alguna corneja asustada o el ruido del viento entre las hojas sobresaltaba su ánimo hasta el mismo terror. Y, más aún, llegaban a pensar que el bosque entero retumbaba con los latidos de su corazón...

Al final, nada sucedió y pudieron proseguir su caminata sin problemas. Por último, sin haber avistado ni a un solo cruzado ni la menor guarnición, cruzaron el paso de la Barra y penetraron, esperanzadas, en tierras del país de Foix. Tres horas más tarde, cuando la noche ya se acostaba en los campos fecundados de sembradura,

doña Faurès, Vierna y el guía se aproximaron a los alrededores de un pueblo, Sant Joan de Verges, situado en la llanura. Ocultas tras un ribazo, esperaron que la oscuridad las envolviera por completo y, a través de un pequeño huerto situado en la parte trasera, entraron en una casa de piedra de dos pisos, sin duda la vivienda de una familia acomodada.

Se trataba, efectivamente, del hogar del escribano del pueblo, un hombre creyente que, tal vez por su formación y su cultura, se había ofrecido como tesorero de la Iglesia de Dios en su comarca. Ello implicaba encargarse de percibir y custodiar los donativos y legados que los creyentes efectuaban en beneficio de la tarea de los *bons homes* y las *bones dones*. Asimismo, poseía secretamente un almacén de comestibles donde guardaba las donaciones en especie que provenían de la gente más humilde: él mismo se cuidaba después de distribuirlos, con estricta equidad, entre los hombres y las mujeres de la Iglesia que, hallándose de camino de un lugar a otro para divulgar la palabra de Dios, recalaban alguna noche en su casa.

Cuando doña Faurès y Vierna entraron en la casa, sólo encontraron en la misma a la esposa del escribano, una mujer enjuta y sumamente discreta, incapaz de zaherir a los demás con una palabra imprudente o excesiva. Apenas esbozada una sonrisa de bienvenida, la mujer se arrodilló por tres veces hasta tocar con la cabeza en el suelo. Las dos primeras veces dijo:

—*Benedicite*. Buena cristiana, la bendición de Dios y la vuestra.

Y doña Faurès, realmente acostumbrada ya a un recibimiento tan ceremonioso, respondió:

—*De Deu la haiatz e de nos*^[19].

La tercera vez, levantando un poco la cabeza, la mujer dijo desde el suelo:

—*Dòna, pregatz Deus per aquesta peccaire, que Deus m'aport a bona fi*^[20].

A lo que doña Faurès contestó diciendo:

—*Deus vos benedicat, e us fassa bona chrestiana, e us aport a bona fi*^[21].

A continuación, la mujer del escribano se incorporó y, en señal de paz, efectuó un doble beso de través en la boca de doña Faurès y otro en la de Vierna. Después, y con el fin de dar también la paz al hombre que las acompañaba, tomó el Libro que llevaba la priora y lo besó por dos veces, lo pasó seguidamente al buen cristiano y éste lo besó también. En definitiva, ésta era la forma que utilizaban los creyentes, cuando estaban en casa o cuando no había ningún forastero, para efectuar su *milhorier* —acto de mejoramiento o veneración— a los buenos hombres y las buenas mujeres de la Iglesia de Dios.

Completados los saludos de rigor, la mujer se interesó en seguida por los lances del viaje y ofreció alimento y hospedaje a las dos fugitivas. Después, sentada frente a ellas —y no a su lado, para poner de manifiesto que eran de una condición superior a la suya—, les explicó la situación del pueblo y los riesgos que corrían. Al cabo de un rato, cuando ya se acercaba la hora de acostarse, el escribano regresó por fin a su casa. Era un hombre alto y escuálido, de largas manos y cara angulosa, que hablaba

con voz severa y una impecable precisión. Cerró la puerta, se quitó el bonete y, visible mente conmovido y alterado, abrevió al mínimo el rito del *milhorier* ante doña Faurèsa. Lo cierto es que aquel hombre traía noticias de El Mas que habían llegado a su conocimiento aquella misma tarde.

Con frases atropelladas y la cara compungida, el escribano fue relatando la violenta entrada de los soldados, la destrucción de la casa, la muerte de Maurina y, finalmente, la hoguera, con la cremación de *bons homes* y de fieles. Mientras le escuchaba, la cara de doña Faurèsa se iba demudando a causa del trastorno y el dolor que sentía, al tiempo que murmuraba un *Pater noster*, apretaba las manos con fuerza e iba sollozando en silencio. Vierna, por su parte, anegada en llanto tras conocer el asesinato de Maurina, contemplaba asustada el aspecto de la priora, a quien nunca antes había visto llorar.

Todos se arrodillaron y elevaron al cielo incesantes plegarias rogando a Dios que salvara de una *mala muerte* a todos los fieles de la Iglesia y que concediera un *buen fin* a tantos amigos y conocidos que iban cayendo, por todas partes, bajo la mano implacable y homicida de los hombres del rey de Francia. Y no hubo consuelo para tanta pena, ni otras palabras que no fueran interminables oraciones hasta que el sueño acabó por vencerles.

Cuando la luz del nuevo día empezó a despertarlas, ambas mujeres sintieron el corazón en un puño, ya que se les confirmó plenamente la certeza de aquello que, en la ambigüedad de un largo duermevela, creían tan sólo haber soñado.

Para Vierna, la noticia de la muerte de Maurina fue un auténtico mazazo, como si de repente se hubieran destruido todos los castillos de ensueño que había edificado en la más absoluta inconsciencia. Comprendió que ya no regresaría a la casa de El Mas, que los breves años transcurridos en aquel *ostal* se habían desvanecido para siempre, sin continuación posible. Nunca volvería a peinar los negros cabellos de su amiga, ni podría confiarle sus zozobras, ni podrían reír las dos por cualquier fruslería...

Por otro lado, la propia Vierna, ignorando que su amiga hubiera sido forzada, no alcanzaba a comprender un crimen tan cruel con la espada en la mano, cuando según todos los indicios ya se estaba construyendo una hoguera en el centro de la plaza. Y se devanaba los sesos pensando que ello excluía, a la fuerza, la posibilidad de que Maurina hubiera recibido el *Consolament* antes de morir. Así que el espíritu que moraba en ella no se habría podido salvar de ninguna manera y tal vez vagabundeaba por este mundo buscando otro cuerpo donde poder envejecer y cumplir su penitencia. Era, desde luego, una horripilante perspectiva, que apenas le permitió dormir.

A decir verdad, Vierna siempre vio la muerte como una realidad muy próxima y, a fuerza de topar con ella tan a menudo, hasta cierto punto llegó a acostumbrarse a ella. Por otro lado, la idea del fuego no le resultaba tan terrible como podía parecer: en primer lugar, por el simple hecho de que la hoguera era la puerta de entrada al paraíso; y, en segundo y principal lugar, porque le habían contado en multitud de ocasiones que «el fuego no causa sufrimiento» y que Dios tomaba sobre sí el dolor de

los buenos cristianos: de esta manera convertía en insensible al dolor el cuerpo de aquellos que, concedores de que cuanto quemaría no era más que obra del diablo, se habían ejercitado toda la vida en menospreciar ese cuerpo de carne.

De modo que el fuego no era precisamente lo peor. Lo peor de todo era perder el alma. La idea de que una muchacha dulce y buena como Maurina hubiera sufrido inútilmente tanto daño torturó a Vierna durante muchos días, hasta que determinó hablar de ello a doña Faurèsa. Y, como siempre, obtuvo de los consejos de la priora un poco de consuelo:

—Es muy cierto, Vierna, que el alma que no ha sido bautizada con el *Consolament* no puede salvarse. Pero nosotros, los pobres de Cristo, no alcanzamos a saber la totalidad de los misterios divinos. Algunos de nuestros hermanos creen que quienes han llevado una vida entera como buenos cristianos, aun cuando una muerte inesperada y vio lenta les visitara sin haber sido consolados, es muy posible que puedan hallar en el martirio la puerta de entrada en la gloria...

Aferrada a esta idea, la angustia de Vierna fue desvaneciéndose lentamente, al tiempo que la añoranza y el desconsuelo por la ausencia de su amiga iba labrando otro profundo surco en su corazón, junto a los que traía ya de sus padres y su tía. Y aunque transcurrieran muchos días, aunque en el futuro la vida le brindara alegrías y tristezas en abundancia, nunca podría olvidar la risa de aquellos labios ni la luz de aquellos ojos verdes...

La tristeza y el silencio se apoderaron de las jornadas siguientes, durante las cuales las fugitivas permanecieron en Sant Joan de Verges, en casa del escribano y su mujer, puesto que no se veían con suficiente ánimo para reanudar su camino. Durante los veinte días que se alojaron allí, en dos ocasiones vino un *bon home* a visitarlas y a predicar la palabra de Dios ante una treintena de personas de confianza. Y, poco a poco, la vida de oración y de trabajo, las noticias sobre plazas reconquistadas por el conde de Foix y las atenciones del ama de casa —que a menudo cocinaba para ellas empanadas de anguila, buñuelos de salmón e higos con miel— fueron suavizando el dolor de los primeros momentos.

Cuando la paz se adueñó nuevamente de sus corazones, llegó la hora de reanudar el viaje, pues doña Faurèsa ardía en deseos de buscar un lugar tranquilo donde establecerse nuevamente. Sin embargo, durante un cierto tiempo vaciló entre volver atrás, hacia algún villorrio del Lauragués, que afortunadamente había mudado ya de manos, o bien proseguir hacia delante por la ruta del sur, hasta cruzar el pequeño desfiladero que se abría al valle del río Arièja y alcanzar la capital del país de Foix. Consultado el diácono de la zona, se decidieron finalmente por la segunda opción.

Vierna se alegró sin reservas: por un lado, le resultaba angustioso ver de nuevo un paisaje en el que la ausencia de Maurina sería sin duda insoportable; por el otro, porque tenía la impresión de que, si alguien debía buscarlas —por ejemplo, un joven comerciante de lana llamado Guilhem—, se inclinaría más bien por una zona alejada de cualquier escenario bélico, en tierras donde la Iglesia no se hallara directamente

amenazada.

Así pues, entrado ya el año 1227, y con el zurrón provisto de pan y pescado, llegó para las dos buenas mujeres el tiempo de reanudar la marcha. Antes, en el momento de la partida, el escribano y su mujer, tan estrictos y tan impasibles como parecían al principio, las despidieron de buena mañana con las manos temblorosas y los ojos anegados en lágrimas. Doña Faurèsa les dijo aún, a modo de último adiós:

—Gracias... El Dios de los buenos espíritus os guarde por siempre...

XIV

*De ren als no pes ni cossir
ni ai dezirier ni talan,
mas de lieys quo.l pogues servir
e far tot quant l'es bon ni.l platz...*

No pienso en nada ni medito
ni pongo mi deseo y mi voluntad,
más que en cómo pudiera servirle
y hacer cuanto le conviene o le complace...

(Pèire Rogier, trovador, siglo XII).

EN AQUEL ATARDECER de invierno de 1227, la villa de Foix presentaba a los ojos de las dos fugitivas un aspecto halagüeño y acogedor. No hacía mucho frío y una llovizna pasajera había impregnado el aire de olor a tierra mojada y a hierba húmeda. Frente a ellas, un sereno crepúsculo se despedía del día sin prisa alguna y, tras las ventanas de las casas, se iluminaban, una tras otra, las luces temblorosas de las candelas. Más allá del valle, las crestas nevadas del *pech* de Montgalhard y de las montañas de los Pirineos se difuminaban entre las luces del ocaso.

Deseosas de poner fin a su vagabundeo por los caminos de este mundo, doña Faurèsa y Vierna habían depositado por completo su confianza respecto al futuro en aquella importante villa, situada en la confluencia de los ríos Argel y Arièja. Las casas, silenciosas en aquellos momentos por lo tardío de la hora, se guarecían alrededor de los dos edificios que simbolizaban los dos poderes en presencia: la abadía de San Volusiano, dueña de la mayor parte de las tierras del lugar, y la imponente mole del castillo, una enorme fortaleza situada en lo alto de una peña aislada y abrupta, coronada por dos torres cuadradas de altiva silueta.

Ambas mujeres estaban convencidas de que aquél habría de ser un entorno favorable para ellas, puesto que allí tenían algunas amistades y, por si fuera poco, el conde de Foix se había distinguido notoriamente en la resistencia occitana contra la

cruzada. Incluso su esposa, Ermessenda de Castellbó, nacida catalana, profesaba sin duda la fe de la Iglesia de los buenos cristianos. En aquella zona del país todo seguía en paz, el cruzado más próximo se hallaba a muchas leguas de distancia y la comunidad cátara podía permitirse llevar una vida relativamente normal. Así que, caminando por las empedradas callejuelas que subían hasta el castillo fortificado, las dos mujeres habrían derramado lágrimas henchidas de emoción de no haber sido porque una cuesta tan escarpada las dejaba casi sin aliento.

Durante las primeras semanas, doña Faurèsa y Vierna se instalaron en una pequeña habitación del castillo gracias a los buenos oficios de doña Fabrissa, una dama noble que allí vivía y que, como ellas, pertenecía a la Iglesia de Dios. En realidad, su aposento no era más que un rincón angosto y un poco inhóspito, con una ventana en lo alto por donde entraba la luz, pero ellas dos apenas llevaban equipaje y les bastaba con una cama de cuatro tablas y un arca que utilizaban también para sentarse. En realidad, doña Faurèsa se propuso desde el primer día buscar en el pueblo otra vivienda donde poder practicar su vida religiosa e iniciar por fin el noviciado de Vierna; ésta, en cambio, se sintió atraída muy pronto por el bullicio y el ambiente de la fortaleza, donde la algazara de los sirvientes y los artesanos se alternaba con la elegancia cortesana de las damas y la altanería de los caballeros y hombres de armas.

Como era de suponer, la vida de ambas mujeres tomó en el castillo caminos muy distintos. El origen señorial de doña Faurèsa y su condición de *buena cristiana* le permitieron organizar su vida a voluntad y convertirse en un remedo de consejera espiritual de las nobles castellanas. Por el Contrario, la juventud y la alegría de Vierna hacían de ella una perfecta compañía para doña Fabrissa, la dama que las había acogido. Y, a pesar de la fe que profesaba, la entrada al servicio de una señora de la corte la introdujo de inmediato en el conocimiento preciso de la vida palatina, es decir, de las comidas ubérrimas y las suntuosas fiestas, del interminable desfile de vestidos, perfumes y joyas por parte de las damas, de las constantes exhibiciones de las armas, del despliegue multiforme e insaciable del amor cortés. En resumen, del magnífico retablo de una vida mundana y aparentemente fútil que Vierna, aun habiendo nacido en una estancia del castillo condal de Tolosa, jamás había conocido.

Doña Faurèsa se daba cuenta de lo que estaba pasando y, de momento, decidió no entrometerse. Conocía mejor que nadie el irresistible atractivo de los señuelos que deslumbraban a la muchacha, y hasta cierto punto le parecía natural que viviera una experiencia como aquélla, al menos mientras no pudieran encontrar una vivienda alejada del castillo. Sin embargo, al anochecer, la buena mujer se aseguraba todos los días de que Vierna regresara a su aposento y compartiera con ella una cena frugal y las plegarias de la noche y del alba. Finalmente, sabía a ciencia cierta que la fe religiosa de la señora que las protegía garantizaba una vigilante mirada y una guía segura para las actividades cotidianas de la muchacha.

Poco después de su llegada al castillo, Vierna conoció a un chico singular. Era un

mozo alto, espigado, con una mata abundante de cabello pelirrojo y una gran cantidad de graciosas pecas en el rostro. Se llamaba Tomier de Foix, tenía dieciocho años recién cumplidos y deambulaba apesadumbrado por las estancias del castillo, arrastrando en todo momento una melancolía incontenible. Tenía buen corazón y un alma sensible, y se moría por una dama casada de la corte del conde de Foix que, por más que le suplicara desde hacía mucho tiempo que *le diera placer según derecho de amor*, en realidad le dispensaba con cicatería sus favores.

Componía coplas y danzas para la dama de su corazón y, en todo momento y en toda circunstancia, enaltecía con las más placenteras razones y con las más hermosas palabras el prestigio y el valor que la adornaban. Cuidando mucho de no mencionar jamás el nombre real de la dama, Tomier le escribía y le dedicaba unos versos tan ardientes como el mismo sol estival en el momento del ocaso. Después, tras haber finalizado la afanosa tarea de ordenar de forma apropiada las palabras, les añadía una música dulce y melodiosa que los juglares interpretaban dentro y fuera del castillo, al son de laúdes y violas.

Al poco tiempo, Tomier abrió su corazón a Vierna y derramó ante ella sus contradictorios sentimientos, su inaccesible amor, la pena profunda que lo tenía atormentado.

—Tú apenas la conoces, Vierna. Avistarla de lejos en un par de ocasiones es tanto como no saber nada sobre ella...

—Cierto, Tomier, pero aun así me pareció muy hermosa... —lo alentaba la muchacha.

—¿Hermosa, dijiste? La más bella de palacio, Vierna, no te quepa la menor duda... Su cuerpo es menudo y su cara pequeña, mas no conozco mujer alguna con facciones tan perfectas, ni pestañas tan largas, ni labios tan pulcramente dibujados bajo el velo de muselina malva que oculta su rostro. Sin embargo, ni siquiera todo eso es lo más importante. Lo importante es que, más allá de la belleza incomparable de su gentil figura, mi dama es, por encima de todo, cortés, amable e instruida, y siempre se desvela por un noble deseo de prestigio, de honor y de fama...

Tomier suspiraba un instante con una mirada de extrema languidez y, finalmente, concluía de este modo:

—En dos palabras, Vierna, que posee juicio y saber, y esto la convierte en la más hermosa de todas las mujeres...

Tal era el sufrimiento de Tomier por culpa de la dama que, para designarla en sus poemas, le había atribuido un *senhal* tan revelador y acongojado como el de *Tort-n'avetz*, es decir, *Injusta-me-sois*, con el cual iniciaba siempre el primer verso:

*Mon Tort-n'avetz mant, s'a lieys platz,
qu'aprenda lo vers, s'il es bos...*^[22]

Así pues, no era nada raro que sus canciones amorosas destilaran una profunda tristeza, una aflicción realmente inconsolable que se apoderaba de cada palabra:

*Greus m'es lo mals tragz a sufrir
e.l dolors, qu'ay de lieys tan gran,
don lo cors no.m pot revenir...*^[23].

La vida entera de Tomier daba vueltas en torno a su deseo de alcanzar la alegría de amar (el *joi d'amors* que merecía), de la respuesta gélida y distante que recibía casi siempre de su dama y de los versos y canciones en los que vertía su terrible desdicha. De nada servían las palabras de aliento de Vierna, ni los intentos de la muchacha procurando que se solazara en otras cosas...

A todo esto, había transcurrido ya más de un mes desde la llegada al castillo de Foix y las cosas habían tomado un aire familiar que serenaba el espíritu de las dos mujeres fugitivas. Un buen día, por la mañana, mientras Vierna y una amiga correteaban por el camino de ronda de la muralla, la muchacha huérfana se encontró de repente ante la impresionante figura de un hombre armado, de barba rizada, que con cara adusta le gritaba:

—¡Aparta, muchacha! ¿Acaso no ves que estás en medio del paso?

Vierna se retiró asustada hacia el muro y el hombre siguió su camino con paso marcial. Pero en su retina se había registrado la imagen instantánea de una chica rubia de bella figura y exuberantes senos. De modo que, volviendo sobre sus pasos, se dirigió de nuevo hacia ella diciendo:

—¿Y tú quién eres? —Gruñó con voz enronquecida.

—¿Yo? —Respondió Vierna, moviendo la cabeza a uno y otro lado—. ¿Me habláis a mí?

—Claro... ¿A quién si no? —tronó el hombre, mirándola fijamente con unos ojos vidriosos de extraña coloración.

—Pues... me llamo Vierna...

—¿Vierna?... Y ¿se puede saber qué haces por aquí? ¿De dónde has salido?

—Vivo en el castillo, señor... Estoy al servicio de dama Fabrissa...

—Ah, ¿sí? —Interrogó el guerrero al tiempo que la desnudaba con la mirada—. No te había visto antes, ¿sabes?, pero no lo dudes, muchacha, volveremos a vernos...

Y se fue con el mismo ademán arrogante y amenazador que había adoptado desde el primer momento. Eso fue todo por aquel día y, atareada por los asuntos de su dama y por sus propios juegos y cavilaciones, Vierna olvidó de inmediato este incidente.

Al día siguiente, por la noche, tuvo lugar en el castillo una gran fiesta, a cuya celebración acudieron damas y caballeros provenientes de lugares muy diversos del condado. El propio conde Foix, Rotger Bernart, y su esposa, Ermessenda de Castellbó, presidieron la cena y el baile, que terminaron cuando en las campanas de San Volusiano ya sonaban las primeras horas del nuevo día. Todos los sirvientes y las damas de compañía tuvieron que trabajar a fondo hasta que, una vez finalizada su labor, algunos de ellos permanecieron ocultos tras los cortinajes y las ventanas para poder seguir de cerca los fastos de la opulenta vida de sus señores.

Aquella noche, Vierna no pudo acompañar a doña Faurèsa en sus plegarias y,

mientras ayudaba a su señora a despojarse de la preciosa ropa que vestía, a duras penas supo contener sus enormes ansias de bostezar. Después, cuando salió al aire libre para regresar a su habitación, el embate del frío le cogió por sorpresa y la despabiló de su indolente modorra. Estaba muy oscuro, y sólo la plateada palidez de la luna y la vacilante luz de los fogariles proyectaban espectrales sombras en las zonas despejadas. En el preciso instante en que daba la vuelta a uno de los baluartes de la muralla, Vierna se encontró de repente ante una inmensa sombra de forma humana que sin duda la había estado esperando y que ahora, con los brazos abiertos y las piernas separadas, le impedía el paso por completo.

—¿Adónde vas, tan sola, a estas horas de la noche? —le espetó el guerrero que había conocido el día anterior, con un vaho maloliente de vino que tumbaba.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis de mí? —preguntó asustada la muchacha.

—¿Acaso no me conoces?

—No, no sé quién sois. Dejadme pasar...

—Antes tendrás que hablar conmigo, chiquilla. Ven, acércate, fíjate bien: ¿me reconoces ahora? —dijo el hombre arrimando el rostro barbudo a su mejilla.

—No... o tal vez sí... Ya os recuerdo, sois el soldado que vi ayer en el camino de ronda. Pero ahora dejadme pasar, os lo ruego.

—No tengas tanta prisa, gatita, que antes tú y yo vamos a jugar un rato...

Dicho esto, el hombre fue empujándola hacia un portal cercano que permanecía a oscuras, y allí la arrinconó fácilmente con la hercúlea fuerza de sus brazos. Estaba completamente ebrio y las obscenas palabras que profería se atropellaban en su lengua, mientras pugnaba por aproximar sus labios húmedos al rostro de la muchacha. Ella, considerando la diferencia de fuerzas, no tenía posibilidad alguna de soltarse, aunque no por ello dejaba de bregar todo el rato intentando escabullirse. Entonces empezó a gritar, lo cual enfureció más aún al guerrero, que le tapó la boca con su enorme mano al tiempo que le decía:

—¡No grites, ramera, que te van a oír!

Forcejeaba de un modo frenético y, con la mano que le quedaba libre, le iba subiendo la ropa entre los muslos, intentando agarrarle de forma grosera el bajo vientre. Pero la chica se agitaba sin parar, de modo que durante un buen rato no hubo más que resoplidos, contorsiones y quejidos. En un momento dado, cuando el rostro de aquella bestia se situó bajo el radio de iluminación de un fogaril, Vierna pudo darse cuenta de que aquel hombre odioso la miraba con ojos de distinta coloración, uno azul y el otro de color de miel. Una peculiaridad tan singular le otorgaba, sin duda alguna, una mirada todavía más siniestra.

De repente, justo cuando el hombre había logrado meter su repulsiva mano en la entrepierna de la muchacha, se oyó a alguien acercándose que, intrigado por el ruido que llegaba a sus oídos, dijo en voz alta:

—¿Quién va? ¿Quién grita?

Era Tomier, el trovador, que regresaba meditabundo del baile y se había retrasado

en exceso contemplando las estrellas del cielo. Su presencia cercana provocó en el agresor una vacilación momentánea que Vierna aprovechó con astucia para escurrirse fuera del portal y echar a correr hacia aquel muchacho que la providencia le enviaba.

—Tomier, ¡eres tú! ¡Gracias a Dios que has venido!

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

—Allí... un hombre... ¡Huyamos, corre!

La imponente figura del soldado surgió entonces de la oscuridad del portal y se mostró altanera en medio del camino, justo debajo de la luz de la luna. Sus piernas temblaban de excitación y de embriaguez y, azuzado por la frustración y por la rabia que le dominaban, se puso a gritar con todas sus fuerzas a la pareja que huía:

—¡Nos veremos las caras, mozuela! ¡Nadie se burló jamás de Huc de Montgrenier!

Mientras corrían, y aprovechando tan sólo un breve instante de reposo para tomar aliento, Tomier le dijo a la muchacha:

—¡Dios te guarde, Vierna! ¿Sabes quién es?

—No, no lo sé —respondió ella, sudorosa y resoplando.

—Es un hombre temible, y tendrás que andarte con mucho cuidado...

—Pero ¿quién es? ¡No me asustes! —insistía Vierna.

—Se trata de Huc de Montgrenier, el jefe de la mesnada del conde. Es un mal bicho, te lo aseguro, un hombre sanguinario y sin escrúpulos. A decir verdad, se trata también de un caballero singular, de un guerrero que maneja la lanza y la espada como nadie en el mundo. Apártate de él, hazme caso: tiene mucho poder y puede hacerte mucho daño.

Aquella noche, en la habitación, Vierna no lograba dormirse. Al cabo de unas horas sin poder pegar ojo, vio a doña Faurèsa arrodillada en el suelo y rezando con suma devoción, fija la mirada en la pálida luz de la luna que penetraba aún por la ventana. Esperó a que terminara el último *Pater noster* y entonces le contó lo que había ocurrido.

—Mañana hablaré con doña Fabrissa —le dijo la priora—. Ella nos dirá qué podemos hacer... Ahora procura dormir un poco y olvidar a ese hombre. Mañana, con la luz del nuevo día, verás las cosas de un modo distinto...

Doña Faurèsa la besó en la frente y le deseó con dulzura que pasase buena noche. Pero entonces fue ella quien no consiguió dormir, meditando las consecuencias de lo que había acontecido. Al día siguiente, la priora habló con su amiga y multiplicó sus pasos y gestiones para encontrar alguna vivienda en el pueblo.

Los días siguientes fueron tranquilos y pacíficos, y Vierna consiguió poco a poco olvidar aquella pesadilla. En cuanto le era posible, aprovechaba su tiempo libre para buscar a Tomier de Foix y conversar con él sobre cualquier asunto. Sentía por el trovador un afecto sincero y, cuando no la entristecía demasiado con su desdicha, a la chica le complacía enormemente oírle hablar acerca del *fin'amors* y de todas aquellas palabras tan hermosas que inspiraban en el alma los mejores sentimientos: gallardía,

generosidad, lealtad, distinción... Y, de modo singular, por encima de los demás, aquel concepto que lo resumía todo, la cortesía. Cuando él hablaba de la alegría de amar y se solazaba enalteciendo los interminables atributos de su excelsa dama, la muchacha se sentía estremecer y anhelaba alcanzar algún día un amor igual de sublime pero mucho más real, un amor noble y distinto al mismo tiempo con el hombre por quien ella suspiraba.

Por otro lado, Vierna, militante de la fe de la Iglesia de Dios, buscaba cualquier excusa para aproximar a Tomier de Foix hacia la buena creencia. Pero aquel trovador enamorado no se sentía atraído en modo alguno por los sentimientos religiosos y no le agradaba en absoluto que nadie insinuara que el cuerpo humano —es decir, la anatomía gentil y maravillosa de su dama, henchida de virtudes— pudiera ser obra del diablo. Él vivía tan sólo por su amor, para contemplarlo a todas horas si podía y para ir forjando, con el mismo obstinado afán que un herrero sobre su yunque, las más hermosas palabras que en el mundo hayan sido. Y es que Tomier sabía a ciencia cierta que una canción bien rimada, unos versos perfectamente impregnados de los sentimientos que le enardecían, lograrían el milagro de arrancar por fin aquellos favores que tanto deseaba: una sonrisa, una caricia, una presencia continuada, tal vez un pañuelo de seda con dos letras bordadas...

Sin embargo, aquella venturosa quietud y aquellas conversaciones atormentadas sobre la alegría de amar se interrumpieron al alba de una fecha próxima, el mismo día en que Vierna se hallaba contemplando desde la muralla a un puñado de caballeros que abandonaban el castillo por el puente levadizo, llamados a alguna misión desconocida. Al frente de la fuerza se hallaba la terrorífica persona de Huc de Montgrenier, montado en un imponente caballo de piel parda y revestido con la armadura. La fatalidad quiso que, justo antes de marcharse, se le ocurriera levantar la cabeza y avistara, por casualidad, el rostro de la muchacha rubia que le estaba espiando a escondidas desde detrás de las almenas. La boca de Huc se llenó entonces con una sarcástica sonrisa, como si aquel día se limitara a acechar de soslayo a una presa que tenía segura y sólo se dejara relamer pensando en los placeres que, tarde o temprano, obtendría de ella.

Por fin, al cabo de un par de meses de haber llegado a la villa de Foix, doña Faurèsa consiguió aquello que, desde que entró en el castillo, había constituido su objetivo irrenunciable: abandonar el aposento poco propicio que hasta entonces habitaban y hallar algún caserón del pueblo en el que pudiera crear una nueva comunidad al servicio de la santa Iglesia. Así lograría, además, alejar a Vierna de los peligros de todas clases que sin duda la asediaban...

XV

*Belh m'es quan lo vens m'alena
en abril ans qu'entre mais,
e tota la nueg serena
chanta'l rossinhols e'l jais...*

Me es agradable cuando el viento me sopla,
en abril, antes de que entre mayo,
y toda la noche serena
cantan el ruiseñor y el arrendajo...

(Arnaut de Marueilh, trovador, siglos XII-XIII).

EL LUGAR ELEGIDO por doña Faurèsa fue precisamente una casa que ya antes había albergado a un grupo de *bones dones* y que, desde hacía un par de años, había quedado desocupada. Estaba situada en la calle del Forn d'Avalh, cerca de la muralla y de la ribera del Arièja, y era más pequeña que la casa de El Mas Santa Puellas. Por otro lado, no era precisamente nueva y requería un arreglo a fondo que la hiciera habitable, pero todos estos retos domésticos no hacían más que estimular el espíritu emprendedor de la priora.

A los quince días de haberse instalado, dos antiguas compañeras que también habían huido de El Mas se presentaron en el nuevo *ostal* de las buenas mujeres. En cuanto volvieron a verse, ya no hubo en la casa más que llantos y abrazos, comentarios sobre las peripecias de cada una e intercambio atropellado de noticias. Así fue como doña Faurèsa y Vierna, abstraídas durante dos meses por la vida del castillo de Foix, se enteraron de una nueva tragedia que no conocían: pocas semanas antes, en un lugar no muy lejano de Carcasona, los cruzados habían apresado a un grupo de buenos cristianos fugitivos entre los cuales se hallaba Clemensa, la ardiente muchacha de El Mas que, cuando todas tuvieron que abandonar el *ostal*, había planteado la posibilidad de evitar la persecución y entregarse voluntariamente a la hoguera.

Según contaron las recién llegadas, la muerte posterior de la muchacha no desmintió en absoluto su carácter audaz e irreductible. Cuando los buenos hombres y los creyentes se dirigían hacia el montón de troncos y estacas que alguien había preparado en el centro de una plaza, uno de sus compañeros de pira —un hombre mayor, de figura enjuta y canosos cabellos— arrancó a gimotear al comprender que se acercaba el momento, definitivo y trágico, de cruzar el umbral desde este mundo hacia el otro. Al verlo, Clemensa sujetó enérgicamente al anciano por el brazo y, sobreponiéndose a los gritos de aquellos que desde fuera les incitaban a renegar de su fe, se puso a cantar un himno de gloria y alabanza, con una voz tan poderosa y tan clara que los alentó a todos. Al instante, hombres y mujeres condenados a una muerte segura cantaron al unísono junto a aquella intrépida mujer.

Aquel día, ciertamente, ni uno solo de los *pobres de la fe* se amedrentó... Después, justo en el momento en que un par de clérigos católicos se disponían a encender el fuego con una antorcha, Clemensa arrancó de sus entrañas un último alarido que estremeció de turbación tanto a los propios verdugos como a sus víctimas:

—*Pulèu crema que renuncia!!!*^[24].

La plaza se llenó entonces de gritos y de insultos, de modo que las personas que presenciaban la cremación se iban excitando con las llamas y el terror de tan inmundo espectáculo y se agitaban presas de la histeria. Clérigos y fieles de la Iglesia de Roma, mezclando el clamor con repetidas señales de la cruz, se enardecían visiblemente con la rabia y el odio que sentían. Sin embargo, tanta desazón resultaba inútil por completo, puesto que la vida de los quemados había huido al aspirar la primera humareda y, de acuerdo con la fe que todos ellos profesaban de forma inamovible, su alma ya estaba ascendiendo velozmente hacia la gloria.

Como era de suponer, la crónica de la edificante muerte de Clemensa abrió un nuevo surco en el corazón de las mujeres y, durante varios días, hizo revivir el doloroso recuerdo de Maurina. Después las cosas se fueron apaciguando lentamente y, muy pronto, junto a las fervorosas plegarias, pudieron escucharse también las risas de una comunidad que en las semanas siguientes fue creciendo poco a poco. Atrás quedaban los días desdichados y el agridulce paréntesis de la estancia en el castillo del conde. Paulatinamente, todo volvió a asemejarse a los días felices de El Mas Santas Puellas, los dedos de las mujeres acariciaron nuevamente el áspero tacto de la lana y, de la misma forma que antes, siempre que Vierna tomaba su rueca, el pensamiento volaba otra vez hasta muy lejos de la villa de Foix, hacia el incierto lugar donde se encontraría el muchacho de sus sueños.

Aquel muchacho, alabado sea el Dios de bondad y justicia, ya no tardaría mucho en descubrir el nuevo hogar de Vierna. Dando tumbos de un lado a otro, durmiendo en acogedores albergues o en mugrientos establos, preguntando a todo caminante procedente del sur, Guilhem había ido reconstruyendo el trayecto de las mujeres. Finalmente, una mañana de abril en que nevaba de forma copiosa, calado hasta los huesos por culpa de la humedad, el antiguo pastor llamó con mano temblorosa a la

puerta de las buenas mujeres.

Fue justamente doña Faurèsa quien le abrió y, al reconocerlo, exclamó llena de contento:

—¡Guilhem! ¿Qué haces aquí? Dios te bendiga... ¿Cómo nos has encontrado?

—Uy, resultaría muy largo de contar, hace tantos días ya que os busco... —respondió Guilhem con aquel acento tan fuerte de la gente del Sabartés y del país de Ayllón.

—Debiste suponerlo, ¿no?... tuvimos que huir a toda prisa de los soldados del rey de Francia...

—Lo sé muy bien... y conozco también vuestro periplo y vuestra estancia en el castillo —añadió Guilhem. Entonces, dudando un poco sobre si debía decirlo, se atrevió a adelantar tímidamente lo que le estaba royendo—: Esto, mi señora... volví a El Mas al cabo de unos días... Supongo que ya estaréis al corriente...

—Sí, Guilhem, no sufras, sabemos lo ocurrido...

—Ah, bien, así no es necesario que os lo explique —suspiró Guilhem, visiblemente aliviado.

Se produjo entonces un breve silencio que, como podía desempolvar recuerdos demasiado tristes, fue interrumpido en seguida por doña Faurèsa:

—Así que, Guilhem, ¿podrás abastecernos de nuevo de la lana que nos falta? Últimamente hemos tenido muchos problemas para conseguirla...

—Faltaría más, mi señora... Aquí me encuentro toda vía más cerca de mi casa y de la tierra de Ayllón... —Se atropellaba un poco, el muchacho, y no sabía muy bien qué otra cosa podía añadir—: Me... me entristeció mucho lo que pasó, ¿sabéis? Por eso tenía tantas ganas de volver a veros y de comprobar que no habíais sufrido daño alguno...

—Así es, Guilhem, ya lo ves... De nuevo tenemos nuestra propia casa y hemos recuperado a algunas hermanas que se habían desperdigado —suspiró la priora—. No es como la casa que teníamos en El Mas, pero no está nada mal... No podemos quejarnos: por lo menos aquí no corremos ningún peligro...

—Claro, claro...

—Pero pasa, hombre, no te quedes en la entrada, que estás empapado y es preciso que te calientes y te seques un poco... Además... —añadió con un tono que realmente aparentaba una sorprendente y extraña complicidad—, las hermanas estarán contentas de volver a verte...

Entraron todos en la sala interior, una amplia habitación que, sin ser holgada, permitía alojar a toda aquella pequeña comunidad durante las horas de labor y de plegaria. En un rincón había un hogar con el fuego encendido y, a su alrededor, siete u ocho mujeres con hábito negro trasteaban en medio de rucas y cestas de lana. Al oír el ruido, la más joven de todas ellas levantó la cabeza y, de forma espontánea, se le transmutó el rostro al ver quién era aquel hombre que se hallaba plantado en el umbral de la puerta.

—Guilhem... —dejó escapar de sus labios, y esa fue la primera palabra que le dirigió desde que lo conoció en la añorada casa de El Mas. Después, sin embargo, sus mejillas enrojecieron de repente y temió por si su reacción tan natural la hubiera puesto clamorosamente en evidencia.

Pero no fue así. En realidad, otras dos mujeres se habían levantado para saludarle llenas de contento. Él no se atrevía a entrar definitivamente en la habitación, mientras se comía con los ojos a aquella muchacha que no se había movido todavía de su sitio. Finalmente, la propia Vierna levantó la cabeza por segunda vez y por fin determinó incorporarse asimismo de la silla que ocupaba.

—Guilhem, ¿qué haces aquí? ¿Cómo lograste encontrarnos?

Todas se hacían la misma pregunta, con la sincera alegría de quien recupera a un buen amigo. Y mientras él balbuceaba cualquier palabra por respuesta, Vierna pudo contemplarlo con mayor detenimiento. Era alto y fuerte, y muy atractivo, mucho más aún de cómo lo recordaba, y agitaba unas manos enormes que parecían abarcarlo todo. Tenía el rostro curtido y unos ojos oscuros y penetrantes que de vez en cuando la escrutaban, unos ojos inmensos que revelaban a primera vista un corazón ardiente y sincero, una nobleza de carácter que se traslucía mucho más allá de su mirada. Sus negros cabellos eran más largos que antes y seguían cayéndole por la frente con la rebeldía de siempre. Ella no podía saberlo con precisión, pero Guilhem ya había cumplido los veintidós años y, dando vueltas por estos mundos del diablo, hacía ya mucho tiempo que había dejado de ser aquel rabadán que guardaba las ovejas de su padre.

A pesar del visible aturdimiento que al principio le causaban las atropelladas preguntas de las mujeres, él las iba respondiendo con rotundidad y soltura. Vierna lo miraba y remiraba llena de incredulidad, procurando hacer encajar la robusta figura de aquel pedazo de hombre que tenía enfrente con la imagen que había recreado a lo largo de tantas noches de incierta huida o en el angosto aposento del castillo. Pero se trataba de él, sin duda alguna, Guilhem había regresado desde la imprecisa niebla de los recuerdos; y no sólo eso, sino que ahora se había ido desprendiendo completamente de su inicial titubeo y, por fin, se dirigía a ella de forma directa:

—Y tú, Vierna, ¿cómo estás? —Aquéllas fueron asimismo las primeras palabras que Guilhem le dirigía, y su voz tenía el mismo tono resuelto de sus modos.

—Ya ves, Guilhem, juntas de nuevo como si nada hubiera pasado...

Y una nube de tristeza se extendió levemente por la sala, como si el espíritu ausente de Maurina y de las restantes mujeres fallecidas hubiera sobrevolado por unos instantes sus cabezas.

Guilhem se quedó a comer con las buenas cristianas y, antes de empezar, doña Faurès levantó a la altura de su pecho el pan que había cocido con sus propias manos y rezó en voz alta el *Pater noster*. A continuación lo repartió comenzando por aquellas mujeres que primero habían abrazado la buena fe y la buena religión, y así una tras otra hasta el propio Guilhem, que observaba aquella liturgia con aire severo y

terriblemente interesado. Sin embargo, todo le pareció de una familiaridad muy consabida y su estado de ánimo no era otro que el de aquella persona que, tras haber deambulado sin norte durante un largo período de tiempo, sabe a ciencia cierta que ha regresado, por fin, a su propia casa.

Guilhem alquiló una habitación muy cercana al *ostal*, en la calle del Relôtge: un simple cobijo donde pasar la noche y donde guardar las cuatro pertenencias que lo acompañaban por la vida. Después, dejó su caballo y su carro en un establo y se apresuró a procurar vender en los mercados de Foix y cercanías los escasos sacos de vellones que todavía le quedaban de aquel año. A partir de entonces, bien cubierto el riñón por una temporada y con todo el tiempo libre por delante, volvió casi todos los días a aquella casa habitada por tantas mujeres. Sin haberlo discutido claramente, y sin haber establecido ningún trato expreso con la priora, pronto se convirtió en el hombre imprescindible que solucionaba mil problemas de intendencia, que ayudaba en cuanto hiciera falta y que, además, siempre tenía anécdotas e historias que contar.

Enseñaba a cardar y a hilar a las mujeres más inexpertas, buscó a nuevos tejedores del pueblo que compraran las madejas hiladas por ellas y muy pronto porfió para que aprendieran ellas mismas a tejer el hilo, en lugar de venderlo. Y, como nunca dejaba de animarlas a probar nuevas cosas, les enseñó cómo se tiñe la lana, con un color de sangre de buey que conseguían con corteza de aliso o bien, mucho más a menudo, con el color negro que resultaba de mezclar el hilo con agua hervida separadamente en dos calderos: primero, con el jugo de una planta que segregaba un líquido amarillento y, luego, con la cocción de unos terrones de caparrosa, una sustancia de color verde oscuro que el propio Guilhem les traía al regresar del mercado. Cuando las madejas habían sorbido el agua por completo, el hilo aparecía con un color negro tan firme que ya nunca más desteñía...

Así pasaban los días y las semanas y, con su simpatía y con su oficio, aquel muchacho se fue convirtiendo, como si tal cosa, en una compañía realmente imprescindible. Y cada vez eran más largas sus charlas con una Vierna que todas las mañanas esperaba, con sus azules ojos ardientes como centellas, que él entrase por la puerta de la sala. Hasta tal punto era así que, si Guilhem debía marcharse por un tiempo, todo resultaba completamente distinto y la casa e incluso la vida misma parecían desaboridas y vacías.

Como es natural, algo así no podía pasar inadvertido al ojo avizor de doña Faurèsa, que se daba perfecta cuenta de que alguna poderosa semilla había germinado en el corazón de aquellos dos jóvenes en edad de amarse. Ella, que muchos años atrás había conocido igualmente la fuerza del amor, sabía con certeza que aquel sentimiento embrionario acabaría por arrastrar lo que se pusiera por delante y que, inevitablemente, acabaría perturbando los planes que había trazado para su Vierna.

La priora veía aquello como una evidencia, y no sabía qué hacer. Por un lado, no podía ni quería cerrar el paso a un generoso muchacho que se había puesto a disposición de aquella pequeña comunidad sin pedir nada a cambio. Un muchacho

que, a decir verdad, discutía con ellas sobre temas de la fe e incluso asistía, con ademán sorprendido y a veces huraño, a los sermones que, de vez en cuando, les soltaba el diácono del pueblo. En este sentido, estaba muy claro que la fe católica de Guilhem empezaba a trastabillar de un modo perceptible y que, a fuerza de sermones y de charlas junto a Vierna, no tardaría mucho a captar plenamente la *entendensa* del bien y del mal. Por otro lado, aquel chico encantador había encendido en el corazón de la futura novicia unas brasas que iban creciendo de forma imparable y que amenazaban con convertirse, cualquier día, en un fuego abrasador.

Doña Faurèsa pensó mucho en todo ello, rogó al cielo para que la iluminase sobre qué hacer y, en algunos momentos, incluso sintió celos de aquel providencial Guilhem que, sin embargo, estaba a punto de robarle, a ella y a la Iglesia de los buenos cristianos, a la hija que había adoptado cuando no era más que una niña. Después, una buena mañana, harta de darle vueltas al asunto, resolvió de repente que ya no se atormentaría más y que, mientras no corriera peligro la salvación de Vierna, era preciso que las cosas siguieran su curso con toda libertad.

XVI

Bona es l'amors e molt pro vau.

Bueno es el amor, y mucho vale.

(Jaufré Rudel, trovador, siglo XII).

UN DÍA, VIERNA solicitó permiso para salir de la casa con Guilhem. Él le había hablado en más de una ocasión de ciertos hermosos parajes del valle del río Arièja que ella no conocía y que, lógicamente, estaban situados al otro lado de las murallas del pueblo. Esa tarde, el muchacho la había invitado a recorrer alguno de esos parajes y nada hacía suponer que, por sí misma, se tratase de una idea descabellada. Doña Faurèsa supo desde el primer momento que se hallaba ante el primero de muchos pasos que después seguirían, pero no puso ningún impedimento.

Muy pronto, como quien no quiere la cosa, se convirtió en algo perfectamente corriente que Guilhem y Vierna, de vez en cuando, salieran juntos de la casa de la calle del Forn d'Avalh para cumplir cualquier recado o para ir a comprar lo que fuera necesario al mercado que, de forma regular, se apiñaba junto a la sombra de la iglesia de San Volusiano.

Acudir al mercado era siempre una fiesta. Un terrible hervidero reinaba por doquier y hombres, animales y niños, chapoteando a menudo por el fango, se perseguían entre sí de un lado a otro y chocaban constantemente sin ni siquiera darse cuenta. El aire se llenaba de griterío y de bullicio y, por encima de la multitud, se elevaba una mezcla irrespirable de rastro de humanidad y de olores y hedores de todas clases. Los vendedores ambulantes y las tenderas anunciaban a voz en grito sus mercancías y, a lo largo de los puestos y los rincones de la plaza, siguiendo las estrictas instrucciones del baile del lugar, se producía una razonable distribución por especialidades: aquí se vendían frutas y verduras, más allá el aceite, el queso y las aves de corral, un poco más lejos el pescado y, más allá todavía, el trigo y la harina. En un rincón se encontraba el carbonero y, un poco separados, los vendedores de

leña. Muy cerca de la puerta de la abadía, disponían su mesa las sederas y, no muy lejos, se hallaba la de los estambres y las lanas hiladas, en la que Guilhem solía detenerse siempre durante mucho rato para apreciar calidades y precios.

Vierna, radiante de felicidad, le tiraba del brazo y se lo llevaba saltando de un lugar a otro, constantemente atraída por nuevos reclamos, por los tristes lamentos de un horripilante lisiado que pedía limosna, por la charlatanería de cualquier mercader vocinglero o por los penetrantes olores del cuero y las especias. Finalmente, se detenían a comprar algo de fruta y verdura bajo los porches del mercado. Y allí, a la sombra de un altísimo olmo, se concentraban la mayor algarabía y el mayor bullicio, puesto que las verduleras no podían guardar plaza fija con prendas y tenían que buscar, de un día para otro, el puesto de venta donde colocar los canastos y las cestas. Esto suponía, ni que decir tiene, una constante fuente de disputas y refriegas, de modo que los gritos y los insultos terminaban muy a menudo con el lanzamiento de coles o pepinos...

Al regreso del mercado, Vierna traía coloradas sus mejillas, resplandecían sus ojos y, sin saber muy bien porque, se reía por cualquier futilidad. Pero ya no se trataba tan sólo de sus visitas al mercado, sino que había que contar también con los paseos por el bosque próximo y, cada vez más a menudo, cuando ya la tarde empezaba a declinar, con las caminatas a paso de buey y sin prisa alguna hacia el lavadero o hacia los molinos de la abadía. Así, de charla en charla y de confidencia en confidencia, se fue labrando el surco de una amistad sincera y algo más. En realidad, Vierna tenía ya la plena certidumbre de sus sentimientos por Guilhem y de que, para conquistarlo, no le harían ninguna falta los hechizos de una amiga del castillo que, con objeto de obtener el amor de un escudero del conde, introducía una gota de su propia sangre o raeduras de sus uñas en el brebaje que ella misma le servía.

Sin embargo, aquel amor que latía en su corazón, y que no tardaría mucho en estallar con toda su fuerza, tenía trastornado el ánimo de la muchacha. Ella sabía muy bien que aquello implicaría un giro absoluto en su vida, que ya nunca sería novicia, que no recibiría la imposición de las manos y que, si amaba a un hombre, no podría seguir los principios de la fe con el rigor de una verdadera cristiana. Por otro lado, no todo se reducía de modo exclusivo a los sentimientos que anidaban en su corazón: por cualquier circunstancia fortuita, Vierna había podido sentir en más de una ocasión el contacto de la mano de Guilhem o el olor penetrante de su cuerpo, y había comprobado cómo sus más íntimas fibras se habían agitado dentro de ella con un deseo profundo que todavía no alcanzaba a comprender por completo.

La chica huérfana temía muy particularmente aquel impulso natural de su cuerpo, puesto que su iglesia no sólo condenaba el matrimonio, sino que estaba radicalmente en contra del goce de la carne. Y ella sabía desde muy pequeña que el cuerpo era obra del príncipe malvado, que toda carne era impura y que la concupiscencia empujaba al hombre a reproducirse y a colaborar de esta manera en la obra del diablo. Recordaba

con precisión una prédica de un buen cristiano que, con una especial vehemencia, les había recordado que «la obra de la carne es mala por esencia, ya que multiplica los cuerpos materiales que pertenecen al Dios malvado y retrasa, pues, la unión de las almas con el Dios bueno...».

El mismo *bon home*, en una de sus visitas al *ostal* de El Mas Santas Puellas, había remachado el clavo una y otra vez con citas bíblicas que ahora resonaban en la mente de la muchacha: «Así pues, yo os digo: comportaos según el espíritu, y no deis satisfacción a los deseos de la carne, ya que los designios de la carne son contrarios a los del espíritu (...) Son claramente manifiestas las obras de la carne: fornicación, impureza, libertinaje... y quienes cometen tales cosas no podrán poseer el Reino de Dios en herencia...». En definitiva, el hombre había concluido su argumentación con unas frases auténticamente lapidarias: «No creáis que el matrimonio transforma la esencia del pecado de la carne. Para Dios el pecado es el mismo, ya se trate de la esposa como de una extraña, una hermana o una pariente cualquiera. Más aún: el matrimonio favorece una fornicación sin vergüenza alguna, puesto que no existe la propia conciencia del pecado...».

Todo empezaba a suponer para ella una carga demasiado pesada. De modo que, resuelta a apaciguar su corazón a cualquier precio, decidió un buen día hablar de todo ello con doña Faurèsa. Una vez más, la priora ya había adivinado lo que estaba ocurriendo y tenía preparadas para ella palabras de consuelo:

—Yo también quise a un hombre, Vierna, aunque no te hagas a la idea después de verme durante tanto tiempo llevando una vida de oración y castidad. Así que conozco bien el embrollo de tus sentimientos. Sé que sientes una especie de dolor en tu corazón, que no siempre consigues dormir cuanto quisieras y que cualquier cosa te apasiona de repente o te desanima de forma incomprensible. Y sé también qué sensación se tiene por dentro, quiero decir en un cuerpo tan joven como el tuyo, cuando un hombre como Guilhem se aproxima demasiado...

Acababa de llegar el verano de aquel 1227 y, mientras seguían hablando, los campos granados que podían ver desde la casa mostraban la lozanía de sus mejores momentos. Con el calor, las flores de las ventanas del *ostal* de las mujeres empezaban a tornarse marchitas y, por más que se tratara de una obra del diablo, animales y personas habían sucumbido también ese año a aquel celo irresistible que, desde los tiempos más remotos, dominaba el mundo de forma imperiosa y permitía la perpetuación de las especies.

—Tú verás, Vierna, la clase de vida que deseas —proseguía con voz pausada la priora—. Sabes muy bien que existe una vida santa que te conducirá con toda seguridad hasta un buen fin, pero sabes igualmente que el amor por Guilhem, o por cualquier otro hombre, no tiene cabida en ella. Yo había previsto para ti una vida de mayor perfección, una vida como la que aquí llevamos, de castidad, de trabajo y de oración. Esto es lo que yo deseaba para ti y para todas las personas a las que quiero...

Doña Faurèsa ya no miraba los ojos de Vierna, sino que su mirada se asomaba

más allá de la ventana y parecía extenderse por todo el mundo exterior, aquel mundo extraño que pugnaba tan dolorosamente por librarse de los pecados que lo mantenían afligido.

—En cualquier caso, yo no tengo poder alguno para alterar tus sentimientos, Vierna, ni para imponerte una continencia que sólo es exigible en aquellos que, habiendo recibido ya la imposición de las manos, han conseguido liberarse del mal. Así que sigue tu propio camino, procura aproximar en todo momento tu conducta a los principios de la fe verdadera y mantente fiel a la Iglesia en toda circunstancia. No puedo decirte más...

Pareció que ya había terminado, pero la priora se apercibió en seguida de que había algo que no podía olvidar de ninguna manera:

—Hay algo que me preocupa, Vierna, y cuanto acabo de decirte hasta ahora no valdría nada si no lo tienes en cuenta. Guilhem no pertenece todavía a nuestra fe, ya lo sabes, y sin la *entendensa* del bien no existe salvación posible. Así pues, procura enseñarle la buena creencia y de esta manera lograrás salvar el espíritu celestial que lleva dentro...

Todo resultaba tan serio, y tan trascendente, que incluso una mujer como doña Faurèsa se sintió obligada a quebrar una imagen tan severa:

—Ah, Vierna, y por si te marchas a recorrer el mundo entero con este chico, procura que no pierda nunca la risa y que siempre te pueda mirar con esos mismos ojos tan enamorados de ahora... Y, por cierto, venid a vernos a menudo, que las hermanas y yo misma nos moriremos de tristeza y de nostalgia si te alejas de nosotras...

Al fin, pues, todo se había colocado en su lugar natural, en un equilibrio perfecto, y la confusión y el trastorno se convirtieron en un mundo ordenado y en un apacible sosiego dentro de su corazón. A tenor de las palabras pronunciadas por doña Faurèsa, existía un camino posible para el amor que luchaba por desbordarse, un camino que podría recorrer sin desgarrarse internamente en la imposible elección entre Guilhem y la fe de los amigos de Dios.

Mientras tanto, muy cerca del aposento en el que ambas mujeres habían conversado, el muchacho de Gebetz se hallaba lejos de aquellos quebraderos de cabeza. Simplemente, amaba con locura a Vierna y, a pesar de su carácter resuelto y emprendedor, no dejaba de darle vueltas a cuál sería la mejor forma de decírselo. Mil veces había ensayado las palabras exactas y, sin embargo, todas le parecían ridículas y sin sentido. Por otro lado, temía que ella respondiera a su aturdimiento con alguna risotada que pudiera herirlo.

No lo habría resistido. Había descendido de la montaña en busca de los atractivos de la tierra baja y, en un imprevisible lugar, la fortuna le había permitido sentir aquella irrepetible sacudida que sólo el auténtico amor consigue provocar. Ya no deseaba saber nada acerca de nuevos caminos ni de nuevas aventuras, ya no le complacía como antes dejarse rodar como un guijarro por aguas inciertas. Ahora, en

cambio, deseaba apaciguar su corazón, mitigar la punzada que sentía en su interior mediante el bálsamo de un sentimiento compartido con la mujer a la que amaba.

Por si fuera poco, por la noche, empujado por el deseo que le embargaba, Guilhem soñaba muy a menudo con Vierna como si ésta se encontrara en carne y hueso, y veía su rubia melena desparramándose fuera de la toca para deslizarse a lo largo de su espalda. Entonces, siguiendo las maravillosas trazas de su sueño, él la cogía en sus brazos y le besaba la boca con un deseo insaciable, le acariciaba los senos y los muslos y le pasaba los labios y la lengua por el cuello y por la oreja. Después la tomaba con una urgencia desmesurada, como si lo hubiera estado esperando desde el instante mismo de nacer, y luego, cuando los espasmos del placer supremo cedían su lugar al reposo y a la calma, se retiraba un poco para descansar su rostro sudoroso y besarla con ternura en el vientre...

De repente, se despertaba con un enorme sobresalto y en seguida maldecía sus huesos al darse cuenta de que todo no había sido más que un sueño y que una viscosa humedad se escurría entre sus muslos. Y se enfurruñaba de nuevo por ser incapaz de hablar a Vierna sin ambages y de abrir así las puertas a una vida en común y a tantos y tantos placeres como sin duda le esperaban.

De modo que un día de finales de junio, cuando ya había oscurecido y había llegado la hora de que todo el mundo regresara a su casa, Guilhem se armó de valor y, junto a la entrada del *ostal* de las mujeres hasta donde había acompañado a Vierna, le dijo con voz angustiada:

—Vierna, escucha, no te vayas todavía, tengo algo importante que decirte...

La chica lo miró llena de curiosidad y, por su condición de mujer, adivinó perfectamente cuál era el origen de la turbación de aquel muchachote tan alto y tan fuerte que ahora mismo, extraviado entre sus propias palabras, se acurrucaba contra la pared como un gorrión.

—Tengo algo muy importante que decirte, Vierna, de veras... Lo malo es que no sé cómo empezar...

—¿Ah, no? ¿Y por qué no lo intentas? Venga, hombre, di algo, no tengas miedo... —le incitaba la muchacha con una sonrisa levemente maliciosa en los labios.

—Pues, resulta que hace ya tiempo que yo... ¿Cómo lo diría? Pues que tú ya sabes, que me gustas mucho... que por las noches no puedo dormir y me duele el corazón cada vez que te veo. Y que yo, pues, que yo te quiero, Vierna...

Entonces lanzó un resoplido al tiempo que levantaba los brazos y añadió a continuación:

—Eso es todo...

Por fin aquel tormento que tanto le había roído en los últimos días llegaba a su final. Por su lado, la respuesta de la muchacha consistió en una resplandeciente sonrisa y en una suave caricia en su mejilla:

—Yo también te quiero, Guilhem... Diría que desde el primer día en que te vi,

cuando llegaste a la casa de El Mas, cargado con los cestos y las sacas de la lana y con el rostro sonrojado...

—Vierna... —Guilhem se abrazó a la muchacha, y le llenó de besos la cara—. No puedes imaginarte el peso que me quitas de encima...

—¿Y se puede saber qué pensaste que respondería? —Sus ojos chispeaban al preguntarlo.

—No, si yo ya pensaba que me querías... Pero, claro, no sabía cómo hablarte... y tenía miedo de que te burlaras de mí.

—¿Burlarme, yo, cuando hace ya tantos días que espero que me lo digas? ¿Yo, que a lo largo de tantas y tantas noches echándote de menos no me he dormido ni una sola vez sin antes recordar todos y cada uno de los pliegues de tu cara? —Vierna se expresaba ahora con un incontenible afán, como si derramara de un golpe todos los sentimientos que albergaba su corazón—. ¿Yo, que jamás he podido dormirme sin antes musitar tu nombre, diez, cientos, miles de veces seguidas todas las noches? ¿Cómo pudiste pensar que iba a burlarme, precisamente hoy, el feliz día en que por fin pronunciaste las palabras que siempre había soñado leer en tus labios?

—Te quiero, Vierna —repetía él, sumándose con voz nueva al incalculable coro de los amantes de todos los tiempos que se han susurrado al oído las mismas palabras.

—Te quiero, Guilhem, te quiero... —contestaba ella, presa de una viva emoción—. Y sólo con poder decirlo cara a cara, con poder proclamar mi amor en voz alta, mi corazón se atropella en mil latidos y siento correr por mi piel un extraño escalofrío...

Vivían solos en aquel lugar remoto, ella huérfana y él con sus padres y hermanos en el país de Ayllón, lejos de la villa de Foix. Nadie, pues, pudo hacer para ellos previsión alguna de futuro ni trato alguno de boda. Por otro lado, nada importante aparte de su amor les pertenecía y, por último, la fe de Vierna veía el matrimonio como una manifestación más de la lujuria... De modo que no hacían falta más preámbulos, y estaba claro que resultaba ocioso preguntarse si la luna de aquellas noches les era favorable: pocos días después, a petición de una Faurèsa un poco turbada y con la presencia de todas las buenas mujeres en la sala, el diácono de su iglesia se sentó ante la pareja y, tras rezar un *Pater noster*, les espetó por toda ceremonia:

—Guilhem y Vierna, ¿deseáis amaros y vivir juntos?

Ambos respondieron de modo afirmativo.

—Esto puede ser bueno, si Dios quiere —prosiguió el hombre del hábito negro—. Entonces, ¿prometéis que seréis fieles el uno al otro, y que os ayudaréis tanto en la salud como en la enfermedad?

Ellos respondieron otra vez que sí, que serían fieles y siempre se ayudarían.

—Pues esto es todo. Podéis besaros, ya estáis casados. *Dieus vos benesigua*...

Poco tiempo después, doña Faurèsa obsequió a Vierna con el único vestido que conservaba de su vida tolosana: una preciosa gonela roja, teñida con aquel escarlata

sin par que la gente del Languedoc obtenía de la grana de la coscoja. Vierna, con el llanto en los ojos, dejó su cinturón y su hábito oscuro en la casa de las mujeres y aquella misma noche trasladó sus cuatro pertenencias a la calle del Relôtge, a la habitación en la que vivía su marido.

Cuando quedaron a solas, y viendo a Vierna moverse con soltura por su casa, la muchacha le pareció a Guilhem más hermosa que nunca. En realidad, ya no era tampoco la niña que un día llegó a la casa de El Mas, acompañada por su tía: ahora había cumplido ya los quince años y, sin duda alguna, su cuerpo estaba tan bien formado como el de una mujer adulta.

La imaginación y el desvarío de tantas noches no tardaron en ceder el paso a un conocimiento sin trabas. Y, a medida que la iba desnudando sin prisa, Guilhem supo que, efectivamente, Vierna poseía unos senos turgentes y sabrosos y que aquella piel tersa, tan blanca como la flor del espino, tenía un sabor salobre que enloquecía. Después se apercibió de que tenía un cuerpo esbelto y unas piernas muy largas, y tomó conciencia, asimismo, de que siempre que regresara en busca de su rostro encontraría allí, en el mismo centro de la cara, una expectante boca que se abriría en unos labios rojos como la grana. Por fin, abandonadas en el pasado sus antiguas pesadumbres, unos ojos azules le sonreían ahora con renovada alegría, y esa sonrisa los llenaba en todo momento de una luz especial.

¿Y su pelo? A decir verdad, y siguiendo el proceso gradual y excitante de quitarle la ropa, sus ondulados cabellos aún permanecían ocultos por la toca que, como siempre, ceñía la cabeza de Vierna. De modo que fue entonces, en aquel preciso instante, cuando Guilhem consideró llegada la hora de dejar que se soltaran a lo largo de su espalda y de hacer realidad, de una vez por todas, su sueño angustioso de tantas húmedas noches.

Al final del trayecto le esperaba, como una puerta franca, como un cordial pasadizo de sabrosos frutos, el triángulo dorado y oscuro del vientre de la muchacha. Así pues, la poseyó por vez primera, y hubo un antes y un después de aquella noche.

XVII

*Tant ai mo cor ple de joya,
tot me desnatura.*

Tengo mi corazón tan lleno de alegría
que todo me lo transfigura.

(Bernart de Ventadorn, trovador, siglo XII).

LLEGÓ ENTONCES un tiempo de una absoluta placidez, en el que el amor de Guilhem y Vierna pudo desplegar sus alas sin restricciones de ninguna clase.

Los dos jóvenes pasaban tantas horas como podían en el lecho de aquel humilde aposento, un rincón sin amueblar apenas que ni siquiera todas las riquezas del mundo entero habrían podido convertir en una alcoba mejor. Se amaban con impaciencia y con deleite, persiguiendo los rincones secretos y los espacios abiertos de sus cuerpos con el incansable empeño de quien descubre una tierra incógnita, poblada de maravillas. Nunca desfallecían en sus besos, y una caricia seguía a la anterior sin tregua posible. El paso del tiempo no existía para ellos. Y cuando Guilhem, tras recorrer de forma concienzuda el cuerpo de Vierna, alcanzaba a penetrarla hasta su rincón más oculto, ella se entregaba con la fuerza del amor completo y, al mismo tiempo, con el furor provocado por el deseo de enterrar todas las lágrimas que había derramado.

Se sabían dueños de unos instantes irrepetibles, poseedores de un precioso tesoro que, lejos de agotarse, se enriquecía sin cesar con nuevos descubrimientos y conquistas. Y quién sabe si el incierto mañana que tenían por delante habría de permitirles una vida lo bastante larga para poder consumir todo el amor que atesoraban...

Era el buen tiempo, y parecía como si la naturaleza quisiera acompañar los primeros pasos en común de la joven pareja. A menudo, a la hora del fresco, cansados de trajinar por casa o de trotar sobre la cama, permanecían sentados en el umbral de

la puerta que daba a la calle. Entonces Vierna arqueaba sus piernas y mantenía la cabeza de Guilhem en su regazo. Mientras comentaban sus sentimientos y sus sueños, ella se demoraba quitándole los piojos del pelo con una paciencia y una ternura infinitas.

Guilhem, por su lado, le hablaba incansablemente de sus montañas, le explicaba la vida de los pastores y le describía, con todo el esmero de que era capaz, cómo varios centenares de cabezas de ganado se desparramaban, lo mismo que un blanco tapiz en movimiento, por los valles cubiertos de hierba de su país.

—Tú, Vierna —le decía en otras ocasiones—, conoces tan sólo aquella nieve pasajera que, todos los inviernos, corona las cumbres de las montañas y cubre los tejados de las casas. Pero allá arriba la nieve no está simplemente de adorno, ni siquiera para darnos el agua clara que, más adelante, cuando llegue el deshielo, manará de las fuentes cristalinas o correrá por los arroyos y badenes. La nieve, Vierna, también es un manto precioso que protege las plantas y las llores para que las heladas no las maten de frío.

—Pero si la misma nieve está helada, Guilhem...

—Tan sólo en su justa medida... Fíjate en las matas de rododendro, aquellos arbustos que apenas se yerguen tres o cuatro palmos del suelo pero que, tan pronto como llega el buen tiempo, cubren la montaña toda como una bendición de flores de un rosa muy vivo. Has de saber que, antes de la llegada del otoño, y sin ser visto, el rododendro ya ha echado aquellos tiernos retoños y aquellas yemas que no van a florecer hasta la primavera siguiente. Si esto es así, si tanto se adelanta al ciclo natural de las cosas, cabría preguntarse cómo despabila, un arbusto tan precoz, para pasar todo el invierno allá arriba y resistir a las heladas... Pues resulta que, cuando más cerca se encuentra del peligro, justo en ese momento, hace su aparición la nieve providencial que con su capa protectora se extiende por encima de la planta y la cubre mientras dura el tiempo frío. Por eso, y no por otra cosa, las matas de rododendro se expanden precisamente a través de las zonas más sombrías, y buscan siempre aquellos lugares donde suele nevar más a menudo...

Vierna permanecía completamente muda, por temor a que a su compañero se le olvidaran otras ideas semejantes. Pero de repente, en cualquier momento, Guilhem observaba el profundo azul de los ojos de su amada durante un largo rato e, interrumpiendo el hilo de su propio discurso, le espetaba por sorpresa un nuevo antojo:

—¿Sabes, Vierna? Algún día tú y yo iremos a ver el mar...

—¿El mar? Oh, sí, Guilhem, me encantaría —contestaba ella.

—Verás, hace muchos años conocí a un pastor de Gebetz que guiaba el rebaño de una abadía cercana a nuestro pueblo y que todos los inviernos, cuando había que bajar hasta el llano, apacentaba sus ovejas más allá de los collados, en tierras catalanas. De vez en cuando, al tiempo que se dirigía hacia el sur, se acercaba con prudencia hasta la costa, en una zona repleta de acantilados en la que las olas rompían

contra la roca con enormes montañas de espuma blanca. Mi amigo decía que, al crecer, los pinos y las sabinas que había en lo alto del risco se inclinaban hacia delante en busca del mar, porque también ellos ardían en deseos de recibir el embate de las aguas...

—Y acerca del mar, ¿qué decía tu amigo? —preguntaba Vierna, mientras acariciaba los negros y rebeldes cabellos del hombre a quien amaba.

—Pues decía que era inmenso y que los ojos de los hombres, por más que se afanaran en ello, jamás alcanzarían a ver sus límites. Y que al final, en la misma línea del horizonte, el mar y el cielo se unían a menudo en una difusa mezcla de un azul profundamente intenso, el mismo azul que ahora veo en tus ojos...

—¿Y el agua, Guilhem?

—Oh, el agua... siempre iba y venía sin descanso, de noche y de día, y muchas veces, cuando el rey del fondo de los mares se enfurecía, las olas se agitaban de tal modo que alcanzaban una altura mayor que la de dos hombres subidos uno encima del otro. Por lo demás, mi amigo decía asimismo que una nave o un barco de guerra, atrapados en medio del mar embravecido, cabeceaban dentro de él como un cascarón de nuez perdido en una torrentera anegada por la lluvia...

—¿Qué otras cosas te contaba tu amigo? —seguía insistiendo la muchacha.

—Pues no sé, muchas otras cosas... Que no existe un único azul dentro del agua, sino que los diversos tonos del color del mar, incluido el ocre de la tierra y el verde más sombrío, se oscurecían a medida que se alejaban de la costa. Y que dentro del mar viven millares y millares de peces muy diversos, y que alcanza tal profundidad que una montaña como el *pech* de Montsegur cabría entera en su vientre...

—¿Iremos al mar algún día, Guilhem?

—Sí, Vierna, ya te lo dije, un día iremos los dos juntos...

La conversación tomaba después derroteros distintos, hasta que el muchacho se cansaba por fin de permanecer tumbado en el suelo con la cabeza en el regazo de Vierna. Entonces se levantaba bruscamente y, con una expresión risueña, la tomaba por la cintura. Y Vierna, que había pasado la tarde entera despiojándolo y escuchando sus historias sin fatiga, rezongaba entre los dientes por tan absurda impaciencia...

Guilhem tenía mil historias que contar, pero Vierna, por su lado, no dejaba pasar la menor oportunidad sin ir adoctrinando a su compañero en la buena creencia. Si, por ejemplo, se acercaba la hora de comer, jamás habría consentido que empezaran la hogaza del pan de morcajo sin rezar previamente el *benedicite*; o bien, si se trataba de cortar el pan a rebanadas, la muchacha se sorprendía al ver cómo Guilhem lo bendecía haciendo la señal de la cruz con su cuchillo:

—¿Qué haces?

—Nada, estoy cortando el pan...

—Sí, pero antes ¿qué hiciste?

—¡Ah! Lo bendije, esto es todo...

—Y ¿por qué lo bendices con una cruz?

—Pues, no sé... supongo que porque así solían hacerlo mis padres —explicaba Guilhem, visiblemente sorprendido.

—¿Con la cruz? ¿No comprendes que no tiene sentido?

—Perdona, Vierna, pero no te entiendo...

—Sí, hombre, sí, está muy claro... Verás, la costumbre de la Iglesia romana de adorar la cruz es completamente absurda. ¿Se puede saber por qué deberíamos adorarla?

—Pues, no sé, porque siempre se ha hecho así, supongo... y porque Jesús murió en la cruz, mira tú...

—No, Guilhem... Vamos a ver, si hubiesen colgado a tu padre de un árbol, ¿se te ocurriría venerar ese árbol? ¿Verdad que no?

—Hombre, pues no, seguro que no...

—Y si lo hubiesen colgado de la horca, ¿venerarías el instrumento de suplicio de tu padre? —insistía Vierna, cada vez más enardecida al ver como Guilhem titubeaba.

—No, no, supongo que no...

—Pues eso, Guilhem: la cruz no es otra cosa que el instrumento de suplicio de Cristo, y por esto es totalmente absurdo adorarla...

Siguiendo una lógica tan abrumadora, la conclusión tenía todos los visos de ser definitiva, pero el chico vacilaba todavía un poco, como si le quedara algo que aclarar...

—De acuerdo, Vierna, tal vez tengas razón... Pero ¿qué nos dice la fe sobre las estatuas de las iglesias? ¿Y las imágenes de Santa María?

—Nunca verás ninguna en las casas de los *bons homes*. ¿No te das cuenta de que resulta absurdo venerar todos estos ídolos? ¡Son pedazos de madera, Guilhem, cortados por la mano de los hombres! —Vierna tomaba aliento un instante y entonces vertía el último elemento de su lógica implacable—: ¡Y pensar que sigue habiendo gente que cree que estas estatuas hacen milagros!

Y entonces ya sí, Guilhem quedaba visiblemente desconcertado y recordaba la pequeña iglesia de su pueblo, las procesiones y las fiestas religiosas de primavera, así como la ceremonia anual de la entrega de los primeros vellones a san Antonio y a la Virgen María. Pero no insistía porque habría sido inútil contradecir a aquella muchacha tan segura que, cuanto más se enardecía, más hermosa parecía. Por si fuera poco, se había propuesto firmemente hacer de él un buen cristiano y era evidente que no cejaría en su empeño hasta lograrlo...

XVIII

*... Covench que cavayler per noblea de coratge
e de bones custumes (...)
fos amat e temut per les gents...*

... Conviene que el caballero, por nobleza de su valor
y de buenas costumbres (...)
sea amado y temido por la gente...

(Ramon Llull, *Llibre de l'Orde de Cavalleria*).

HUC DE MONTGRENIER no era un hombre que se rindiera fácilmente ni que dejara sin respuesta alguna negativa o cualquier ultraje. Si se había propuesto obtener alguna cosa, por inasequible o difícil que fuera, no ahorraría esfuerzos ni diligencias de ninguna clase hasta llegar a conseguirla. Y Vierna se había convertido, justamente, en un objeto apetitoso que, más allá de su primera resistencia, tarde o temprano caería en sus manos.

Huc era, asimismo, un hombre sin escrúpulos, acostumbrado a salirse con la suya a garrotazos o comprando voluntades. Hijo de un ceñudo herrero de Montgrenier, su padre había sido proveedor del castillo de Foix en materia de armas, herraduras y herramientas de corte y, desde el primer día, se había propuesto liberar a su único hijo de un oficio tan duro como el del yunque. De modo que, empleando sus buenas relaciones con la nobleza, había conseguido que el muchacho entrara como paje al servicio de la corte condal cuando era todavía un chiquillo. Después, sucesivamente, el joven Huc había escalado hacia la condición de escudero y, gracias a méritos propios exhibidos en el campo de batalla, había llegado de forma excepcional a obtener la investidura en el orden de caballería.

Más tarde, cuando ya se había dado a conocer y tenía el cuerpo marcado de cicatrices, entró al servicio personal del conde de Foix y se casó con una mujer flacucha y discreta, pálida como la cera, una dama noble de aspecto amedrentado que se sometía sin rechistar a los requerimientos de aquel rufián. Pero aquella mujer tan

sumamente dócil no le dio sucesión alguna y Huc se fue desentendiendo de ella cada vez más, hasta acabar viviendo tan sólo para las armas y para los escándalos y las bullangas que organizaba a diario recorriendo las tabernas y las casas del burdel de la villa.

Todo el mundo le odiaba, pero ello constituía para él una suerte de signo distintivo que le situaba en un plano superior a la gente vulgar y asustadiza que huía al verle. Por el contrario, se había convertido en el brazo derecho del conde en las empresas bélicas, pues su fuerza descomunal y su extraordinario manejo de la espada y de la lanza hacían de él, en los campos de batalla, un temible caballero. Finalmente, la extraña coloración de sus ojos le otorgaba una mirada singular y aterradora que completaba el aspecto conturbador que presentaba.

Huc, pues, se había empeinado en poner entre sus piernas a aquella muchacha tan insolente y atractiva que, cuando ya olfateaba su fragancia, se le había escurrido entre los dedos. Pero daba lo mismo: en cierto modo, la momentánea rebeldía y la inaudita desvergüenza de su víctima añadirían una incitación y un aliciente suplementarios a la segura conquista.

Al volver de una expedición que le mantuvo alejado durante un tiempo del castillo condal, Huc de Montgrenier tuvo la sorpresa de descubrir que, durante su ausencia, el pájaro que tanto codiciaba había abandonado su nido. Sin embargo, no tardó mucho en saber que, curiosamente, la antigua sirvienta de doña Fabrissa vivía ahora en una comunidad de buenas cristianas y, por lo tanto, vestía el hábito oscuro. Desde luego, se trataba de una vida más oculta y más inaccesible para el mundo exterior, pero estaba seguro de encontrar la forma de burlar la reclusión de la novicia. Por otro lado, la probable virginidad de la muchacha se completaba ahora con el estimulante atractivo de una vida que se pretendía casta y pura para siempre. ¡Ah, siendo así, quién pudiera palpar aquellos redondeados senos púdicamente ocultos bajo la camisa, quién pudiera desgarrar con un golpe de su daga el hábito de aquella santa novicia y penetrar sus más íntimos secretos! ¡Qué mujer tan apetecible, que objetivo tan excitante y lujurioso! En sus noches de delirio, Huc de Montgrenier iba imaginando en millares de ocasiones la escena soñada y se complacía en revestirla de contornos alucinantes y lúbricos, mientras se entregaba, como descarga final y con una frenética energía, a su placer solitario.

De repente, cuando ya estaba tramando su conquista, tuvo la desagradable sorpresa de descubrir la existencia, en la vida de la muchacha, de un hombre joven y robusto, un comerciante de lana que, según se decía, provenía de las altas montañas. Más aún, pudo comprobar con estupor que aquel desconocido muchacho se había llevado consigo a su presa del *ostal* de las buenas mujeres y vivía amancebado con ella en una pobre casa de la calle del Relôtge. Su sueño virginal se desvanecía por momentos, por más que la muchacha conservara por supuesto una bella figura y un cuerpo apetecible.

Todo empezaba a resultar demasiado enojoso y complicado, y a la espera de su

presunta conquista, Huc de Montgrenier pensó en la forma de perjudicar aquella unión conyugal tan inoportuna y de amargarles a ambos la existencia. Poseído por el orgullo y sumamente pagado de sí mismo, el caballero llegó a pensar que tal vez la muchacha se le había resistido, no tanto por un escrúpulo absurdo, sino por culpa de aquel joven, e incluso tal vez se enfrentó a él contando con la confianza de un brazo protector. En suma, un ridículo obstáculo para un hombre que había matado a un incontable número de cruzados y que había salido airoso de mil lances infinitamente más comprometidos. Consagrado, pues, a buscar la forma de perjudicar a la pareja, no tardaría mucho tiempo en hallar la ocasión más propicia.

Entre tanto, los dos jóvenes vivían felices, ajenos por completo a los perversos planes de aquel caballero de extraña mirada. Sentían la exaltación de su nuevo amor y se entregaban a él sin ningún tipo de reparo. Muy a menudo, compartían mesa y plegarias con las *bones dones* del *ostal*, o bien las ayudaban en sus labores con la lana. Tomier de Foix, el joven trovador de cara pecosa y pelo rojizo, les visitaba de vez en cuando y, entre uno y otro plato, les iba contando sus lentísimos progresos ante la bella dama de sus sueños. Lo cierto es que, últimamente, aquella mujer esquiva y distante —a quien el joven poeta había designado con el lastimero nombre de *Injusta-me-sois*— ya le admitía ahora entre sus más asiduos acompañantes. Incluso, un día memorable, seducida por unos afortunados versos, la dama había llegado hasta el extremo de regalar a su trovador un pañuelo de lino perfumado en almizcle.

Al término de la cena, cuando la noche se iba apoderando de todos los rincones de la pequeña habitación, Guilhem encendía un par de candelas y llenaba los vasos de vino añejo. Entonces, Tomier ponía su rabel entre las rodillas y, con la ayuda del arco, arrancaba del instrumento melancólicos lamentos y sonidos que acompañaban su canto. Tenía buena voz y cantaba con un indefinible sentimiento, como si su profunda tristeza tuviera sus raíces hundidas en prolongados siglos de desamor. Al finalizar sus canciones, la casa quedaba impregnada de melodía y de nostalgia, y Tomier emprendía la cuesta del castillo una vez más para regresar a su cama: muchas veces era ya la tercera vigilia de la noche...

Entonces, Guilhem y Vierna no podían pegar ojo, y el dulce eco de aquellos versos y canciones les abría la puerta hacia el mágico dominio del amor, donde ambos recalaban como en un puerto acogedor y amistoso. Seguían sin desfallecer en sus besos y en sus relatos acerca de todos y cada uno de los pliegues de sus vidas, hasta que al fin se dormían casi sin darse cuenta, uno en brazos del otro.

A menudo Vierna se despertaba al rayar el alba y, bajo la pálida luz que entraba por la ventana, se deleitaba contemplando durante largo rato el sueño tranquilo y confiado de Guilhem. No se hacía a la idea de sentirse poseída interiormente por tan impetuosa fuerza, de amar con tal intensidad al hombre que dormía semidesnudo a su lado y que mostraba a los ávidos ojos de la muchacha un cuerpo robusto y armonioso, curtido a fuerza de tantas horas al sol y a la intemperie. Poco a poco, cediendo a una

inmensa ternura y liberada para siempre de un falso pudor, ella le acariciaba el mechón de cabellos que cubría su frente, y luego las mejillas, el pecho y los brazos, hasta que Guilhem se despertaba ardiente como una brasa y, cubriéndola de besos y abrazos, la tomaba de nuevo hasta lo más profundo. Entonces, ansiosos por convertir en infinita aquella noche, ambos amantes habrían deseado que el rosado beso de la aurora se demorase lo más posible aquel día...

Así pues, las horas y los días huían raudos y ellos vivían su tiempo de exaltación sin preocuparse mucho por las cosas materiales, y en una considerable pobreza. De modo que no resultó nada extraño que lentamente fueran disminuyendo de forma apreciable sus ahorros. Pronto habría que hacer algo...

Por fortuna llegó la época de esquilar las ovejas y, en consecuencia, el momento de regresar al país de Ayllón para comprar a los pastores de Gebetz y alrededores los vellones de lana para otro año. Guilhem esperaba anhelante aquel momento, ya que ardía en deseos de encontrar de nuevo su paisaje, de ver a sus padres y hermanos y, sobre todo, de mostrarles a Vierna. Así es que, una mañana del mes de mayo, cargaron con lo necesario su zurrón, se subieron a su carro y, siguiendo el pausado ritmo del caballo que les guiaba, emprendieron el camino de las montañas.

Tras varios días que parecieron interminables, Guilhem avistó por fin los primeros tejados de Gebetz y, más arriba, la encumbrada pradera donde se levantaba la casa de sus padres y hermanos. Sentía una extraña agitación y se dirigía constantemente a Vierna para mostrarle con su brazo extendido los prodigios del mayo exuberante y luminoso de su país. Por fin, fatigados pero contentos, se aproximaron al humilde hogar de los pastores y pudieron distinguir, a lo lejos, la silueta algo más curvada de padre y madre que, alertados por los ladridos y el alboroto de los perros, habían salido a recibirles.

Aquel día, la madre de Guilhem, incómoda ante la presencia de aquella muchacha de pelo dorado y discreto ademán que parecía vivir amancebada con su hijo —sin padres, sin dote, sin contrato de matrimonio...—, habría matado un cordero en señal de bienvenida; sin embargo, no lo hizo, pues su hijo mayor, atrayéndola súbitamente hasta un rincón de la *foganha*, le advirtió de forma apresurada que él y su mujer jamás probaban la carne...

Después, con toda naturalidad, vino el trabajo de esquilar las ovejas, de separar los vellones y de aportar sus brazos a las agobiantes labores cotidianas. Por la noche, mientras permanecían sentados junto al hogar, Miquèu, el segundo hijo de la familia, narraba las aventuras de la última invernada en los valles del río Aglí. El padre, parco en palabras como siempre, se limitaba a mover la cabeza en señal de asentimiento o a añadir alguna precisión a lo que iba relatando el muchacho. Guilhem les escuchaba en silencio con una profunda emoción y, al tiempo que iba rememorando los años pasados, contaba los surcos que el paso del tiempo dibujaba en el rostro y en las manos del viejo pastor. Sin embargo, se le iba el santo al cielo muchas veces, absorto en la idea de comprobar que todas las cosas regresaban a su orden natural, a la

certidumbre de lo realmente duradero, al consuelo de recuperar por unos cuantos días la dicha inocente de su infancia.

Allí, en aquel humilde rincón de una casa tan suma mente pobre, se encontraban todas las personas a las que amaba, y las maldades del Dios malvado y de los perversos hombres no parecían alcanzar la paz de las montañas.

XIX

*Roma, tant tenetz estreg la vostra grapa
que so que podetz tener, greu vos escapa...*

Roma, estrecháis de tal modo vuestra garra,
que difícilmente se os escapa lo que podéis alcanzar...

(Guilhem Figueira, trovador, siglo XIII).

AL CABO DE UN mes, Guilhem y Vierna emprendieron el camino de regreso hacia Foix. Ahora llevaban en su carro varios sacos llenos a rebosar de vellones de lana suarda, todavía sin lavar, y calculaban ganar con ella un buen dinero siguiendo mercados y ferias del condado. Mientras tanto, permanecerían a la espera de que un arriero de Gebetz les bajara con sus bueyes y su carreta —la única de todo el pueblo— los restantes sacos de aquel año.

El arriero era un hombre fornido y chaparro que, cuando no se hallaba montado en su carreta de transporte, tenía un oscilante caminar que mecía sus caderas y sus brazos como un barco a las puertas de un naufragio. Honrado y merecedor de toda confianza, robustecía su natural respeto con una barra de hierro que alejaba a ladrones y proscritos de la mercancía que transportaba por los caminos del mundo. Tenía a gala servir el género en la fecha fijada, pero no podía soportar plazos demasiado forzados ni prisas de ninguna clase, pues nada existía en parte alguna que pudiera acelerar ni un instante el ritmo tranquilo y hasta cachazudo de su existencia.

Así es que el buen hombre se tomó todo el tiempo necesario para ir descendiendo de las montañas con aquellos sacos repletos de vellones de lana que, comprados a módico precio entre los pastores de la tierra de Ayllón y vendidos después con el correspondiente recargo, permitirían a Guilhem y Vierna recomponer sus maltrechas finanzas. Próxima ya la fecha de San Juan, los bueyes y las carretas enfilaron con paso remolón el trillado camino que llevaba hasta la villa de Foix: otras dos jornadas de marcha y habrían llegado...

Aquel día, ansioso de poner término a su ruta, el arriero madrugó más de lo habitual e inició su andadura a la hora del tercer canto del gallo. Y, cuando ya había recorrido más o menos un par de leguas, al amparo de la espesura y de la tenue luz de la mañana, cuatro hombres montados a caballo y armados con espada y con antorchas se plantaron de un salto ante la carreta. Los bueyes detuvieron el balanceo de sus calmosas pisadas y un reguero de frío sudor se deslizó entre los erizados cabellos del arriero. No hubo palabras: una espada oportunamente colocada ante su cuello persuadió al buen hombre de la conveniencia de bajar tan deprisa como pudiera del pescante de la carreta y dejarse guiar dócilmente hacia un claro cercano, donde le ataron fuertemente a un árbol. Después, estremecido por la duda de lo que podría pasar, sintió muy próximo a él el chisporroteo que suele hacer un fuego cuando se aviva y, a renglón seguido, pudo ver cómo subía hacia el cielo una negra y espesa humareda. Habían quemado la carreta y las sacas de lana. Más adelante, podría comprobar asimismo que aquellos hombres armados habían llegado al exceso gratuito de sacrificar los dos pacíficos bueyes que le habían conducido hasta aquel maléfico lugar.

Acabado rápidamente su trabajo, los cuatro hombres regresaron al claro donde se hallaba el arriero y éste creyó que se disponían a quitarle la vida. Pero no fue así. Uno de los cuatro hombres, aquel que parecía estar al mando, se le acercó montando un magnífico caballo de piel negra y, arrimándose hasta su mejilla, le espetó:

—¡Saludos al pastor y a la antigua novicia! —Y, mientras hablaba, unos extraños ojos resplandecieron de forma inquietante bajo la luz de la antorcha.

Acto seguido, los cuatro hombres armados se perdieron en la espesura del bosque. El arriero permaneció atado un buen rato, aterrorizado por cuanto había visto y por cuanto podía ocurrir si no lograba soltarse de inmediato, con tantos animales acechando en el bosque. Finalmente, un leñador que había acudido hasta aquel lugar atraído por la negra nube que ascendía cielo arriba, lo acompañó a ver los dos animales muertos y los humeantes restos de la carreta y los vellones. Todo se había perdido, desde luego, y de esta manera Guilhem y Vierna se verían privados de la mayor parte de la lana que pensaban vender.

Una vez en Foix, el pobre arriero les contó su desdicha y, entre resoplidos y lamentos, fue describiendo ante ellos las facciones y el porte del jefe del grupo.

—Así pues, ¿qué aspecto tenía? —preguntaba Guilhem.

—No sé, muy alto y fortachón, con el pelo largo y la barba rizada. Hablaba con voz grave, como si estuviera hablando desde la boca del mismísimo infierno. Ah..., ahora que me acuerdo, miraba de un modo muy extraño...

—¿Extraño? ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Vierna, encogida.

—Pues, no sabría cómo explicarlo. Parecía como si tuviera la mirada de un loco... A decir verdad, era repulsivo.

No precisaron más detalles. Vierna y Guilhem acababan de descubrir que alguien se había propuesto perjudicarles y que el largo brazo de un ser tan poderoso podía

alzarse, amenazante, en cualquier esquina.

Vierna sintió en su interior un antiguo desconcierto que le resultaba familiar, una suerte de vértigo que le hacía trastabillar en aquella realidad que la estaba acorralando. Una vez más, en un inesperado recodo del camino de su existencia, el mal adoptaba forma humana y se aparecía ante ella con el perverso afán de hurgar las heridas que con el paso del tiempo habían ido cicatrizando. Entonces le parecía que jamás tendría descanso, que tantas veces como intentara construir un entorno amable y seguro que la guareciera del dolor y la pena que siempre la habían acompañado, acabaría resurgiendo, tarde o temprano, la presencia del antiguo mal que siempre la acechaba entre tinieblas.

De momento, sumidos ambos en un profundo desconcierto, se apresuraron a vender la lana que ellos mismos habían traído en su carro y a imaginar un futuro inmediato de agobiantes e imprevisibles contornos. Guilhem se incorporó a una partida de leñadores y Vierna, incapaz de comprender el alcance de lo que estaba ocurriendo, volvió a cardar e hilar la lana en el *ostal* de doña Faurèsa. Así, conscientes de la sombra cercana del hombre del castillo, resolvieron dejar transcurrir varios meses, hasta que adoptaran una decisión definitiva.

* * *

Mientras tanto, en otras partes del Languedoc, la historia había seguido su curso. Desde luego, continuaban las escaramuzas y las batallas, y los pueblos cambiaban de señor y de estandarte siguiendo el vaivén de un trágico péndulo: ora caían en manos de los cruzados y de la hueste francesa, ora regresaban a los brazos salvadores del conde Raimon. Sin embargo, las hostilidades se prolongaban demasiado, los graneros estaban cada vez más vacíos, el país entero se sentía exhausto de tanta sangre y de tanta guerra y el ejército real iba asentando su dominio de manera implacable, hasta el extremo de haberse presentado una vez más ante las puertas de Tolosa y haber sitiado la ciudad a lo largo de tres meses. Y hubo más, todavía: las tropas cruzados llegaron a efectuar varias incursiones hasta el mismo condado de Foix...

Así pues, todo estaba a punto para una capitulación definitiva, todo conducía hacia la forzosa firma de un tratado que implicaría en realidad la sumisión del Languedoc a la corona francesa. En consecuencia, las negociaciones para la «paz» religiosa y política culminaron en un acuerdo que sometía al joven conde de Tolosa, Raimon VII —el hijo de aquél que estuvo en la batalla de Muret—, a una treintena de condiciones vergonzosas, una de las cuales parecía inevitable:

Nos perseguiremos sin tregua y con todas nuestras fuerzas a los herejes, a sus creyentes, fautores y encubridores, por las tierras que Nos mismo y los nuestros poseemos y poseeremos, sin escatimar en esta tarea ni a nuestros próximos, ni a nuestros vasallos, ni a nuestros parientes, ni a nuestros amigos. Purgaremos estas tierras de los herejes y de la peste herética, y ayudaremos asimismo a purgar las tierras que poseerá el señor rey...

Este compromiso genérico fue concretado, de una forma más precisa todavía, en otra cláusula del acuerdo forzoso:

Nos prometemos hacer justicia sin demora a los herejes comprobados, y hacer que los busquen sin tregua ni miramientos por medio de nuestros bailes; buscar asimismo con celo a los herejes eventuales, a sus creyentes, fautores y encubridores, según las órdenes que a tal efecto dará el señor legado del Papa. A fin de desenmascararlos mejor y más fácilmente, prometemos pagar dos marcos de plata durante dos años, y un marco transcurrido este plazo, a toda persona que denuncie a un hereje...

El acuerdo fue solemnemente ratificado en París, el jueves santo del año 1229, ante el pórtico de Notre-Dame y en presencia de un muchacho rubio y delgaducho, Luis, el ilustre rey de Francia que un día sería elevado a la gloria de los altares. Aquella mañana de abril, la gente se apiñaba en los tejados y las ventanas de las casas, y los palacios y los márgenes del Sena estaban atestados de burgueses y artesanos, deslumbrados por la magnificencia de un estrado coronado de lujosísimos damascos y repleto de telas de oro y alfombras de Persia. Desde aquel lugar, el cardenal legado, vestido de púrpura desde los zapatos hasta el capelo, bendecía con su enguantada mano a aquel gentío enfervorizado bajo el toque de las campanas...

Allí mismo, en la plaza y delante de todos, Raimon el Joven juró, punto por punto, todos los artículos del ignominioso acuerdo, sin que esto bastara todavía para un hombre de su ralea, tan necesitado de penitencia: sería preciso que, además, se sometiera a la denominada reconciliación canónica. Así, pues, despojado de su traje de gala y de todo calzado, cubierto únicamente con una simple camisa y unos calzones, el conde de Tolosa tuvo que entrar andando en la catedral hasta ser conducido a los pies de un altar mayor rodeado por una impresionante pléyade de obispos, abades y clérigos. Y fue en aquel solemne marco donde, arrodillado ante el altar y con una cuerda alrededor del cuello, recibió en su desnuda espalda una espesa lluvia de azotes del legado papal que lo dejaron tan sangrante y humillado como el más vil de los malhechores. Después, el fiel servidor de un dios aparentemente tan implacable colocó su estola sobre la cabeza de aquel penitente sin enmienda y, poseído entonces por una infinita misericordia, le otorgó una absolución que, por fin, devolvía al conde al seno de la Iglesia de Roma.

Muy pronto, las defensas de Tolosa fueron desmanteladas, varios castillos tuvieron que ser entregados de inmediato y se enviaron distintos comisarios a vigilar el cumplimiento del acuerdo. Incluso la hija del conde Raimon fue prometida al hermano del rey... Con estas medidas y otras muchas, el sueño occitano y la primera cruzada en tierra cristiana habían llegado a su término...

Toda esta actividad política no podía dejar indemne el condado de Foix, tierra donde vivían Guilhem y Vierna, doña Faurèsa y las buenas mujeres. De momento, obligado por las circunstancias y por el vasallaje debido al condado de Tolosa, el conde Rotger Bernart tuvo que someterse igualmente al rey de Francia y a las cláusulas religiosas del Tratado de París, entre las cuales la lucha contra la herejía. Después, sometido a nuevas presiones, tuvo que aceptar que el propio castillo condal

de Foix fuese ocupado durante cinco años por una guarnición del rey de Francia. Y, como si se negara a seguir viviendo en un mundo tan hostil, la esposa catalana del conde, Ermessenda de Castellbó, fiel creyente de la Iglesia de los buenos cristianos, cayó enferma y murió al cabo de pocos meses...

Mientras tanto, aquí y allí, un puñado de hombres y mujeres que vivían muy lejos de las pompas y las miserias del siglo, permanecían obstinados en una fe religiosa sin futuro ni esperanzas razonables. Por más que se vieran obligados a emprender de nuevo el camino de la clandestinidad y del exilio, estaban convencidos de acoger en su corazón la buena creencia, aquella que habría de conducirles al *buen fin* que esperaban.

Segunda parte

1229-1244

LA INQUISICIÓN

XX

*Ai, Toloza e Proensa...
quo vos vi e quo'us vey!*

*¡Ay, Tolosa y Provenza...
cómo os vi y cómo os veo!*

(Bernart Sicart de Maruèjols, trovador, siglo XIII).

LLEGARON NUEVOS TIEMPOS. Tiempos de cambios, de adaptación a unas circunstancias distintas, tiempos de constantes humillaciones para la gente del Languedoc, que vio su tierra ocupada por los soldados de las tropas reales. El nuevo régimen surgido del tratado de París, es decir, *la paz de la Iglesia y del rey*, transformó en muchos aspectos la vida de un gran número de personas.

En Foix, por ejemplo, doña Faurèsa se vio nuevamente en la obligación de disolver de forma precipitada su comunidad de *bones dones* y buscar un refugio provisional en una casa amiga del Lauragués, no muy lejos de aquel Mas Santas Puellas donde había fundado su primer *ostal*. Tomier de Foix, el trovador de pelo rojizo y corazón apesadumbrado, tuvo que sufrir ahora la marcha de su dama hacia Lombardía y, consciente de que aquéllos no eran buenos tiempos para poetas y músicos, tomó la decisión de emprender una nueva vida en tierras catalanas. Por su parte, doña Fabrissa, la noble dama que había acogido a doña Faurèsa y a Vierna en cuanto llegaron a Foix, optó por abandonar el castillo antes de que algún clérigo católico la denunciara por una fe considerada herética que nunca quiso disimular. Finalmente, Guilhem y Vierna consideraron que lo mejor sería dejar la habitación de la calle del Relôtge y, por el momento, regresar a Gebetz, donde pasarían una larga temporada en casa de los pastores.

En definitiva, toda una pequeña comunidad basada en profundas convicciones religiosas y en sólidas relaciones personales se estaba viendo devastada por una desbandada imprevista y fulminante. Para unos, los *bons homes* y los creyentes de la

Iglesia de Dios, todo aquello no era más que la irrefutable prueba de un anuncio evangélico contenido ya en las proféticas palabras de Jesús: «Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros». Para los demás, amigos, parientes y conocidos, lo que estaba ocurriendo era, naturalmente, la trágica consecuencia de la capitulación en toda regla contenida en el Tratado de París.

Sea como fuere, lo cierto es que Guilhem y Vierna tuvieron que resignarse a cerrar los acuerdos que tenían pendientes con algunos tejedores y a disponer las cosas para emprender el camino del país de Ayllón. A pesar de la amenazadora sombra que les rondaba, creían disponer todavía en aquellos momentos de unos cuantos días; sin embargo, no podían ni siquiera imaginar lo que estaba a punto de acontecer.

Todo empezó una tarde del mes de septiembre, después de comer. Aquel día, Huc de Montgrenier, que ya estaba cavilando la forma de abandonar a su señor y pasarse al bando de los cruzados, recibió de la fortuna un regalo inesperado. Acababa de salir de Foix, solo, para llevar a cabo una urgentísima misión a las órdenes del conde, uno de los últimos encargos que, antes de traicionarle, tenía previsto ejecutar. Al pasar cerca del río, mientras cabalgaba su magnífico corcel de pelo negro, tuvo la sorpresa de ver a la muchacha que tanto codiciaba bajando tranquilamente hasta la ribera con una cesta bajo el brazo. Parecía resuelta y contenta y nadie la acompañaba; no había tampoco ninguna otra lavandera en la orilla del río. Ante tan afortunado encuentro, Huc detuvo su caballo y se ocultó tras un enorme nogal, esperando un momento propicio.

Ignorando el peligro que corría, Vierna llegó sin ninguna prisa al final de su trayecto. Bajo la sombra protectora de unos altísimos chopos, la corriente efectuaba en aquel punto un imprevisto recodo que tenía la virtud de contener el embate de las aguas. Arrodillada ante el lavadero y canturreando entre dientes, la muchacha se puso a restregar la ropa con tanto ímpetu que parecía como si de esta forma alejase de su interior temores y quebraderos de cabeza. De repente, cuando más lejos volaba su pensamiento, detuvo el frenético ritmo de su brazo, al creer haber oído rumor de pasos.

Apenas había llegado a darse la vuelta para ver quién era, cuando una imponente mano, cubierta con un guante negro de piel, la amordazó por sorpresa, al tiempo que se sentía furiosamente arrastrada más allá de la ribera. Intentaba patear y bracear, pero la fuerza que tiraba de ella le impedía liberarse, por más que se agitara. Poco después, sin contemplación de ninguna clase, la mano enguantada fue ágilmente sustituida por un jirón de tela que le impedía gritar como habría deseado, hasta que se encontró tumbada en el suelo con las dos manos atadas en la espalda. Sin embargo, gracias a un rápido movimiento, pudo distinguir de repente el rostro de su asaltante, y se le heló la sangre en las venas al descubrir, pegados a su mejilla, aquella barba rizada y aquellos inquietantes ojos —uno de color azul y otro de color de miel— que la estaban mirando con extraño frenesí.

De un tirón, y como si fuera una pluma, Huc de Montgrenier logró levantar a

Vierna hasta la grupa de su caballo, donde la mantuvo sujeta y con las piernas colgando. Después montó con destreza y, sin decir palabra, emprendió el camino a toda velocidad, dejando como único rastro, junto al río, una colada a medio hacer, una cesta boca abajo y un tenderete de ropa blanca diseminada por el suelo. Galoparon durante un buen rato, cruzaron colinas y pequeñas hondonadas y, al poco tiempo, avanzada la tarde, se adentraron en una profunda espesura. El jinete espoleaba con furia su caballo, conduciéndolo con mano diestra por caminos de herradura, cada vez más angostos, que parecía conocer como la palma de su mano. Finalmente, después de una larga cabalgata, el ritmo de su marcha se moderó de improviso y ambos viajeros enfilaron entonces un roquedal repleto de peñas y matorrales, hasta llegar frente a una pequeña oquedad en la que se hallaba la entrada de una cueva.

Era sin duda un lugar indómito, alejado del mundo, y Vierna lo examinó con aterrados ojos. Sin embargo, muy pronto el jefe de la mesnada del conde de Foix la introdujo en brazos en la cueva y la dejó en un rincón en el que podían verse una estaca y una argolla clavada en la roca. Había en el suelo un lecho de paja repulsivo y nauseabundo, una jarra vacía, una escudilla de barro y los restos de un fuego completamente apagado. Se apreciaba a la legua que aquel agujero había servido con anterioridad para otras fechorías de un hombre terrible que se mantenía en silencio y que la ató sin más contemplaciones. Entonces, por fin, le quitó la mordaza.

—Puedes gritar cuanto quieras. Nadie podrá oírte —dijo el hombre.

—Pero ¿qué queréis de mí? —suspiró la muchacha con un hilo de voz.

—¿Acaso no te lo imaginas todavía? —respondió él, socarrón.

La muchacha calló, más asustada si cabe.

—Aquí tienes un mendrugo de pan y un poco de agua en la escudilla. Con eso tienes de sobra para esperar hasta mañana.

—¿Mañana?

—Sí, hoy tengo trabajo y no puedo acompañarte. Pero no sufras, mañana regresaré sin falta a visitarte —sonrió otra vez con ironía.

—No os vayáis aún... ¡No me abandonéis! —La voz de Vierna denotaba una ansiedad cada vez mayor.

—No te asustes. Nadie te molestará en un paraje como este... —le respondió el caballero de Foix con una risa siniestra.

—Pero ¿qué he hecho yo? —replicó la muchacha.

—¿Tú? ¿Te parece poco?

—¿Qué... qué queréis decir?

—¿Acaso te parece bien huir de mí cuando ya casi te tenía en mis manos?

—Pero ¡yo no he hecho nada malo! ¡Soltadme, os lo ruego, aquí moriré, tan sola! —suplicaba Vierna.

—Una noche resulta muy corta si consigues dormir un rato. Mañana por la mañana regresaré, y entonces verás lo bien que lo pasaremos juntos. —Y diciendo

esto le sujetaba las mejillas y buscaba su boca con sus húmedos labios.

Vierna le apartó la cara y se acurrucó en un rincón. Al segundo intento de aquel hombre por acercarse y meter la mano bajo el escote de su camisa, la muchacha le escupió sin rodeos en mitad de la cara.

—¡Mala bruja! ¡Me las pagarás! —rugió Huc de Montgrenier con voz ronca y cavernosa.

Entonces la mano enguantada se disparó con terrible furia y se proyectó contra el rostro de la indefensa muchacha.

—¡Tienes suerte de que tenga que marcharme en seguida! Si no, ¡te juro que no te reirías de mí, estúpida!

De repente, como si tratara de una afortunada tregua para la muchacha, el caballero sintió una inesperada prisa y la abandonó sin mediar palabra, con el mendrugo de pan por los suelos y cuatro dedos de agua en la escudilla. Seguidamente, haciendo caso omiso de las protestas de Vierna, montó en su caballo y desapareció.

Fuera de la cueva, se oyeron en un primer momento los gritos de aquel apresurado jinete y el ruido de los cascos contra las piedras. Después, en un instante, un pavoroso silencio se apoderó de aquel lugar recóndito, al tiempo que la antigua novicia, avergonzada y sollozante, recorría el angosto espacio en el que la habían abandonado. Por un instante le alegró quedarse sola, pero en seguida se apoderó de ella un pánico tan horripilante que la indujo a gritar como una loca en demanda de auxilio, aun sabiendo con certeza que nadie podría oírla.

Pasó una noche de espanto, aterrorizada por la idea de que alguna fiera pudiera entrar en la cueva, atenzada junto a la estaca y viendo desde el interior las fantasmales sombras que se agitaban afuera, en una espléndida noche de luna llena. Los dientes le castañeteaban de tanto miedo y no dejaba de rezar constantemente multitud de *gratiae*, rogando al Dios de misericordia y de bondad que la salvase de un trance tan horrible. Pensaba en Guilhem y, en pleno desvarío, se dirigía a él sollozando para que acudiera a rescatarla. Después, se aterrorizaba imaginando que sus gritos en medio de la oscuridad pudieran atraer cualquier visita inquietante. Algunas veces, cuando lograba recuperarse un poco y sentía la boca pastosa y reseca, se estiraba hasta alcanzar el vaso de barro con la punta de los labios y lamía el agua de la escudilla con auténtico delirio, igual que un perro sediento. Finalmente, medio tumbada, medio apoyada en la pared, con un terrible dolor en las muñecas y un frío que laceraba sus huesos, se fue amodorrando hasta acabar durmiéndose por completo avanzada la noche.

Mientras ella vivía este trance, en la villa de Foix un grupo de gente se mantenía en vela. Extrañado por su tardanza, Guilhem había descendido al caer el día hasta el lavadero y había descubierto allí la cesta boca abajo y la ropa desparramada. En seguida comprendió que aquella ausencia obedecía a alguna causa de fuerza mayor, de modo que movilizó a cuanta gente pudo para ir en busca de Vierna. Ampliando

progresivamente el círculo alrededor del río, el nuevo día les atrapó sin haber encontrado ni el más mínimo indicio de su paradero, y ya comenzaban a temer que aquella búsqueda sería probablemente inútil.

Lejos de Foix, la muchacha a quien buscaban había conseguido, mal que bien, dormir unas horas, en un inquieto duermevela que nunca le dio reposo. De repente, cuando las primerísimas luces del alba iluminaban la entrada de la cueva, se sintió despertar por una vaga sensación de estar acompañada. Abrió los ojos aterrorizada y no pudo evitar proferir un quejido, al tiempo que se incorporaba un poco y se acurrucaba más aún hacia la estaca que la mantenía inmóvil. Efectivamente, en la boca de aquella cárcel solitaria e inhóspita, en aquel recóndito lugar de un bosque ignorado, unos ojos la estaban mirando.

Poco a poco, sin poder gritar a causa del pánico renovado que sentía, logró distinguir a contraluz la figura de una mujer andrajosa de rostro oscuro y enjuto y de aspecto cochambroso. Mientras Vierna tomaba fuerzas para lograr decir algo, aquella visitante tan extraña se le adelantó de modo repentino:

—¿Qué haces aquí?

Vierna tragó la escasa saliva que tenía y preguntó:

—¿Y vos? ¿Quién sois?

—¡Y a ti qué te importa! ¿Qué haces aquí?

—Me han atado a la fuerza y me han abandonado.

—¿Se puede saber quién lo hizo? —preguntó la mujer aproximándose un poco.

—Un hombre —se atrevió a decir, solamente, Vierna.

—¿Y llevas toda la noche aquí, atada a la estaca?

—Sí... ¿Os importaría soltarme...? ¡Os lo ruego!

—Despacito, muchacha, no hay ninguna prisa. Habla, hermosa, y cuéntame cómo llegaste hasta esta cueva.

Vierna relató quién era, de dónde venía y lo que había ocurrido, sin revelar en ningún momento el nombre ni el aspecto concreto del salvaje animal que, sin duda, no tardaría en ir a buscarla. Después, fervientemente, con un ahínco y una impaciencia que embarullaban sus palabras, reclamó de nuevo a aquella bruja del bosque que cortase la cuerda que la tenía sujeta. Al final, aparentemente satisfecha de la versión recibida, la extraña mujer sacó un mellado cuchillo de entre sus ropas y liberó a aquella muchacha de piel clara y dorados cabellos. Cuando Vierna logró salir, con un terrible dolor en las manos y las piernas temblando, de pronto se sintió presa de una angustia terrible.

—¡Tengo que escapar a toda prisa, antes de que vuelva!

—¿Ah, sí? —profirió la mujer, como si no acertara a comprender lo que ocurría.

—Dijo que vendría a buscarme cuando rayara el alba. Tengo que huir volando, y vos deberíais venir conmigo, si no queréis que os encuentre y os castigue por haberme liberado.

—¡Yo sí que...! —Replicó la mujer—. Aún está por nacer la persona capaz de

encontrarme, en medio de estas peñas y en esta espesura. Esto es mi casa, muchacha, y sólo me encuentra en ella quien yo quiero.

—Tomad, coged esta aguja de cuerno de mis cabellos. No tengo otra cosa que ofreceros... ¿Cómo podría agradecereros lo que hicisteis por mí?

—Nada, mujer, no sufras. Al fin y al cabo, resulta humillante que la tengan a una amarrada como un perro. Ven, te mostraré un atajo que te conducirá, dentro de un par de horas o tres, hasta el camino de Foix.

Vierna no sabía cómo dar las gracias a aquella sorprendente criatura que se le había aparecido como un milagro. Y mientras corría anhelante, tropezando con las raíces y las piedras del sendero que le había indicado, daba gracias al cielo por haberla salvado una vez más de las garras de aquel hombre terrible. Simultáneamente, se preguntaba si el Dios de bondad acaso le había enviado un angélico mensajero que se había presentado en la boca de la cueva bajo la forma de aquella mujer tan salvaje y tan descuidada.

A última hora de la mañana, un carro tirado por dos caballos la condujo hasta el portal de las murallas de la villa de Foix, donde supo muy pronto del grupo de gente amiga que se había movilizado para buscarla. Y, cuando todo hubo pasado, Vierna se estremeció al imaginar la colérica reacción de Huc de Montgrenier cuando llegara a la cueva y descubriera que, una vez más, se había escapado aquella presa que tanto codiciaba.

Esa misma noche, ella y su compañero durmieron en un pajar y, por si no fuera ya suficiente la amenaza de los soldados del rey de Francia, aquel inesperado rapto les hizo comprender que no podían tentar de nuevo la suerte. Era preciso escapar de una vez por todas del alcance del jefe de la mesnada del conde y partir a toda prisa a buscar el abrigo reconfortante y seguro de las montañas.

XXI

*... No aias merce de la carri nada de corruptio,
mais aias merce del esperit pausat en carcer...*

... No tengas piedad de la carne nacida de la corrupción,
pero apiádate en cambio del espíritu encarcelado...

(Del Ritual cátaro de Lión. «El servisi»).

UN DÍA DE FINALES de aquel desdichado septiembre, cuando los árboles de las riberas del Aneja mostraban una ubérrima gama de colores en sus hojas, un carro lleno hasta los topes se dirigía, a paso lento, hacía las montañas del país de Ayllón. Con un bagaje improvisado en pocas horas, Guilhem y Vierna abandonaban un humilde hogar, una comunidad afectiva y, sobre todo, un horizonte de vida esperanzada. El recuerdo de los primeros días de su amor y el imposible sueño de una existencia larga y tranquila permanecerían unidos, por siempre jamás, a aquel pueblo de Foix que ahora iban dejando a sus espaldas. Debían empezar de nuevo...

Sentados en la tabla delantera, hacían su camino sin apenas palabras, cruzando a menudo frondosos bosques en los que jamás encontraban a nadie. El espeso silencio que les acompañaba sólo se veía truncado por los trinos de los pájaros, por el rumor de los árboles o por el ruido del carro cuando descanteraba las fangosas crestas del camino polvoriento. Un buen día, a media mañana, justo cuando acababan de cruzar un arroyo ceñido de roquedales y helechos Guilhem se despabiló de repente de la modorra del viaje y dijo a voz en grito:

—¡Fíjate, Vierna! ¡Allí... junto al abedul! Hay una trampa, ¿la ves? —Estiró el cuello un poco más y añadió—: ¿Ves aquello que se mueve? Es un animal aprisionado...

Así pues, interrumpieron su marcha y Guilhem sallo del carro para examinar la pieza. Al poco rato regresó satisfecho, agarrando por el cuello un magnífico faisán que había quedado atrapado en un lazo corredizo colocado a ras de suelo. Se trataba

probablemente de un macho, pues lucía un plumaje de bellos colores. Pero el ave cacareaba y movía las patas con fuertes sacudidas, como si no acertara a comprender que primero la hubiesen liberado de la trampa para apresarla después con mayor ahínco. Entonces Guilhem, con aire triunfal, exclamó:

—¡Menuda suerte, Vierna! ¡Encontrar una pieza como ésta en medio del bosque! No nos la comeremos, desde luego, pero seguro que nos pagarán por ella un buen pico en el mercado...

—No, Guilhem —respondió la muchacha—. Esto no nos está permitido...

—¿Ah, no...? Pero si estaba en un rincón remoto y no hay forma de descubrir a su dueño...

—Pero, Guilhem, ¿y si este animal inocente lleva en su interior algún espíritu celestial?

—Es verdad, Vierna, no lo había pensado... —replicó Guilhem vivamente, no sin mostrar un visible gesto de desengaño—. Sin embargo, no vamos a dejarlo de nuevo atrapado en su lazo...

—No, claro que no, Guilhem. Nuestra creencia nos indica que, si en alguna ocasión uno se encuentra en un caso como éste, hay que dejar el animal en libertad...

—¿Y el cazador que tendió el lazo con la esperanza de atraparlo? Si soltamos el faisán, sufrirá un quebranto parecido.

—No, Guilhem, ya que la fe nos dice que, en el mismo lugar en el que se halle la trampa, hay que dejar una moneda por el mismo valor de la caza que se habrá perdido. Así, el cazador del lazo podrá ganar igualmente su sustento...

Guilhem hubiese querido replicar, pero sabía que en cuestiones de doctrina su esposa era totalmente inamovible y, hasta cierto punto, intransigente. Así es que, privado de su reciente alborozo, liberó el faisán con un visible ademán de irritación y en su lugar depositó junto al lazo, a regañadientes, una moneda. Después montó en el carro y emprendió de nuevo la marcha con aire enfurruñado, sin poder evitar cuestionarse qué clase de religión tan rara era aquélla, que no sólo no permitía disfrutar de un bien de fortuna sino que, además, incluso exigía emplear en dicho bien una suma de dinero...

El resto del viaje transcurrió sin otros incidentes. Sin embargo, cuando faltaba muy poco para llegar a su nuevo hogar, Vierna se sintió indispuesta y devolvió con enormes arcadas la frugal comida que había tomado poco antes. Primero pensó que era una lógica consecuencia de su reciente estado de tensión nerviosa y del permanente balanceo del carro. Pero los mareos y los vómitos se repitieron otras veces, y la hinchazón que sentía en los pechos desde hacía varios días no dejaba ningún lugar a dudas...

Poco después, los dos viajeros llegaron al *ostal* de los padres de Guilhem, y lo llenaron de alborozo y de fiesta. La madre, feliz de tener en casa a su hijo y a su nuera —justo cuando su marido y Miquèu se preparaban para empezar de nuevo la invernada con el rebaño—, dispuso para ellos una habitación en el piso superior, en el

denominado *solier*, totalmente construido de madera. Y la primera noche, poco antes de la plegaria que solía rezar antes de acostarse, Vierna le dijo a su esposo:

—Estoy preñada, Guilhem. En primavera tendremos un hijo...

Lo había anunciado sin énfasis especial alguno, sin cargar sus palabras con ninguna emoción perceptible. Como si hubiera dicho, hablando del rebaño de su casa: «Cuando llegue la Navidad, la oveja glotona ya habrá parido», o bien «a la cabra roncera se le ha echado a perder la cría»... Guilhem la miró sorprendido y apenas se atrevió a mostrar su alegría, concededor de los contradictorios sentimientos que sin duda revoloteaban por el magín de su esposa. Después le dio un beso y la acompañó como todas las noches en su plegaria. Al fin y al cabo, mañana sería otro día, y habría tiempo más que suficiente para acoger como Dios manda a la criatura que se hallaba de camino.

Efectivamente, Vierna tenía su corazón dividido. Por un lado, sentía el impulso natural de prolongar su propia existencia en un nuevo ser, la indescriptible emoción de llevar una vida nueva en sus entrañas. Así, pronto notaría a la criatura moviéndose en su interior, pronto se establecería entre la mujer encinta y su hijo una relación mágica e intransferible que no habría de romperse jamás. Pero, al mismo tiempo, Vierna era muy consciente de que aquel pequeño cuerpo que se estaba formando no era más que una de esas túnicas de piel, de tierra de olvido, que el diablo modela con el fin de aprisionar los ángeles de Dios que un día sustrajo de la gloria. En definitiva, aquel minúsculo ser era carne de la nada que, tarde o temprano, a la nada volvería.

En sus años de mayor efervescencia religiosa, la futura madre había sabido de algunas mujeres que pedían a sus vecinas que rogasen a Dios para que las liberase del demonio que llevaban en su vientre. Ella no podía llegar hasta ese extremo, si bien no conseguía quitarse de la cabeza que llevaba dentro de sí a una criatura del maligno y que, por lo tanto, se hallaba en estado de irremisible pecado hasta el momento mismo de dar a luz.

Así pues, suspiraba porque el tiempo del embarazo transcurriera lo más deprisa posible. Y pensaba que ojalá llegara cuanto antes el venturoso día del parto, puesto que, habiendo alumbrado a su hijo, una de las almas caídas del reino de Dios iría a vivificar aquel feto material y lo convertiría en un ser humano completo. Entonces el hijo de sus entrañas, aun habiendo sido concebido de carne del diablo, tendría en su interior un alma divina. Un alma que, tarde o temprano, después de otras encarnaciones, acabaría por volver al glorioso cielo que nunca debería haber abandonado.

Durante los meses de embarazo, Vierna estuvo alicaída y poco habladora. Parecía haber perdido aquella alegría que enloquecía a Guilhem, a pesar de que el estado de gestación y los aires de la montaña la habían adornado con una cara de buena salud. Pero ella siempre cavilaba, y temía que la criatura naciera muerta, o que ella misma perdiera la vida antes de la hora del parto. Por si fuera poco, no podía hablar de ese tema con ninguna mujer: doña Faurèsa vivía muy lejos, en algún lugar desconocido

por el momento, y, por otra parte, la pobre muchacha no podía sincerarse ante una suegra educada en la fe de la Iglesia de Roma que no comprendería nada de nada de cuanto habría querido contarle. Muy al contrario, aquella buena mujer se mostraba feliz esperando a su primer nieto y sabiendo que su familia se enriquecería con el refuerzo, bendecido por Dios, de dos nuevos brazos que ayudarían en las tareas del bosque y los rebaños.

En cualquier caso, el tiempo fue transcurriendo y muy pronto tan sólo quedaron del paso de la nieve de aquel invierno los ventisqueros de las cumbres de las montañas más altas. Un luminoso día del mes de mayo, Vierna trajo al mundo una niña que tenía los mismos ojos claros de su madre, aun cuando el código genético de Guilhem hubiera dejado igualmente visible su rastro en un abundante mechón de cabellos negros y rizados. Todo ello le confería una cara singular, que prometía para cuando fuera mayor una belleza poco corriente. Todos se sintieron felices en aquella casa, y el padre del recién nacido pudo distinguir en los ojos azules de Vierna un brillo especial, puesto que la joven parturienta no sólo se había liberado de su gravidez, sino también de las contradicciones y los temores que la habían estado royendo durante nueve meses. Aquella criatura que lloriqueaba en brazos de su madre sería conocida muy pronto por todos con el nombre de Bruna y, alabado sea el Dios de bondad, en su interior ya palpitaba sin ninguna duda la existencia de un espíritu celestial.

Sin embargo, y para disgusto de sus abuelos, la niña nunca fue bautizada, ya que sus padres creían ciegamente, a tenor de la fe que practicaban, que el bautismo del agua no tiene ningún valor y que la Iglesia *usurpadora* lo confiere de un modo completamente absurdo a unos niños llorones que no tienen conciencia alguna de lo que se les otorga. En definitiva, Guilhem y Vierna creían que el bautismo de su Iglesia —el *Consolament*— sí que valía y estaba libre de mentira, puesto que era de Espíritu Santo y no de agua, y siempre se concedía a personas con uso de razón que, por medio de aquella imposición de las manos, se convertían en hijos de Dios...

Entre tanto, mientras Bruna venía al mundo y se alimentaba de la leche de su madre —en la tierra de Ayllón muy pocas personas podían permitirse una nodriza—, la comunidad de la santa Iglesia procuraba adaptarse, con enormes dificultades, a una nueva época de forzosa clandestinidad. Así pues, todos los buenos cristianos y sus afectos iban rodando de un lugar a otro, a la espera de hallar por fin un lugar relativamente estable o lo bastante discreto para continuar su tarea sin levantar ninguna clase de sospecha.

Más concretamente, los dirigentes de la Iglesia, amparados en todo momento por caballeros que habían perdido sus posesiones —los *faidits*—, iban cambiando a menudo de residencia, buscando siempre no sólo su seguridad personal sino, sobre todo, el mantenimiento de una red básica que garantizase la continuidad de la predicación y de la existencia misma de la comunidad de los amigos de Dios. Al oscurecer, la noche podía sorprenderlos, ya fuese cabalgando entre barrizales y

cañaveras, ya fuese mal durmiendo en cualquier cabaña en medio del bosque o en una casa de labranza, o quién sabe si en algún castillo inexpugnable. Como es lógico, su presencia concitaba en seguida un momentáneo reencuentro de los creyentes de aquella zona, que los esperaban con deleite con el fin de compartir la partición del pan y escuchar sus palabras de salvación.

Uno de estos dirigentes de la Iglesia, el más significado de todos, se encontraba a principios del invierno de 1230 en el castillo remoto e inconquistable de Albedún, en la parte alta de la comarca del Rasés, al sudeste del condado de Foix. Había llegado hasta allí, en plena noche, en compañía de cinco caballeros, ocho *bons homes* y un grupo de creyentes, todos con la certidumbre de una cálida acogida por parte del señor del castillo. Allí, en el fondo de las Corberas, estarían lo bastante seguros como para permanecer en el lugar durante todo el invierno sin peligro.

Ese hombre singular era Guilhabert de Castras, el eminente obispo que un día había visitado la casa de El Mas Santas Puellas y había compartido con doña Faurèsa y las *bones dones* el ritual del *servici*, es decir, el acto de contrición y penitencia de la comunidad. Desde entonces, habían transcurrido ya seis largos años, y su ancianidad parecía cada vez más profunda. Su cabellera y su barba blanca seguían otorgándole una gran majestuosidad y, a pesar de que solía fatigarse un poco más que antes, conservaba la mente y la lengua tan ágiles y eficaces como siempre. Ni las circunstancias de la época ni su avanzada edad le aconsejaban menudear sus desplazamientos, pero Guilhabert acudía allí donde se le requería, procurando reanimar una comunidad diezmada, predicando en una casa de confianza o concediendo el *Consolament* a nuevos *pobres de la fe*.

Como era de esperar, la presencia de Guilhabert en el castillo de Albedún no podía pasar inadvertida entre los creyentes de los alrededores. Y quiso el azar que, en el pueblo más cercano, se alojase una de las buenas mujeres que había vivido en el *ostal* de doña Faurèsa, en la villa de Foix. Se trataba de una novicia que, en vista de la persecución, había optado por regresar al hogar de sus padres y esperar tiempos más seguros. La muchacha se había conmovido hasta sus más íntimas fibras al tener conocimiento de la presencia del obispo tan cerca de su casa, y ardía en deseos de hacer partícipes de esta noticia a sus antiguas compañeras.

—Doña Faurèsa..., se lo tengo que comunicar a doña Faurèsa —se dijo de repente, tras haber cavilado un buen rato—. Y que pase las Navidades en casa... Así podremos revivir los buenos tiempos de la calle del Forn d’Avalh...

Dicho y hecho. El mensaje llegó sin contratiempos a la antigua priora y, anhelante de volver a ver a la novicia y, sobre todo, a Guilhabert de Castras, doña Faurèsa se puso en camino con la única compañía de otra *bona dona* y de una mula baya, con el objeto de pasar varios días en las solitarias montañas de las Corberas. Sin embargo, antes de emprender el viaje lo puso en conocimiento de un mercader del país de Ayllón que, por ser de la Iglesia de Dios, transmitiría sin riesgo la noticia a Guilhem y Vierna, por si les complacía también a ellos encontrarse de nuevo a los pies del

castillo de Albedún.

Así fue como, tras un largo año de separación, doña Faurèsa se encontró de nuevo con la pareja. Tan pronto como se abrazaron, la priora se sorprendió del aspecto de Vierna: ya no era, desde luego, la chiquilla que un día pusieron en sus manos, pero, además, se había convertido en una mujer plenamente adulta. Conservaba la piel clara y los cabellos dorados que había heredado de su madre, Estela, pero la altura de las montañas había bronceado de forma apreciable su rostro. Su figura entera había adquirido consistencia, y su busto y sus caderas se habían redondeado sin perder ni un ápice de firmeza. Era, como siempre, una mujer muy hermosa, y sus ojos de un azul profundo brillaban con fulgor enmarcados por la piel tostada de su frente y sus mejillas. Por el contrario, su sonrisa era afortunadamente tan sincera y tan franca como antes, aunque ya no tintineaba con el frescor de cuando la pequeña huérfana y Maurina correteaban retozonas por la casa de El Mas.

—¡Vierna! ¡Hija mía! ¡Cómo has cambiado! ¿Cómo te lo diría...? ¡Te has hecho ya una auténtica mujer! —le dijo sonriendo, al desprenderse sus brazos—. Creo que los aires de la tierra de Ayllón te han sido muy provechosos, ¿no es cierto?

—Sí, hermana —así la llamaba desde su infancia—, pero no podéis imaginaros cuánto os he echado de menos. Y hay algo que todavía no sabéis: en mayo di a luz a una niña preciosa que lleva por nombre Bruna...

—Vierna... —murmuró doña Faurèsa, con lágrimas en los ojos—, ¡ahora comprendo por qué has cambiado tanto! ¿Y dónde está esa niña?

—Se quedó con sus abuelos. Precisamente ahora he dejado de amamantarla... El camino es muy largo y Bruna es todavía tan pequeña...

—Ay, Vierna —replicaba la priora, como si no consiguiera hacerse a la idea—, también yo te eché tanto de menos... Y te aseguro que, aunque pasen y pasen los días, no consigo acostumbrarme a llevar una vida en la que no tengáis vuestro lugar tú y tus compañeras...

Guilhem contemplaba la escena a cierta distancia, consciente de la profunda emoción que experimentaban aquellas dos mujeres. Después, sin estar muy seguro de cómo debía saludar a la priora —a quien nunca había visto sin su hábito y vestida como el resto de las mujeres—, optó por arrodillarse a sus pies y, con aquel acento tan fuerte del Sabartés que siempre delataba su origen, le habló de esta manera:

—¡Dios os bendiga, doña Faurèsa! —exclamó agachando la cabeza hasta el suelo.

—Dios te bendiga, Guilhem, y te haga un buen cristiano, y te libre de una mala muerte —respondió doña Faurèsa, al tiempo que le rogaba con un gesto que se levantara de inmediato. Después, sin mayores ceremonias, lo abrazó con fuerza, emocionada—. ¡No sabéis lo contenta que estoy de volver a veros! ¡Empezaba a pensar que jamás nos encontraríamos de nuevo!

Realmente, parecía como si todo fuera en cierto modo como antes: doña Faurèsa, Vierna y su marido, la muchacha que les acogía y sus padres, la buena mujer que había viajado con la priora... Una pequeña comunidad de la Iglesia de Dios que a

duras penas salía a la calle y que ardía en deseos de visitar a su obispo, un venerable anciano que deambulaba por el mundo ocultándose en recónditos lugares. Un obispo, eso sí, sin catedral, sin mitra, sin báculo.

XXII

*Dieus devalec del cel
e adombrec se en Sancta María.*

Dios bajó del cielo
y se asombró en santa María.

(De un catecismo cátar).

VOLVIERON, PUES, las oraciones y la partición del pan, así como los severos ayunos que antes solían practicar con frecuencia, pues la cuaresma en que se hallaban no finalizaría hasta la misma Nochebuena. Una vez terminada la cena, reunidos todos alrededor de la mesa, bajo la trémula luz de una lámpara de aceite y al abrigo del calor que provenía del hogar, doña Faurèsa retomaba, como si nada hubiera pasado, el imperturbable hilo de sus homilías y explicaciones hogareñas.

A pesar de haber sufrido tantos embates en la vida, la priora tolosana conservaba la imagen de seguridad y firmeza de antaño. La ayudaban sin duda alguna la grandeza y la esbeltez de su figura, así como la marca indeleble de su noble condición. De modo que, más allá del desánimo o la duda que raramente se permitía a sí misma, todo contribuía a otorgarle aquella autoridad natural que, en medio del bullicio y la confusión, generaba a su alrededor una enorme confianza.

Una noche en la que no tenían mucho sueño, Guilhem quiso dar un paso más en su abrupto camino para discernir entre la vieja fe de sus padres y aquella nueva religión tan diferente. Estaba próxima ya la fiesta de la Navidad, una fecha que la Iglesia de Roma celebraba en sus templos con gran boato y con unos oficios litúrgicos rebosantes de ornamentos y de púrpura. Así es que, impulsado por el ambiente de aquellos días, el antiguo pastor de Gebetz preguntó a doña Faurèsa:

—Hermana, sé muy bien que la fe nos dice que también en Belén comienza nuestra Iglesia. Pero el Cristo que mis padres me inculcaron cuando era pequeño dista mucho del nuestro. Así pues, ¿por qué no nos habláis de Jesús, de quién era

exactamente, de cómo descendió a este mundo del maligno...?

—Se acerca la Navidad, ciertamente, y nos encontramos en el mejor momento para hablar de todas estas cosas —respondió la priora—. Sin embargo, no quisiera que mis palabras anticipasen, con escasa pericia, todo aquello que muy pronto vas a oír de los propios labios de Guilhabert...

—Ya lo sé, doña Faurèsa —insistió Guilhem—, pero ¿por qué no nos ofrecéis un adelanto de estos temas, aquí, entre nosotros...?

Durante unos minutos, la priora estuvo considerando la petición. Después, como si de repente acabara de encontrar una fórmula satisfactoria, su cara se iluminó y dijo:

—Ya sé lo que vamos a hacer... Hoy por hoy, y a la espera de lo que nos diga nuestro obispo, creo que podemos recorrer un trecho del camino si os cuento lo que un *bon home* de mi ciudad de Tolosa, un cristiano viejecito e iletrado, me explicó un buen día acerca del hijo de Dios.

La priora se removió en su asiento y, acto seguido, ante la absorta mirada de la comunidad que presidía, comenzó su relato de la siguiente manera:

—Sabéis muy bien lo que ocurrió en el origen de los tiempos, como también de qué manera el príncipe del mal, mediante sus engaños y mentiras, hizo que cayeran de la gloria muchas criaturas celestiales. Pues bien, resulta que el Padre santo, viéndose muy solo y empobrecido por la pérdida de los espíritus, observaba todos aquellos sitios vacíos y se sentía muy triste. De modo que se puso a pensar de qué manera los espíritus podrían regresar a la gloria. Y resolvió escribir un libro que le ocupó cuarenta años y en cuyas páginas estaban descritos todos los dolores, aflicciones, anhelos, rencores y, en general, todas las vicisitudes que pueden afectar a los hombres en esta vida. Y en el libro decía que quien quisiera soportar todos estos avatares, y se comprometiera en firme, sería el hijo del Padre santo.

Doña Faurèsa había logrado encandilar a su auditorio con esta historia tan próxima a la lógica cotidiana de la vida de los humanos. Y ello sin forzar la atención con imprevistas inflexiones de la voz o con otros ardides de experto sermoneador, sino recurriendo a su forma natural de hacer las cosas.

Afuera, mientras tanto, había empezado a nevar con espesos copos que arqueaban las ramas de los árboles y cubrían los tejados de las casas con un manto de blancura inmaculada. Parecía como si la naturaleza ajustase su conducta al decorado de invierno que todo el mundo lleva escrito en su imaginario al recordar las inefables noches del período navideño. Sin embargo, la historia proseguía:

—Una vez terminado su libro, el Padre santo lo colocó ante los espíritus celestiales que habían permanecido con él en la gloria y les dijo: «Quien lleve a cabo lo que figura en este libro será mi Hijo». Muchos espíritus celestiales, deseosos de ser hijos del Padre santo, y también de verse honrados por encima de los demás, se acercaron al libro y abrieron sus páginas. Cuando habían leído tan sólo un fragmento de lo que les esperaba entre los hombres, se sentían repentinamente indispuestos y se retiraban de inmediato, puesto que ninguno de ellos quería abandonar la gloria que ya

disfrutaba y someterse a las vicisitudes de esta vida para ser Hijo de Dios.

Un completo silencio se había apoderado de todo el aposento y la voz de doña Faurès tan sólo se veía alterada por el chasquido de algún leño del hogar que crepitaba. Y dijo entonces la priora:

—Viendo esto, el Padre santo habló en voz alta de esta manera: «¿Realmente ninguno de todos vosotros desea ser mi Hijo?». Entonces, uno de los espíritus presentes, que se llamaba Juan, se levantó y dijo que estaba dispuesto a ser el Hijo del Padre y llevar a cabo todo lo que estaba escrito en aquel libro. Así pues, se acercó, abrió el libro, leyó cuatro o cinco páginas y, sólo ver lo que le esperaba, cayó al suelo inconsciente. Así permaneció durante tres días y tres noches. Después, tras haberse recuperado de su desfallecimiento, derramó lágrimas en abundancia. Pero como había prometido que ejecutaría todo lo que el libro contenía, y no podía mentir, se dirigió al Padre diciéndole que quería ser su Hijo, y que llevaría a cabo todo lo que el libro narraba, por muy grave que fuera.

Doña Faurès tomó aliento y terminó la historia con estas palabras:

—Y así es como, a continuación, Dios envió a Cristo a este mundo como hijo suyo, para que predicase el nombre de Dios. Y Cristo llegó a la tierra y tomó el nombre de Jesús, palabra que en hebreo significa «El Señor salva»...

El tono de las últimas palabras dejaba muy claro que la priora había llegado al final de su relato. Pero no paso mucho tiempo sin que alguien, en este caso la antigua novicia que les acogía a todos en su casa, preguntara en voz alta:

—Así, el Hijo de Dios, es decir el Cristo, ¿no es Dios por naturaleza, sino un ángel?

—Exacto, hermana —respondió doña Faurès—. Por muy importante que el Cristo sea, sin duda es inferior al Padre, que le concedió «todo poder en el cielo y en la tierra», según nos cuenta el Evangelio. Está claro que quien recibe algo se encuentra por debajo de quien se lo concede, ¿no es cierto? Pero, además, en el mismo Evangelio de Mateo podemos leer lo siguiente: «Nadie sabe ni el día ni la hora. Ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino únicamente el Padre». Y, por si quedara alguna duda, el mismo Jesús dijo un buen día: «El Padre es más grande que yo».

—Pero...

—Ya sé lo que pensáis... Fue un ángel, ciertamente, pero aceptando la pasión se hizo merecedor del poder y de la divinidad que le fueron otorgados. Así, leemos en el Libro del Apocalipsis: «Digno es el Cordero que ha sido degollado, de recibir el poder, la gloria y la bendición...».

Esto último pareció tranquilizarles un poco, sobre todo a un Guilhem que, como quien escribe sobre una tabla de cera, tenía el doble trabajo de borrar lo que le habían explicado en la iglesia de Gebetz y anotar las nuevas enseñanzas que constantemente recibía.

Era ya muy tarde y los maderos del fuego tan sólo emitían una luz amortiguada y sin llama. Pero nadie insinuaba el menor movimiento, de modo que doña Faurès,

incorporándose del asiento con la imponente altitud de su figura, dijo a todos los presentes:

—Ya es hora de acostarse, hermanos míos, y en estos temas de la doctrina es preciso no ir demasiado deprisa. Así pues, recemos ahora nuestras oraciones y mañana ya os contaré de qué manera el Hijo del Padre santo descendió a esta tierra por Nochebuena. Así que repetid conmigo: *Benedicite, parcite nobis...*

Aquella noche, cautivados todavía por la magia de lo que habían escuchado, Guilhem y Vierna no se habrían atrevido a librarse a sus juegos del amor aunque estuvieran solos. Por otro lado, cerca de su propia cama yacía la antigua novicia de Foix, que jamás habría comprendido que dos personas tan devotas de la fe pudieran librarse al diabólico pecado de la carne con el deleite y la frecuencia con que solían hacerlo. Así es que tan sólo el *benedicite* de todas las noches y el recuerdo de la pequeña Bruna ausente precedieron el sueño de los dos amantes. Más allá del calor del hogar, mientras tanto, los copos de nieve persistían todavía en su benéfica caída sobre los prados y las silenciosas casas de aquel rincón perdido de las Corberas...

El día siguiente era la víspera de Navidad y doña Faurèsa, tras haber recibido una misteriosa visita a media mañana, anunció a todos los residentes en la casa que aquella misma noche, cuando hubiera oscurecido por completo y las tinieblas envolvieran todas las sombras, subirían hasta el castillo de Albedún para pasar la vigilia en compañía de su obispo. Hasta entonces, todos procuraron apresurar la exasperante lentitud de las horas ayudando en las tareas de aquella humilde morada: el ama de casa y su hija cuidaban de la cocina y de la limpieza de los aposentos, mientras las otras mujeres aseaban un poco el corral de las ovejas con los animales consumiéndose en el interior, puesto que la nevada nocturna había impedido al rebaño salir a pacer a los ribazos de la solana, como siempre solía en invierno. Guilhem, por su parte, ayudaba al dueño de la casa a dar la hierba al ganado o bien podaba y desmenuzaba rebollos para el hogar.

A mediodía, terminada la plegaria de las horas, pareció como si doña Faurèsa se dispusiera a reanudar con toda normalidad la tarea que había quedado interrumpida. Pero todos los demás la miraron sorprendidos y decepcionados, como si les privara de algo que esperaban. La buena mujer se apercibió de repente de su olvido y, con una amplia sonrisa, les dijo:

—Os había prometido la segunda parte de la historia, ¿no es cierto? Tenéis toda la razón...

Así es que nadie se movió de la *foganha*, donde el ambiente era confortable gracias al calor del hogar y al espeso vaho que despedía la caldera en la que se cocía la comida de los cerdos, hecha de col, vainas de judías verdes, pan duro y forraje. De vez en cuando, sin hacer ruido, el ama de casa se levantaba del banco para embutir con una horquilla de madera las coles que colmaban la caldera, con el fin de evitar que el agua hirviendo rebosara y chisporroteara al caer sobre las brasas ardientes. Vierna lo veía y se sentía feliz empapándose de aquellos olores y de aquellos ruidos

tan familiares y acogedores, junto al hombre que amaba y junto a todas aquellas personas de la *buena creencia*. Pero no podía distraerse, puesto que ya se oía la voz de la priora retomando el hilo interrumpido de la historia:

—Según me contó mi viejo amigo de Tolosa, Cristo descendió de la gloria a través de los siete cielos inferiores y, con el propósito de que su misión terrenal permaneciera secreta en todo momento, se revistió de forma sucesiva con el aspecto de los ángeles de cada uno de los cielos, hasta tomar en este mundo un cuerpo de carne. Y nació en el portal de Belén, pero no de la Virgen María. En realidad, María quedó embarazada, ciertamente, pero no alumbró hijo alguno, sino que el Cristo, que ya existía desde toda la eternidad, se apareció junto a ella como un recién nacido: el Cristo *se asombró*, es decir, *se dibujó como una sombra* en María; y María volvió rápidamente a su estado anterior.

Vierna conocía desde hacía mucho tiempo aquella historia, pero su marido quedó atónito al oír aquella versión tan singular y tan distinta de la venida del Mesías. No lograba asimilar lo que estaba escuchando, pero siendo de talante resuelto, no dejó de preguntar en seguida en voz alta:

—Pero... doña Faurèsa... ¿Qué significa eso de que el Cristo *se asombró* junto a María?

—Jesús no era de este mundo, Guilhem, sino que se hizo carne al bajar del cielo. No era hijo de la carne del pecado, ni de la obra del diablo, aunque tuviera el mismo semblante que los hombres. De modo que Jesús no pudo recibir de santa María nada en absoluto...

—De acuerdo, pero...

—Mira, Guilhem, te voy a poner un ejemplo y lo comprenderás en seguida. Si un día de verano, cuando el sol da de lleno sobre las piedras, un hombre se cobija bajo la fresca sombra de un tonel de vino, se encuentra dentro de la sombra, es cierto, pero no recibe de ésta absolutamente nada. El Cristo, pues, tan sólo se esbozó, se perfiló en María como una sombra.

—Y su cuerpo, el cuerpo de Jesús, ¿cómo era exacta mente? —insistió un Guilhem embelesado por lo que estaba escuchando.

—Era semejante, lo he dicho antes, al cuerpo de los hombres, pero era también de una especie distinta, más espiritual. Por esta razón, según nos cuenta el Evangelio, unos asombrados apóstoles le vieron caminando un día sobre las aguas, como si tal cosa; por eso mismo huyó de los judíos en Nazaret pasando a través de ellos de una manera invisible; por eso, también, una vez resucitado, tras haberse aparecido ante los discípulos de Emaús, se desvaneció delante de sus ojos cuando ellos comprendieron quién era.

—Pero actuaba y sentía como los demás hombres, y sufrió un enorme tormento cuando lo clavaron en la cruz...

—Sólo en apariencia, Guilhem, sólo en apariencia... En realidad, puesto que era de una especie distinta, parecía que comía o bebía, parecía que se afanaba y sufría

como todos nosotros. Pero él provenía de Dios y, cuando los hombres de la tierra pensaban haberlo matado en la cruz, en realidad su espíritu regresó sin daño alguno cerca del Padre santo...

El sol se había acostado muy temprano en aquella helada tarde de invierno, cuando faltaban unas pocas horas para la Nochebuena. Así es que recogieron todo, asearon la *foganha* y se pusieron ropa limpia, y doña Faurèsa les sorprendió al aparecer de nuevo vestida con su hábito negro, su cinturón y su capucha. Aquella era una noche especial, y la oscuridad protegería la pequeña comitiva de las miradas de delatores y clérigos católicos, demasiado ocupados en aquellos momentos en preparar la misa nocturna en la iglesia del pueblo.

Así pues, el grupo de mujeres, más el dueño de la casa y Guilhem, salieron a la calle y, amparándose en las sombras de los muros, emprendieron la ascensión al castillo de Albedún, situado en una vertiginosa cresta de la montaña. Muy pronto, a mitad de camino, se les unieron otros grupos de gente que, andando con zancos sobre la nieve, surgían de la oscuridad con idéntico propósito. La luna brillaba pálidamente, pero la noche era diáfana y la mole del castillo se recortaba en el cielo bajo la luz refulgente de aquel blanco manto que todo lo cubría. Los más ancianos resoplaban ante una cuesta tan escarpada, pero la ilusión que sentían ponía alas en sus pies.

Siguieron una vereda que serpenteaba entre pinos y, por fin, cuando ya las fuerzas parecían abandonarles, descubrieron que solamente un sendero empinado y rocoso les separaba del acceso final al castillo. A la derecha de la entrada principal, donde se hallaban dos buenas cristianas que saludaban y cribaban a los visitantes, había una barbacana con hombres armados que desde lo alto observaban a la gente que penaba por llegar. Tras cruzar la puerta, los hombres y las mujeres que subían del llano, en fila y en silencio, fueron ascendiendo por una rampa descubierta que conducía al recinto superior del castillo.

Habiendo llegado a la parte más alta, franquearon el portal de la torre maestra y, subiendo por una escalera de caracol, accedieron uno tras otro a una gran sala abovedada, en la que alguien había encendido varios tederos y un hogar. Largos damascos colgaban de los muros con el fin de embellecer el recinto y evitar la frialdad de las paredes. Una enorme mesa rectangular rodeada de bancos ocupaba la parte central de la sala. Encima de dicha mesa podían verse varias hogazas de pan, jarros y vasijas de barro, así como un paño blanco y el *texto* que contenía los evangelios y las epístolas de San Pablo, forrado con cuero negro por fuera e iluminado por dentro con el azur y el bermellón de las letras capitulares.

La sala estaba llena a rebosar, con gente sentada por el suelo, en los poyos y alféizares y en los bancos y sillas pega dos a las paredes. Curiosamente, todos se cedían el sitio entre sí, y el murmullo de las voces mantenía en todo momento un tono muy discreto. De repente, la puerta de la sala se abrió para dar paso a una comitiva formada por varios hombres y mujeres vestidos con el hábito negro de la Iglesia. En medio de todos ellos, la cabellera y la larga barba blanca de Guilhabert de Castras

parecían crear en torno a su persona un luminoso halo de devoción y respeto.

Todos se acomodaron como buenamente pudieron, respetando de forma escrupulosa la jerarquía de la Iglesia y la antigüedad en la pertenencia a la fe, sin carrerillas ni empujones. En todo momento, los *bons homes* procuraron no ocupar su sitio en ningún banco en el que ya estuviera sentada una mujer, de acuerdo con las estrictas prescripciones de su fe en esta materia. Finalmente, el señor del castillo, vestido con un camisote de mallas y un blanco perpunte adornado tan sólo con una banda roja, se reservó de forma expresa el último lugar de la mesa, en el extremo opuesto a donde el obispo presidía.

Cuando el silencio se hubo apoderado de la sala, comenzó la celebración extraordinaria de la llegada de Cristo a este mundo, un feliz momento que tuvo por objeto rescatar del olvido los espíritus cautivos y conseguir que regresaran a la gloria que nunca debieron haber perdido. La liturgia consistió en la fracción del *pan de la santa oración*, que Guilhem fue partiendo con la ayuda de un cuchillo de mesa y con manos temblorosas. Después repartió los pedazos entre los presentes, al tiempo que decían «*Benedicite, senher*» y el obispo respondía: «*Dieus vos benesigua*». Y las plegarias se multiplicaron una y otra vez, con aquel vigor y aquel sentimiento tan especiales que otorga la certidumbre de una persecución implacable que, al día siguiente, les esperaba a todos fuera de los muros protectores de aquel castillo.

Terminada la liturgia, Guilhabert de Castras se levantó de nuevo y se dirigió a la comunidad que lo contemplaba con arrobos. Habló durante largo rato, sin prisa alguna y apenas sin darse tregua, con un tono convincente y con la voluntad prioritaria de reafirmar la creencia de sus fieles y de reconfortar su ánimo, tan descompuesto en aquellos días. Y para que todos los presentes comprendieran mejor la significación de aquella noche tan singular, les contó esta parábola:

—Érase una vez un enorme pájaro blanco, llamado pelícano, que era tan luminoso como el sol, y que perseguía en todo momento el astro del día en su carrera por la bóveda del cielo. Tenía unos pequeños polluelos que, como estaban tan indefensos, únicamente gracias a él podían subsistir. Sin embargo, él los abandonaba en su nido todas las mañanas para salir en pos del sol. Entonces llegaba un animal feroz que atacaba a los polluelos del pelícano y les cortaba el pico y magullaba sus alas. Cuando el pelícano regresaba a donde estaban sus crías, las encontraba mutiladas y sin pico, y entonces cuidaba de ellas y les daba consuelo. Y como esto sucedía demasiado a menudo, se le ocurrió ocultar su propia luz y permanecer junto a sus polluelos para que, cuando acudiera el animal feroz, pudiera apoderarse de él y matarlo, de modo que jamás volviera a magullar a sus crías ni las privara de su pico. Así lo hizo, y así se salvaron por fin los polluelos del pelícano del mal que les estaban infligiendo.

Guilhabert descansó un momento, rodeado por un profundo silencio. En realidad, no era más que un anciano venerable, con el pelo blanco y la piel arrugada, pero una fuerza interior inaudita le otorgaba un vigor realmente extraordinario. Y añadió a

continuación:

—Del mismo modo, el Dios bueno creó a sus criaturas, y el Dios malvado las destruía, hasta que el Cristo ocultó su resplandeciente luz en un cuerpo de materia y vino al mundo a hacerse carne en un día como hoy, en una humilde cueva de pastores de un lugar que lleva por nombre Belén. Y el Cristo cogió al Dios malvado y lo envió a las tinieblas, y desde entonces hasta hoy mismo el Dios malvado ya no puede destruir a las criaturas del Dios de verdad y justicia.

Contó luego muchas otras cosas, algo más complejas, que algunas personas de la sala comprendieron y otras menos. Y les habló asimismo, con palabras luminosas, de la persecución que siempre acompaña a la Iglesia de Dios esté donde esté:

—Desde el inicio de los tiempos, los lobos persiguen y matan a las ovejas, los malvados persiguen a los buenos y los pecadores persiguen a los santos. Por esto san Pablo dijo: «Quienes deseen vivir piadosamente en Cristo serán perseguidos». Fijaos bien: no habla de «perseguirán», sino de serán perseguidos». Y Jesucristo, en el Evangelio de san Juan dijo a su santa Iglesia: «E incluso llegará la hora en que aquel que os mate creará estar ofreciendo a Dios un acto de culto». Y fijaos también que no dice: «Llegará la hora en que perseguiréis y mataréis a los hombres para servir a Dios», sino todo lo contrario...

Nadie se atrevía a moverse, y las palabras de consuelo descendían como un bálsamo sobre los atribulados corazones de aquella gente asustada:

—Nos llaman herejes... ¿Sabéis por qué? Porque el mundo nos odia, y no resulta nada sorprendente, desde luego, que el mundo nos odie, porque odió igualmente antes que a nosotros a Nuestro Señor y le persiguió, así como a todos sus apóstoles. Y nosotros somos víctimas del odio y somos perseguidos a causa de su Ley, que cumplimos firmemente, y aquellos que son buenos y desean guardar su fe con constancia se dejan crucificar y lapidar cuando caen en manos de sus enemigos, tal como lo hicieron los apóstoles, y se niegan a renegar ni una sola palabra de la sólida fe que poseen.

En este punto, Guilhabert se detuvo un momento, lanzó una mirada penetrante a cuantos le estaban escuchando y concluyó su homilía de esta manera:

—Hermanos míos, existen dos Iglesias: una huye y perdona, la otra posee y desuella. Aquella que huye y perdona sigue el recto camino de los apóstoles; nunca engaña ni miente... Y aquella que posee y desuella no es otra que la Iglesia de Roma...

Antes de finalizar la ceremonia, todos los hombres y mujeres presentes en la sala del castillo veneraron al obispo con un *milhorier*. Después, aceptaron del señor del castillo el obsequio navideño de unos barquillos con clarea^[25] algunos frutos secos. Finalmente, se dieron el beso de la paz y regresaron a sus casas reconfortados en sus convicciones y más seguros, también, del buen fin que les esperaba cuando llegase el momento de dejar este mundo.

Aquel invierno, Guilhabert de Castras permaneció todavía durante varias semanas

en el castillo de Albedún, en las Corberas. Después, cabalgando de noche y corriendo mil peligros, multiplicó sus visitas a las sedes clandestinas de la Iglesia de Dios. Sin embargo, según fue acentuándose la represión, procuró ser visto por grupos cada vez menos numerosos. De todas formas, había que proseguir la tarea de predicación y de ordenación de nuevos cristianos con el fin de que, por muy feroz que la represión llegara a ser, no se rompiera bajo ningún precio el *orden de la santa Iglesia*, es decir, la línea que les unía, de *bon home en bon home*, con la Iglesia de los apóstoles de Jesucristo.

Y todo esto porque, si algún día la línea se quebraba y no había forma de reconstruirla mediante algún buen cristiano fugitivo, dondequiera que viviese, la Iglesia desaparecería para siempre, por muy ferviente y por muy numerosa que fuese una comunidad de creyentes todavía viviente pero falta de pastores.

Por su parte, doña Faurèsa y Guilhem y Vierna se despidieron al cabo de un par de días y, prometiendo volver a verse lo antes posible, emprendieron el camino de regreso hacia los respectivos pueblos de donde habían venido.

XXIII

*Qu'er son tornat tug li mey gaug em plor,
per un felh dol que dins mon cor s'atura...*

Que ahora todas mis alegrías se han vuelto en llanto,
por un triste dolor que se detiene en mi corazón...

(Aimeric de Belenoi, trovador, siglo XIII).

DURANTE LOS PRIMEROS tiempos de estancia en Gebetz, todo fue placentero y tranquilo, como si la vida se hubiera sometido de buena gana a la apacible calma de un mundo estable. Mientras la tierra baja se enardecía contra los herejes por la acción de los clérigos católicos, el mundo de las montañas constituía un oasis recluso y remoto, lejos todavía de las maldades del rey de Francia y de la Iglesia *usurpadora*. Vierna encontró allí la paz que buscaba, la seguridad de sentirse en todo momento protegida.

Sin embargo, con el transcurso de los meses, aquella acogedora vida de Gebetz se hizo más difícil. En invierno, con la marcha del padre y de Miquèu a los valles del río Aglí, la presencia de Guilhem, Vierna y Bruna no representaba ningún problema, al contrario: el primogénito ejercía como auténtico cabeza de familia y su esposa era hacendosa y despabilada. Pero cuando llegaba el verano, todo resultaba muy exiguo en aquel humilde *ostal*, y las bocas que había que alimentar eran demasiado numerosas para los frutos provenientes del rebaño, de un pequeño huerto y de un pedazo de tierra. Por si fuera poco, una parte de sus rentas se les iba en el pago de los censos, diezmos y carnerajes con los que el baile y el obispado de Pamias abrumaban a la gente del pueblo.

Por otra parte, más allá de las estrecheces, tanto Guilhem como Vierna empezaban a echar de menos la tierra baja. Él, porque sentía rebrotar en su interior, de vez en cuando, el viejo impulso de su adolescencia que le había conducido a ensanchar su espacio de vida, a buscar el contacto de la gente y las expectativas de

una tierra abierta. Siempre había suspirado, ciertamente, por regresar cada año a su auténtico hogar, pero cuando ya llevaba varias semanas allí la casa se le caía encima. Ella, por su parte, porque se había criado en el llano, porque estaba acostumbrada al bullicio de las gentes y las calles, porque echaba de menos una comunidad más amplia de intereses y de ideas. Al fin y al cabo, la casa de sus suegros se hallaba aislada del resto del mundo, y las visitas a una aldea tan pequeña como Gebetz eran muy esporádicas. Porque allí todo daba vueltas siempre, de forma exclusiva, en torno al estrecho ámbito de la familia, a las peripecias del ganado, a la próxima cosecha, al tiempo del día siguiente.

Y eso que Vierna tenía a Bruna, cuya existencia le ocupaba una vida entera: había cumplido su primer año, ya andaba bastante bien y, feliz y risueña de carácter, llenaba de alegría aquel *ostal* tan alejado del resto del mundo... Sin embargo, Vierna había establecido asimismo una relación de confianza y afecto con la hermana de Guilhem, una muchacha delgada y más bien esquiva que se llamaba Peirona. Era cinco o seis años mayor que su cuñada, pero todavía no se había casado, algo realmente raro. Desde el primer día, mostró por Vierna una singular debilidad y, a su lado, sus escasas palabras y su timidez habitual se convertían en espontaneidad y desparpajo. Nunca había visto otra cosa que la tierra de Ayllón y el Sabartés, y le complacía en grado sumo que aquella muchacha de piel clara y delicada le hablase de sus recuerdos infantiles en Tolosa y de los años pasados en El Mas Santas Puellas y en Foix. Se sentía fascinada, también, por el pelo largo y rubio de Vierna, y jamás se cansaba de despiojarlo y peinarlo mientras la oía hablar de temas desconocidos y cautivadores.

Vierna se dio cuenta en seguida de que Peirona era receptiva a la *entendensa* del bien y del mal y, muy pronto, a escondidas de sus padres, mientras recogían nabos al aire libre o cocían la sopa diaria de puerros y coles, fue adoctrinándola en la fe de la Iglesia de los buenos cristianos. De esta manera, se sentía útil y simbólicamente vinculada a aquella dispersa comunidad que se había visto obligada a abandonar la villa de Foix. Fue precisamente Peirona quien le explicó que, en el pueblo, había algunas familias que también pertenecían a la buena creencia y que, de vez en cuando, recibían la visita de *bons homes* que pasaban la noche escondidos en el *Solier* de la casa. Así pues, las dos muchachas tomaron contacto con los creyentes de Gebetz y comenzaron a participar en algunas reuniones clandestinas, lo cual reforzó también su propia amistad. Cuando acudían a tales encuentros, y contando con el tácito acuerdo de Guilhem, sacaban de su propio alimento una hogaza de pan o un poco de harina para entregarlas a los *bons homes* que estaban de paso. A cambio, por toda recompensa, recibían de ellos la lectura y el comentario de las bienaventuranzas, de los preceptos de Cristo y de las palabras de vida de los apóstoles.

Un día, justo cuando empezaba la primavera, el equilibrio inseguro de aquella precaria existencia se rompió de improviso. El padre de Guilhem y Miquèu acababan de regresar de la invernada con el rebaño y, nada más llegar, todos se apercibieron de que el viejo cabeza de familia se había transformado en un hombre distinto. En

aquellos pocos meses de frío y nieve, parecía como si hubiera envejecido varios años. Su enorme envergadura se veía mermada ahora por una excesiva tendencia a agachar la cabeza y a corcovarse por la espalda, y la esquiva mirada de siempre había perdido el antiguo brillo de la pupila. En seguida se cansaba por todo, dormía mucho más que antes y los largos silencios de antaño se habían convertido ahora en un mutismo absoluto, que sólo se quebraba cuando contestaba, lacónicamente, con un «*oc*» o con un «*no*» a las preguntas que le formulaban.

No pasaron muchos días sin que apareciera el mal que, sin duda, ya le estaba consumiendo por dentro. Primero fueron unas manchas rojizas en la piel, que pronto se convirtieron en enormes ampollas que secretaban una serosidad acre y que, finalmente, acababan por reventar y desgarraban su piel a jirones. Después se fueron hinchando todos los miembros de su cuerpo, empezando por brazos y piernas, al mismo tiempo que los vértigos y las convulsiones le impedían encontrar consuelo en el descanso. Por las noches no lograba dormirse jamás, y se quejaba con grandes lamentos de que una terrible quemazón roía sus entrañas. De vez en cuando era presa del delirio y, retorciéndose por el dolor, profería unos gritos y unos quejidos escalofriantes que se apoderaban de todos los rincones de la casa.

La familia entera se conmovió ante la naturaleza de aquel mal tan espantoso. Y la primera respuesta de la madre fue correr en busca de la curandera del pueblo, una mujer vieja y cochambrosa que, sólo ver al paciente, diagnosticó la enfermedad sin ningún género de dudas:

—Vuestro marido tiene una dolencia muy mala, señora.

—¿Qué significa eso? Hablad sin tapujos, ¡os lo ruego! —exclamó la madre de Guilhem.

—Tiene el fuego de san Antón...

—¿Y qué clase de mal es ése? —insistió la pobre mujer, que no conocía a nadie que hubiera sufrido tan extraña enfermedad.

—Pues se trata de un mal diabólico que... que arde por dentro con una llama que todo lo consume.

Un terror desmesurado se dibujó en el rostro de la madre.

—¿Y qué se puede hacer, ante un mal como ése?

—Por desgracia, mis letanías y mis pociones no le ayudarían mucho. Conozco un único remedio que puede apagar esa llama, y se encuentra tan lejos de aquí que, aunque mandaseis en su busca, no llegaríamos a tiempo.

—¿Cuál es ese remedio?

—Unas gotas del santo mosto, una maceración que se hace con vino de una viña de las tierras del Delfinado, y que todos los años, por la Ascensión, es derramado sobre las reliquias de san Antonio.

Dicho esto, la curandera se alejó lo más rápidamente posible de aquella casa maldita, lanzando sobre el enfermo un conjuro inaudible y murmurando pestes contra el diablo.

Al parecer, pues, no había nada que hacer y, a falta de un tratamiento o de un sortilegio realmente aplicable, tan sólo las plegarias al santo del cerdito y unas lámparas de aceite en su capilla de Gebetz permitirían albergar alguna suerte de esperanza. Mientras tanto, el viejo pastor se consumía en la quemazón insoportable de su mal y se retorció con nerviosas contorsiones e incesantes contracturas. En cuanto a su mujer, sumida en el desconcierto y la angustia, lo velaba de noche y de día sin concederse descanso alguno. Sentada en un costado de la cama, le hablaba con palabras cariñosas y, de vez en cuando, le lavaba las ampollas con vinagre y le aplicaba por todo el cuerpo paños empapados de agua hervida con acelgas.

Sin embargo, Guilhem no podía resignarse a ver como su padre era devorado por aquel fuego interno y despellejado en carne viva por obra de aquellas pústulas rojizas que cubrían su piel y que ahora, con el paso de los días, iban tomando el color negro del carbón. Así es que, arriesgando la totalidad de sus ahorros, partió a toda prisa hacia Tarascón —a mitad de camino de la villa de Foix—, en busca de un afamado médico que no sólo había servido durante cinco años en la botica de un maestro cirujano, sino que además había estudiado varios cursos de medicina en la ciudad de Montpelhièr.

El galeno, previo pago de un buen saco de monedas, se avino a presentarse un buen día en aquella casa tan humilde de las montañas, ataviado con una larga túnica, una gramalla colorada y un bonete en la cabeza. Causaba un gran efecto, y las dos cejas negras y espesas que se abombaban por encima de sus ojos acababan de redondear tan impresionante presencia. Con pocas palabras y gestos solemnes, observó con gran atención al enfermo, tomó su pulso varias veces, analizó su orina y le lavó las heridas con agua de vino y con un unguento viscoso que llevaba consigo. Seguidamente, hizo público su diagnóstico: aquello era, efectivamente, el fuego de san Antón, una enfermedad muy dolorosa y prácticamente incurable.

Después, habiendo comprobado en su tabla de cálculo que se encontraba en un tiempo propicio —el mes de mayo— y que podría contar con el auxilio de una favorable influencia de la luna —ya que no era el día cinco, ni el quince, ni el veinte, ni el veinticinco, ni el treinta del mes corriente—, el médico cirujano de Tarascón cogió una lanceta en sus manos y practicó al enfermo una sangría en las dos venas de la flexión del codo. A continuación, se lavó las manos con gran parsimonia, advirtió a Guilhem sobre el inminente riesgo de gangrena y recetó una tisana elaborada con goma de acacias, hojas y flores de coriandro y raíces de mandrágora. Finalmente, montó en su magnífica cabalgadura y aseguró que regresaría al *ostal* al cabo de una semana...

Transcurrido ese tiempo, cuando el médico subió de nuevo a la montaña, observó el pie izquierdo del enfermo e inmediatamente levantó de forma ostensible sus pobladas cejas y comenzó a dar cabezadas como si de un péndulo se tratara.

—Esto tiene mala pinta —aseguró, preocupado.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Guilhem.

—Pues eso, que tiene muy mala pinta —repitió, como si hablara para sí mismo.

—Pero...

—¿Os dais cuenta de ese tono morado y azulado de su pie?

—Sí, sí, me doy cuenta... —respondió Guilhem con un hilo de voz.

—¿Veis esa piel que parece reseca, como si fuese de pergamino? —insistía el galeno.

—Sí...

—¿Y esa especie de círculo inflamado que se dibuja a su alrededor?

— ...

—Pues todo esto significa que ha sucedido lo que yo me temía, y que nos hallamos frente a una gangrena...

Hacia ya un buen rato que, según le iban cayendo encima las preguntas, Guilhem había perdido sus ansias de abrir la boca. De modo que miró al médico de Tarascón con una cara totalmente inexpresiva.

—¿Sabéis lo que es una gangrena, supongo? —Preguntó todavía, inútilmente, el hombre del bonete—. Significa que los tejidos del pie se le han ido muriendo, eso significa. De modo que habrá que amputárselo en seguida...

No había más que hablar... En presencia de una numerosa familia que lo miraba en silencio y con cara de espanto, el cirujano, sin pérdida de tiempo, tomó una esponja y la mojó con un preparado compuesto a partes iguales de jugo de mandrágora, beleño, adormidera, hojas de hiedra y la mitad de extracto de tebaína. Después, mientras preparaba los instrumentos de incisión, dejó secar la esponja durante un rato a pleno sol. Finalmente, la mojó de nuevo con agua caliente y la aplicó a la nariz del enfermo, que quedó dormido al instante y cesó por un buen rato en sus convulsiones y quejidos. Seguidamente, y con la misma naturalidad con que lo habría hecho un carnicero, el médico le cortó el pie, le lavó cuidadosamente la herida y le vendó el muñón con un paño blanco. A continuación, finalizada su labor, despertó al infortunado enfermo con otra esponja, empapada en esta ocasión con apio, anís, comino y vino.

Sin embargo, todo fue inútil, puesto que el fuego no cesaba de arder en las entrañas del pastor y la gangrena ya se había extendido hacia los brazos y las piernas. Y fue entonces cuando se suscitó una gran disputa en la casa, ya que Guilhem y Peirona, viendo la proximidad del fallecimiento de su padre, propusieron llamar cuanto antes a una pareja de buenos cristianos que en aquellos días, precisamente, se alojaban en casa del zapatero de Gebetz: así, perdido por siempre aquel cuerpo creado y abrasado por el diablo, al menos podría salvarse el espíritu que lo habitaba. Pero la madre y los dos hijos menores se negaron en redondo a tal pretensión, pues creían que eso violentaría la tradicional fe católica del enfermo y, peor aún, alejaría de forma irremediable la milagrera intercesión de san Antonio. Fue una discusión agria y enojosa, que se prolongó durante un par de días y que, finalmente, terminó haciendo prevalecer la autoridad de la madre.

Así pues, fue el párroco de Gebetz quien dio la extremaunción a un enfermo agónico que virtualmente ya estaba delirando. Antes, sin embargo, el clérigo católico echó mano de su breviario y leyó en voz alta esta invocación que ninguno de los presentes alcanzó a comprender: «*Deus, qui nos concedis obtentu beati Antonii, confessoris tui, morbidum ignem exstingui et membris aegris refrigeria praestari, fac nos, propitius, ipsius mentis a gehenne incendiis liberatis, integros mente et corpore, tibi feliciter in gloria presentan*^[26]». Después, la madre, tranquilizada su conciencia por haber hecho lo que debía, encendió una vela y la puso sobre la boca de su marido.

El viejo pastor, consumido por el fuego oculto de sus entrañas, murió al día siguiente, ya que la insaciable voracidad de la gangrena se había apoderado del tronco y de la cabeza, y el corazón de roble de aquel hombre no había podido resistir tal extensión destructora. Una vez muerto, lavaron su cuerpo cubierto de ampollas, colocaron un velo blanco sobre su cabeza y le cortaron un mechón de cabellos y las uñas para conservar algún resto del impulso vital con que había alimentado aquella casa. La vela que había recibido el leve soplo de su último aliento acompañó al difunto durante el funeral y el camino del cementerio, hasta extinguirse por completo. Por otra parte, el aceite de la lámpara de san Antonio fue renovado una y otra vez, al objeto de garantizar la eterna salvación del alma del viejo pastor y así abreviarle, tanto como fuera posible, el paso por el purgatorio.

Durante la semana siguiente a la muerte de su marido, la madre no abrió la boca y se desentendió completamente de las tareas del *ostal*. Como si se tratara de preservar íntimamente la presencia del difunto, pasaba horas y más horas inmóvil ante el hogar de la *foganha*, observando sin cesar las caprichosas formas de las llamas y las espirales del fuego. De vez en cuando, un pequeño reguero de lágrimas se deslizaba por sus mejillas y entonces, sin prisa alguna, se enjugaba el rostro con el pañuelo, sin decir palabra ni dejar escapar un solo quejido audible. Algunas veces, quizá cuando pensaba que podía ser presa del desvarío en cualquier momento, se levantaba despacito de su banco y salía afuera, a pasear sin prisa por el camino del bosque. Sus cuatro hijos la miraban con el corazón encogido, pero no se atrevían a romper sus silencios.

Al final de aquella semana, una mañana que se había levantado con un velo de espesa calina en el horizonte, Peirona se apercibió de que su madre no estaba en casa. Era justo al rayar el alba, de modo que debía haber abandonado su cama en plena oscuridad. Se había llevado consigo la capa y el cayado de su marido, así como el pan del cajón y un queso que había en la repisa de la *foganha*. Salvando todo esto, no podía verse ni rastro su partida.

Los hijos y la nuera emprendieron de inmediato una intensa batida por el bosque y los prados cercanos. Después dieron voces abajo en el pueblo y un grupo de vecinos pasó tres días con sus respectivas noches buscándola, a voz en grito, por toda la comarca. Pero todo fue inútil, y el baile de la aldea resolvió abandonar las batidas.

Transcurridos cuatro días, cuando ya muchos la daban por muerta, la madre se

presentó, como si nada hubiese ocurrido, en la casa rectoral de Gebetz, y pidió al sacerdote del pueblo que aquel día diera de comer a tres pobres, que los vistiera con una camisa nueva y que, siempre a su costa, rezara tres misas por el alma de su marido. Después explicó a todo el mundo que había estado en Acs-dels-Tèrmes, que había visitado a una conocida suya que era costurera llamada Alamanda, y que lamentaba muchísimo haber causado tanto revuelo. Finalmente, subió con paso ligero hacia su casa y abrazó a sus hijos con la alegría de quien regresa de un viaje muy largo.

Estaba contenta y feliz, como si se hubiera librado de un enorme fardo, y hablaba por los codos. Así es que no se hizo de rogar en absoluto para explicar lo que había hecho durante aquellos cuatro días de una ausencia tan teñida de misterio.

XXIV

*Senher, Dieu prec la vostr'arma ampar,
que sai m'avetz pro layssat que plorar.*

Señor, ruego a Dios que ampare vuestra alma,
pues aquí ya me habéis dejado bastante que llorar.

(Aimeric de Belenoi, trovador, siglo XIII).

EFFECTIVAMENTE, LA MADRE había estado en Acs-dels-Tèrmes, en la tierra llana del Sabartés, a donde había decidido trasladarse, sin decir nada a nadie, tras pasar varios días muy preocupada por la suerte de su marido. Allí vivía una costurera, Alamanda, a quien conocía desde hacía muchos años y que, católica muy singular, en alguna ocasión le había confesado que se le aparecían los muertos y que tenía contactos con la otra vida.

Recordándolo, presa de la angustia, la madre había discurrido durante una semana sobre la conveniencia de visitar a Alamanda. Por fin se había decidido, de modo que se fue andando hasta llegar a la casa de aquella mujer, una vivienda de madera situada en la calle Mayor de la aldea. Tras las saluciones de rigor, la madre se había dirigido a ella secamente con estas palabras:

—Alamanda, he venido a veros porque me dijisteis que los muertos se os aparecían de vez en cuando... Pues bien: mi marido acaba de morir hace una semana del fuego de san Antón y quisiera que me contarais qué ha sido de él.

La mujer la miró con aire receloso, como si le fastidiara tener que responder demasiado a menudo de una facultad tan especial. Sin embargo, no le manifestó del todo la desconfianza que sentía y, con una cierta precaución, se limitó a decirle lo siguiente:

—Es cierto, a veces me visitan difuntos que ya están en la otra vida. Pero siempre se trata de personas a quienes he conocido cuando aún vivían...

—Vos conocíais a mi marido, Alamanda...

—También es cierto, pero no he tenido nuevas sobre él en mis apariciones de los últimos días. Regresad mañana y os diré si consigo saber algo...

En su aspecto físico, la vidente de Acs no presentaba la imagen malvada y tortuosa que cabría esperar. Muy al contrario, se trataba de una mujer gruesa, achaparrada, y ofrecía una cara de espléndida salud. Sus manos eran carnosas, pesadas, con unos dedos cortos y regordetes y unas uñas redondeadas. Se sabía poseedora de un don singular, y por eso solía actuar con enorme cautela ante los fisgones y los curiosos, pero en cambio era absolutamente incapaz de revestir con truculencias y misterios sus sorprendentes visiones. Hablaba de la otra vida como si se tratase de su propio vecindario, y le parecía muy natural que la existencia de los amigos y conocidos se prorrogase en sus apariciones, más allá del hecho circunstancial de la muerte.

Aquella noche, la viuda del pastor durmió con un sueño agitado en un humilde hostel de la aldea de Acs-dels-Tèrmes. Pero al día siguiente, de buena mañana, ya se encontraba frente al portal de la casa de Alamanda con un cordero desollado en una mano y una botella de buen vino en la otra.

—Tengo nuevas acerca de vuestro marido. Ayer por la noche vino a visitarme... —le soltó a guisa de saludo la costurera.

La madre de Guilhem se hallaba de pie en el umbral hecha un manojo de nervios, inquieta por conocer cuanto antes las noticias que esperaba.

—Pasad, pasad, no os quedéis en la puerta. Esto... sentaros, y bebamos juntas un vaso de este vino que habéis traído —le dijo Alamanda, administrando con sabiduría la información que tenía en sus manos.

Después, a duras penas, consiguió descansar su considerable figura sobre un banco, bebió un trago sorbiendo de forma ruidosa y añadió con voz resuelta:

—Pues sí, amiga mía, anoche vi el alma de vuestro marido que, por cierto, llevaba la camisa un poco agujereada...

La viuda enrojeció de repente, avergonzada ante una observación tan enojosa, y se prometió en silencio que, para salvar el alma de su marido, regalaría al párroco de Gebetz camisas nuevas para los pobres. Pero no se atrevió a decir nada para no interrumpir la exposición de la vidente.

—Vuestro marido está bien, sí, y nadie diría que ha pasado por el terrible trance del fuego de san Antón. Al principio, como ya estaba viejo en el momento de morir, el viento lo levantaba del suelo y hacía que se voltease, de modo que los demás difuntos pasaban por encima de él. Finalmente, encontró a uno a quien conocía. Así es que yo pude verlo ya, en el día de ayer, en compañía de otros hombres del país de Ayllón, todos cogidos de la mano, recorriendo juntos las iglesias de la comarca... Por cierto, pude reconocer a otro, Arnaut de Prades, que murió hace tres meses y que solía venir a vender harina en el mercado de Acs.

—¿Arnaut de Prades estaba con él? —preguntó la viuda, sorprendida y atribulada.

—Sí, mujer, no tiene nada de extraño: difuntos los hay a porrillo, muchísimos,

pero cada alma suele ir con aquellos a quienes ya conocía en vida. Y todos van andando más despacio o más deprisa según el peso de sus pecados —respondió Alamanda.

—¿Y necesita algo, mi marido? —preguntó seguidamente la viuda.

—No, quedad tranquila, basta con que hagáis rezar tres misas por su alma y que conservéis encendida la lámpara del milagrero san Antonio... Una lámpara de aceite, sobre todo, no unas velas encima del altar, que se consumen demasiado deprisa...

—Pero ¿dónde estaba exactamente mi marido?

—Durante el día va de iglesia en iglesia, para estar de vigilia durante toda la noche. Ya os lo he dicho antes... —replicó Alamanda—. Pero es preciso que sepáis que muy pronto se trasladará al lugar del santo reposo.

—¿Y cuál es ese lugar? ¿Acaso no se trata del paraíso?

—No, mujer, no es el paraíso. Mirad, las almas no entrarán en el reino de los cielos hasta el día del juicio final, cuando hayan recuperado el cuerpo que tenían en vida. Mientras tanto, permanecen en el lugar del santo reposo, que no es el paraíso celestial, sino el paraíso de la tierra en el que vivían Adán y Eva, donde se sacian de la gracia de Dios.

—Y el purgatorio, Alamanda, ¿sabéis si mi marido tendrá que ir al purgatorio? —preguntaba la viuda con voz implorante.

—Eso sí que no lo sé, querida mía. Algunas almas van allí, ciertamente, para purificarse de sus pecados en medio de un fuego áspero y pestilente, pero en todo caso eso sucede antes de su traslado al lugar del santo reposo. Todavía es un poco pronto para saberlo...

Consumida por los nervios, la viuda del viejo pastor se apretaba y frotaba las manos hasta hacerse daño, mientras unas gotas de sudor perlaban su frente. ¡Tenía tantas preguntas que hacer, tantas dudas que aclarar!

—Escuchadme, Alamanda, ¿pensáis que, cuando llegue el juicio final, algunos hombres serán condenados por toda la eternidad?

—Yo creo que, antes del día del juicio, ni una sola alma será condenada, y sé muy bien que los curas dicen otra cosa en las iglesias. Y creo también que, después, santa María y los demás santos rogarán a Cristo, y gracias a sus oraciones el Cristo salvará a todos los hombres, por perversos que hubieran sido en vida, incluidos los paganos y los herejes, y los valdenses, los *insabatats* y los pobres de Lión. Y los judíos también, puesto que santa María era de su raza e intercederá por ellos... Pues Dios ha hecho a los hombres a su imagen y semejanza y los ha rescatado a todos con su propia sangre...

Seguidamente, presa de una invencible curiosidad, la viuda empezó a preguntar por otros conocidos de Gebetz, por si Alamanda los había visto en su aparición. No pudo contestar nada acerca de algunos a quienes no había conocido; por el contrario, explicó que otros ya se encontraban en el lugar del santo reposo, pero había uno que aún estaba haciendo penitencia, puesto que en vida había puesto obstáculos a los

sacerdotes que querían cobrarle los diezmos y las partes de frutos de la Iglesia. Después la madre de Guilhem volvió de nuevo al alma de su esposo:

—Perdonadme, Alamanda, antes habéis dicho que mi marido no tenía ni rastro del mal ardiente que le consumió, y habéis dicho, también, aquello de la camisa. No quisiera hacerme pesada, pero ¿podrías contarme algo más acerca de su aspecto?

—Pues, ¿qué podría deciros? —Reflexionó Alamanda—. Bueno, en realidad las almas de los difuntos siempre resultan más hermosas y con mejor porte que en vida, pero también es verdad que se asemejan bastante a lo que fueron mientras vivían. Vuestro marido, por ejemplo, se veía fuerte y robusto como un roble...

—¿Y van de acá para allá sólo con sus amigos y conocidos?

—No, también les acompañan algunos ángeles. Ellos sí son realmente distintos: tienen el rostro resplandeciente como el sol, y son ellos quienes anuncian a las almas en qué momento tienen que ir al lugar del santo reposo.

Antes de despedirse, Alamanda añadió un último comentario que llenó de paz el corazón de la viuda:

—Por cierto, debéis saber que muy pronto vuestro marido vendrá a visitaros y os dará un beso mientras dormís. Así descansaréis mejor hasta que llegue el nuevo día.

—¿Lo decís en serio?

—Claro, mujer. Cuando los muertos desean que alguien duerma mejor, y que concilie el sueño sin desvelarse, ponen su mano encima de su rostro, le dan un beso y entonces el bienaventurado que ha recibido su visita consigue dormirse como un tronco.

Feliz de una revelación como ésta, la viuda del viejo pastor salió de la casa de la vidente y, deambulando por la plaza del mercado, completó una apacible jornada. Quería irse a la cama muy temprano, ya que ardía en deseos de madrugar y regresar en seguida a su casa, donde cualquier día recibiría en sueños el beso de su marido. Pero cuando ya había terminado de cenar y estaba arreglando su cama del hostel, Alamanda compareció de repente en su habitación. Estaba terriblemente trastornada y resoplaba tanto agitando su cuerpo que las palabras apenas salían de su boca:

—Tengo... tengo novedades para vos. —La viuda le lanzó una mirada llena de angustia, como si esperase de ella alguna desgracia—. No, no sufráis... son buenas noticias...

Aliviada por esta precisión, la madre de Guilhem hizo sentar a la costurera en uno de los costados de la cama y le ofreció un vaso de agua. Después, recuperada de su conturbación, Alamanda ya estuvo en condiciones de explicarse:

—Esta tarde, cuando ponía la mesa para cenar, he visto el alma de vuestro marido que se apoyaba en el escaño de la *foganha*. Tenía muy buen aspecto, y es porque mañana mismo se traslada al lugar de reposo, sin tener que seguir penando con sus vigiliass de iglesia en iglesia. En cambio, los demás difuntos del país de Ayllón estaban muy tristes porque, de momento, no podrán acompañarle...

Con sus mejillas aún enrojecidas como una brasa, la vidente bebió otro vaso de

agua y, tras relamerse los labios y secarlos bruscamente con la manga de su camisa, continuó de esta guisa:

—Vuestro marido me ha dicho que, ya que ahora se traslada al lugar del santo reposo, no podré volver a verle. Y que, además de visitar la iglesia de Santa María de Gebetz y la ermita de San Antonio, días atrás estuvo también en Santiago de Compostela y en Roma. Finalmente, me ha dicho también que quedéis tranquila, que os confeséis a menudo, y que comáis y bebáis cuanto os plazca. Ah, y que saquéis provecho de todo lo que este mundo os ofrezca porque, según ha añadido, en ningún lugar existe una vida que sea mejor que ésta.

La viuda dio un suspiro y entregó un par de denarios tolosanos a la vidente. Después, como si ya se sintiera hastiada de tanta aparición, la despidió a toda prisa, apagó la candela que iluminaba su aposento y se metió en la cama de inmediato. Pensaba en sus hijos, y en Vierna y en Bruna, y anhelaba regresar cuanto antes al viejo *ostal*. En realidad, los había abandonado de repente, sin previo aviso, y seguro que al cabo de tantos días estarían angustiados...

XXV

*Grans merces er qu'ieu morrai enaissi,
car estau sai marritz en terr'estranya,
don ai assatz que plor e que complanha...*

Gran merced será que yo muera así,
pues estoy aquí, afligido, en tierra extraña,
donde tengo mucho que llorar y que lamentar...

(Perdigón, trovador, siglos XII-XIII).

EN LOS DÍAS siguientes, la viuda del viejo pastor reanudó su vida con renovado ímpetu, como si su marido se encontrase viviendo tan sólo una larga invernada como las de antes, sólo que esta vez en el lugar del santo reposo. Su corazón estaba triste y apesadumbrado, ciertamente, pero ya no sufría como antes, puesto que el dolor y la incertidumbre de los primeros días se habían transmutado en la paz interior que recibió de las extrañas visiones de la costurera de la aldea de Acs.

A su alrededor, y no muy recuperados todavía de la sorpresa, la acompañaban el desconcierto escéptico de Miquèu y del benjamín de la familia —ahora ya dos hombres hechos— y, como es natural, la más absoluta incredulidad de Guilhem, Vierna y Peirona. Más que ninguna otra cosa, a los tres últimos les angustiaba constatar como, a falta del *Consolament* salvador para su difunto padre, el diablo continuaba distrayendo las almas caídas y prolongando, con sus argucias, la triste prisión del tiempo.

En cualquier caso, lo cierto es que la ausencia definitiva del cabeza de familia abría una nueva etapa en el seno de ésta. Guilhem y Vierna, afligidos aún por la pérdida que habían sufrido, comprendieron de todas formas que había llegado el momento de regresar a la tierra baja, de reanudar el estilo de vida que habían conocido cuando decidieron permanecer unidos bajo un mismo techo. No podían volver a la villa de Foix, claro está, donde demasiada gente les conocía y en la que podían toparse de nuevo con Huc de Montgrenier. Pero, a fin de cuentas, ya acabarían

por encontrar cualquier otro sitio en el que pudieran vender aquellos vellones de lana suarda que, apretados dentro de las sacas, ya habían dispuesto en su carro y rebosaban entonces por encima de los costados y las tablas.

Así pues, Guilhem, consciente de un destino que parecía condenarlos a una vida migratoria, se sentó una vez más en el cabezal delantero y tomó el zurriago y las riendas del caballo, con una nebulosa mezcla de desazón y confianza. Vierna y Bruna, por su parte, unidas para siempre al destino de aquel hombre, se embutieron de la mejor forma posible sobre el entablado y, entre los fardos y el bagaje, buscaron un mínimo acomodo.

En la montaña, amarrados por siempre jamás a la aparente inmovilidad del tiempo y del paisaje, permanecerían la madre, los dos muchachos que cuidarían del rebaño y, finalmente, Peirona, más delgaducha y pálida que nunca y anegada ahora en un interminable llanto, por culpa de una dolorosa despedida que desgarraba su corazón y le auguraba una soledad insoportable. Siendo así que, en el momento del adiós, los rostros se mostraban severos y las palabras, escasas. Tan sólo Bruna, en su tierna inconsciencia, se reía y alborotaba de felicidad ante el atractivo de aquella nueva aventura.

Durante los meses siguientes, los tres viajeros fueron descendiendo hacia el llano sin prisa alguna, siguiendo el ritmo cansino del carro y durmiendo en lugares incógnitos y remotos, al abrigo del asalto de vagabundos y ladrones. Recorrían las ferias y los mercados, en donde vaciaban varios quintales de las sacas laneras y llenaban su zurrón con monedas y vianda. Se dejaban rodar por la incertidumbre de los caminos del valle del río Arièja, como si esperasen una señal misteriosa o un paisaje atractivo y seguro que les invitase a olvidar el polvo de la ruta y a buscar la comodidad de un techo más estable.

Entre tanto, el tiempo parecía haber perdido todo su valor y, en medio de aquel vagabundeo sin norte ni destino conocido, Bruna iba creciendo asilvestrada. Tenía la piel bronceada, el pelo rebelde y las facciones más bien angulosas de su padre, pero en el centro de su redondeada cara dos ojos de un intenso azul sorbían con avidez los azares de la existencia. Ahora ya gorjeaba todo el día y, cuando abría la boca para echarse a reír o bien para balbucear cuatro palabras a medias, mostraba ante todo el mundo la imprevista brecha de una boca desdentada.

A menudo, cuando la niña se dormía, la madre pasaba largos ratos observando su cara, sus manos diminutas, sus brazos carnosos señalados con rasguños o picaduras de mosquito. El cansancio de todo el día y el balanceo del carro le concedían un sueño reparador y profundo, y lo más probable es que poblaran sus noches de felices sueños repletos de fantasía. Sin embargo, Vierna no podía dejar de pensar en qué clase de vida llevaría aquella niña indefensa, cómo crecería en un mundo cargado de fanatismo y de odio, cómo lograría sobrevivir entre tanto lobo que ya la acechaba desde su más tierna infancia. Y esta idea helaba por completo su corazón, en vista de tantos interrogantes angustiosos sin previsible respuesta. Después, cuando llegaba el

nuevo día y Bruna movía ojos y manos, la luminosa sonrisa de la niña desvanecía todos los temores y alejaba el posible peligro hasta más allá de un tiempo impreciso, hacia un remoto mañana envuelto todavía en neblina. Entonces tan sólo existía el presente, un día entero que despertaba de forma perezosa y que, sin indicio alguno de riesgos inmediatos, les unía a los tres en una misma vivencia compartida.

Fue en esta época, justamente, cuando Vierna quedó embarazada por segunda vez. Y de nuevo volvieron los celos y las dudas, los temores y las esperanzas alrededor de una pequeña y misteriosa simiente de vida nueva, nacida de un acto de la carne. De nuevo, también, aquellos fervientes deseos de completar cuanto antes el ciclo temporal en el que, por diabólico infortunio, el germen que llevaba en su vientre no podía acoger todavía, en su interior, un espíritu celestial. Y, mientras suspiraba porque aquel nuevo ser pudiera ver muy pronto la luz primera, Vierna se sentía un poco desorientada y no acertaba a adivinar de qué manera tenía que amarle...

Entre tanto, la obra del maligno se hacía visible en este mundo extraño por medio de ostentaciones de todas clases. De vez en cuando, en cualquier pueblecito perdido de su trayecto, los tres viajeros del carro de la lana hallaban el rastro de la persecución que, desde el Tratado de París, se ensañaba más que nunca sobre el *orden de la santa Iglesia*. A veces se trataba de la llegada imprevista de una guarnición armada que, bajo las órdenes de los oficiales del rey, se llevaba consigo violentamente a un par de hombres o a una familia entera bajo la acusación de herejía. Otras veces eran los humeantes restos de una hoguera o bien las ruinas de una casa que, según algunas pruebas fehacientes o unos simples rumores, había cobijado a algún *bon home*. A menudo la persecución resultaba particularmente visible en algún caminante solitario que, habiendo renegado de la fe herética, se veía obligado, no obstante, a abandonar su pueblo y a llevar, en señal de infamia, dos cruces amarillas de fieltro, de dos palmos de longitud y cosidas a la ropa, una delante por encima del pecho y la otra detrás, entre los hombros.

Aquellos que, atenazados por el miedo, abjuraban a la fuerza, ya no podían ser vistos en parte alguna, puesto que tenían que hacer penitencia *en el muro*, es decir, en la cárcel, durante largos períodos de condena. Y no bastaba con un juramento público de servir a la fe católica, sino que, para no caer en sospecha de herejía, era preciso ir a la iglesia todos los domingos, confesarse tres veces al año y comulgar por Navidad, Pascua y Pentecostés. Y así hasta los detalles más nimios y más concretos, contenidos en los cuarenta y cinco cánones que un concilio reunido en Tolosa aprobó «para purgar de la depravación herética este país prácticamente virgen para la fe y para mantener en él la paz»...

Un día, mientras se alojaban por una breve temporada en un pueblo del país de Foix, Vierna escuchó de repente un enorme bullicio en el mercado. Atraída por los gritos y el alboroto, cogió rápidamente a Bruna, se la subió a cuestras y bajó a toda prisa hacia la plaza. Estaba llena hasta los topes y todas las ventanas rebosaban de curiosos. Varios hombres armados, con la ayuda de algunos vecinos e impelidos por

los gritos de un clérigo que no paraba de vociferar y de mover los brazos de un lado a otro, guiaban unos caballos que arrastraban por el suelo un zarzo de cañas y madera en el que había un cadáver mal envuelto en su mortaja.

Después de dar algunas vueltas por el mercado, los restos quedaron momentáneamente abandonados en la plaza y muy pronto, como es natural, se formó un círculo de, curiosos alrededor de aquellos despojos polvorientos y podridos. La gente susurraba en voz muy baja y señalaba con el dedo el objeto de una escena tan macabra. A continuación, el mismo clérigo, encaramándose sobre el mostrador de un tendero para ser mejor visto, se santiguó con grandes brazadas y, poseído por una profunda ira, explicó con febril vehemencia el sentido de aquella ceremonia:

—¡Hermanos y hermanas! Todos vosotros sabéis muy bien quién era la mujer envuelta en esta mortaja... Miradla, pues, fijaos en qué se ha convertido aquella vecina que, hace unos pocos años, vivía entre vosotros. Ahora ya no es más que un montón de huesos y un polvo inmundo, y sus restos han ensuciado y prostituido, durante todo este tiempo, la tierra santa de vuestro cementerio...

Todo el mundo le escuchaba con el alma en vilo, ya que el clérigo católico se estaba refiriendo a alguien a quien conocían y a quien tal vez habían incluso querido. A continuación, el hombre se dio la vuelta de un lado a otro y prosiguió de esta manera:

—Sabed que esta mujer, a pesar de su normal apariencia, a pesar de la impresión falaz de ser como todas las demás, era en realidad una criatura del diablo. Sí, hermanos míos, ¡¡¡esta mujer era una hereje!!! Muchos de vosotros pudisteis ver cómo doblaba la rodilla ante los hijos de Satanás, al tiempo que sus labios murmuraban sacrílegas palabras. ¡Así pues, mirad bien sus despojos, sus restos pestilentes de podredumbre, porque es preciso que sepáis, también, que no se arrodilló ante ellos en una sola ocasión, ni en dos ni en tres, ni siquiera en diez, sino que se revolcó en su pecado y en su inmundicia del mismo modo que los perros se deleitan en su propio vómito una y otra vez!

La gente se removía inquieta y excitada, temiendo ver hasta dónde les conduciría aquel terrorífico sermón:

—Sí, esta mujer era un hereje, ¡un apóstol de Satanás! De modo que, con el fin de abominar tan detestable crimen y en señal de condenación eterna, hemos ordenado vaciar su tumba de la tierra sagrada para que nunca más pueda reposar en ella una criatura tan indigna, y para que sus restos, arrastrados en medio de quienes la habían conocido, ardan de inmediato en el centro de esta plaza...

Un enorme griterío respondió a esta última frase. Pero el clérigo, enardecido al ver el efecto que causaban sus palabras, levantó rápidamente la mano para reclamar silencio de nuevo. Entonces se santiguó muy despacio una vez más y, con una voz que resonaba por entre las mudas losas y las paredes de la plaza, dijo como última proclama:

—¡Sea por la exaltación de la fe de Jesucristo, Nuestro Señor, por los siglos de

los siglos, amén!

A continuación, las cosas se hicieron como se había anunciado. En un abrir y cerrar de ojos, y en medio de los histéricos aullidos de buena parte del gentío, no quedaron de aquellos restos polvorientos y del cadáver de la mujer más que unas pocas cenizas humeantes que, mezcladas con cal viva, serían tiradas poco después a las profundidades de un pozo negro. De tal modo que, según la fe católica, aquella criatura del maligno sería borrada del *Libro de la Vida* y no podría participar en la resurrección de la carne cuando llegase el momento del acto final de la historia.

Seguidamente, una comitiva encabezada por el mismo clérigo exhibiendo una enorme cruz se puso en marcha para no dejar piedra sobre piedra de la casa en la que aquella mujer había vivido y de la barraca en la que había ocultado, una docena de años antes, a una pareja de buenos cristianos.

Vierna, aterrorizada bajo los porches de la plaza, contempló con el rostro crispado y los ojos anegados en lágrimas toda la impudicia de aquel horrendo espectáculo. Y cuando se dio cuenta de que estaba a punto de ponerse en evidencia en medio de la muchedumbre, se dio la vuelta de repente y regresó a su casa a toda prisa. Allí empezó a recoger sus cosas frenéticamente, a deshacer el jergón y a llenar varios hatos con la ropa y las escasas pertenencias que tenían, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y sollozaba y resollaba sin medida.

No conocía a aquella mujer, claro está, y ni siquiera sabía su nombre ni su historia, pero se daba perfecta cuenta de que no quería permanecer ni un instante más en aquel pueblo que se entregaba a una obscenidad tan ostentosa. Así es que la noche siguiente los tres durmieron al raso, no muy lejos de un recodo del camino, en un solitario pedregal manchado de coscojas. Vierna había casi suplicado a su marido que llenase el carro a toda prisa y se marcharan cuanto antes. No por miedo, desde luego, sino por el terrible sentimiento, de rabia y de impotencia, que se enardecía en su interior y le provocaba náuseas.

Aquella noche, la mujer de Guilhem perdió a su segundo hijo, entre grandes vómitos y pérdidas de sangre que no parecían restañarse. Y aquello que había de ser la túnica de un espíritu errante regresó a la nada de dónde provenía. En los días posteriores, mansamente y en silencio, Vierna derramó abundantes lágrimas, presa de una enorme fatiga, como si hubiera acarreado penosamente una carga muy pesada. Durante un cierto tiempo, Guilhem echó de menos su antigua risa y sus ganas de hablar. Sin embargo, poco a poco, y a medida que se fueron alejando de aquel lugar de tan malos recuerdos, ella recuperó su coraje y el tono rosado de sus mejillas. Aun así, era muy consciente de que algo se había transformado en su interior, como si se hubiera trastornado en sus entrañas la natural disposición de las cosas, y de que ya nunca más volvería a traer criatura alguna a este mundo de corrupción y de llanto.

A pesar de todo, más allá del extraño vacío que sentía, el espanto que Vierna había sufrido en la plaza del mercado fue tan sólo una especie de aviso, un insignificante caso de la locura que se había desatado por doquier. Muy pronto se

extendió por el país del Languedoc un clima de auténtico terror, doblado por el odio en muchos casos. Se había abierto la veda para los delatores y para venganzas personales de toda clase, pero existía asimismo un enorme campo libre para el desespero, las represalias y los conflictos civiles. Todos aquellos que habían sido vistos en alguna prédica, que se habíanpreciado públicamente de su fe, que habían llevado a algún *bon home* ante un enfermo para consolarle, que habían doblado su rodilla hasta el suelo para hacer un simple *milhorier*, temían ahora la denuncia o la indiscreción de un vecino, de un pariente.

Poco a poco, con el paso del tiempo, la Iglesia de Roma fue afinando sus mecanismos de represión contra la herejía, hasta acabar descubriendo aquel instrumento que, en el futuro, borraría el catarismo de la historia: la *Inquisitio Herelicae Pravitatis*, comúnmente llamada Inquisición. Y si, con anterioridad, esta labor persecutora había sido confiada de forma exclusiva a los obispos de cada diócesis, ahora correspondería fundamentalmente a los frailes predicadores, la orden religiosa creada por Domingo de Guzmán hacía apenas veinte años.

Así pues, un día de abril de 1233, el Papa dirigió una carta al prior provincial de los dominicos de Tolosa para que designara, entre sus hermanos instruidos en la ley del Señor, a aquellos que le parecieran más capaces de predicar a las masas y de buscar tenazmente, hasta donde estuvieren, a los herejes: a ellos correspondería, con plenos poderes, la instrucción de las correspondientes investigaciones y el juicio sin posible apelación.

Uno de los primeros elegidos para llevar a cabo esta misión fue un hombre alto y enjuto, hijo de Montpelhièr, profundo conocedor del derecho y la justicia. Se llamaba Guilhem Arnaut, lucía una barba negra corta y afilada y estaba poseído en su interior por una fe ardiente, incommovible.

XXVI

Errare humanum est, sed perseverare diabolicum.

Errar es humano, pero es diabólico perseverar en el error.

(Agustín de Hipona, *Sermones*, CLXIV, siglo V).

— LAS GUARIDAS DE los herejes se encuentran por todas partes, y también aquí, entre nosotros, aunque no siempre lo parezca...

El hombre del hábito blanco y la capa negra paseaba su severa mirada por los tejados y las callejuelas que avistaba desde la ventana de la casa. Se dirigía a un fraile de su misma orden, pero la dispersión de su mirada y la cadencia de sus palabras mostraban a todas luces que estaba reflexionando en voz alta:

—Demasiado a menudo, tendemos a imaginarlos desperdigados por las aldeas de los valles lejanos o por los castillos encumbrados en las montañas. Pero el veneno de la serpiente se ha extendido por todos los rincones, querido hermano, y ha penetrado en todos los hogares...

Hablaba con una voz pausada y grave, con toda la calma del mundo, mientras acariciaba su oscura barba y acechaba los alrededores de aquella casa tolosana de los dominicos, el mismo edificio en el que Domingo de Guzmán había fundado su orden en la primavera de 1215. El hombre que miraba por la ventana tenía unos ojos escudriñadores, casi felinos, como si quisiera penetrar profundamente en los rincones más secretos de todas las casas, de todas las conciencias susceptibles de haber sucumbido a las garras de la herejía.

Guilhem Arnaut de Montpelhièr era un hombre de figura altiva, esbelta, y esa impresión se veía reforzada por una cabeza casi completamente rapada por la tonsura y por el largo hábito que llegaba hasta sus pies. Como el padre fundador de su orden, creía fervientemente en la fuerza de persuasión de la palabra, en la capacidad de convicción de la fe cristiana siempre que el mensaje de salvación se extendiera de forma tenaz y continuada desde todas las tribunas, al pie de los caminos y las plazas.

Creía, asimismo, en la necesidad de superar las estrecheces y los límites de los reductos monásticos, tan alejados de las miserias del mundo, tan impenetrables en la placidez de su claustro, con el fin de que la voz de redención consiguiera ocupar el mismo terreno en el que la herejía había encontrado su fuerza. Sin embargo, y a diferencia de Domingo de Guzmán, el nuevo inquisidor no era en absoluto un hombre manso ni humilde de corazón, no tenía la misma fe del santo predicador de Castilla en la eficacia del ejemplo de una vida sencilla y austera, de un sincero retorno a la vida de pobreza. Tal vez por su condición de eminente jurista, o quizá por su educación en una familia de alto linaje, estaba demasiado convencido de la fuerza del derecho que le asistía, de la vía justiciera de la ley divina en medio del mundo. Y creía que no podía abandonarse todo a la obra natural de la mano del Dios supremo, sino que era preciso ayudar de forma más eficaz a extirpar la pústula de la herejía mediante la predicación y, muy particularmente, mediante la acción expeditiva de la justicia.

Admiraba, ni que decir tiene, la trascendental obra de su maestro y mentor, pero en el fondo de su corazón, quizá sin saberlo, le reprochaba que confiara demasiado en la bondad de las personas, que tuviera tanta fe en la capacidad natural de la especie humana de abandonar la vía del pecado.

—Nos espera un trabajo urgente y desmedido que tal vez arrastrará consigo todas nuestras energías... No podremos escatimar en ello tiempo ni afanes... Y ni siquiera la ayuda divina ni la certidumbre de nuestra causa nos garantizan que seamos capaces de poder llevarlo a cabo, al menos con la rapidez que convendría...

Guilhem Arnaut instruía a sus colaboradores, hacía visitas, daba órdenes, ajustaba cuentas. No le hacía falta levantar mucho la voz, ni tampoco repetirse, puesto que el tono de sus palabras parecía no admitir réplica de clase alguna. En la casa que los frailes predicadores tenían en Tolosa todo estaba patas arriba, albañiles y carpinteros trabajaban noche y día para terminar las obras que deberían convertir aquella vivienda en la sede de la nueva inquisición. Se mandaron cartas urgentes por todo el antiguo territorio del condado, se contrataron notarios y escribanos, nuncios y carceleros, ujieres y hombres de armas, todos al servicio de la primera burocracia moderna, de un tribunal de la fe que pretendía funcionar con la máxima rapidez y eficacia. Se establecieron los métodos, las asignaciones, los gastos. Todo estaba a punto. Y, a comienzos del año 1234, un mandato oficial expedido por el legado de la Santa Sede autorizó a los inquisidores para que iniciaran sus trabajos.

Guilhem Arnaut, siempre de forma conjunta con otro compañero de su misma orden, no perdió precisamente el tiempo. Para empezar, y de forma inmediata, pusieron en marcha una gran investigación que abarcaba toda la diócesis de Tolosa. En virtud de una citación general lanzada desde todas y cada una de las parroquias, centenares de tolosanos, sospechosos o no, fueron desfilando ante los jueces para explicar, de buena gana o a la fuerza, sus conocimientos y sus vínculos con la herejía. Empezó a tejerse así una espesa trama que, inmediatamente, y más allá de las lógicas

reconciliaciones de mucha gente con la fe católica, comportó asimismo muchas sentencias de prisión —a pan y agua, con grilletes y cadenas—, de forzosa peregrinación a lugares sagrados y hasta a Tierra Santa, de cruces amarillas cosidas en la ropa, de flagelación pública, de incautación de bienes y de limosna forzosa... No faltaron, naturalmente, numerosas exhumaciones y cremaciones de cadáveres en el caso de aquellos herejes que habían muerto sin arrepentirse de su abominable pecado. Finalmente, en los casos de los más obstinados, se establecía que los herejes fuesen entregados al veguer real para que procediera a hacerlos quemar públicamente, en «holocaustos agradables al Señor».

Pero Guilhem Arnaut de Montpelhièr y su compañero no se limitaron tan sólo a recoger los testigos que se presentaban en la casa dominicana. Muy pronto, para ahorrar desplazamientos tan largos y concentraciones masivas de la gente, los dos inquisidores y su séquito emprendieron los primeros viajes hacia pueblos y villorrios de los obispados de Tolosa y de Cáurs, desde donde les habían llegado varias denuncias.

Un día de finales de junio, los dos jueces y sus ayudantes se instalaron en el Norte, muy cerca de Cáurs, una villa del Quercy de antigua y sólida tradición herética. Acababan de llegar los primeros calores, y los campos estaban a punto para la cosecha. Como es natural, se había creado una gran expectación entre la gente y circulaban multitud de rumores y habladurías, puesto que todo el mundo había visto entrar los caballos y los carruajes por la calle mayor, hasta la misma casa rectoral en la que se acomodaron los visitantes. A la mañana del día siguiente, reunido todo el pueblo en la iglesia, Guilhem Arnaut presentó públicamente las *cartas de comisión* que estipulaban claramente los poderes que habían recibido de la Santa Sede. Después, de pie y revestido con los sagrados ornamentos, procedió con voz recia y segura a la «predicación general».

Aquél era siempre un gran momento para el jurista de Montpelhièr. Dotado de una gran elocuencia y aderezando la homilía con sobrecogedores ejemplos, el inquisidor se dirigía con ampulosos gestos y palabra fácil a un atemorizado auditorio que guardaba el mismo silencio que los sepulcros. Mientras hablaba, su mirada iba recorriendo uno por uno los rostros tostados y graves de aquella gente desconocida: delante de todos, en las primeras filas de los bancos, lo escuchaban los nobles y señores de la villa, vestidos con sus mejores galas y acompañados de toda la parentela y la larga recua de sus sirvientes; en segundo término, en muchos casos de pie, había una masa abigarrada y difusa de artesanos y campesinos que, sólo unos momentos antes, habían dejado las herramientas en el obrador o la hoz y la zoqueta al mismo pie de los sembrados. Todos sabían que nadie podía perderse, por nada del mundo, el sermón de aquel hombre severo que les hablaba con una seguridad y un aplomo insuperables, tanto de las delicias que les esperaban en la gloria como de las llamaradas eternas que ardían en el infierno.

No obstante, y sin perder el hilo, el fraile predicador fue descendiendo de

inmediato al terreno de las cosas concretas. A los católicos más fieles, les pidió sin ambages que denunciasen a los herejes y a quienes les apoyaban; a los herejes, también presentes en la iglesia con el fin de no levantar prematuramente las sospechas, les sugirió de forma lo bastante entendible que confesasen su error de manera espontánea durante el período de una semana, el llamado «tiempo de gracia».

Instalados nuevamente en la casa rectoral, comenzó muy pronto el desfile de denuncias y confesiones ante los jueces. Unos se apresuraban a decir que, tres años, diez años atrás, habían escuchado la prédica de algún *bon home*, pero que se habían arrepentido por completo, lo cual les garantizaba sin duda una pena leve. Otros, al contrario, explicaban punto por punto las vicisitudes de la comunidad local de la Iglesia perseguida.

Una mujer de mediana edad, casada con un mercader de grano, se destacó muy pronto por la abundancia de nombres y detalles. En seguida aparecieron en su declaración las mejores familias, las casas más nobles, los vínculos de amistad y de parentesco más insospechados. Y, de repente, cuando parecía que ya había explicado cuanto sabía, la mujer se descolgó diciendo con idéntica voz mojigata:

—Esto... mi señor, todavía otra cosa... Tengo una prima lejana de Tolosa, de la familia de mi marido y de buena familia, a quien no he visto desde hace muchos años... Pero hará un par de años una vecina me dijo que le pareció haberla reconocido, tiempo atrás, en el Lauragués, en una casa de mujeres de El Mas Santas Puellas...

—¿Cómo se llama vuestra parienta? —preguntó, vivamente interesado, el inquisidor.

—Raimonda, mi señor, Raimonda Astruc... Pero creo que todos la conocían por doña Raimonda de Tolosa.

—¿Y cuántos años pensáis que pueda tener?

—Ay, eso sí que no lo sé... Pongamos que tenga, no sé..., más de setenta...

—¿Y pensáis que ella era la priora de la casa, la auténtica cabeza de serpiente de aquel nido de herejía?

—Quia, mi señor... El ama de la casa era otra mujer tolosana, también de noble familia y más joven que ella... Una gran señora, me parece... Pero no sé cómo se llama, si eso es lo que ibais a preguntarme... Cuánto lo siento, precisamente ahora...

—¿Qué otras cosas sabéis acerca de esta casa? —Guilhem Arnaut y sus ayudantes habían intuido el interés de seguir aquel rastro—. ¿Qué otras mujeres vivían en ella? ¿A qué se dedicaban?

—No sé mucho más, pobre de mí... Vamos, sé que en los tiempos de la guerra todas huyeron de un día para otro y que los soldados del rey de Francia derribaron la casa y encendieron una hoguera con alguna de esas herejes...

—Ah, ¿sí? Seguid, seguid... —insistía el compañero de Guilhem Arnaut—. Así que algunas ya murieron...

—Sí, sí, fue muy triste, pobrecillas... Bueno, ya me comprendéis..., vamos, que

se lo habían ganado a pulso... Pues nada, que vivían allí algunos niños y un par de jovencitas, en la misma casa. Por cierto, una era la hija del zapatero del Mas, y tanto ella como su padre murieron quemados en la hoguera... Y yo diría que todas las demás lograron poner pies en polvorosa...

—¿También vuestra parienta y la priora?

—Sí, sí, ellas dos no murieron en esa hoguera, seguro...

Parecía como si la cosa se deshilara por momentos, de modo que el fraile predicador de Montpelhièr consideró que debía agarrar un cabo más consistente con el fin de recuperar la madeja entera.

—Escuchadme, buena mujer, volvamos a vuestra parienta... Doña Raimonda, habéis dicho, ¿no es así?

—Sí, sí señor... Perdonadme, ¿eh?, pero es que me hago mayor y pierdo la memoria —se excusaba la mujer del mercader, mientras ardía en deseos de contar incluso más de lo que sabía...

—No, no, vuestra memoria es realmente envidiable... Vamos a ver, esa amiga vuestra que había visto a doña Raimonda en El Mas Santas Puellas, ¿no os habló jamás de que la hubiera visto de nuevo en alguna otra ocasión?

—Tal vez sí... Ahora que lo decís... A ver, ahora mismo recuerdo que me habló de haberla visto después en Montreal... Eso mismo, Montreal me parece que dijo...

—¿Y vivía en otra casa como la de El Mas?

—No, en absoluto, de ningún modo... Quizá dijera que vivía con una familia... Sí, eso una joven pareja y una criatura... La verdad es que ignoro por completo qué clase de relación tendrían, ¿sabéis? Quizás eran parientes... pero no de la misma rama, ¿eh? ya me entendéis, tal vez de su familia de Tolosa...

—Os entiendo, señora, os entiendo perfectamente...

El interrogatorio se prolongó todavía durante un buen rato, al objeto de estrechar el círculo alrededor de doña Raimonda, la vieja amiga de infancia de doña Faurès que, ocho años antes, cuando llegó el momento de abandonar la casa de El Mas Santas Puellas, había mostrado su desamparo por la incesante persecución de que era víctima su Iglesia.

Durante mucho tiempo, doña Raimonda Astruc había sido una sombra perfectamente desconocida de la historia. Ahora, gracias al celo de la Iglesia católica y al testimonio de la mujer del comerciante de grano, su rostro sin contornos y su nombre sin interés habían cobrado un insospechado relieve: ahora, doña Raimonda y sus amigos y conocidos aparecían en el punto de mira de un implacable tribunal...

XXVII

Todas las almas serán una sola.

(Declaración de Sibilla Pèire, en 1323, ante Jacques Fournier, inquisidor).

AL DÍA SIGUIENTE, y entre muchas otras misivas, salió de la villa del Quercy un correo urgente con una carta sellada con las armas del Santo Oficio y dirigida al párroco de Montreal. Traducida del latín, decía lo siguiente:

Fray Guilhem Arnaut de Montpelhièr, O.P., por la misericordia divina inquisidor de la diócesis de Tolosa, a su amado en Cristo párroco de Montreal o a su vicario, salud en el Señor.

Os ordenamos citar, de forma perentoria, a doña Raimonda Astruc, más conocida como doña Raimonda de Tolosa, para que comparezca ante nos, en persona, el sábado de la próxima semana en nuestra Sede itinerante del Quercy para responder de ciertos hechos relativos a la fe católica, sobre los cuales deseamos conocer la verdad y, además, actuar en lo que corresponda.

Hecha en nuestra sede antedicha, a los diez días de las calendas de julio^[27], en el año del Señor 1234.

Devolved la carta estampada con vuestro sello en señal de cumplida la orden.

La carta llegó sin problemas a su destinatario, que emprendió de forma inmediata las gestiones pertinentes para que la orden del inquisidor dominicano fuera ejecutada al pie de la letra. Doña Raimonda, inocentemente, abrió la puerta al oficial que le traía la misiva y, aunque en seguida comprendió su procedencia, no dejó que se trasluciera ni por un momento el escalofrío que recorrió sus carnes. Así pues, sin decir casi nada, dio a entender que, aunque se encontrara extraordinariamente lejos, acudiría en el día fijado a la sede itinerante de la inquisición de Tolosa.

Más adelante, y con relación a los hechos que se sucedieron en las siguientes semanas, el proceso abierto en esta causa explicitaría de forma literal lo que sigue:

El día señalado, dicha doña Raimonda Astruc no compareció, por más que se la estuvo esperando suficientemente a lo largo de todo el día, y es por tal motivo que dicho señor inquisidor la tuvo por contumaz y la reputó como tal, ordenando y actuando de modo que fuese constatada su falta.

Después de esto, la susodicha doña Raimonda Astruc, buscada por la gente de monseñor inquisidor portadora de sus cartas a los bailes, oficiales y justicieros que fuesen, acabó siendo hallada oculta en un

pajar en los alrededores de Montreal, en el Lauragués, conducida presa por la gente de monseñor inquisidor y los sargentos del juzgado a monseñor Guilhem Arnaut de Montpelhièr y presentada ante él el día 15 del año en curso, con los objetos que se encontraron con ella. Éstos le fueron mostrados en presencia de monseñor inquisidor, y reconoció que eran de su propiedad y que había huido llevándolos consigo.

Hecho esto, el antedicho monseñor inquisidor, teniéndola por fuertemente sospechosa sobre la fe católica, tanto por la información de la que disponía como por los objetos que le hallaron, deseando informar contra ella, solicitó que jurase decir la pura, simple y entera verdad tanto sobre sí misma como acusada, como sobre los restantes vivos y muertos como testigo, en lo que concierne a la fe católica.

Habiéndose negado a prestar juramento de acuerdo con sus creencias, doña Raimonda, que acababa de cumplir setenta y tres años, aceptó llanamente su pertenencia a la Iglesia de los amigos de Dios. Y no sólo eso, sino que ofreció un buen número de aclaraciones y de indicios que, a los ojos de los hombres que la interrogaban, «considerando la monstruosidad y la enormidad del crimen de herejía», hicieron que aquella mujer, moldeada por completo de bondad y de nobleza, acabara apareciendo como la encarnación misma del maligno. Así pues, sin necesidad de flagelación ni de tortura de fuego o agua, la declarante reconoció:

—Haber recibido la imposición de las manos del obispo Guilhabert de Castras, tras haberse preparado para ello durante un noviciado de año y medio;

—haber participado con doña Faurèsa, doce años antes, en la fundación de un *ostal de bones dones* situado en El Mas Santas Puellas;

—haber huido de dicho lugar, ocho años antes, con motivo de la llegada de las tropas del rey de Francia;

—haber conferido el *Consolament* a varios moribundos en ausencia de *bons homes* de su diabólica secta;

—haber protegido, en numerosas ocasiones, a personas que huían de la justicia de la Iglesia;

—haber vivido durante muchos meses en lugares varios, escondida en el bosque junto a otra compañera y en algunos establos de personas protectoras y amigas;

—haber recalado, por fin, una vez consolada y muerta su compañera, en una casa de Montreal donde vivió en soledad hasta que, hace tres meses, recibió la inesperada visita de un matrimonio al que conocía de antiguo y al que acogió en su propia casa;

—haber huido, ella, el matrimonio y su hija, el mismo día en que había llegado la citación del tribunal, sin que en el momento de declarar tuviera conocimiento de cuál sería el paradero de quienes con ella convivieron.

Y doña Raimonda aseguró que esto era toda la verdad, afirmación sin duda completamente cierta considerando que la santa Iglesia de Dios prohibía mentir a los buenos hombres y a las buenas mujeres. Invitada después a abjurar de su fe en repetidas ocasiones, se negó a ello todas las veces, con una obstinación que, según el tribunal, todavía con vertía en más execrable su crimen. La sentencia, dictada por los inquisidores con el fin de ayudar a separar la cizaña de la herejía de lo que era el buen trigo en el campo del Señor, era muy prolija en detalles y en acusaciones varias. Sin embargo, un párrafo decía lo siguiente:

... La declarante ha sostenido que hay dos Iglesias; una benigna, su propia secta que ella dice que es la Iglesia de Jesucristo y que detenta la verdadera fe en la que todo el mundo —y sin la cual nadie en absoluto— puede ser salvado; y otra, en verdad, la maligna Iglesia romana, que ella ha dicho impúdicamente que es madre de fornicación, basílica del diablo y sinagoga de Satanás, de cuya Iglesia ha

insultado calumniosamente los grados, las órdenes religiosas, el ordenamiento y los estatutos, considerando —contra toda verdad— herejes y errantes a quienes siguen su ley...

La sentencia del tribunal de inquisición incluía, además de la orden de remitir a aquella *bona dona* al «brazo secular» —es decir, al poder civil— para que fuese quemada, otro requerimiento expreso con el fin de que la casa de Montreal en la que había vivido doña Raimonda, así como el pajar en el que había sido hallada, se destruyesen y derribaran hasta los cimientos; que los materiales se quemaran y recuperaran para usos piadosos; y que, en el futuro, ninguna vivienda, reconstrucción o clausura fuese posible en dichos lugares, sino que permanecieran para siempre inhabitables, incultivados y abiertos a todos los vientos. Y que, habiendo sido un receptáculo de perfidia, fuesen en adelante un vertedero...

Dictada la sentencia, doña Raimonda emprendió un severísimo ayuno y dio gracias al Dios de verdad y justicia por haber hecho posible que el espíritu que la habitaba no tuviera que seguir dando tumbos por este bajo mundo —*mar extrema, tierra última, profundísimo infierno*—, sino que, por el contrario, pudiera ascender en seguida a los cielos, en medio de una resplandeciente luz y de una gloria que no se marchitaría jamás. Así había ocurrido ya sin duda con su antigua compañera de El Mas, Clemensa, y con tantos otros hermanos y hermanas de su Iglesia, y quién sabe si incluso con aquella adorable criatura de ojos verdes que llevaba por nombre Maurina y cuyo cuerpo fue quemado por la guarnición del rey de Francia, junto a su padre, de profesión zapatero.

Llegada la hora, y mientras un hombre de adusto semblante la ataba con una cuerda, a ella y a otras cinco personas, en un poste levantado sobre las pilas de leña, doña Raimonda tenía fijo el pensamiento en lo que siempre explicaba su amiga doña Faurèsa cuando se refería a los postreros días de la historia: «Después del fin del mundo, todo este mundo visible se llenará de fuego, de azufre y de pez, y será consumido. Éste será el único infierno. Pero todas las almas de los hombres y las mujeres estarán entonces en el paraíso, y habrá en el cielo el mismo alborozo y la misma alegría por un alma que por otra; todas serán una sola, y cada una de las almas amarà a las demás igual que a la de su padre, la de su madre o la de sus hijos...».

Incluso aquel hombre desconocido que se disponía a prender fuego a la leña, y sus superiores, y los clérigos de la Iglesia de Roma, y el propio inquisidor que había dictado su sentencia, todos serían salvados. Porque doña Faurèsa recordaba siempre que «ellos estaban ciegos y sordos, ya que no podían ver ni podían oír, hoy por hoy, la voz de Dios. Pero, finalmente, aun cuando fuera con penas y fatigas, todos ellos vendrían a la inteligencia y al conocimiento de la santa Iglesia, en otros cuerpos en los que serían capaces de reconocer la verdad».

Al final, ni un solo grito ni un gemido salieron de la boca de doña Raimonda, y quienes la vieron morir aseguraron después que su último ayuno la había dejado en los mismos huesos y que, a pesar del suplicio que la esperaba, no perdió la sonrisa en momento alguno. Y cuando, «*por la exaltación de la fe de Jesucristo*», las llamas se

apoderaron con voracidad de la paja y los leños de la hoguera, la primera vaharada de humo llenó sus pulmones antes de que ni siquiera ella misma pudiera darse cuenta.

Sólo en un instante, e incluso antes de que el fuego ardiente consiguiera atraparla, aquella inhalación mortal le quitó la vida.

XXVIII

*Ben es aventuros
qui ab son joi estai...*

Es bien afortunado
aquel que permanece con su gozo...

(Aimeric de Sarlat, trovador, siglos XII-XIII).

MIENTRAS ESTO acontecía, Guilhem, Vierna y Bruna habían continuado su errante vida a la buena ventura, con el regreso anual al país de Ayllón para recoger los vellones con que ganaban su sustento. Esta vez, la caprichosa rueda de su vagabundeo les había conducido de nuevo al Lauragués, la hermosa llanura de los suaves cerros y de la amarilla flor del glasto.

Y, efectivamente, un día en que estaban vendiendo lana en el mercado de Montreal, tuvieron la sorpresa de ver cómo se acercaba hacia ellos la figura titubeante y envejecida de doña Raimonda, la mujer tolosana que había compartido plegarias y labores con Vierna en el *ostal* de El Mas Santas Puellas. Vestía, naturalmente, sin el negro hábito al que siempre la habían asociado y andaba con el paso menos ligero, pero la sonrisa y la bondad de su rostro seguían siendo los mismos.

Les había reconocido desde lejos y, al verles, comprendió de inmediato que la muchacha huérfana había abandonado la vía de perfección de su Iglesia para unirse a la persona de aquel muchacho de oscuros ojos que las abastecía de lana. Y mira por dónde, por la razón que fuera, ahora se hallaban en Montreal, en compañía de una risueña criatura de tres o cuatro años de edad que, curiosamente, mostraba en sus rasgos físicos una cautivadora mescolanza de su padre y de su madre.

Doña Raimonda les invitó a comer un poco de salmón crudo y un plato de verdura. Vivía sola en una casa de madera y conservaba en secreto el contacto regular con otras buenas mujeres de la santa Iglesia. En realidad, en los últimos tiempos aquella morada humilde y sórdida había servido de escondrijo a muchos buenos

cristianos que huían de la persecución o que, jugándose la vida, acudían prestamente a la cama de cualquier moribundo para ofrecerle consuelo.

Rezaron todos juntos alrededor de la mesa y, tal como le había ocurrido cuando, cuatro años antes por Navidad, encontró de nuevo a doña Faurès a los pies del castillo de Albedún, Vierna se sorprendió una vez más de aquella paz intangible, de aquella halagüeña sensación de serenidad y de confianza que impregnaba su corazón siempre que compartía el *Pater noster* o la partición del pan con sus antiguas compañeras. Sucedió que, cuando estaban juntas, recluidas en el secreto de alguna habitación de una casa desconocida y dejándose balancear en el susurro ritual de las plegarias, el mundo enloquecido de fuera parecía un mal remoto, una nube oscura y tenebrosa que no tenía más remedio que retroceder ante la llegada de tanta bonanza.

Recordando tiempos pasados y presentes, la risa y el llanto abreviaron de forma sorprendente aquella tarde. Cuando cayó la noche, los tres viajeros durmieron en casa de doña Raimonda y, de tanto repetirse, aquella estancia provisional por una sola noche acabó convirtiéndose, en realidad, en residencia permanente. Esta situación llenaba de dicha a la antigua noble tolosana y al mismo tiempo permitía a Guilhem y a Vierna el descanso y el cobijo que buscaban desde hacía demasiado tiempo. Sin embargo, aquel período de calma y de paz duró tan sólo un intervalo de tres meses, ya que la urgente citación del inquisidor de Tolosa disolvió de inmediato aquella nueva familia.

Así pues, la pareja y su hija tuvieron que uncir nuevamente el caballo a su carro y marchar a toda prisa, por enésima vez, hacia un destino desconocido. Doña Raimonda, alegando motivos de edad y de salud, pero pensando sinceramente que ya no temía en absoluto por lo que pudiera sucederle, rechazó acompañarles en la huida y se limitó a procurar retrasar, tanto como le fuera posible, una detención inevitable. Y, cuando llegó la hora, se dejó prender de forma dócil y sin ofrecer ninguna clase de resistencia. Estaba preparada y ningún poder de este mundo podía asustarla...

Entre tanto, los tres viajeros se alejaron todo lo que pudieron de Montreal y, profundamente desconsolados por la tragedia que acababan de conocer, añadieron otro estimado nombre a la larga lista de las personas desaparecidas que tanto echaban de menos. Procuraban ahora permanecer menos tiempo en cada pueblo, ya que estaban convencidos de que varias órdenes de citación les estarían pisando los talones por los valles y montañas que iban cruzando.

Así era, efectivamente. Guilhem Arnaut de Montpelhièr se sentía satisfecho de la investigación abierta en el Quercy, ya que, por lo menos en apariencia, había hecho posible que muchas personas volvieran a la vía de la Iglesia romana. Podía decirse, pues, que la obra de conversión había sido felizmente consumada... Por otra parte, y de forma inevitable, hubo que dictar algunas condenas más o menos severas, y fue preciso enviar varias personas al «brazo secular», ya que se trataba de casos probados de herejía. Aun así, se había producido también algún conato de tumulto que no pasó de un simple intento, y un joven de Cáurs se anticipó a llevarse el cuerpo sepultado

de su padre hereje antes de que acudieran al cementerio a desenterrarlo... Pero, de todas formas, todo aquello no era más que el precio que había que pagar por realizar una tarea tan enormemente ingrata.

Como siempre solía ocurrir, la estancia en una villa alejada de Tolosa había permitido, también en este caso, ir completando la red en dirección hacia otros lugares que muy pronto habrían de merecer una minuciosa visita de la sede itinerante de la Inquisición. Como siempre, también, quedaban algunos cabos por atar y algunas piezas sueltas que, con dedicación y persistencia, acabarían completándose armónicamente en un plazo muy breve.

Entre estas piezas, el fraile predicador retenía, sin duda, el nombre de una viuda tolosana fugitiva, doña Faurès, que ciertamente había sido priora de un *ostal* de la herejía en El Mas Santas Puellas. El nombre, el noble linaje y la descripción física de esta mujer coincidían extrañamente con una referencia que conservaba de la primera investigación efectuada en Tolosa. Resulta que una de las primeras personas que acudieron a la casa de los dominicos había sido un caballero de barba rizada y mirada francamente inquietante e insólita, pues tenía los ojos de distinto color. Aquel hombre, de modos expeditivos y bruscos, había manifestado llamarse Huc de Montgrenier y comparecer con el propósito de rendir cuentas por el tiempo en que había estado al servicio del conde de Foix, un noble claramente sospechoso de herejía.

El caballero, mientras aclaraba su garganta y estiraba sus guantes de piel con una manía obsesiva, había aportado tal riqueza de información y mostrado tal arrepentimiento que esta espontánea conducta, junto con el hecho de haberse puesto al servicio del rey de Francia poco después de la firma de la paz, habían merecido para él una condena bastante leve: peregrinación a varios santuarios de Occitania y de Francia; entrega de tres mil ladrillos, diez cahíces de cal y cien costales de arena fina destinados a la construcción de cárceles para los herejes; y, por último, obligación de visitar todas las iglesias de Tolosa el primer domingo de cada mes durante un año...

Aquel hombre, pues, empujado por su santa ira, denunció un *ostal* de mujeres de la villa de Foix, a cuyo frente estaba asimismo una tal Faurès... Curiosamente, el declarante se había referido a otro rastro que Guilhem Arnaut tampoco pensaba dejar escapar: el de una joven pareja, claramente herética, vinculada a dicho *ostal*. Huc de Montgrenier dio una descripción precisa y casi lujuriosa de la muchacha:

—¿Cómo os lo diría? Es hermosa, muy hermosa, esa muchacha... Tiene el pelo rubio y los ojos claros, pero os garantizo que está poseída por el diablo...

—¿Y cómo podéis saberlo? —había preguntado el inquisidor.

—Pues, porque lo sé, porque un cuerpo como el suyo, con aquellas formas y aquella figura, sólo puede ser obra del diablo... —razonaba Huc, mientras su febril recuerdo se llenaba de furor y de rabia—. Y se trata de una hereje acérrima, ¿sabéis? Tened en cuenta que vivía con todas aquellas mujeres pecadoras de la calle del Forn d'Avalh...

—Pero ¿no habéis dicho antes que las abandonó por un comerciante de lana?

—Esto fue después... Además, nunca dejó de estar en contacto con ellas...

Al tiempo que iba atando cabos y reconstruyendo los hechos, el inquisidor pensaba que quizá se tratara de la misma pareja que, años después, en unión de una criatura, había compartido mesa y techo con doña Raimonda Astruc...

Habría que averiguarlo cuanto antes. Sin embargo, los tiempos que llegaron a continuación no fueron muy propicios para Guilhem Arnaut y su gente. La dureza de las condenas y, muy especialmente, la violencia de las exhumaciones de cadáveres habían ido excitando hasta límites insostenibles los ánimos de los ciudadanos de Tolosa. Por otra parte, se habían producido manifiestos errores, como el caso de un ciudadano que fue juzgado como *bon home* y que, de forma inapropiada para una persona que hubiera pertenecido a la santa Iglesia, se quejaba públicamente por las calles: «¡Oídmme, mis señores! —Declaraba el infeliz a cuantos querían escucharle—, yo no soy hereje, ni mucho menos, puesto que tengo una esposa y me acuesto con ella, y además tengo hijos. Acostumbro a comer carne, y miento y juro... ¡Soy un auténtico cristiano!»...

Sin embargo, el caso más grave se produjo en agosto de 1234, el mismo día en que se celebraba por primera vez la reciente canonización de santo Domingo. Aquel día, el obispo de Tolosa fue a la casa de los dominicos para officiar una misa solemne y, mientras se estaba lavando las manos antes de comer, se presentó un hermano predicador anunciando que, a dos pasos del convento, en la calle del Om Sec, se hallaba una enferma en peligro de muerte que acababa de recibir el sacramento de los herejes. El obispo y el prior no llegaron a sentarse a la mesa y se presentaron repentinamente en casa de la mujer, que se encontraba agonizante en su cama. Una vez ante ella, el obispo le habló de modo que la pobre enferma, víctima de un malentendido tremendo, creyó tener enfrente a un alto dignatario de su Iglesia. En consecuencia, la anciana le confesó llanamente su fe y le reiteró que no la cambiaría jamás por su pobre y miserable vida. Entonces, el obispo, lleno de ira, exclamó:

—¡Así que sois una hereje, ya que habéis confesado la fe de los apóstoles de Satanás! Habéis de saber que estas herejías son manifiestas y están condenadas. ¡Abandonad vuestra fe y creed en lo que cree la Iglesia romana y católica!

Sin embargo, la mujer, presa del desconcierto, persistía en sus creencias y se negaba a abjurar de manera alguna. El prelado insistió con vehemencia:

—¡Yo soy vuestro obispo de Tolosa! ¡Yo predico la fe romana católica, y quiero y ordeno que la creáis!

Todo fue inútil, ya que aquella pobre mujer, incluso en su estado, perseveró una y otra vez en su propia fe. De modo que, habiendo convocado inmediatamente al veguer y a otros testigos ante sí, el obispo la condenó como hereje. Y el veguer hizo que se la llevaran, con cama incluida, y que fuese quemada inmediatamente en el Prat del Comte. Una vez encendida la hoguera, el prelado, los frailes predicadores y sus compañeros regresaron al convento de los dominicos y comieron con alegría lo que

tenían preparado, al tiempo que daban las gracias a Dios y a santo Domingo...

De hecho, las cosas eran ya insostenibles y se iban calentando cada vez más. Unos meses más tarde, Guilhem Arnaut de Montpelhièr ordenó que citaran a declarar a una docena de notables, la mayoría de los cuales eran familiares del conde de Tolosa. Esto provocó una conmoción generalizada por toda la ciudad, de modo que, enardecidos por el clamor popular, los doce sospechosos se negaron a comparecer. A consecuencia de esta espiral de enfrentamientos, un día de octubre de 1235, los cónsules expulsaron a viva fuerza de la ciudad al inquisidor que aborrecían: todo el convento de los dominicos le acompañó entonces en procesión hasta el final del puente de la Dorada, al otro lado del río Garona. Allí, por última vez, los cónsules anunciaron a Guilhem Arnaut que podía quedarse si cesaba la inquisición; si, por el contrario, se obstinaba en continuarla, tendría que abandonar las tierras del conde. Él, inmovible en su altivez y en el designio de su misión, optó por exiliarse; muy poco después tuvieron que seguirle, también expulsados, todos los dominicos de Tolosa, unos cuarenta. Como es natural, y en vista de la magnitud de la afrenta, la previsible respuesta de inquisidores y obispos no se hizo esperar demasiado: al poco tiempo, el conde y los cónsules fueron excomulgados de la Iglesia...

Mientras las autoridades y los clérigos pugnaban entre sí para establecer y jalonar sus propios poderes, los tres vagabundos de esta historia habían pasado varios meses en Gebetz, en las montañas. Un año más, esquiladas las bestias el día de San Juan, se aproximaba el calor del verano y, en consecuencia, el tiempo de descender de nuevo hacia el llano. Sin embargo, aquel año Vierna no se sentía con fuerzas suficientes para dejarse vagar de un lado a otro, aguas abajo como un canto rodado. Así es que una noche, cuando todos dormían en la casa de los padres y ya sólo quedaba un pálido rescoldo en el hogar de la *foganha*, la muchacha se dirigió a su marido con estas palabras:

—Guilhem, deberíamos tomar una decisión... No creo que pueda pasar otro invierno dando tumbos de un lado a otro. Y no se trata tan sólo de lo que me ocurre a mí, ¿entiendes?, es que Bruna tiene ya cinco años y no debería pasar toda su vida vagabundeando como la niebla volandera...

—Tienes razón... —contestó él—, pero no veo otra salida que permanecer aquí arriba, en el país de Ayllón. Si nos instalamos en algún lugar de la tierra baja, los soldados de los inquisidores acabarán por encontrarnos...

—Existe otro lugar al que podríamos ir...

Guilhem levantó la cabeza, vivamente sorprendido por una alternativa que no esperaba. Por otra parte, estaba muy claro que Vierna llevaba mucho tiempo dándole vueltas a una idea concreta...

—¿Dónde, si puede saberse?

—¿Recuerdas cuando estuvimos en Montreal, en casa de doña Raimonda?

—¡Claro que sí! Pero...

—Escucha, Guilhem —le interrumpió ella, al tiempo que le ponía la mano en el

hombro—. Cuando doña Raimonda nos habló de dónde habían ido a parar las restantes mujeres de la casa de El Mas ¿te acuerdas de lo que dijo acerca de doña Faurèsa?

—Sí, explicó que alguien le había contado que pensaba instalarse en el *pech* de Montsegur, y que allí vivían Guilhabert de Castras y muchos otros hombres y mujeres de la Iglesia que habían huido...

—¡Exacto! —Concluyó triunfante Vierna—. A estas alturas, doña Faurèsa y otras personas amigas ya estarán sin duda en la fortaleza que hay en Montsegur. ¿Y si fuéramos también nosotros?

—Pero ¿nos querrán allá arriba? No creo que en aquel picacho de piedra puedan caber todos los que quisieran... —replicó Guilhem.

—Si doña Faurèsa vive allí, ¡ya lo creo que nos querrán!

Guilhem contempló a su mujer a la luz vacilante del rescoldo del hogar. Seguía siendo, todavía, la más hermosa y su pelo rubio seguía brillando como el polvillo del oro. Tendría ahora veintitrés años, pero alguna arruga incipiente y una sorprendente madurez dejaban entrever que los zarpazos de la vida la habían maltratado sin ninguna clase de contemplación. Sin embargo, seguía teniendo la espontaneidad y los modos resueltos y bruscos de las muchachas y, cuando se salía con la suya en cualquier propósito, le miraba a él de soslayo con aquella sonrisa que le hacía enloquecer.

Aquella noche se amaron durante largo rato y con una extraña fuerza, hasta perder el aliento y los sentidos. Él acarició su piel y su cabello con la sabiduría del amante experto en que se había convertido. Y, cuando ella ya no podía resistir más, cuando le parecía que si le dejaba continuar todo se precipitaría muy deprisa, Vierna lo atraía una y otra vez hacia su rostro y le brindaba sus labios, candentes y mórbidos por tanta avidez y tanto deseo de amarle. Por fin, cuando la armonía de los sentidos dictaba la hora precisa, ella lo acogía cálidamente en su interior, y el impetuoso embate del reencuentro hacía sacudir su cabeza de un lado a otro hasta que, lentamente, arrebatada todo su cuerpo hasta el dominio del éxtasis.

Se amaban, todavía, con la misma impaciencia de la noche primera, pero el paso del tiempo les había otorgado una mayor pericia y había anudado entre los dos, paso a paso, unos vínculos de solidez extraordinaria. Ahora, ciertamente, sus encuentros amorosos resultaban más apacibles y más largos que antes, y la furia de antaño y de siempre se alternaba de buena gana con una insondable ternura.

Antes de dormirse, Guilhem contempló sonriente a su mujer. Y, al tiempo que se daba la vuelta hacia su lado de la cama, le dijo en voz muy queda:

—Te quiero, ¿sabes? —Se detuvo un instante y entonces añadió—: Iremos a Montsegur, Vierna, iremos a Montsegur...

XXIX

Qui atal fara, atal perira.

Tal harás, tal morirás.

(Proclama de la Inquisición por las calles de Tolosa, 1237).

EL PECH DE MONTSEGUR era, realmente, una montaña singular: un espolón escarpado y rocoso que se levantaba de forma repentina, cielo arriba, por encima del país de Olmes, hasta alcanzar más de mil doscientos metros de altura.

Situado muy cerca de la cordillera pirenaica, se hallaba en aquellos tiempos distante de todas partes, demasiado lejos y demasiado alto para merecer que alguien se arriesgase a un asedio incierto y prolongado: esta circunstancia, así como los problemas que el rey de Francia y la Iglesia de Roma tenían para implantar un nuevo orden político y religioso en todo el Languedoc, garantizaron durante muchos años su condición de refugio alejado de los males del siglo. Por otra parte, su situación estratégica era excepcional: encrucijada de cuatro caminos, Montsegur dominaba principalmente la vía de paso que, de norte a sur, viniendo de Mirapeis y L’Avelanet, cruzaba el macizo de Sant Bertomieu a través del collado de la Pèira y se abría de inmediato hacia el país de Ayllón y el alto valle del río Arièja y, desde allí, hacia los valles de la Cerdaña y de Andorra.

Precisamente por ese mismo camino, un día de verano del año 1235, un carro repleto de sacas de lana y proveniente de Gebetz ascendía poco a poco con un esfuerzo enorme. En comparación con las rutas de todos los años, esta vez su recorrido consistía tan sólo en una vuelta hasta la otra vertiente de la montaña; sin embargo, la subida resultaba francamente larga y escarpada. En el carro se encontraban una pareja sentada en la tabla delantera, una niña menuda que dormía mansamente sobre las sacas y un batiburrillo inextricable de odres, cacharros de cerámica, horcas de ajos y cebollas y capazos rebosantes de fruta seca. Siguiendo el camino carretero, los viajeros bordeaban espesuras de pino negro y profundos

desfiladeros con riachuelos de plata en su lecho invisible. Más allá, en un enorme aprisco que ocupaba la mitad de la montaña, las ovejas de los rebaños moteaban de blancos lunares el intenso verdor de los pastos.

Cuando llegaron a lo alto del collado de la Pèira, Guilhem y Vierna pudieron contemplar, como una prodigiosa aparición en el fondo del valle, el imponente picacho de Montsegur. En la cumbre, concretamente en la explanada relativamente estrecha que coronaba la cima, casas con paredes de adobe y precarias cabañas de madera y ramaje se amontonaban de forma increíble alrededor de la torre señorial de la familia Perelha, como si estuvieran suspendidas en el aire y al borde del precipicio. Allá arriba, en aquel lugar fortificado casi inaccesible y en aquel hormiguero de casas que lo rodeaba, la Iglesia de los buenos cristianos había establecido su sede principal. Efectivamente, así tuvo que ser en cuanto la firma del Tratado de París y las ulteriores disposiciones habían implicado un salto cualitativo, de gran trascendencia, en la persecución de los herejes.

Vivían en Montsegur un par de centenares de *bons homes* y *bones dones* —con Guilhabert de Castras al frente—, así como los dos señores del castillo, su baile, sus caballeros —muchos de ellos *faidits*, desposeídos de sus tierras—, unos cincuenta sargentos y ballesteros, varios artesanos y buena parte de la familia de aquel pequeño gentío. Así pues, Montsegur era en aquellos tiempos un pueblo abigarrado y laborioso de unas quinientas personas y medio centenar de monturas, sin campesinos, sin tierra de cultivo, sin árboles frutales ni pastos, sin otra agua que la que podía recogerse por medio de cisternas. Al frente de todos ellos, dejando aparte la jerarquía de la Iglesia, se hallaban Raimon de Perelha, señor originario del castillo, y su primo Pèire Rotger de Mirapeis, jefe militar de la plaza.

En lo alto de la superficie edificada estaba el castillo, con su torre maestra y sus murallas, y con las casas apiñadas a su alrededor, construidas a distintos niveles, cubiertas de ramaje o de teja rojiza y separadas entre sí por angostas callejuelas y pasajes. Un muro serpenteante de piedra y un par de barbacas protegían todo el recinto, en cuyo exterior, y en la cara sur de la montaña, había una estrecha liza destinada a permitir que, en caso de peligro, los soldados pudieran moverse con rapidez. Por último, al borde mismo del perímetro del despeñadero, una última empalizada de madera con lienzos de muro de piedra seca constituía la defensa externa de todo el conjunto en aquellas partes que lo requerían: otras veces era la misma roca, cuidadosamente tallada, la que cumplía funciones de última muralla.

Guilhem y su familia, vivamente intrigados por saber qué futuro les aguardaba, fueron descendiendo poco a poco desde el collado de la Pèira, siguiendo un angosto camino que se ocultaba ahora bajo las sombras de un espeso bosque de hayedo y abetal. Al llegar al fondo del valle, se apercibieron de que el sendero que subía *pech* arriba, bastante estrecho y a menudo con peldaños cortados en la roca, hacía imposible la ascensión del carro hasta la cumbre. Así es que alquilaron un cobertizo en una casa próxima para guardar el carruaje y parte de la mercancía, al tiempo que

se procuraban un borrico que, junto con su caballo, les ayudaría a transportar el bagaje hasta la cima.

Era ya el atardecer y, en aquella hora tardía de incierta claridad, ellos y los dos animales no eran los únicos visitantes o peregrinos que subían monte arriba para pasar la noche en el pueblo fortificado. El sendero ascendía por la ladera sur de la montaña, a través de un recorrido sinuoso rodeado de espinos y bojedaes. Cuando llegaron resoplando a la cumbre, tuvieron que franquear todavía dos grandes muros sucesivos que les cortaban el paso, ambos apoyados por sus extremos en impracticables escarpados. Desde allí se podían ver hombres armados que, encaramados en la barbacana, vigilaban el acceso al recinto.

En aquel pueblo singular de espacios imposibles vivía, efectivamente, doña Faurèsa, la antigua priora de El Mas y de Foix. Residía, junto a otras cinco buenas mujeres, en una casa construida con madera, barro y paja que descansaba sobre hiladas de pared seca. La planta baja tenía un pequeño cancel y una sola habitación que hacía funciones de *foganha* —cocina, comedor y sala a la vez—, con un pequeño hogar en el centro; arriba había un *Solier* de madera utilizando como dormitorio único para todas y que tenía las vigas del suelo empotradas en la roca. Existía una ventana en cada planta, pero las estrechuras del espacio exterior concedían pocas horas de luz solar.

Al verles, y más allá de su sincera alegría, doña Faurèsa no pareció sorprenderse mucho de su presencia:

—No os lo vais a creer, ¡pero estaba segura de que vendríais!

—¿Y cómo puede ser? —replicó, incrédula, Vierna.

—Pues no lo sé, me lo diría el corazón, o tal vez porque sabía que todavía no teníais casa propia. —De repente, un velo de tristeza cubrió el rostro de la priora—. En realidad, seguro que también a vosotros os están buscando y, fuera de los bosques y las montañas, no hay precisamente muchos rincones donde ocultarse con una criatura...

—¿Sabíais que vivimos durante tres meses en Montreal, con doña Raimonda? —preguntó Guilhem cautamente.

—Sí, hijo mío, sí lo sabía. Y sé que también vosotros tuvisteis que huir a toda prisa antes de que os atraparan. —Entonces se produjo un largo silencio y doña Faurèsa acabó por decir lo que todos pensaban—: Tuve noticias de la muerte de mi querida Raimonda al día siguiente... Gracias a Dios, no nos faltan correos ni visitas. —Doña Faurèsa apartó su mirada, como si deseara alejar tan oscuros pensamientos—: Bien... Ahora no es el momento de hablar de cosas tristes... Escucha, Guilhem: ¿a ver si adivinas cuál es el trabajo de las mujeres de esta casa?

Guilhem contempló con una sonrisa a aquella mujer tan poco corriente y le espetó de inmediato:

—No sé... Apuesto lo que queráis a que tejéis la lana...

—¡Exacto, Guilhem! ¡Lo has adivinado! —Respondió doña Faurèsa con alborozo

—. ¿Qué otra cosa podría hacer una mujer como yo, que jamás ha tenido oficio alguno?

Aquella noche los recién llegados durmieron en un rincón de la casa de la panadera del pueblo, una *bona dona* robusta y dicharachera que había dispuesto para sí un pequeño obrador en el que, siempre que no hubiera escasez de harina, cocía el pan para todos los residentes de la montaña. A la mañana siguiente, sin pérdida de tiempo, doña Faurèsa dedicó buena parte del día a buscar un aposento en el que pudieran alojarse los tres de forma estable. Después, les acompañó a saludar a Guilhabert de Castras, a quien ya conocían bien. El anciano obispo tenía en aquellos momentos una edad realmente proveya, pero seguía recibiendo visitas a todas horas, dirigiendo los asuntos de la Iglesia con mano firme y discutiendo con los dos señores de Montsegur los mil detalles de la vida cotidiana.

Muy pronto, con una sorprendente naturalidad, Guilhem y Vierna se sintieron plenamente integrados en aquel enjambre abigarrado de gente en el que, de noche y de día, se podía respirar la estrecha complicidad de una misma creencia, vivamente compartida. Él, despierto y mañoso, se ofreció de inmediato a instruir a algunas mujeres que nunca habían trabajado la lana, pero muy rápidamente le asignaron funciones relacionadas con el abastecimiento alimentario (trigo, aceite, pescado, sal y legumbres) de una vecindad que tenía la particularidad de vivir en lo alto de una montaña prácticamente inaccesible.

Así pues, Guilhem subía y bajaba a menudo, se marchaba a encargar o a comprar directamente víveres de todas clases, hacía llegar encargos a *bons homes* que vivían escondidos en grutas o cabañas. Embarcado en un continuo trajín, aquel hijo del país de Ayllón se sorprendía al ver cómo los buenos cristianos, a pesar de la persecución que sufrían, iban de un lado a otro para seguir consolando a los moribundos y predicando la buena nueva. Y, si ahora el riesgo se había multiplicado por mil, no dudaban en reunir a la gente en algún claro perdido en medio del bosque o detrás de la horma de piedra seca de cualquier era: así permanecían ocultos a los ojos de los forasteros y, de paso, actuando al aire libre, evitaban que las casas de los creyentes que les acogían se expusieran al derribo previsto por los cánones de la Iglesia católica.

Vierna, por su parte, cuidaba de su hija y trabajaba con las mujeres de la casa de doña Faurèsa. Conocía únicamente a la antigua priora, pero pronto aquella sala le recordó las felices horas de El Mas y de Foix. Allí en el *pech*, casi como suspendidas en una nube y rodeadas de *puro amor cristiano*, parecía que los aprietos de la implacable persecución que les acechaba fuesen tan sólo una remota amenaza. Pasaban los días, y su corazón se abría a la esperanza de un futuro más halagüeño, de una nueva etapa de paz y tolerancia en una patria sometida a la tiranía de gente forastera.

Transcurrieron cinco o seis años de una calma relativa. De vez en cuando, llegaban procedentes del llano noticias de tumultos y revueltas, pero también el rastro

desolador de la implacable acción que llevaban a cabo los inquisidores, incorporados de nuevo a su tarea en la ciudad de Tolosa. Una vez más, habían reaparecido las condenas y las exhumaciones de cuerpos dictadas por Guilhem Arnaut, acompañadas por las calles al son de grandes trompas y con solemnes proclamas que decían: «*Qui atal fara, atal perira*^[28]»... Sin embargo, la Iglesia de Dios proseguía mientras tanto la defensa de su causa sin desfallecer, ordenando, convirtiendo, consolando, partiendo el pan de la oración, predicando la Palabra.

En el transcurso de estos años de quietud habían muerto dos ancianos muy queridos de Guilhem y Vierna: en Gebetz, la madre de Guilhem, que nunca consiguió sobreponerse a la ausencia de su marido, y allí mismo, en Montsegur, Guilhabert de Castras, que fue sustituido en su misión por un nuevo obispo, Bertrand Martí.

Bruna, mientras tanto, fue creciendo muy espigada. Siempre alegre y retozona como un gorrión, no cesaba de recorrer todos los rincones de aquel curioso lugar que conocía como la palma de su mano. Adoraba a su padre y, cuando no existía ningún peligro, él la llevaba consigo al bosque y le enseñaba a distinguir las diversas especies de plantas y aves, a abastecerse de raíces y de frutos silvestres, a reconocer las huellas y los gritos de los animales, a discernir entre la multitud de ruidos que pueblan las arboledas.

De todas formas, lo que la más le gustaba a Bruna era que Guilhem le enseñara a leer las estrellas del firmamento, o que la llevara a cazar *al arbolete*. En este caso, muchos días antes de la fecha prevista su padre ya se había preocupado por encontrar algún acebo de copa muy espesa y, con su cuchillo, había arrancado diestramente la corteza del tronco hasta su propia altura. Después llenaba de agua una artesa y dejaba reposar en ella la corteza durante cuarenta días al sol y al sereno. De allí, bien exprimida, salía finalmente la liga, una masa muy viscosa imprescindible para la caza. Entonces Bruna embadurnaba con la liga varias varetas y alguna rama muy lozana, y con la ayuda de su padre hincaba en tierra el arbolete como si fuera un auténtico árbol. A continuación, sólo debían esperar que la voz del pájaro cautivo colocado a la vera de la rama enviscada surtiera su efecto: muy pronto, los pinzones y los luganos, los jilgueros y los verderones, atraídos por el canto del reclamo, acudían prestos hacia las varetas de liga y quedaban prendidos por las patas en la trampa. Una vez cazados los pájaros, Guilhem escogía algunas piezas para llevarse a casa y ponía las restantes en las manos temblorosas de Bruna, para que las liberase hacia el cielo, levemente asustada por el aleteo de las aves. Después ella corría exultante a contárselo a su madre...

En definitiva, Vierna y Guilhem habían encontrado al fin aquel hogar por el que tanto suspiraban, aun a pesar de conseguirlo mediante un azar imprevisto. Pero allá arriba, en Montsegur, en aquella habitación pequeña y húmeda, en aquel pueblo tan singular, se sentían realmente felices, y respiraban un aire de paz tan extrañamente puro que nunca en la vida, ni por un momento, podrían imaginar la terrible conmoción que estaba a punto de acontecer.

XXX

Cocula carta es trencada...!

¡El c... de papeles ya están rotos!

(Grito de un creyente del Languedoc, 1242).

LLEGÓ EL OTOÑO del año 1241. Mientras los viñadores recogían la uva y los árboles perdían sus hojas a merced del viento, Guilhem Arnaut de Montpelhièr y su compañero inquisidor recorrían el Albigés y el Lauragués, entregando cartas de penitencia a las personas que abjuraban y dictando rigurosas sentencias de condena a las más irreductibles o a los difuntos póstumamente hallados en herejía.

El plan trazado les condujo un buen día al pueblo de El Mas Santas Puellas. Allí, emprendieron según costumbre la predicación general en la iglesia y, concedido el tiempo de gracia, comenzaron a interrogar a la gente con la pericia acostumbrada, mientras se extendía por doquier un profundo rencor contra ellos. Fue en ese momento cuando los dos jueces acabaron de atar por fin, entre otras investigaciones, todos los cabos relativos a un *ostal* de buenas mujeres que se había instalado allí mismo diecinueve años antes, al pie del castillo de los señores del lugar.

Ahora todo quedaba muy claro: cuatro años después de la fundación de la casa, la priora y una joven muy hermosa a la que tenía como ahijada habían huido poco antes de que entrase en el pueblo el ejército cruzado. Poco después, ellas mismas establecieron una nueva sede de la herejía en la villa de Foix, concretamente en la calle del Forn d'Avalh. Más adelante, la muchacha se había unido a un comerciante de lanas y, una vez firmada la paz de 1229, todos habían huido de nuevo sin dejar ni el más mínimo rastro. Huc de Montgrenier, ahora al servicio incondicional y fervoroso del rey de Francia, había buscado a la muchacha durante cierto tiempo, inútilmente. Entre todas las personas identificadas de aquellas dos casas, Maurina, Clemensa y Raimonda fueron cayendo en la condenación de la hoguera, otras dos mujeres murieron por causas naturales, una jovencita abjuró y permanecía en prisión

y, finalmente, doña Faurès y la pareja se hallaban en paradero desconocido...

Terminada la investigación, los jueces dominicos condenaron a la priora y a Vierna como herejes, mediante sentencia definitiva por contumacia, y resolvieron también «excomulgar y anatemizar como fautores y defensores de herejes» a todos aquellos que, dondequiera que fuese, les concedieran «ayuda, consejo o favor». Después, y tras una breve interrupción durante el período más crudo del invierno, prosiguieron su labor por otros pueblos de la misma comarca.

En mayo, la larga comitiva de la Inquisición se instaló en el castillo que el conde de Tolosa tenía en Avinhonet, un pueblo rural situado a lomos de una colina y que pasaba por ser un auténtico nido de herejes. Era el tiempo del florecimiento de la hierba del glasto, poco antes de que las hojas tomaran aquella coloración violeta clara que anuncia la cosecha de la amarilla flor del Lauragués. La expedición estaba integrada por once personas: los dos inquisidores, otros dos dominicanos y un franciscano, un arcediano y su vicario, un notario y dos ujieres y el propio prior del pueblo, que se había sumado al grupo.

La víspera del día de la Ascensión, finalizados los interrogatorios de la jornada, todos ellos cenaron tranquilamente y, tras haber rezado las últimas oraciones del día, se acostaron en la gran sala que tenían reservada en la torre maestra del castillo condal. No hacía mucho tiempo que dormían cuando de repente un enorme estruendo los despertó. Alguien había reventado a hachazos la puerta e, incluso antes de que los frailes pudiesen apercibirse de ello, les cayó encima un grupo de hombres provistos de armas blancas y antorchas. Algunos de los asaltantes eran *faidits* y soldados que vivían en Montsegur, más un numeroso grupo procedente del pueblo de Gaja y otro del mismo Avinhonet, entre los cuales el baile del conde de Tolosa. No muy lejos, en un castillo de la comarca, les esperaba el hombre que dirigía el pelotón: Pèire Rotger de Mirapeis, el jefe de la guarnición de Montsegur.

La mortandad fue terrible. Los frailes más cercanos a la puerta cayeron de forma inmediata bajo las hachas y las dagas de los agresores, mientras se arrodillaban y entonaban el *Te Deum* con voz temblorosa. Otros tuvieron todavía el ánimo de huir hacia el piso superior, donde fueron igualmente abatidos sin compasión. Toda la rabia de aquellos años, todo el odio acumulado por la represión y las condenas de los inquisidores se descargaron aquella noche contra Guilhem Arnaut y su gente. El aposento quedó repleto de cuerpos mutilados entre charcos de sangre. A continuación, cofres, vestidos, escapularios, pupitres, rodaron por el suelo y enriquecieron el sacrílego botín de los asesinos. Los libros que contenían las declaraciones efectuadas ante los inquisidores fueron destruidos...

Guilhem Arnaut fue, sin duda, la causa y el blanco principal de la matanza, pues representaba como nadie a la institución aborrecida por la gente del país. Uno de los soldados asaltantes le partió el cráneo de un hachazo y otro se jactó después de haberle arrancado la lengua. El propio Pèire de Mirapeis, cuando sus hombres regresaron, recriminó a un sargento por no haberle traído, entera, la bóveda del

cráneo del dominico: hubiera querido tenerla en sus manos para convertirla en la copa de su vino...

Como es natural, la conmoción fue enorme en todo el país. En el mismo Avinhonet y en los pueblos vecinos, mucha gente manifestó abiertamente su alegría por las calles y las plazas, y es que muchos de ellos pensaron que, muertos los jueces y destruidos sus papeles, la propia Inquisición moriría y el país entero sería liberado. Simultáneamente, Raimon VII, el conde de Tolosa, que en los últimos tiempos había estado tramando una red de alianzas para levantarse contra el rey de Francia, se puso en pie de guerra y, en sólo tres meses, reconquistó una parte considerable de su territorio, incluida toda la zona de Montsegur.

Arriba en el *pech*, todo se encontraba patas arriba, en aquellos días. Todo el mundo había asistido a los preparativos del pelotón de los caballeros y los sargentos que había marchado hacia Avinhonet y, en los tres días siguientes, había esperado su regreso con ansiedad. Después, todos habían seguido día a día las noticias relativas a la cabalgata militar del conde de Tolosa, a la que habían contribuido de forma muy activa los *faidits* y los hombres de armas del picacho. Pronto los pueblos de la comarca vieron como sus antiguos señores recuperaban los castillos y las tierras, y como algunos de los *bons homes* descendían de Montsegur para instalarse de nuevo entre la gente, como si nada hubiera pasado.

Las visitas arriba y abajo, las idas y venidas, fueron incesantes durante aquel período, y Guilhem y Vierna tuvieron la alegría de acoger en su casa a Peirona, a quien acompañaron después hasta Gebetz en su regreso. A lo largo de todos aquellos años, la muchacha de figura delgaducha y severa se había mantenido firme en el amor que les profesaba y en la fe adquirida de su cuñada. Seguía soltera, pero ya no era la única mujer de la familia: su hermano Miquèu se había casado con la hija del albartero del pueblo y, en consecuencia, había llevado a su esposa a la casa de la montaña.

Parecía abrirse una vez más un resquicio de esperanza... que muy pronto se truncaría de nuevo, ya que la campaña del conde de Tolosa —*la guerra del conde*— contra el rey de Francia fracasó en tan sólo cuatro meses, ante las fuerzas del campo contrario y las apresuradas deslealtades del propio. Una nueva paz tuvo que ser firmada y, como si se tratara de la misma canción de siempre, todos los vencidos, los caballeros y los cónsules de las villas tuvieron que prestar juramento de fidelidad otra vez a la Iglesia y al rey, uno tras otro. Era la primavera del año 1243...

La esperanza, pues, se había marchitado más deprisa de lo que tardó en fundirse la nieve que coronaba las cimas de las montañas más próximas. Y los que vivían en Montsegur comprendieron que todo había cambiado a peor y que ya no sería posible mantener la sede principal de la Iglesia de los buenos cristianos como un refugio ignorado y solitario. Fue entonces, precisamente, cuando Vierna temió por su hija.

Bruna había cumplido trece años, uno más de los que tenía su madre cuando había ingresado, de la mano de su tía enferma, en la casa de El Mas Santas Puellas.

Prácticamente todos los recuerdos de su vida se reducían a los ocho años pasados en Montsegur: un aposento pequeño y oscuro en una casa de barro y madera, un pueblo hecho de impracticables callejuelas y un entorno de hombres y mujeres, vestidos con hábito negro de buriel, que alternaban trabajo y oración como si a eso se redujera el mundo... No muy lejos, las salas del castillo y una minúscula corte que lo habitaba, así como un pequeño ejército de caballeros y de soldados que subían y bajaban de la cumbre con sus caballos, sus espadas y sus ballestas. Más allá del recinto de la montaña, un paisaje inamovible, pero cambiante al mismo tiempo: las imponentes cimas de Sant Bertomieu y Soularac, los pliegues del Plantaurel, los espesos bosques que el paso de las estaciones teñía con coloraciones varias y, como frontera infranqueable, un círculo de espeluznantes riscos que se hundían en gargantas y desfiladeros invisibles. Muy de vez en cuando, los horizontes de Bruna se ampliaban gracias a algunas visitas al llano, o hasta el país de Ayllón, donde la gente cultivaba la tierra y conducía los rebaños a través de extensísimas llanuras, y donde los carros balanceaban pesadamente su carga de heno y de paja por interminables caminos, llenos de polvo en verano y de barro durante el tiempo de la nieve y la lluvia. Por compañía, y más allá del mundo de los mayores, tan sólo un reducido grupo de niños y media docena de chicas de su edad. Para Bruna, pues, la vida era aquello y poco más...

Trece años, solamente, y un mundo demasiado reducido, cerrado entre sus propias murallas. Y, por si fuera poco, un mundo que en aquellos momentos resultaba tan frágil como la capa de hielo de la cisterna cuando helaba. Más allá de las cordilleras y los caminos, se insinuaba una sombra de inminente amenaza que no tardaría en convertirse en un cuerpo de ejército, sembrador de destrucción y de muerte. En resumen, pensaba Vierna, demasiado duro para una edad tan temprana, demasiado grave para arriesgar las esperanzas de toda una vida.

Una noche estrellada, cuando el centelleo del firmamento parecía borrar la negrura de los malos presagios, Peirona y Miquèu se presentaron en Montsegur en respuesta inmediata a la urgente demanda que les había llegado a Gebetz gracias a un mensajero de confianza. Montaban sendos caballos con los serones repletos de trigo y de legumbres para los habitantes del pueblo fortificado. Después de la cena, todos los miembros de la familia, a excepción de Miquèu, se trasladaron a la gran sala de la torre maestra para acompañar al obispo Bertrand Martí y a la jerarquía de la Iglesia en las últimas oraciones del día. Y cuando llegó la hora de acostarse, Vierna habló a su hija de esta manera:

—Escucha, Bruna, escúchame bien. Antes de que te duermas tengo algo que decirte...

La muchacha frunció las cejas, intrigada por el tono tan serio de las palabras de su madre.

—Verás, hija, tu padre y yo hemos pensado que convendría que te marcharas por algún tiempo de Montsegur.

—¿Por qué, madre? —preguntó la muchacha, sorprendida.

—Pues porque barruntamos que el ejército del rey no tardará mucho en poner sitio a nuestra montaña. Y, si así fuera, preferiríamos que te encontraras en Gebetz, en casa de tus tíos. Allí estarás mucho más segura...

—Pero ¿y vosotros? ¿Qué será de vosotros, si atacan las tropas del rey?

Con la firmeza y la serenidad que la caracterizaban, Vierna fue tranquilizando a su hija, sin revelar, ni mucho menos, sus propios temores ni las terribles incertidumbres que entonces vislumbraba. Antes de dormirse, Bruna le pidió aún una última cosa:

—Madre, cuando me marche y tú no estés a mi lado para arroparme, ¿qué debo hacer para rezar al Padre de los buenos espíritus?

—No lo hagas con el *Pater noster*, querida Bruna, porque tú ya sabes que sólo pueden rezar la santa oración aquellos que se encuentran en la vía de la verdad.

—¿Y quiénes son, madre?

—Los buenos cristianos y las buenas cristianas, ya que ellos no mienten ni cometen pecado ni mal.

—Así pues, ¿cómo puedo dirigirme al Padre de los cielos?

—Todas las noches, antes de dormirte, ruega a Dios de esta manera: «Que el Señor Dios, que guió a los reyes Melchor, Gaspar y Baltasar cuando viajaron a Oriente para adorarle, me guíe igual que les guió a ellos».

Después la arropó como solía y permaneció durante un largo rato velando su sueño, como si quisiera embeberse de todos los rasgos de aquella indefensa criatura. Así pues, las últimas horas de aquella noche tan triste fueron breves para ella mientras apartaba los mechones de pelo negro que caían sobre su frente, le tomaba la mano con ternura o acariciaba dulcemente su mejilla.

A la mañana siguiente, al rayar el alba, Peirona y Miquèu se llevaron a Bruna hacia el país de Ayllón. Guilhem les acompañó hasta el valle, mientras Vierna, desde una ventana muy alta, fue siguiendo el rastro de las dos monturas durante un largo rato, más allá del camino de herradura que ascendía hacia el collado de la Pèira. Las lágrimas brillaban en sus ojos y, con el corazón encogido, sus labios musitaban incansablemente plegarias y *gratiae* para que, cuando llegase la hora incierta, el Padre de los justos concediera un buen fin a la hija que tanto quería. Una hija a la que ya no vería nunca más.

XXXI

*Dieus! qui pot dire
ni saber lo turmen?,
qu'ieu, quan m'albire,
suy en gran pessamen.*

¡Dios! ¿quién puede decir
ni saber este tormento?,
pues yo, cuando me doy cuenta,
estoy en gran pesadumbre.

(Bernart Sicart de Maruèjols, trovador, 1230).

EN LAS SEMANAS siguientes, hubo en Montsegur y sus alrededores una insólita agitación y un alboroto enorme. Un poderoso ejército de varios miles de hombres, reclutado como servicio obligatorio por el senescal del rey francés en Carcasona, plantó su campamento, sus carruajes y sus estandartes al pie de la montaña y, a continuación, con la connivencia explícita de los obispos de la Iglesia católica, le puso sitio. En medio de un impresionante despliegue, varios puestos de guardia fueron instalados allí donde no alcanzaba el grueso del ejército, al mismo tiempo que se iban acumulando, a toda prisa, municiones, armamento y máquinas de guerra.

Arriba en el *pech*, se seguía un proceso simultáneo, aun cuando en una escala muy inferior. De acuerdo con las directrices de Pèire Rotger de Mirapeis, los asediados fueron procediendo a un cuantioso acopio de víveres y armas de todas clases, así como también de cuerdas, hondas y proyectiles para los trabuquetes y maganeles, máquinas que los carpinteros y los forjadores se aprestaban a construir rápidamente. Algunos hombres de apoyo subieron hasta el castillo y, a lo largo del perímetro de la roca, se multiplicaron las defensas y las guardias. En los talleres de las casas, en el molino y en el horno, en los almacenes y los establos, en los patios y las salas de armas, todo el mundo trabajaba sin descanso, pues deberían resistir y sobrevivir al asedio y al asalto de las fuerzas del rey y de la Iglesia, con la esperanza

de que, tan pronto como le fuera posible, el conde de Tolosa haría valer sus legítimos derechos y acudiría a socorrer a sus vasallos.

Sin embargo, fueron transcurriendo las semanas y los hombres del senescal de Carcasona, ante la imposibilidad de un asalto a una cumbre rodeada de escarpaduras y precipicios, apenas se movían, como si tan sólo estuvieran pendientes de ver cómo el paso del tiempo les entregaba sin coste alguno la fruta madura. Mientras, los ánimos de la gente de Montsegur oscilaba según los rumores que circulaban en cada momento. Guilhem y Vierna disponían de información de primera mano, puesto que doña Faurèsa visitaba a menudo el castillo y mantenía contactos regulares con los cabezas de su Iglesia. Algunas veces, se les encogía el corazón al enterarse de que algún sargento había sido herido de muerte en una escaramuza o que algún mensajero enviado al valle había sido interceptado por los sitiadores. Sin embargo, otras veces las noticias eran esperanzadoras, tal como ocurrió en un día de mayo, justo poco después de que Guilhem regresara sano y salvo de una incursión nocturna que él y otros dos hombres habían emprendido para abastecerse de alimentos.

Aquella noche, doña Faurèsa entró bruscamente en la austera habitación que ocupaba la pareja y, sin darles apenas tiempo de arrodillarse ante ella para venerarla, les dijo radiante de alegría:

—Tengo noticias..., buenas noticias, ¡alabado sea el Dios bueno!

—¿De veras? Venga, hermana, no nos tengáis en vilo... ¡Contadlas en seguida!
—respondió Guilhem levantándose a toda prisa.

—Ay, no sé, tan buenas son que hasta parece imposible...

La mujer se sentó en un escabel y, tras tragar un poco de saliva, comenzó sin más preámbulo:

—¿Recordáis que os hablé de unos correos que mi señor de Mirapeis envió a la tierra baja para confirmar hasta qué punto el conde de Tolosa llevaba bien sus asuntos?

—Sí, desde luego... —replicó, impaciente, Vierna.

—Pues bien, hace sólo un rato nuestro obispo y mi señor acaban de saber que las cosas del conde Raimon están marchando muy bien...

—¿Qué queréis decir? —inquirió Guilhem, desconcertado.

—A ver, a ver, empecemos por el principio —se interrumpió de repente la priora—. Hace un par de días llegó a Montsegur un sargento de paso procedente de Tolosa. El hombre, informado sólo a medias, explicó que tenía buenas impresiones de cómo marchaban las cosas, pero que, como regresaba a su casa, procuraría confirmarlo. Entonces el sargento acordó con Pèire Rotger en que, si las noticias del conde Raimon eran realmente favorables, subiría al *pech* de la Bastida y, desde allá arriba, haría dos señales con fuego para que nosotros pudiéramos verlas...

—¿Y...?

—Pues que, hace más o menos una hora, el hombre ha enviado sus señales como habían prometido...

—Y esto significa...

—Esto significa que nuestro conde ya levanta cabeza, y que pronto va a venir a salvarnos. Así de simple... —sentenció doña Faurèsa, alborozada.

Sin embargo, parecía como si Vierna no acabara de creerlo:

—¿Y cuándo ocurrirá algo tan maravilloso? —preguntó con un deje de incredulidad.

—Uy, eso ya es harina de otro costal... ¡Yo qué sé, cuándo será! Pero esperad, esperad, hay más todavía...

—¿Más... buenas noticias?

—Sí, mujer, sí, ¡hoy es un día de esperanza para nosotros! Me ha dicho el hijo mayor^[29] de nuestro obispo que, anoche, otro mensajero explicó detalles todavía mucho más concretos: que el conde Raimon había tomado una nueva mujer, que esto puede otorgar finalmente un heredero al condado de Tolosa, que tal vez le levanten la excomunión y que tiene previsto venir a Montsegur con un numeroso ejército...

Durante las semanas siguientes, los residentes de aquel nido de águila colgado en lo alto de las nubes fueron alimentando y aumentando hasta la exageración aquella llama de esperanza que tanta falta les hacía para resistir las privaciones derivadas del asedio. Los mensajeros seguían cruzando las líneas del enemigo, los rumores contradictorios circulaban como la pólvora y la gente hablaba de ciertas cartas llegadas de lejanas tierras que tan sólo conocían los dos señores del castillo y el obispo Bertrand Martí. Éste, mientras tanto, no dejaba de visitar los *ostals* de sus hijos en la fe, celebraba constantemente reuniones, recibía gente de dentro y de fuera, congregaba a su alrededor a los nobles del castillo y a grupos escogidos de buenos cristianos para predicarles, sin descanso, la Palabra.

Así llegó el invierno, y se cumplió medio año desde la marcha de Bruna hacia el país de Ayllón y de un sitio militar en Montsegur que llevaba todas las trazas de eternizarse. El senescal del rey comprendió que, si no tomaba alguna iniciativa antes de que llegaran el frío y las nevadas, el tiempo jugaba en contra y no le sería posible retener a la gente que él y los obispos habían reclutado. De modo que formó un pelotón con varios gascones y algunos hombres del país y, tras haberlos retribuido con gran generosidad, les encargó una misión francamente temeraria: trepar de noche por el despeñadero situado al sol naciente de la montaña, en el punto más alejado de la concentración del castillo y de las casas. Allí, en la roca de la Tor, ya no alcanzaba la muralla y los defensores tan sólo tenían una torre de guardia y una pequeña guarnición...

En efecto. Provistos de cuerdas y armas ligeras, los gascones lograron ascender por un acantilado tan espeluznante que, sin duda alguna, de haberlo visto a la luz del día y contemplando con sus propios ojos las profundas gargantas que tenían bajo sus pies, a buen seguro no se hubieran atrevido a escalarlo. Sin embargo, una vez arriba, y cogidos los centinelas a oscuras y por sorpresa, les quitaron el pellejo a cuchilladas y se apoderaron en un abrir y cerrar de ojos de la torre. El camino, pues, quedaba

expedito y muy pronto los soldados del rey ocuparon aquella cresta de la montaña. Y se mantuvieron en ella, a pesar de que en las semanas siguientes los defensores de Montsegur procuraron en varias ocasiones recuperar la posición perdida con un nutrido fuego de piedras y flechas y con alguna que otra escapada fuera de sus muros.

Aquella grave fisura en las defensas precipitó rápidamente las cosas. Bertrand Martí comprendió que corrían un serio peligro de ocupación y, en consecuencia, se propuso poner a buen recaudo las finanzas de la Iglesia de Dios que tenía a su cargo. En los días ya próximos a la Navidad, un diácono y otro buen cristiano, contando con la complicidad de algún soldado del senescal, se escurrieron entre las filas de los sitiadores y lograron llevarse con ellos, hasta una gruta del Sabartés ocupada por gente de confianza, una caja con un buen puñado de piezas de plata y vellones de cobre, así como varios objetos de oro y de plata procedentes de legados y donativos de nobles creyentes.

Poco después, y en respuesta a la pérdida de la defensa de Tor, llegó a Montsegur un maestro especialista en máquinas de guerra enviado por el baile del conde de Tolosa. Y todos vieron en su llegada, no sólo un apoyo a las defensas del pueblo fortificado, sino sobre todo un anticipo de la ayuda salvadora que anhelaban.

Aquel año, extrañamente, no hizo mucho frío en la montaña, y la nieve y la lluvia sólo tuvieron en ella una esporádica presencia. A menudo, de noche, doña Faurèsa se presentaba en casa de sus amigos y se reunían los tres bajo la tenue luz de un candil de cerámica y alrededor de un humilde fuego, dispuesto encima de grava y arcilla y alimentado tan sólo por ramillas de boj y de brezo. Ella bendecía y repartía el pan de la santa oración y después les contaba rumores y noticias del poblado y les reconfortaba con animosas palabras. Vierna, más bien meditabunda, les servía con fatigado gesto un poco de verdura y de congrio, y un vaso de vino si quedaba, pero apenas abría la boca: recordaba mucho a su hija y, cada vez más a menudo, daba vueltas a lo que debería hacer con su vida si no llegaba el anhelado auxilio del conde de Tolosa. Guilhem, por el contrario, procuraba romper a toda costa el opresivo silencio que, de vez en cuando, se les venía encima como un sudario. Con una fe sincera, el antiguo comerciante de lana mantenía viva la esperanza. Pero las horas avanzaban lentamente, a paso de buey, y la brevedad de los días de invierno debilitaba aquí y allí el vigor de los espíritus...

A menudo, la aparente placidez se rompía como consecuencia de los asaltos que, a partir de los hechos de la roca de Tor, resultaban cada vez más frecuentes. Desde la posición conseguida, los hombres del senescal forzaban las hostilidades hasta el límite, lanzaban proyectiles constantemente contra la barbacana y los muros de defensa y se acercaban, sin tantas precauciones como antes, para plantar sus escalas. Así pues, los muertos y heridos de uno y otro bando aumentaban en número, y los clérigos católicos y los *bons homes* cátaros tenían que multiplicarse invocando el perdón de un mismo Dios que todos pretendían suyo: así podrían garantizar a sus respectivos moribundos, ya por la extremaunción, ya por el *Consolament*, la entrada

segura en la gloria de un mismo cielo.

El día del *Caramentrant*^[30], cuando ya se había convertido en una triste costumbre ver las flechas de las ballestas sobrevolando las casas o más de un techo despanzurrado a causa de alguna piedra, Guilhem regresó a su casa visiblemente afligido. Con el fin de contribuir a revisar el estado de las provisiones, había visitado el castillo, concretamente el almacén de la planta baja de la torre maestra, y lo que vio le había desalentado en grado sumo:

—Se nos está acabando la comida, Vierna. Hace varios días que nadie consigue traspasar las filas de los franceses, y eso significa que tampoco nos llegan víveres.

—Entonces, ¿qué es lo que haremos?

—Mi señor Pèire dice que habrá que repartir mejor lo que nos queda...

—¿...?

—Sí, mujer. Dará órdenes para que se entregue a cada familia medio sextario de habas y un poco de aceite, de sal y de pimienta. Con esto, y con un poco de dorada y de mújol que todavía nos queda, tendremos que ir tirando.

—Pero, Guilhem, así no resistiremos muchos días...

—Ya lo sé... —confesaba su marido moviendo los brazos y frunciendo las cejas—. Yo no puedo hacer nada... Me imagino que él, que es un hombre avisado, habrá pensado algo...

Tal y como estaban las cosas, la única *solución* posible ya no se hizo esperar. El día 2 de marzo, Pèire Rotger de Mirapeis, jefe de la guarnición de Montsegur, solicitó al senescal de Carcasona negociar las condiciones de una rendición honrosa. Mientras tanto, el conde de Tolosa se encontraba muy lejos de sus vasallos, en la ciudad de Roma, atrapado y retenido desde hacía varios meses por un enrevesado avispero de negociaciones y complicadas componendas...

XXXII

*Dona nos a conoiscer so que to conyoshes
e amar so que tu amas...*

Danos a conocer lo que tú conoces,
y a amar lo que tú amas...

(Oración cántara del siglo XIII).

LOS TÉRMINOS DE la rendición resultaron perfectamente claros: cuando se entregara Montsegur a manos del rey y de la Iglesia, los soldados y civiles, cualquiera que fuese su pasado, podrían descender de la montaña con la vida salva y sin ninguna clase de condena, con la única condición de comparecer ante los inquisidores para prestar declaración. En cambio, los *bons homes* y las *bones dones* seguirían la misma senda que tenían señalada desde siempre: o abjuraban de su fe, o serían entregados a la hoguera.

Pèire de Mirapeis obtuvo asimismo una tregua de quince días antes de la entrega de la plaza. Era el tiempo que necesitaba la Iglesia de los amigos de Dios para poner sus asuntos en orden, o quién sabe si el jefe de la guarnición mantenía aún la leve esperanza de ver llegar el auxilio que habían aguardado inútilmente.

Así pues, las hostilidades finalizaron de repente y un grávido y desconcertante silencio se apoderó de la cumbre de la montaña. Ya no caían piedras ni flechas, ya no se oían los gritos pavorosos ni las órdenes de los guerreros, ya no había que preocuparse por nuevos heridos, ya no se producían sobresaltos en medio de la noche... Nadie puso en duda los términos del acuerdo, ya que todos eran muy conscientes de que se trataba de la mejor rendición posible. Pero los hombres y las mujeres que habían recibido el sacramento que libera de los pecados, es decir, el bautismo de Cristo por el Espíritu y el fuego, sabían que estaban a punto de entregar su propia vida y que no tardarían en poder ver aquella *tierra nueva* a la que se refiere san Juan en el Libro del Apocalipsis.

Nadie hablaba mucho en aquellos días, por lo menos de puertas afuera. El camino que unos y otros tenían abierto ante sus ojos era tan divergente que los que estaban llamados a sobrevivir no se atrevían a referirse en modo alguno a su futuro inmediato. Los buenos cristianos, entre tanto, contemplaban su final sin temor alguno, convencidos en su interior de que en la hoguera no les esperaba ningún sufrimiento y de que las llamas no serían más que la puerta de acceso al paraíso de sus sueños.

Durante los primeros días de la tregua, Vierna se sumergió en un extraño y profundo mutismo, entreverado de reflexiones y designios que su marido apenas intuía. Pero éste la miraba con el corazón encogido, terriblemente angustiado por conocer las ideas que daban vueltas por la mente de aquella mujer a la que tanto amaba. Ella, pues, seguía ordenando su aposento, fregaba con ceniza las bacías de latón y la caldera de cobre, barría el suelo sin decir ni palabra. Hasta que, cuando sólo faltaban tres días para que finalizara la tregua, Vierna rompió finalmente su silencio:

—Guilhem, quiero hablar contigo...

Subieron al camino de ronda de la muralla, desde donde se avistaban las nevadas cimas del pico de Sant Bertomieu y las montañas cercanas, así como la plena extensión de un cielo de invierno completamente despejado, pintado de un intenso azul que deslumbraba. Abajo en el patio, unas gallinas picoteaban junto a las gavillas de paja de las cuadras y un sargento herraba su rocín a golpes de mazo y de ininteligibles maldiciones, mientras en el lado opuesto dos mujeres hacendosas y risueñas vaciaban las cestas de la ropa y tendían al sol su colada. Vierna los miraba ligeramente conmovida por la cotidiana simplicidad de unos gestos tantas veces repetidos, como si la paz de los días felices de antaño hubiese regresado a Montsegur por un instante. Después, se dio la vuelta hacia su marido y le miró en lo más profundo de sus ojos. Entonces le habló con voz pausada y tranquila y, entre tanto, su belleza resplandecía con la serenidad de quien pudo aclarar al fin todas sus dudas.

—Verás, Guilhem, en tres días todo esto habrá terminado...

—Lo sé muy bien, Vierna...

—Sí, todo habrá terminado para siempre, y aquellos hombres y mujeres más queridos, aquellos con quienes hemos compartido nuestra vida en estos últimos años, habrán tenido que elegir su propio camino. Unos, los que ni siquiera sienten nuestra fe, o la viven de un modo distante, aquellos que nos apoyaron sobre todo para defender *paratge* contra las maquinaciones del rey de Francia, todos ellos regresarán a sus casas. Los demás, los buenos cristianos, ya lo sabes, serán entregados a una muerte segura...

Medía sus palabras, como si quisiera devanar sus razones con una lógica natural e inapelable. Decirlo todo con las palabras justas, dar forma a sus ideas a tenor de un plan previsto en todos sus detalles. Era, una vez más, una mujer resuelta y segura, firme en sus convicciones, poco amiga de doblegarse frente a ningún obstáculo.

—Así es que tú y yo, Guilhem, debemos elegir también nuestro camino...

—¿Tú y yo...? Pero, escucha Vierna, ¡nosotros no pertenecemos a la Iglesia de

Dios...! ¡Podemos salvar nuestra vida, huir de aquí, volver con nuestra hija! —La voz iba subiendo de tono a medida que vislumbraba los propósitos de Vierna.

—Espera, Guilhem, deja que te explique lo que pienso...

Él estaba hecho un manojo de nervios y la sujetaba de los brazos mientras la zarandeaba de un lado a otro, al tiempo que una bocanada de sangre le subía por la cara y se sentía presa de una profunda conmoción.

—Tú, Guilhem, te irás con los señores del castillo y con los caballeros y soldados que hasta hoy han protegido nuestras vidas. Sobre ti no hay condenas ni agravios de los jueces inquisidores, y no te van a perseguir... Por otra parte, la luz de tu fe sigue siendo tenue y vacilante porque, después de tanto tiempo, todavía descansa sobre el amor que sientes por mí y no sobre la fuerza que surge de tu propio corazón. Así pues, tienes que vivir para cuidar de nuestra hija y fortalecer tu creencia, y para mantener el testimonio de nuestra fe en este mundo corrupto.

Su voz no vacilaba, pero sus labios temblaban y los ojos casi se le arrasaban en llanto, mientras lágrimas de un profundo desconsuelo se deslizaban de modo silencioso por sus mejillas. Pero ya no podía interrumpirse, tenía que proseguir su reflexión en voz alta, tenía que llevar hasta el final aquel intrépido esfuerzo:

—En cuanto a mí, todo es distinto, amor mío... Nací en el seno de la buena creencia, y apenas tenía doce años cuando entré en casa de doña Faurèsa, en El Mas Santas Puellas. Y mi destino, marcado para siempre, tan sólo se torció porque un buen día me enamoré de ti, porque el amor se apoderó de los dos con una fuerza irresistible...

—Pero...

—Te sigo queriendo, Guilhem, y mi pensamiento postrero será para ti y para Bruna. Pero ahora mismo, los míos, aquellos que guiaron mi camino hacia la *entendensa* de todo bien, se disponen a seguir la misma senda hasta un punto sin retorno. Ellos tendrán el buen fin que esperaban y verán la gloria del Padre santo. Yo... Yo quiero acompañarles, Guilhem, porque ése es también el final para el que me he preparado a lo largo de esta vida, intensamente, con una fidelidad que tan sólo atenué simplemente para poder amarte...

Una ráfaga de viento glacial hizo estremecer las hojas de los arbustos situadas al pie de la muralla y, como un aullido siniestro, transportó hacia ellos, hasta el camino de ronda, los ladridos de un perro extraviado que se agitaba entre una espesa broza de bojedales y coscojas. Ahora Guilhem, con sus ojos abatidos ante la evidencia que se iba imponiendo, ya no pretendía detener las palabras de Vierna. Parecía como si estuviera todo dicho... Sin embargo, su lacerado corazón se negaba todavía a comprender y le iba dictando, uno tras otro, los mil imaginables reparos:

—Pero, Vierna, escúchame, podríamos vivir todavía muchos años, y recorrer juntos como hasta ahora los mismos caminos...

—No te engañes, Guilhem, mis días están contados... La larga mano de la Iglesia *usurpadora* está a punto de alcanzarme, y me hubiese atrapado ya varios años antes si

Montsegur no nos hubiera acogido bajo sus alas protectoras. Si no es hoy, será dentro de muy poco; por ejemplo, cuando comparezca ante los frailes predicadores y proclame frente a ellos mi fe irrenunciable.

—Podríamos ocultarnos, Vierna...

—¿Por cuánto tiempo, Guilhem, por cuánto tiempo? ¿Tres meses, un año, tal vez dos? Lo que tiene que venir que llegue ahora, en Montsegur, con los obispos y los diáconos de la santa Iglesia, con doña Faurèsa, que siempre me quiso como la madre que perdí cuando era niña, con todos los *bons homes* y las *bones dones* que me acompañarán en el camino de la salvación de mi alma. Veré el cielo, amor mío, las puertas del paraíso se abrirán de par en par para acogerme, y el espíritu que vive en mí podrá liberarse por fin de la tierra de olvido que lo mantiene prisionero.

Ya no lloraba, sino que la visión que enardecía su corazón brillaba en el azul indescriptible de sus ojos. Y cuanto más se arrebatava, más se sumía Guilhem en su tormento. Sabía a ciencia cierta que, cuanto había escuchado, no tenía vuelta de hoja y que Vierna había perfilado un trayecto por el que él no podía seguirla. Y, habiendo comprendido hasta el último pliegue de su conciencia el destino que le esperaba, lloró con amargura, con aquel desespero y aquellos irreprimibles sollozos que los hombres, al hacerse mayores, creen haber arrinconado para siempre en el baúl de su infancia. Aturdido por las bocanadas de sangre que batían en sus sienes, aquel hombre desgarrado y perplejo levantó sus ojos hacia el impresionante cielo de Montsegur, y no supo encontrar, en aquel purísimo azul que le cegaba, ninguna suerte de consuelo ni respuesta...

Al día siguiente de esta conversación, más de una veintena de creyentes, hombres y mujeres, visitaron a Bertrand Martí para pedir de sus manos el *Consolament*. Algunos eran caballeros *faidits*, nobles de alta estirpe pero sin tierras, otros eran simples escuderos o plebeyos de múltiples oficios. Incluso estaban la mujer y la hija de Raimon de Perelha, uno de los dos señores de Montsegur, y naturalmente Vierna y otras mujeres. Más de uno abandonaba a su marido, o a su mujer, o a varios hijos; otros se disponían a morir con su pareja. Unos tenían una fe incommovible, otros tal vez temían que, tras la caída de Montsegur, jamás podrían hallar quien les diera el *Consolament* a la hora de su muerte.

Recibieron la imposición de manos de su obispo y a la vista de todos, y aquella misma noche Vierna vistió el oscuro hábito de buriel y fue a dormir en el *ostal* de doña Faurèsa. De esta manera, habiendo recibido el sacramento único de su Iglesia, la antigua novicia de El Mas Santas Puellas había adoptado por fin el compromiso de entregarse a Dios y al Evangelio por todo el tiempo de vida que le quedara: dicho de otra manera, se había convertido, a sus treinta y dos años, en una buena cristiana...

Al día siguiente, quienes estaban condenados a la hoguera repartieron sus escasos bienes entre quienes debían sobrevivirles: unos zapatos, un bonete de lino y una bolsa, unos calzones, diez sueldos melgarenses, un saquete de trigo... El propio Bertrand Martí hizo distribuir entre todos los sargentos un estipendio de cinco

sueños tolosanos para cada uno y acordó con Pèire Rotger que éste se llevaría de casa del obispo la pimienta, el aceite, la sal, la cera y una manta. El jefe de la guarnición se encargó de llevarse todo el trigo que quedaba y unos cincuenta perpuntos que algunas buenas mujeres habían cortado y cosido en sus casas a lo largo de los diez meses de asedio.

Cuando cayó la noche, antes de que la oscuridad sepultara por completo la última noche de Montsegur, Bertrand Martí reunió a todos los buenos cristianos y a algunos de los creyentes y nobles en la sala mayor de la torre del castillo. Estaba llena a rebosar, y la mayoría de ellos tuvo que escucharle de pie. Pero todos esperaban de su obispo unas palabras de esperanza que pudieran reconfortar su ánimo hasta el último instante que ya se aproximaba. Así es que les dijo lo siguiente:

—Ahora que ya se acerca la hora decisiva, cuando el Padre santo está a punto de acogernos amorosamente entre sus brazos, tal vez a alguno de vosotros se le hiele la sangre en las venas. Tal vez algunos, quizá los más jóvenes, sintáis un temor difuso al tener que cruzar hasta la luz que nos espera en la otra orilla... Pero yo os digo: no temáis, puesto que Dios no permitirá que ninguna de sus criaturas pueda descarriarse ni que una sola padezca ningún tipo de dolor o sufrimiento. Muchos de nuestros hermanos nos han precedido, por los caminos del mundo, en el incierto trance de una muerte solitaria. Nosotros, en cambio, caminaremos juntos hasta el buen fin que nos espera, y Jesús estará con nosotros, tal como él mismo expresó con palabras que, hasta el último momento, guiarán nuestros pasos: «Yo permaneceré a vuestro lado día tras día, hasta el fin del mundo...».

Bertrand Martí se detuvo un instante, con una expresión de enorme serenidad en el rostro que se contagiaba a quienes le escuchaban en silencio. Después, apoyó las manos sobre el paño blanco de la mesa y, en un tono apacible, les dirigió sin prisa alguna las siguientes palabras:

—La Iglesia de Dios sufre las persecuciones, las tribulaciones y el martirio en nombre de Cristo, ya que él mismo los sufrió. Y lo hizo llevado por su voluntad de rescatar y salvar a su Iglesia y de mostrarle, tanto de palabras como de hecho, que hasta el fin del mundo también ella tendría que sufrir persecución, maldición y vergüenza...

Cuando el obispo finalizó su parlamento, ya era noche cerrada, y las antorchas de la sala parecían haberse extinguido al compás de las escasas horas de vida que todavía les quedaban. Tras haber compartido el pan de la santa oración, los *bons homes* y las *bones dones* regresaron a sus casas, y muchos de ellos permanecieron en vela o en un sueño angustioso que les trasladaba a un mundo irreal situado a mitad de camino entre el cielo y la tierra, entre la plena lucidez y el desvarío. Afuera, mientras tanto, los grillos cantaban sin reposo con el congénito instinto de su especie y, más allá, indiferentes a la incomprensible angustia de los hombres, centelleaban las últimas estrellas...

Aquella misma noche, a petición de su obispo, cuatro *bons homes* fueron

ocultados por Pèire Rotger en un escondrijo secreto de la montaña. Desde allí, antes de la madrugada, descendieron por la sima con la ayuda de unas cuerdas. Tenían por misión garantizar que no se perdiera aquel tesoro de la Iglesia que, tres meses antes, había sido conducido hasta una gruta del Sabartés. Así podría ser útil a la Iglesia clandestina o a los *bons homes* emigrados a las lejanas tierras de la Lombardía. Por otra parte, y para evitar que fueran quemados por los inquisidores, llevaron consigo todos los libros de Montsegur; es decir, ejemplares del Nuevo Testamento en lengua occitana —algo que estaba prohibido por los concilios católicos— y de los rituales de la Iglesia de los amigos de Dios, tanto en la lengua de oc como en latín. Encargados, pues, de una misión tan delicada, aquellos cuatro buenos cristianos fueron los únicos que escaparon de la hoguera.

Al rayar el alba del día 16 de marzo de 1244, los jefes militares y religiosos del ejército del rey de Francia se personaron al objeto de tomar posesión de Montsegur y asegurar la entrega de aquellos a los que denominaban *perfectos*. Sin embargo, éstos, despiertos desde mucho antes de la primera luz del día, les estaban esperando en las lizas sin ninguna clase de ansiedad aparente, sostenidos en una seguridad desconcertante.

Poco a poco, en un largo séquito que serpenteaba por el camino de la roca desnuda, doscientos veinticinco hombres y mujeres, vestidos con el hábito negro y con las manos atadas con correas de cuero, fueron conducidos entre empujones e insultos de los soldados del rey hasta un extenso prado situado al pie de la montaña. Allí, al fondo de una hondonada, los verdugos habían encendido una enorme hoguera circundada en su totalidad por una empalizada de postes y de estacas, cuyo fuego se alimentaba de troncos, ramaje y resina. Al pie de la hoguera, el arzobispo de Narbona les esperaba revestido con sus ornamentos y blandiendo la cruz en los brazos, con el fin de conminarlos, uno a uno, a renegar de su herejía.

Vierna se hallaba en la cola, siguiendo los pasos de doña Faurèsa. Se sentía aturdida por los empujones de los soldados y por la enorme expectación que parecía concitar un espectáculo tan terriblemente inmundo, así como por la magnitud y la crepitación de las llamas. Podía ver a hombres adustos revestidos con sus uniformes de guerra, caballeros a lomos de su montura esgrimiendo estandartes azules con flores de lis, severos frailes vestidos con el hábito blanco y el manto negro..., una confusa amalgama de borrosas imágenes y de rostros desconocidos que les observaban con malos ojos, como si vieran en ellos la auténtica encarnación del diablo. Tan extraña era la mezcla de sensaciones que incluso le pareció reconocer, entre los caballeros, una cara fugaz y siniestra parecida a la de aquel monstruo que intentó forzarla, hacía varios años, en el camino de ronda del castillo de Foix, aquel hombre sombrío que, más tarde, la encerró un mal día en una oscura gruta. Sin embargo, aquella visión pasó como un relámpago, y nuevas imágenes inciertas trasladaron una vez más a Vierna hacia un interminable vértigo. No estaba asustada, no, tan sólo perdida en una espiral de encadenadas emociones...

Ciertamente, les incitaban a voz en grito y con la cruz en la mano a que abjurasen, pero ni uno de ellos, ni tan sólo uno de aquellos pobres de Cristo, renegó de sus creencias. Al contrario, se alentaban los unos a los otros, cantaban himnos de gloria y, cuando una voz enronquecida enmudecía de repente en medio del fuego, docenas de voces reanudaban con mayor fuerza sus cantos. Los enfermos y los heridos, tal vez liberados por fin del dolor que los había atenazado, eran empujados con pértigas hacia la boca de las llamas. Otros, en cambio, se dejaban caer en ella armados de una convicción sin fisuras. Entre los quejidos y los gritos, como si de la incontestable prueba del gran fracaso de la Iglesia de Roma y de aquel tiempo desdichado se tratara, se levantaba el coro de una multitud de desheredados de la tierra que entonaba su última plegaria:

—*Payre sant, Dieu dreyturier de bons speritz, qui anc no falhist, ni mentist, ni errest, ni duptest, per paor de mort a pendre al mon de Dieu estranh —car nos no em del mon ni.l mon no es de nos—, dona nos a conoysher so que tu conoyshes e amar so que tu amas...* [31].

Entre los troncos encendidos ascendía ya, cielo arriba, una grandiosa y espesa humareda, repulsiva en su irrespirable hedor, de una negrura tan lúgubre que oscurecía el cielo entero de Montsegur con sus tinieblas. Poco a poco, los soldados iban apartándose de la hondonada llameante, incapaces de resistir aquella atmósfera nauseabunda y aquel calor bochornoso.

Doña Faurèsa y Vierna seguían andando juntas, sin torcer el gesto ni el paso. Al final del camino les estaba esperando, no un fuego, ni un castigo, ni un tormento, ni suplicio alguno que pudiera provenir de la mano de los hombres. Al final de esa senda, con una fuerza de atracción irresistible, se les abría la luminosa puerta de la tierra de los vivos.

Así pues, caminaron una junto a la otra hasta el límite de la empalizada de estacas. Nadie tuvo que empujarlas... Antes del último paso, su mirada todavía tuvo tiempo de impregnarse, con avidez, de un pedazo de aquel cielo tan alto y, sin embargo, tan extrañamente cercano. Después, se hizo el silencio...

Epílogo



MONTSEGUR FUE, ciertamente, un símbolo. Sin embargo, a pesar de la pérdida de muchos hombres y mujeres eminentes, la historia de la Iglesia de los amigos de Dios prosiguió todavía. Había que mantener aquel vínculo que, desde los primeros apóstoles, debía transmitirse de buen hombre en buen hombre y de buena mujer en buena mujer hasta el fin de los tiempos.

Pero el catarismo era, cada vez más, y a medida que la tarea de la Inquisición progresaba, una Iglesia condenada al exilio y, al mismo tiempo, una fe clandestina que permanecía recluida en el interior de las conciencias, en el secreto de las más humildes moradas, en el refugio lejano y oculto de las montañas. Hasta que, tres cuartos de siglo después, en 1321, la muerte en la hoguera del último buen cristiano conocido disolvió para siempre el *orden de la santa Iglesia*. Sin duda alguna, quedaban todavía muchos creyentes desperdigados que mantenían viva en su corazón la buena creencia; pero, habiéndose roto el vínculo de la filiación del Espíritu, la Iglesia había dejado de existir...

Tras la rendición, el muy ilustre rey de Francia puso la plaza de Montsegur en manos de Guy de Lévis, mariscal de Mirapeis, a quien teóricamente pertenecía. Según costumbre, es muy probable que la Inquisición ordenase arrasar hasta los cimientos aquel castillo y aquel poblado que, colgados en lo alto de la cumbre, fueron el *caput dragonis*, la *hidra* herética que con tanto afán tuvieron que decapitar. Años después, a principios del siglo XIV, fue edificada en aquel lugar la fortaleza que hoy conocemos.

Cinco años después de la caída de Montsegur, murió Raimon VII, conde de Tolosa. A tenor de lo que estaba previsto en el Tratado de París, su hija Joana se casó con el hermano del rey y, al morir ambos sin descendencia, el condado pasó a manos de la corona francesa. Así se consumaba históricamente el dominio de la casa real de la dinastía de los Capetos sobre la tierra occitana.

Por otra parte, cuando todo hubo terminado, cuando tan sólo quedaban en el *prat dels cremats*^[32] un montón de cenizas y una horrible humareda negra, Guilhem regresó a su casa de Gebetz, en el país de Ayllón. Allí, dedicado a la venta de lana y

al cuidado del rebaño, vivió todavía mucho tiempo junto a su única hija, Bruna. Sin embargo, perdió por completo el antiguo deseo de volver a la tierra baja. Así pues, recluido para siempre bajo la protectora mirada de las montañas, no llegó a contemplar jamás aquel lejano mar que había prometido a Vierna...

Nota del Autor



1. Una novela de ficción no exige, necesariamente, la expresa mención de las fuentes documentales que ha utilizado el autor. Sin embargo, la lejanía en el tiempo de lo que aquí se cuenta aconseja dejar escrita una referencia sumaria, aunque sea tan sólo como prueba de agradecimiento explícito.

Para conocer el mundo del catarismo, hasta sus más mínimos detalles, he examinado y utilizado a fondo una buena parte de la abundante bibliografía existente, no sólo la más antigua, que ha envejecido de forma sensible, sino también la más reciente, aquella que ha abierto nuevas perspectivas en el estudio de aquel movimiento cristiano. En este sentido, me parece indispensable citar, como mínimo, a autores de nuestro tiempo como René Nelli, Jean Duvernoy, Anne Brenon, Michel Roquebert, Emmanuel Le Roy Ladurie, etc. Podría decirse, sin apenas exageración, que todo lo he aprendido de ellos y que esta novela les es completamente deudora. Por otro lado, he consultado exhaustivamente todos los fondos de varias publicaciones periódicas, como por ejemplo los *Cahiers de Fanjeaux* o la revista *Heresis*.

Habiendo sido escrita esta novela en Cataluña, resulta imprescindible citar, en el terreno de la investigación científica, a Jordi Ventura Subirats, que abrió el camino definitivo en un terreno inexplorado; y, en el de la divulgación histórica, a Jesús Mestre i Godes, cuyos libros han logrado recientemente una extraordinaria y merecida difusión.

Cuando no me ha sido posible disponer de los libros que necesitaba, los he consultado allí donde podía encontrarlos y, muy particularmente, en la excelente biblioteca del Centre National d'Études Cathares/René Nelli, en Carcasona, centro que Anne Brenon dirigió hasta hace muy poco.

Finalmente, y para saldar esta primera parte de mi deuda, debo decir que a menudo he recurrido a las propias fuentes de la época, afortunadamente transcritas en libros de nuestro tiempo. Es el caso, por ejemplo, de la *Cansó de la Crozada* (*Canción de la cruzada*) o de los registros de Jacques Fournier y otros inquisidores. Así, para mencionar un solo caso, cualquier persona que conozca un poco la materia se dará cuenta en seguida de que el personaje de Alamanda, la mujer que habla con

los muertos y recibe sus encargos, nace de una transposición literaria de lo que Arnaut Gelis, alias *en Botheler*, declaró ante el obispo Fournier en 1320.

2. Por otra parte, la inmersión en el mundo de los «buenos cristianos» me ha llevado a conocer bastante bien un país tan hermoso como el Languedoc, a recorrer sus villas medievales, a patear buena parte de sus caminos y a ascender a sus castillos. Siempre guardaré de estas visitas y excursiones un imborrable recuerdo y, cuando pienso en ello, no sabría separar mi novela de esta vivencia personal.

3. La profundización en la vida medieval, en particular del siglo XIII, me ha llevado a consultar gran número de obras especializadas que sería muy largo referir. Sin embargo, sí quiero mencionar el nombre de Martín de Riquer en cuanto a la documentación acerca del mundo de los caballeros y de los trovadores: he extraído de sus obras, entre otras cosas, la transcripción de los fragmentos de los versos provenzales que figuran al inicio de muchos de los capítulos.

Debo decir también que no me hubiese atrevido a hablar del mundo de los pastores si no hubiera podido documentarme en los autores que nos lo han descrito. De Occitania, quiero mencionar a Max y Denise Dejean; de Cataluña, son ineludibles los nombres y las obras de Salvador Vilarrasa, Joan Lluís, Ramon Violant i Simorra y Ernest Costa. Puestos a hablar de la vida de los pastores, debo explicar ahora que el pueblo montañoso de Gebetz —hoy desaparecido— había existido realmente en la comarca de Bellcaire, en el país de Sault, en el actual departamento francés del Aude. Estaba separado del famoso pueblo de Montailhou tan sólo por una cresta boscosa; por eso, me he permitido desplazarlo un poquito, situarlo plenamente en el país de Ayllón y atribuirle buena parte de los rasgos distintivos de la aldea occitana que el registro de Jacques Fournier y la obra de Le Roy Ladurie han universalizado, al menos entre los historiadores medievalistas y los sociólogos.

4. Quisiera añadir algo más. En todo momento, y a pesar de escribir una obra de ficción, he procurado moverme en un terreno de máxima veracidad histórica, huyendo de las fantasías esotéricas y religiosas que rodean el mundo del catarismo y que algunos autores han explotado con tanta gracia y con tanto provecho. Quiero decir con ello que los grandes hechos de la época han sido incorporados a la novela básicamente tal como los recoge la historia y que los textos y los argumentos doctrinales que aparecen por doquier son idénticos a los que, por lo que sabemos, utilizaban los *bons homes*. A lo sumo, me he permitido, en algún caso esporádico, cambiarlos de marco, por ejemplo, cuando he puesto en boca de Guilhabert de Castras o de doña Faurèsa palabras de Pèire Autier o algún fragmento de los rituales

de Dublín y de Lyon, o cuando he trasladado un siglo antes alguna referencia de la vida del pueblo de Montaillou.

5. Por ese mismo prurito de verosimilitud histórica, así como por el hecho de que la novela está explicada desde la perspectiva interior del catarismo, no he utilizado en ningún momento aquellas palabras que, referidas a la Iglesia de los amigos de Dios, provienen sin embargo de los textos inquisitoriales y, en consecuencia, poseen una connotación intencionada: *perfectos* por «buenos hombres o buenos cristianos»; *hacer la adoración* de un buen hombre en lugar de «hacer un *milhorier*»; *secta en* sustitución de «Iglesia», etc. Igualmente, ni una sola vez aparece en boca de los protagonistas la propia palabra *cátaro* o *catarismo*, puesto que los «buenos cristianos» nunca se denominaron a sí mismos de esta manera. Y es que, tal como recuerda Anne Brenon, «ésta no fue más que una de las múltiples denominaciones con sentido peyorativo inventadas por la Iglesia romana para calificar a aquellos a los que ella misma designaba como herejes».

6. También por esa misma fidelidad a la historia debo advertir a los lectores que la *senhal* y los versos que en mi novela han sido puestos en boca de Tomier de Foix pertenecen a un poeta real, Pèire Rogier, trovador alvernés del tercer cuarto del siglo XII, y más concretamente a la canción amorosa *Ges non puesc en bon vers fallir*.

7. Para las versiones de textos clásicos, entre ellos el Nuevo Testamento, he utilizado fuentes comunes y me he «apropiado» de dos pasajes de Jordi Ventura: por un lado, la traducción de la carta que el papa Inocencio III envió el 21 de mayo de 1212 a Pedro el Católico y que conocemos por la coetánea *Hystoria Albigensis* del cisterciense Pedro des Vaux-de-Cernay; por otro lado, las frases del *Pater noster* que Estela enseña a su hija Vierna y que, en su literalidad, provienen de los evangelios catalanes que figuran en unos manuscritos de principios del siglo XIV llamados de Marmoutier.

Evidentemente, la obra literaria propiamente dicha, así como la construcción del mundo imaginario de los protagonistas y el acoplamiento de todas las piezas, pertenece al autor, como es natural.

8. Unas palabras relativas a la parte de la novela dedicada a la Inquisición: debo decir que Guilhem Arnaut de Montpelhièr fue un personaje histórico, pero que nos resulta bastante desconocido, de modo que lo he revestido con los atributos propios del papel que representa, sin —pienso— forzar mucho la mano sobre lo que fue, seguramente,

la verdad histórica. Para sus citas y sentencias he utilizado fórmulas y textos de la época y un fragmento de la condena que el inquisidor Bernardo Gui escribió, casi un siglo después, para Pèire Autier, el notario cátaro de Acs-dels-Tèrmes. Los hechos de la calle del Om Sec y de Avinhonet son, realmente, verídicos, y fue en este último pueblo donde murió, por cierto de forma muy atroz, el Guilhem Arnaut auténtico: así pues, me he limitado a transcribir las cosas tal como nos las cuentan las crónicas...

9. Antes de terminar debo resaltar todavía algo más, también de método. Salvo algún caso obvio en el que el nombre tiene sólidas raíces en castellano —es el caso de Foix o de Carcasona, por ejemplo—, he transcrito en lengua occitana la práctica totalidad de los topónimos, así como también los nombres de pila —por ejemplo, Guilhem, Raimon, Pèire, Huc, etc.—, tal como resulta pertinente por el lugar y por la época. Y he utilizado reiteradamente el nombre de *Languedoc* aun a sabiendas de que esta designación apareció después de los hechos que relato, pero resulta conocida la imposibilidad de hallar un nombre común de aquellos tiempos que permita designar el conjunto de condados y vizcondados en los que se sitúa la acción.

10. Dicho todo esto, necesito todavía un último párrafo para expresar mi agradecimiento más sincero a todas aquellas personas que, sin haber sido citadas, han alimentado de un modo u otro mi pasión por la época, me han proporcionado informaciones y detalles preciosos —como el Dr. Flocel Sabaté— o han efectuado primeras lecturas de mis borradores. Sin ellas este libro no habría existido...





ANTONI DALMAU I RIBALTA (Igalada , 13 de marzo de 1.951). Es un escritor y político socialista catalán.

Fue presidente de la Diputación de Barcelona (1982-1987) y vicepresidente del Parlamento de Cataluña (1988-1995). Ha sido presidente de la Fundación Teatro Libre-Teatro Público de Barcelona, profesor de la facultad de Ciencias de la Comunicación (Blanquerna) de la Universidad Ramon Llull, traductor y colaborador regular de varios medios de comunicación, director de la revista de Igualada y autor de más de una veintena de libros, de entre las cuales siete son novelas. Afiliado al PSC, en agosto de 2013 abandonó la militancia.

En su vertiente de escritor, ha publicado varias novelas y ensayos políticos y se ha destacado como especialista en la historia del catarismo, en el estudio del obrerismo y la violencia social en el cambio de siglo XIX-XX y también de la Guerra Civil . Asimismo, ha traducido numerosos libros, usando en algunos casos el seudónimo Albert Vilardell.

Ha colaborado habitualmente en diversos medios de comunicación (El Punt Avui, El Periódico de Cataluña , Región 7, Cataluña Radio, Anoiadiari.cat, RAC1 y TV3). Ha sido fundador y director de la Revista de Igualada y profesor de la facultad de Ciencias de la Comunicación, Blanquerna, de la Universidad Ramon Llull.

Notas

[1] Señor rey de Aragón, si queréis escucharme... más provechoso que lo hicieran las huestes asediadas en Muret. <<

[2] En lengua occitana, *buen hombre*, término con que se designaba a los cátaros. <<

[3] O sea, el *entendimiento*, la *gnosis*. <<

[4] De envilecer el linaje, la propia ascendencia. <<

[5] ¡Hasta la vista! <<

[6] En lengua occitana, casa. <<

[7] ¡Así, así! ¡Sí, Guilhem, sí! Va bien... <<

[8] Es decir, el Libro que contenía el Nuevo Testamento en lengua de oc y, a veces, un ritual, un modelo de glosa del padrenuestro y un modelo de homilía bautismal. <<

[9] Dios os bendiga. <<

[10] O sea, el *consolamentum* o consolución del buen fin. <<

[11] En lengua occitana, «buenas mujeres», es decir, cátaras. <<

[12] En las fuentes católicas, «melioramentum» o «adoratio», salutación que los creyentes efectuaban a los bons homes para mostrarles su respeto y pedirles su bendición e intercesión. <<

[13] Servicio, también denominado, en las fuentes judiciales, «*apparelhamentum*», es decir, aparejamiento, preparación, puesta en disposición. <<

[14] Porque son vuestros para siempre el reino, el poder y la gloria. Amén. <<

[15] Hemos venido ante Dios y ante vos y ante la jerarquía de la Santa Iglesia... <<

[16] Bendícenos, perdónanos. <<

[17] Padre, Hijo y Espíritu Santo, tenga piedad de nosotros y perdone nuestros pecados. <<

[18] «La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros». <<

[19] Tenedla de Dios y de nosotros. <<

[20] Mujer, rogad a Dios por esta pecadora, que Dios me conduzca hasta un buen fin.

<<

[21] Dios os bendiga, y os haga una buena cristiana, y os conduzca hasta un buen fin.

<<

[22] Mando mi verso a Injusta-me-sois, / para que lo aprenda si le complace y le viene en gana. <<

[23] Me afligen las penas / y los dolores que tengo que sufrir por ella / por lo que no se puede reanimar mi corazón... <<

[24] ¡¡¡Antes morir quemada que abjurar!!!. <<

[25] Bebida hecha con pimentón, vino y miel. <<

[26] «Oh Dios, que nos concedes por la protección de tu confesor san Antonio extinguir el fuego malsano y aliviar los miembros enfermos, propicia que todos nosotros, liberados del fuego del infierno por los méritos de él, podamos presentarnos felizmente ante Ti en la gloria, con el cuerpo y la mente restaurados». <<

[27] Es decir, 22 de junio. <<

[28] Tal harás, tal morirás. <<

[29] Los obispos cátaros eran auxiliados por dos coadjutores, el hijo mayor y el hijo menor, ambos especialmente ordenados. <<

[30] Palabra occitana que significa «entrando en la cuaresma», es decir, los tres días que preceden al Miércoles de Ceniza, y más especialmente el Martes de Carnaval. En 1244, el día 16 de febrero. <<

[31] Padre santo, Dios justo de los buenos espíritus, tú que jamás te engañaste, ni mentiste, ni te equivocaste, ni dudaste, por temor a que nosotros muriéramos en el mundo del Dios extraño —ya que no pertenecemos a este mundo, ni este mundo es el nuestro—, danos a conocer lo que tú conoces, a amar lo que tú amas... <<

[32] Literalmente «prado de los quemados», nombre que la memoria popular ha conservado para el probable lugar de la hoguera de Montsegur. <<